

# *Delirios de una idea equivocada*

*Pedro A. Pérez*



# **DELIRIOS DE UNA IDEA EQUIVOCADA**

**PEDRO A. PÉREZ**

**PRIMER ACTO**  
**EL PARÁSITO MÁS RESISTENTE**

I

**No queda sino batirnos**

1

-Que te jodan. ¿Estás de broma o es que te has vuelto completamente loco?

-Estoy hablando en serio.

-Entonces se te ha ido la cabeza. No me extraña; la verdad es que si alguno de nosotros apuntaba maneras para convertirse en un chalado, ese eras tú. Te recuerdo que estamos bastante ocupados, no sé por qué nos tienes que reunir para soltarnos...

-Déjalo hablar.

-No, Ángela. Tengo a mi padre en el hospital, esta noche me toca pasarla a su lado por si se le ocurre la genial idea de morirse, y he venido a este maldito turco de mierda, a tomar este kebab que sabe a plástico esperando, al menos por una vez, escuchar algo serio en vez de una sarta de estupideces.

-Estoy hablando en serio. Sé como están las cosas, para ti, para todos vosotros, y no os habría reunido aquí para soltaros una idea sin haberla meditado. Estamos jodidos. Necesitamos ese dinero.

-Para empezar, estamos jodidos por tu culpa...

-Leo, deja que...

-Ni Leo ni nada, Ángela. Estamos jodidos por tu culpa. Y no me arrepiento. Ese cabrón se merecía la paliza que se llevó por haber jugado sucio y disfruté como un niño pequeño destrozando su bar a vuestro lado. Pero lo hicimos por ti, Pablo, y sólo hay que ver cómo hemos acabado. Y claro que necesitamos dinero, aunque tiene gracia que precisamente lo digas tú, que eres el que menos problemas económicos está sufriendo. Pero lo que propones no es forma de conseguirlo.

-¿Y qué otra forma se te ocurre? ¿Pedir limosna?

-No lo sé, Pablo. Lo único que tengo claro es que la mera idea de que cuatro tíos de veintitrés años se enfunden unos pasamontañas y entren pegando tiros a un banco es, indiscutiblemente, un plan absurdo, incoherente y descabellado. ¿Tú no vas a decir nada, Jorge?

-Lo único que tengo que decir es que este kebab no sabe a plástico, eres tú quien ha debido desarrollar un paladar exquisito, y que prefiero escucharos para ver como acaba todo esto antes que abrir la boca y meter la pata. Es una pena que no sirvan palomitas en este sitio, porque es la ocasión perfecta.

-Tu padre se muere, Leo.

-Miles de padres se mueren cada día y eso no incita a sus hijos a robar bancos.

-Tu padre se muere en un hospital cutre después de haberse pasado toda la vida trabajando como un esclavo. Es posible que a Jorge y a su familia los desahucien antes de que pase un mes...

-Creo que no os he dado permiso para meterme en la conversación, y mucho menos a mi familia.

-...y las cosas por las que ha pasado Ángela las conocemos todos. Mis padres también están hasta arriba de facturas. El mundo está hecho una mierda.

-Claro que está hecho una mierda. ¿Cuántos desahucios se producen en este país al mes? ¿Cuántas tiendas cierran? Y la gente no se cubre la cara con pasamontañas y roba bancos. ¿De verdad estamos hablando de esto? Me parece ridículo...

-Antes luchabas.

-¿Luchaba? Iba a manifestaciones que no servían de nada, organizaba recogidas de

firmas que no conducían a ninguna parte y recibía palos de los antidisturbios. ¿Sabes para qué? Para nada. Eso no es luchar, es hacer el gilipollas.

-No se trata solo del dinero, que lo necesitamos, sino de darle un golpe a este sistema. Los banqueros, los políticos, los grandes empresarios, han robado impunemente riéndose de nosotros en nuestras caras, sentados en sus cómodos despachos. Se han acostumbrado a jugar con nosotros como títeres, a que bailemos al ritmo que marcan su verborrea y sus mentiras. Los bancos presionan a nuestras familias para que paguen hasta el último céntimo mientras sus propietarios, vestidos con trajes más caros que la comida que consumimos en tres meses, se dedican a atiborrarse de langosta y caviar en restaurantes de lujo. ¿Quieren nuestro dinero? Les pagamos. Pero con dinero que les hayamos quitado antes.

-Te has vuelto completamente loco.

-Yo creo que tiene razón.

-Y para colmo, has arrastrado a tu locura a Ángela. Bonita, creo que va siendo hora de que dejes las drogas, porque la maría está empezando a embotarte el cerebro. ¿Cómo que tiene razón?

-Todos estamos como estamos por culpa de esos malnacidos. Joder, Leo, tú nunca has dejado que te toquen los cojones. Robar el dinero que los bancos han robado previamente y utilizarlo para pagar la cifra que nos están imponiendo es... ¿cómo decirlo? Justicia poética.

-Jorge, ¿te importaría echarme una mano?

-Prefiero mantenerme al margen.

-¿No estarás pensando en unirte a ellos?

-Mantenerme al margen implica, precisamente, que no estoy pensando en unirme a ellos. Está claro que su idea tiene sentido... Sí, como ha dicho Ángela, es justicia poética. Pero también tienes razón tú, Leo. Tenemos veintitrés años, no somos *profesionales*. Si fuera tan sencillo atracar un banco, todo el mundo lo haría.

-Tengo un plan.

-Venga, Pablo, no me hagas reír. El mundo real no es como las novelas que escribes. Aquí no puedes elegir el puñetero destino de tus personajes, las cosas no son tan fáciles, no puedes...

-Leo, por favor, déjame hablar. Hasta que no me escuches no podrás decidir si esto es una locura o no.

-Antes que nada, a mí me gustaría saber una cosa.

-¿El qué, Ángela?

-¿Cómo diablos se te ha ocurrido esta idea?

## 2

-Charles Dickens dijo que hay hombres que parecen tener sólo una idea y que es una lástima que ésta sea equivocada – dice Víctor Bastida desde lo alto de la tarima. El tío es incapaz de permanecer sentado en su silla y en cuanto empieza a hablar necesita incorporarse, pasearse de un lado a otro y mover mucho las manos frente a su público. Pablo lo adora, aunque al mismo tiempo le tiene un poco de aversión, porque es una de las personas más petulantes y ególatras que hay en el mundo -. Esto se hace más que evidente en la literatura. Sólo hay que ver la cantidad de novelas que inundan las librerías después de que una obra en concreto haya tenido éxito. Por desgracia, la obra exitosa suele ser, en términos de calidad artística, una basura, y las que le siguen no hacen más que ahondar en el vertedero de la que esa idea ha surgido. Primero tuvimos vampiros hormonados, ahora relaciones sadoomasoquistas en las que la protagonista virginal se corre en cuanto le propinan un par de latigazos en los pezones. En ocasiones me pregunto cómo es posible que tantos autores que en dos semanas



dedicado a crear una amalgama de negocios con la intención de nutrirse de fondos de entidades públicas y pasarse por el forro prohibiciones legales en materia urbanística y medioambiental. Por lo visto, Gálvez había hecho muchos amigos y a todos ellos los había incluido en su flamante juego de estafas, desde políticos a famosetes de medio pelo, un par de cantantes latinoamericanos, algún actor y, supuestamente, al escritor Víctor Bastida, con quien daba largos paseos en yate durante el verano y al que invitaba a opulentas fiestas en invierno. Y es que Bastida tiene mucho dinero, aunque él asegura que todo lo ha ganado escribiendo. Su éxito le ha permitido comprarse un par de coches caros, varios apartamentos y una mansión en la costa que se llama La Joya en Blanco, que, ¡sorpresa!, es complementemente blanca y que es la envidia de algún que otro jeque árabe. A Pablo no le interesa si Víctor Bastida se ha dejado untar por ese empresario o si va a acabar en la cárcel, y menos ahora, que el desenlace de Atrapasueños está, después de seis años, publicado. Pero sin duda, Bastida cumple todos los requisitos para meterse de cabeza en un negocio así.

-Igual me he equivocado – le contesta al hombre –, pero creo que estoy en la presentación de mi último libro y no en una rueda de prensa. He venido aquí a hablaros de mi novela, no a aburrir al público con el mismo recital de explicaciones que daré ante el juez si me llama a declarar. Lo único que tienen que saber es que tengo suficiente dinero como para no necesitar Tramas Gálvez en mi vida, y que si alguien más ha acudido aquí a hacer preguntas sobre ese tema, puede abandonar la sala. Y ahora, volviendo al tema que nos ocupa... - señala a un chico gordito y con el rostro salpicado de granos que levanta el brazo. Otro que no se gana un guiño. Como Víctor Bastida se encarga de recordar de vez en cuando, a él le gustan rubias y con las tetas bien puestas -. ¿Sí?

-¿Puede darnos detalles sobre el reparto de la película de Atrapasueños?

-Eso es máximo secreto, los productores me propinarían una paliza si se me ocurriera abrir la boca antes de tiempo.

-¿Pero va a participar su mujer? - insiste el chico.

-Por supuesto. Ha participado en todas las películas basadas en mis novelas.

-¿Y va a aparecer haciendo lo que mejor sabe? - pregunta, con una risita.

De nuevo un silencio reverencial, interrumpido por varios murmullos nerviosos. El gordo sonríe al ver que ha conseguido llamar la atención de todo el mundo, pero Víctor Bastida no se inmuta. Permanece ahí, de pie, como una estatua, con una mano metida en el bolsillo y la otra sobre el nudo deshecho de la corbata, la cabeza ligeramente ladeada, los ojos clavados en el océano de granos de aquella cara redonda.

Para entender aquel instante, hay que conocer la relación entre Víctor Bastida y su mujer, relación de la que todo el mundo está al tanto porque la prensa rosa se dedicó a seguirla día a día como si fuera el evento más importante de los últimos años. Los titulares fueron de lo más descriptivos: “El famoso escritor Víctor Bastida mantiene una relación con una ex actriz porno”. La ex actriz porno tiene un nombre, aunque todos la conocen por su apodo artístico, Sunny Heart, y por su físico. Es rubia y con las tetas bien puestas, de 114 centímetros de perímetro, como a Víctor Bastida le gustan las mujeres. Sunny Heart ingresó en la industria del porno con veinte años y se retiró con veintiséis, después de haber rodado unas doscientas películas, para dedicarse a un cine que no requiriera meterse miembros gigantescos entre las piernas. Ha rodado de todo, y cualquiera con Internet puede encontrarla follando con todo el mundo menos con Víctor Bastida.

-¿Cómo te llamas, muchacho?

-Gabriel.

-Bien, Gabriel – Víctor junta las palmas de las manos y sonríe -. Comprendo que te encantaría ver a mi esposa desnuda de nuevo para que puedas derrochar un poco más del semen que brota de esa diminuta polla tuya que lo más parecido a una mujer que

ha conocido es tu mano derecha. No me extraña, con esa paella que tienes por cara y ese traje de grasa que cuelga de tu cuerpo. Por desgracia, y como bien sabrás, porque estoy seguro de que te conoces a todas las actrices porno de memoria, mi esposa hace tres años que dejó ese mundo y, ¿sabes qué? Desde entonces sólo folla conmigo, cada puta noche, y grita junto a mi oreja como tú jamás escucharás gritar a nadie. Si quieres puedo invitarte a mi casa para que comprendas lo que es el sexo de verdad, porque la pantalla del ordenador que te ha dejado ciego no es la forma más realista de entenderlo, pero prefiero que no aceptes mi invitación porque dudo que contigo cerca se me pudiera levantar aunque tuviera a un ejército de modelos a mi disposición – carraspea -. De todos modos, no entiendo qué haces en una presentación de un libro cuando deberías estar en tu casa, desnudo, rodeado de tus cómics y tus revistas, con la polla en la mano y tu rostro grasiento contemplando a mujeres con las que sólo podrás soñar, así que, si no es mucha molestia, te agradecería que te largaras antes de que tu presencia me provoque una arcada.

Algunas personas incluso aplauden, y el niño gordito, con granos y gafas, se ve obligado a bajar la cabeza y sentarse, intentando desaparecer sobre su asiento.

-Te he dicho que te largues.

Gabriel obedece. Alguien ríe.

-Perfecto. Y después de esta molesta interrupción, ¿alguien tiene alguna pregunta que nos interese a todos?

Un joven levanta la mano. Víctor alza las cejas, como esperando un nuevo ataque gratuito, pero el muchacho no tiene ganas de acabar ridiculizado.

-¿Puede decirnos de qué irá su próxima novela?

-¿Quieres una exclusiva? Yo te la doy. No tiene todavía título, pero la obra gira en torno a un atraco a un banco.

-¿Un atraco a un banco? - pregunta una chica, sin pedir turno -. ¿Eso no está muy visto?

-Lo importante será como contarlo, bonita. Además, quiero escribir sobre eso. Tal y como están las cosas, un atraco a un banco me parece la única reacción lógica hacia la situación económica actual. Cada día me pregunto como todas esas personas indignadas y estafadas no se arman hasta los dientes e irrumpen en una caja de ahorros para llevarse hasta el último céntimo. Sería lo correcto, porque esa gentuza juega con nuestro dinero. ¿Sabes que si todo el mundo intentara sacar de manera legal sus ahorros sería imposible? Porque los bancos no los guardan. Juegan con ellos. Nosotros les cedemos la diversión para que inviertan en bolsa y...

<<Un atraco a un banco me parece la única reacción lógica hacia la situación económica actual>>. Esa frase se queda grabada a fuego en la mente de Pablo. Y, a partir de ese momento y hasta que acaba la presentación, deja de atender a lo que sucede a su alrededor. Piensa en Leo, en Jorge, en Ángela, sus amigos de toda la vida. Piensa en sí mismo. Los cuatro están pasando lo que Jorge, que es el más optimista y sensato de ellos, define benevolentemente como una mala racha. Leo, Jorge y él por culpa de cierto lío en el que se metieron, a causa de un par de miradas y gestos. Pablo no puede olvidar, ni olvidará jamás, esas miradas y gestos, que a menudo dicen mucho más que palabras. Las miradas que aquel hijo de puta le lanzaba a Sofía y que contaban historias acerca de lo que había ocurrido durante el mes que él había estado fuera de la ciudad. De hecho, no necesitó pedir ayuda a sus dos amigos, sino que bastó con un intercambio de miradas y un leve gesto de asentimiento para que se desatara el caos. Y luego aquel hijo de puta se había empeñado en arruinarlos, y como su papá era hombre poderoso y con contactos lo había conseguido. "Injusticia poética". Se tira a la novia y se lleva el dinero, pero por lo menos había pasado unas cuantas noches en el hospital y la cara se le había quedado como nueva. Pablo no comprende qué le pasó aquella tarde. Recuerda los gritos, la sangre, la destrucción. Se

le fue la cabeza completamente, y eso que él no es una persona violenta, entre otras cosas porque no le conviene, ya que es bastante enclenque. Sin embargo disfrutó cerrando el puño y estrellándolo contra esa tez de adonis que había aprovechado su ausencia para jugar sucio.

Y ahora las cosas están como están por culpa de una pequeña dosis de venganza. No es que sea el fruto del problema, pero sí ha agravado todo aquello que complicaba la vida del grupo de amigos. No puedes pagar una indemnización si tu familia está haciendo frente a una hipoteca que se les ha dio de la manos, o si tu padre está tan enfermo que no puede trabajar y tu madre está en el paro. Ángela no se metió en ese lío, pero sí en otros muchos, relacionados con la María, desde que se marchó a Valencia.

Y Pablo piensa. Y comprende que Víctor Bastida tiene razón. Los bancos son propiedad de un grupo de malnacidos que juegan con el dinero de sus clientes, que los estafan y arrancan de sus casas. Un atraco perjudicaría directamente a esos malnacidos de traje y caviar, y ayudaría a sus familias. Leo, Jorge y Ángela siempre han estado con él, han hecho todo por él, y de pronto él se da cuenta de que, aunque sus problemas económicos no son tan graves como los de sus amigos, quiere ayudarlos a salir del atolladero.

Y por eso aquella idea, que aunque él no lo sabe se encuentra entre la basura de la superficie del mundo de las ideas, se va haciendo más grande. Cuando la presentación concluye y Víctor Bastida se dispone a firmar dos centenares de ejemplares, Pablo tiene muy claro qué es lo único que pueden hacer.

### 3

-No parece que hayas tenido mucho éxito.

-Ellos siempre vuelven. Y si no, iré a buscarlos e intentaré hacerles entrar en razón. ¿Quieres salir fuera? Me apetece un cigarro.

Ángela asiente con la cabeza y ambos se ponen de pie, dejando sobre la mesa una caterva de servilletas arrugadas, restos de drum, una coca cola a medio terminar y varios sobres de ketchup abiertos. La única persona que permanece en ese restaurante turco, que puede presumir de ser el kebab con menos éxito de la ciudad, es el camarero, frotando vasos sucios detrás del mostrador. Les dedica una amplia sonrisa desde debajo de su poblado mostacho cuando los dos muchachos pagan su parte.

Salen a la calle y en el tiempo que tarda Pablo en sacar un cigarrillo de su paquete de Marlboro, Ángela, con sus dedos delicados, extrae una papelina de su bolsillo, un poco de maría del otro, la esparce removiéndola con tabaco y trabaja sobre aquella mezcla con la enfermiza disciplina de un alquimista. A pesar de que mantiene ese revoltijo en precario equilibrio sobre el papel, consigue deslizar una mano hasta el bolsillo trasero de sus pantalones (que, Pablo se da cuenta, le van demasiado grandes; la chica parece adelgazar más y más a cada día que pasa) y tomar un filtro alrededor del cual crea una forma cilíndrica que desemboca en un porro salido de la nada. Un trabajo perfecto en un tiempo récord, aunque Pablo sospecha que no podrá presumir de sus habilidades delante de su familia.

-Es normal que se hayan enfadado – dice Ángela, encendiéndose su obra de arte. El agradable aroma dulzón de la marihuana inundó las fosas nasales de Pablo.

-Leo se ha enfadado – contesta, fumando de su propio cigarro -. Jorge simplemente se tenía que marchar, ya sabes cómo están las cosas últimamente en su casa y...

-Y los traes aquí, al kebab más cutre de la ciudad, para proponerles atracar un banco, idea que se te ha ocurrido escuchando de qué va a ir la futura novela de ese estúpido y egocéntrico escritor que tanto te gusta – deja escapar una bocanada de humo y,

después, una carcajada -. Menos mal que al tío no se le ha ocurrido escribir sobre ciencia ficción o naves espaciales, porque ahora estarías empeñado en construir tu propia Enterprise para recorrer el Universo.

-Pero...

-Espera a que terminemos esto. Me apetece estar un rato en silencio, contigo. Hace casi un año que no te veo y cuando por fin me haces venir desde Valencia me sueltas semejante bombazo, así que me niego a creer que se trate de una broma de mal gusto. Por eso yo no me he marchado. Pero necesito pensar un poco y para eso necesito que estemos callados. Disfruta de tu cigarrillo.

Pablo asiente con la cabeza y se apoya en la pared, junto a la entrada del kebab. Nunca se le ha dado muy bien fumar; su madre asegura que coge el cigarro como si fuera una mujer, algo que combina muy bien con su tono de voz, no especialmente grave y sereno, que lleva a muchos a confundir educación con cierta alternativa sexual. A decir verdad, los gays lo adoran, a pesar de que él tiene claro que lo suyo son las chicas guapas; quizá se vean atraídos por su físico enclenque y manejable, por su rostro aniñado o por sus gestos, un tanto pomposos y afeminados.

Mientras fuma, estudia a Ángela. Su amiga ha cambiado mucho desde la última vez que la vio. Ha adelgazado, de eso no cabe duda. Nunca estuvo especialmente gorda, pero sí rellenita, con curvas. Ahora amenaza con convertirse en un palo. Los pantalones le quedan sueltos, ahuecados, y lleva una camisa de tirantes blanca, cortada por la parte inferior, que también ondea sobre su escuálido cuerpo y deja a la vista buena parte de su cintura, donde se le marcan los huesos de la cadera. También tiene los hombros esqueléticos, aunque los esconde bajo la larga melena rubia que le cae por toda la espalda. Pablo se pregunta si aquel cambio físico es fruto de sus trastornos alimenticios o de sus cada vez más frecuentes coqueteos con la droga. De cualquier modo, el último episodio de la vida de su amiga es más que suficiente para hacer perder el apetito a cualquiera.

Por desgracia, es una historia de lo más común.

Chico conoce a chica. La chica tiene bastantes problemas, ya que es bulímica, sufre regulares crisis de ansiedad y vive marcada por un historial de relaciones masoquistas que tira para atrás. Y, a pesar de esto, ambos congenian. Todo ocurre demasiado rápido. La chica estaba a punto de mudarse, sola, a un apartamento no demasiado grande cerca del centro de Valencia, para meterse de lleno en el estudio de la siempre aburrida carrera de Derecho, que abandonaría meses después, y antes de que se de cuenta, él, de quien apenas sabe nada, vive con ella, en su casa, aportando unos ahorros que tampoco sabe muy bien de dónde han salido. El chico es inteligente, parece saberlo todo, y misterioso, nadie parece saber nada de su pasado, y además comprende, o cree comprender, los problemas de la joven. Y empieza a convertir la vida de ambos en una terapia continua.

El chico y la chica tienen amigos, muy conscientes de los problemas de ella. Pero el muchacho ha llegado allí para vencer (o, más bien, para quedarse bajo un techo, pero para cuando ella se da cuenta de que él está viviendo a su costa ya está demasiado sometida como para reaccionar). Primero, explica a quien quiere escucharlo, logra que la bulimia se esfume con mucho esfuerzo. Por desgracia, a nuestro autoproclamado terapeuta le sobra vanidad y le falta talento y la chica, que no quiere decepcionarlo, porque empieza a creer que realmente intenta salvarla, vomita sólo cuando él no está, arrodillada frente al retrete, la cabeza inclinada y las arcadas trepando por su pecho. Después, el joven afirma que ha logrado que ella recupere una parte notable de su dañadísima autoestima y que se enfrente de nuevo a sus estudios. Con determinación, sentencia, ha llegado a convertirse en una chica matrícula. Mentira. Aprobados y notables raspados, porque odia esa carrera, porque odia en la vida en la que de pronto está atrapada; detesta que el chico del que se ha enamorado y que se ha convertido en

su guardián se vanaglorie de que haya llegado a querer su cuerpo, a querer su mente, a pensar, a aspirar... Y al principio ella lo cree. Realmente llega a estar segura de que él la ha salvado de una vida atroz, hasta que, de pronto, no puede evitar mirar al pasado. Sí, ha tenido bastantes problemas, pero hay ciertos puntos de luz en mitad de la oscuridad. Echa de menos a Leo, a Pablo, a Jorge; echa de menos aquel verano, en el que los cuatro se conocieron y crearon un grupo que nada podría romper, sobre el tejado de la casa que ella tenía en el pueblo. Ve que su vida ha estado plagada de fracasos y de problemas, pero no tarda en darse cuenta de que, hasta el momento, ha conseguido superarlos sin ayuda de ningún charlatán. Pero sigue escuchándolo. Sigue a sus pies, porque él se ha encumbrado como el héroe de la historia, un Dios que contempla cómo las dificultades se ceban con las pobres almas mortales. Está sometida. Atrapada. Lo cual tiene gracia, porque es ella la que paga el piso, la que da de comer a su salvador. Y si hubiese investigado un poco, habría descubierto que ese muchacho procedía de una relación anterior, que duró cinco años, en los que vivía del dinero de una estudiante a la que engañó acostándose con chicas más jóvenes en su propia cama. Chicas de las que no se enamoraba, a las que no cuidaba, porque no podían ofrecerle un techo bajo el que dormir.

Y juntos edifican un teatro del que ella, en parte, es consciente, aunque no quiere serlo. De cara al público, él la ha salvado. Pero sigue vomitando, entre bastidores. Sigue fumando María, al otro lado del telón. Suspende y se arrastra atrapada en una carrera que desprecia, asfixiada por un mundo que se le cae encima. Y ocurre lo que estaba predestinado a suceder. Que las personas no escapan de su naturaleza, y el chico que la ha salvado pronto empieza a meter jóvenes en su cama cuando ella está fuera de casa. Pero como todos los hijos de puta malintencionados, por mucho que se escondan tras verborreas kilométricas e intelectualismo barato, acaban demostrando lo que son, ella lo descubre. Y él intenta hacerle ver que es culpa de la chica, que por culpa de todos esos problemas (que, en realidad, no le ha ayudado a corregir, sino que ha explotado para mantener su control sobre ella) le ha obligado a hacer algo que no quería, a buscar el cariño en otras personas con las que no necesitaba mantener una terapia continua.

Son muchas las imbéciles que han caído en esa trampa pero, en una ocasión, Leo le dijo a Ángela que era una de las personas menos imbéciles que merodeaban por un mundo plagado de inútiles. Son muchas las que han aceptado que el error era suyo y han intentado continuar una relación podrida y moribunda, pero en cierta ocasión ella misma le dijo a Pablo que conformarse es de idiotas. Así que, contra todo pronóstico, su "salvador" acaba en calzoncillos en la calle, con su ropa volando por la ventana, mientras el teatro se desmorona y se funde en llamas de odio y rabia, él contemplando su escenario viniéndose abajo con un arañazo en la mejilla y las miradas de los transeúntes clavadas en su funesto destino.

Pero librarse de ese hijo de puta no la ha salvado y Pablo, mientras fuma, empieza a pensar que el principal problema de Ángela es que no necesita ser salvada. Se trata de una de esas personas que se abalanzan, determinadas, hacia la autodestrucción. Sigue fumando María, más que antes, y vomitando, bastante menos, pero ha abandonado esa carrera que odiaba y se ha embarcado en un montón de proyectos, la mayoría artísticos, que siempre termina pero que no le sirven, como le ha confesado, para devolver el dinero que debe a unos cuantos camellos, algunos de ellos peligrosos. -Pablo – dice, tirando los restos del porro al suelo y aplastándolos con su desgastada deportiva -. ¿Cuál es ese banco que quieres atracar?

-El Ítaca. Es bastante pequeño, no hay mucha seguridad. No necesitamos cientos de miles de millones, pero sí billetes suficientes como para llenar una bolsa de deporte.

-El Ítaca – responde ella, asintiendo con la cabeza -. ¿De verdad crees que existe alguna posibilidad de que esto salga bien?

-Creo que no nos queda otro remedio, a ninguno de nosotros.  
Eso es mentira. A Pablo le quedan muchos remedios, porque su familia no va mal de dinero, pero los motivos que le están llevando a él a hacer eso son muy distintos. Y Ángela, que con tan solo mirarlo puede ver más allá de sus pensamientos, le pregunta:  
-¿Por qué haces esto?  
Silencio.  
-Porque necesito algo más... - contesta, con voz astillada.  
-Todos necesitamos algo más en un mundo que se va a la mierda – sonrío -. Si vas a hacerlo, no me voy a conformar con quedarme con los brazos cruzados delante del televisor esperando a que te saquen en las noticias.  
-Conformarse es de idiotas – recuerda Pablo.  
-Conformarse es de idiotas. Cuenta conmigo.

4

<<Es curioso cuánta violencia empieza conmigo entrando a un club de strip-tease>>.  
Néstor Sangalli aguarda en la entrada de ese local que pierde cualquier pizca de erotismo en menos de cinco minutos. La música es espantosa, utilizan juegos de luces negras para crear atmósfera y hay alcohólicos solitarios, cachondos fracasados y culos al aire por todas partes. Las chicas (hay una docena de ellas bailando en ese momento) se restriegan lánguidamente contra las barras verticales, los billetes asomando de las correas de sus tangas, estrellas por pezones y pelucas de colores. Sólo hay un par que parecen tomarse en serio su trabajo. Néstor Sangalli opina que deben de ser nuevas.  
-¿En qué puedo ayudarle? - le pregunta un miembro del equipo de seguridad, con la cabeza rapada y el traje a punto de estallar por culpa de sus bíceps. Tiene la forma de una nevera y el interior, seguramente, igual o más frío.  
Néstor Sangalli no se deja intimidar por ese mastodonte. Puede que a sus cincuenta y nueve años no esté para muchos trotes; la mayoría de su antigua musculatura se ha convertido en grasa y lo que en otro tiempo fue una larga melena dorada ahora es una pelambreira hirsuta y gris que le cae sobre los hombros. Además, se está quedando calvo. Pero tiene las facciones duras y una de esas miradas que indican a cualquier orangután uniformado que puede meterse en líos si se pasa de listo.  
-He venido a reunirme con unos hombres.  
-No son hombres lo que ofrecemos en este local.  
-Lo sé mucho mejor que usted. Represento a su propietario, el señor Liberatore. He venido a reunirme con un compañero para tratar asuntos de negocios. Le agradecería que me llevara hasta el reservado número tres.  
La simple mención de Liberatore convierte al orangután más intimidatorio en un pacífico monito de feria, así que el miembro del equipo de seguridad baja la cabeza, le hace un gesto con la mano y lo conduce entre borrachos y cachondos hacia los reservados. Una de las mujeres saluda a Sangalli desde la barra donde está bailando. Se trata de la neumática Glory Soul, nombre artístico para ocultar su más común Laura Pérez, que a pesar de haber soportado años y años en ese establecimiento sigue bailando como si no supiera hacer otra cosa en el mundo. Debería existir una edad límite para seguir dedicándose a menear las tetas sobre un escenario porque, sin duda, los cuarenta y dos son excesivos, aunque la voluptuosa Glory Soul suple su edad con un cuerpo artificial fruto de una veintena de cirugías y con una melena roja que a Sangalli le parece el típico pelo de prostituta. Además, sabe como moverse en la cama. La ha podido probar en muchas ocasiones; es una de las cosas buenas de ser la mano derecha de Liberatore.  
Las malas llegan ahora.

El vigilante lo lleva hasta el reservado número tres y se retira y Sangalli echa un último vistazo hacia aquel local cutre y deprimente. Un tío bebido alarga la mano hacia Glory, intentando aprisionar su tobillo. Néstor gira sobre sus talones, se ajusta las solapas de su americana gris (evita vestir cualquier color llamativo) y entra en el reservado. Ahí le espera Montenegro que, como siempre, está de pie, como si las sillas le provocaran sarpullidos. Montenegro es una auténtica bestia de matar, con la mandíbula cuadrada, el torso cuadrado y los brazos más grandes que Sangalli ha visto en la vida. Lleva la camisa abierta mostrando parte de unos pectorales sobre los que se podría picar roca y de su cuello cuelga un amuleto dorado con forma de ankh, perdido entre la maraña de vello negro. Es un tío parco en palabras que se entiende mucho mejor partiendo espaldas y, por si su simple presencia no fuera suficientemente amenazadora, el monstrenco tiene una cicatriz en forma de lágrima que brota de su ojo derecho. Es una cicatriz que ninguno de los que acaban en el hospital pueden olvidar jamás, aunque a decir verdad, Montenegro hace más con sus víctimas que mandarlas al hospital. Normalmente se encarga del trabajo sucio, pero ahora van a enfrentarse a un trabajo sucio que requiere de más de una persona.

-¿Cómo estás, Montero? - pregunta, estrechándole la mano, y sus dedos crujen bajo esa fuerza devastadora de la naturaleza. Sangalli intenta mantener una sonrisa cordial por simple orgullo y luego le hace un gesto para que se siente. La silla cruje bajo el peso de su compañero -. Tenemos trabajo.

-Perfecto.

Perfecto. ¿Qué tipo de respuesta es esa?

-Liberatore está muy mosqueado con los últimos movimientos de Miriam Saavedra – explica, sentándose él también -. Como cabría esperar, los intereses de ambos han chocado y ahora empieza la fiesta. Es lo malo de que haya dos organizaciones poderosas traficando con drogas en el mismo país y con la base de operaciones en la misma ciudad, un pequeño error de planificación por parte de alguna de ellas, pero eso no importa porque cualquiera de ellas te dirá que estaba aquí primero. Los hombres de Saavedra han empezado a vender en nuestro territorio, nuestros hombres se los han cargado – Montenegro asiente con la cabeza y se mira los nudillos. Seguramente él ha sido uno de los encargados de quitar de en medio a esos camellos -, y la puta de Saavedra ha reaccionado volando por los aires uno de nuestros laboratorios de metanfetamina. Tenemos policías merodeando por todas partes, pero los policías son previsibles y fáciles de tratar; el verdadero problema reside en la organización de Saavedra. Ha empezado una guerra y la intención de Liberatore es mermar todas las capacidades de su enemiga antes de que la violencia invada aún más las calles.

-¿Qué tenemos que hacer? - pregunta Montenegro con serenidad, como si le estuviesen hablando de ir a comprar helados en la tienda de enfrente. A él no le importan las guerras y los tejemanejes de sus superiores, él sólo quiere solucionar problemas con su particular método.

Le falta cerebro, porque si tuviera aunque sólo fuera una pizca, estaría tan acojonado como Néstor Sangalli. Miriam Saavedra no es una niña rica al cargo de una empresa que no comprende, ni una imbécil que se ha metido en un mundo demasiado oscuro para ella. Es una trastornada, una sangrienta demente, que disfruta degollando y que se raya una barbaridad por cualquier cosa. Y, normalmente, cuando se raya, se convierte en una trituradora humana que se baña en sangre y arranca pedazos de carne de sus enemigos a mordiscos, pega tiros como salida de una película de acción y, cuando se mete en el tema, no deja de gritar, atrapada en una especie de éxtasis orgásmico de destrucción y masacre.

Era la hija pequeña de Gustavo Saavedra, el hombre que fundó e hizo grande esa organización. Cuando Gustavo murió, aquejado de una ración de plomo en su pecho que desembocó en una investigación donde jamás se encontró al culpable, fue su hijo,

Vicente, el que tomó las riendas de la compañía. Vicente había estudiado en Oxford, Derecho y criminología, y era un tío espigado y burocrático que sabía disfrutar de las piscinas enormes y de los coches caros. Altivo, orgulloso y pedante, en realidad era incapaz de aplicar al mundo real todo lo que los libros le habían enseñado, y durante los dos años que duró su liderazgo, la organización Saavedra tocó fondo y estuvo a punto de irse a pique. Entonces Miriam decidió que era mejor dejarse de tonterías y que si alguien merecía sentarse en el sillón que había ocupado su padre, esa era la única persona de la familia que tenía cojones, así que subió hasta su despacho, lo abrazó como a un hermano, lo apuñaló veinte veces en el estómago y le arrancó los huevos con el mismo cuchillo. Luego lo arrastró por toda la habitación, dejando detrás de aquel marica llorón un rastro de sangre oscura, y lo arrojó por la ventana. Como el muy idiota era mediocre hasta para morir, fue a caer a la piscina, por lo que Miriam bajó, se metió en el agua y lo mantuvo sumergido hasta que le estallaron los pulmones. Luego, como muestra de respeto, lo sacó a suelo firme y, como muestra de desprecio, le partió el cuello sólo para asegurarse de que estaba realmente muerto. Preguntó a los hombres de confianza de Vicente si había alguien que estuviera en contra de que ella se pusiera al mando de la organización, y al pobre desgraciado que se le ocurrió debatirle le obligó a comerse los huevos de su hermano, le desgarró la garganta ahí mismo y volvió a hacer la misma pregunta. Desde entonces era la encargada de llevar hacia el futuro aquel negocio, y la organización de Saavedra se había revitalizado al tiempo que entraba en una corriente de violencia, venganza y asesinato que habría encogido el corazón del más valiente de los psicópatas.

-Miriam Saavedra no es un enemigo común – dice Sangalli, intentando que Montenegro entienda el alcance de donde se están metiendo -. Está loca, se come los corazones de sus enemigos, cree en el vudú y en la magia negra y es totalmente intocable. Toda la policía la busca y ella se pasea por ahí como una diva. ¿Sabes que cuando descubrió que uno de sus hombres de confianza era un chivato de la policía se armó ella sola con un fusil y entró en el restaurante donde aquel traidor estaba cenando y lo acribilló a tiros junto a medio centenar de civiles? Y lo hizo desnuda, para sentir la sangre de aquel infiel salpicando sobre su piel. Luego se subió a su limusina, se puso su mejor vestido de gala y fue a una fiesta en la casa de no se qué cantante.

-¿Qué tenemos que hacer?

Sangalli suspira.

-Existe otro suicida que ha decidido traicionar a Miriam. Su identidad sólo la conoce Liberatore, pero tampoco es algo que necesitemos saber. Pues bien, este soplón nos ha hecho llegar una información bastante relevante – hizo una pausa -. Hay un banco en esta ciudad que realmente pertenece a la mafia de Saavedra, donde guarda y blanquea la mayor parte del dinero que consigue con sus operaciones. No son todos los ahorros de la banda, pero si un buen pellizco que estaría mejor en nuestras manos que en las suyas. Liberatore quiere ese dinero, para empezar a desequilibrar la estructura de la organización y quitársela de en medio cuando empiece la guerra. Nos ha encargado que atraquemos ese banco, nos llevemos todo lo que podamos y peguemos unos cuantos tiros. No será un atraco normal, porque seguro que Saavedra tiene a algunos de sus hombres vigilando la zona, pero tenemos que arriesgarnos. Liberatore tiene grandes planes para esos billetes y, tal y como está nuestra organización ahora mismo, no podemos dejar pasar esa oportunidad o empezaremos a perder algunas de nuestras filiales en el resto del país.

-Me apunto – contestó, secamente, haciendo crujir los dedos.

No espera ninguna muestra de emoción por su parte, así que Néstor Sangalli se incorpora, despacio, porque cada vez le duele más la cintura. Le apetece salir de ese antro y fumar fuera un buen puro, pensando en el plan que tendrá que diseñar para que ese atraco tenga éxito.

-Necesitamos un conductor, Montenegro. Llama a Roberto Rivas, que venga aquí, y le explicas lo mismo que te he explicado yo a ti, palabra por palabra. Primero deja que el chaval se lo pase bien, que Glory Soul baile sobre sus rodillas para hacerle sentir especial, y cuando termines de contárselo, que se lo piense en la habitación de Glory. Ya va siendo hora de que ese chico descubra lo que es una mujer de verdad – aunque tenía cierta gracia considerar “una mujer de verdad” a un cuerpo siliconado y transformado por la cirugía -. Si no acepta, nos dejamos de tetas y le hablamos de lo que le hará Liberatore si no nos ayuda.

-Entendido.

-Tú también podrías divertirte con alguna de esas que bailan ahí fuera, para nosotros invita la casa. Buenas noches, Montenegro.

Se dispone a marcharse cuando la voz grave de su compañero le detiene.

-¿Qué banco vamos a atracar?

-Uno con un nombre ridículo – se para a pensar unos instantes. Al igual que su cadera y que el resto de su cuerpo, su memoria ya no es lo que era -. El Ítaca.

## 5

Víctor Bastida se lleva a la boca otro trozo de uno de sus platos favoritos, un taco de salmón con suspiro de Idiazabal y sopa de fruta de la pasión. El restaurante donde está comiendo con su agente literario, el desdichado Miguel Berné, que siempre se muestra pesimista aunque tenga un ejército de ángeles desnudas bailando a su alrededor durante su ascensión al Cielo, se encuentra a las afueras de la ciudad y consiste en un enorme edificio palaciego y, lo que es más interesante, un amplio jardín con varias mesas situadas en torno a una fuente que, con sus chorros, cascadas, cambios de iluminación y esculturas de todo un elenco de dioses griegos y romanos, poco tiene que envidiar a la Fontana de Trevi. El jardín, además, está cercado por un amplio y frondoso círculo de árboles que rasgan con sus ramas el cielo salpicado de estrellas.

-¿Por qué no nos acompaña tu mujer? - pregunta Miguel, probando sus brochetas de caprese. Es un tío menudo y paliducho, con gafas de culo de vaso, tan pequeño y rechoncho que se podría jugar con él a modo de pelota.

-¿Por qué no nos acompaña la tuya?

Miguel Berné levanta sus ojos de animalillo inquieto por encima de las gafas y aprieta los labios, como si impidiera el paso a determinadas palabras.

-Ya sabes que mi mujer está muriéndose de cáncer.

Lo que Miguel Berné no sabe es que su mujer, antes de empezar a morir de cáncer, ha compartido cama con Víctor Bastida más de un día, varias veces al día, poco después de que Bastida contrajera matrimonio. Han sido discretos, por eso las revistas del corazón les han dejado en paz con una noticia que habría causado cierto revuelo y demasiados problemas, pero Víctor siempre ha temido que en algún momento aquella zorra ninfómana decidiera abrir la boca para joderle a él o al inútil de su marido. Gracias a Dios, el tumor que le estaba devorando los pulmones pronto la silenciaría para siempre.

-Y la mía está ocupada en casa, acabamos de mudarnos al piso nuevo y – otro pedazo de salmón -, quiere poner orden en las cajas de cartón, las que tienen mis manuscritos y recortes de periódico. Y si la chica quiere trabajar, que trabaje, mientras mañana no me dé la vara y se ponga cariñosa cuando me toque escribir.

-¿Estás seguro de lo que dijiste el otro día en la presentación de Atrapasueños?

-¿De qué? - inquiera él, dándole un golpecito con el tenedor al plato.

-De escribir una novela sobre un atraco. La gente ya relaciona tus historias como una mezcla de realidad e imaginación, de realismo mágico, con personajes excéntricos y cierta fantasía que se esconde de principio a fin. ¿No deberías explotar esa vertiente

tuya un poco más antes de empezar con...?

Si hay algo que le jode, por encima de todas las cosas, a Víctor Bastida, eso es que le digan lo que tiene que hacer.

-Si quisiera hacer una historia con ángeles, dioses y mundos de fantasía con sus caballeros y princesas, la haría. Si me da la gana escribir sobre atracos a bancos, tráfico de drogas o estafas inmobiliarias sobre las que baila un personaje inepto y traicionero como Gálvez, escribo sobre eso. Y si resulta que algún día me despierto y me da la puñetera gana de crear una precuela de Atrapasueños ambientada en el Salvaje Oeste – se inclina hacia delante y lo señala con el tenedor –, eso será precisamente lo que haga.

-Pero tenemos que estar pendiente de lo que quiere el público y...

-El puto público me quiere a mí y ya puedo vomitar mierda sobre la página en blanco que ellos se la leerán como si fuese maná de los dioses – toma un último trozo de salmón, se lleva la copa de vino a los labios y luego se limpia con una servilleta -. Así que no te atrevas a decirme qué debo escribir porque es gracias a mí por lo que tú comes, porque de no ser por lo que sale de aquí dentro – apoya un dedo en su sien –, la editorial para la que trabajo estaría en la ruina. Por tanto, más vale que ni tú ni nadie me cabree, porque te puedo asegurar que tengo bastante dinero como para retirarme durante el resto de mi vida mientras todos los que estáis a mi alrededor os morís de hambre, ¿queda claro?

Miguel Berné, completamente colorado, baja la cabeza. Sabe que cuando Víctor Bastida empieza a hablar, no hay quien lo calle, y que entrena a sus palabras para que hagan blanco ahí donde más duele. El tipo, nervioso, se limpia las gafas, vuelve a ponérselas y balbucea antes de contestar:

-Sí. Queda claro.

-Muy bien, ahora paguemos la puta cuenta y dejemos algo de propina para que el camarero le compre algo bonito a su hijo. Tengo cosas que hacer.

Salen del restaurante poco después, Víctor ajustándose la corbata porque sabe que hay lugares en los que hay que llevar el nudo bien puesto, y se despide de Miguel Berné en las escaleras que bajan hasta el aparcamiento. Mientras ese hombre gordito se marcha en su desvencijado vehículo, Bastida aguarda, pensativo. Las cosas están bastante peliagudas. El propietario de aquel restaurante es amigo suyo, y ambos comparten un contacto en común, el señor Gálvez. Normalmente le invitan a comer ahí, y lo despiden con un obsequio, una buena botella de vino, pero esa noche ha tenido que pagar hasta el último céntimo, lo cual quiere decir que la policía está siguiendo todos los movimientos de esa maldita trama económica en la que jamás debió involucrarse. Lo supo desde el primer momento, cuando Sunny Heart, Trista, le presentó a su hermano, un tío esquelético y con ojos gigantescos de chiflado, que le dijo que trabajaba para un hombre muy importante que podía hacer aparecer toneladas de dinero chasqueando los dedos como si fuese un mago de las finanzas. Y la zorra de Trista le animó para que formara parte de esos negocios, y al tiempo que sus novelas empezaron a tener un éxito aún mayor, a cambio de ciertos favores, como invertir capital en determinados proyectos urbanísticos o presentar inauguraciones de centros culturales que brotaban como setas, él empezó a recibir regalos, como la Joya en Blanco, unos cuantos coches de lujo e incluso una casa en las montañas. Pero ahora la policía acechaba, y existía el problema de que se abalanzaran sobre él como bestias hambrientas. Y Víctor Bastida no quiere terminar sus próximas novelas en una pequeña celda.

Suspira. Aunque una celda es mejor que destinos más variados. Por ejemplo, hace casi un año que nadie sabe nada del hermano de Sunny Heart. Ha desaparecido, como si también formara parte de un truco de magia. Hay quien dice que se ha esfumado con todo el dinero que podía reunir y quien asegura que está enterrado en algún

descampado, después de no pagar todo lo que le debía a Gálvez o de amenazar con convertirse en testigo en el juicio que se estaba organizando.

Desciende las escaleras hacia su vehículo, un elegante Jaguar XK 140 Coupé de color azul, cuando ve a un hombre apoyado en el lateral del coche. Su primer impulso es gritarle que se aleje, pero hay algo en ese tipo que le hace quedarse callado. Es alto, terriblemente alto, y va envuelto en una larga gabardina negra que le llega hasta el suelo, las manos metidas en los bolsillos. No parece especialmente fuerte, pero sí lo bastante como para tumbar a un escritor como él. Pero lo peor de todo no es su físico, ni su rostro, que parece labrado en cera, con los rasgos tan afilados que cualquiera podría pensar que cortan. Sus ojos son pequeños y fríos como la piedra. Sin embargo, tampoco es eso lo que asusta a Víctor Bastida, sino su presencia; a pesar de que el aparcamiento está iluminado por varias farolas y que las estrellas y la luz de la luna también caen sobre los vehículos empapándolos con un tono pálido y enfermizo, aquel hombre parece rodeado de sombras.

-Si ha venido a que le firme algún libro – le dice, rodeando el vehículo para introducirse en el Jaguar por el lado opuesto al que aquel misterioso hombre se encuentra -, tendrá que esperar a la próxima presentación. Los escritores también tenemos nuestros horarios de descanso.

A decir verdad sus palabras no suenan tan contundentes como pretende. De hecho, el aludido ni se inmuta, y simplemente gira sobre sus talones para seguirlo con la mirada. No es que sea inexpresivo, es que en su semblante no parece que pueda existir emoción alguna. Tiene el pelo negro peinado hacia atrás, el ceño unido de tanto fruncirlo y los ojos son similares, ahora que se fija bien, no tanto a piedras como a los inertes ojos de una muñeca de porcelana.

-Me llamo Enzo Carbonell – se presenta con voz átona.

-Encantado, *Enzocarbonell*– contesta Víctor, buscando las llaves de su coche en su bolsillo. Las encuentra y se dispone a meterlas en la cerradura -. Ahora, si no le importa, ¿podría apartarse de mi coche? Voy a ponerlo en marcha y no me gustaría que mis ruedas pasaran por encima de esa gabardina tan elegante que lleva puesta.

-Represento los intereses del Señor Gálvez.

<<Mierda>>.

Su mano permanece en la llave pero no llega a abrir la puerta. Muy despacio, esforzándose por controlar los latidos de su corazón desbocado, levanta la cabeza. Enzo Carbonell aguarda al otro lado del capó, las manos en los bolsillos, estudiándolo con la mirada como si fuese una rana en la mesa de disección. No es del tipo de gente con la que Gálvez se deja ver, pero supone que es un elemento importante de su conglomerado de negocios. Uno no gana dinero a raudales rodeado de cantantes, artistas y políticos, necesita un demiurgo que ponga algo de orden en ese caos.

Enzo Carbonell tiene toda la pinta de ser ese demiurgo.

-No creo que sea una buena idea que nos vean juntos en este aparcamiento, señor Carbonell. Si Gálvez quiere hablar conmigo, le telefonearé en cuanto llegue a casa y...

-Nada de teléfonos. Su línea, señor Bastida, está pinchada. La policía lo escucha todo. Si quiere hablar con él, tendrá que hacerlo a partir de mí.

-¿No puede dejar de lado esa charla de autómatas?

Silencio. Víctor Bastida ríe, nervioso, y se apoya en la ventanilla.

-Muy bien, ¿qué es lo que quiere Gálvez?

-El dinero que le debe. Dos mil millones. Antes de dos días.

-¡Ya se lo dije hace un mes! - exclama Bastida, extendiendo mucho los brazos -. Tengo su maldito dinero, pero también tengo a la policía vigilando lo que sale y entra en cada una de mis cuentas. No puedo hacer desaparecer dos mil millones de un plumazo, el que sabe hacer trucos de...

Una música estridente lo interrumpe, una melodía polifónica que parece pertenecer a

los teléfonos móviles de una década antes. Carbonell levanta una mano para hacerle callar y con la otra saca un teléfono viejo y negro del bolsillo de su gabardina, pulsa una tecla y se lo lleva al oído.

-Enzo – silencio. Alguien le habla desde el otro lado de la línea, pero Víctor no puede deducir sobre qué trata la conversación porque el rostro de ese tipo es más inescrutable que los designios de Dios -. ¿El concejal? Sí, venció el plazo. ¿Esta misma noche? Ya hicimos la advertencia...

-Oiga, tengo un poco de prisa...

De nuevo, aquella mano silenciosa exigiéndola que permaneciera en el sitio. Víctor Bastida aguarda, retorciéndose los dedos con inquietud y mirando fijamente la punta de sus zapatos. Ninguna noche que empieza con un taco de salmón con suspiro de Idiazabal y sopa de fruta de la pasión debería acabar con un encuentro tan tenso en un aparcamiento, pero los escritores de la Realidad suelen ser bastante cabrones.

-Acudiré esta misma noche. Antes de una hora, entendido. No se preocupe, sólo envíeme la dirección.

Cuelga el teléfono y lo guarda en el bolsillo. En ningún momento ha dejado de contemplar a Víctor Bastida.

-Al Señor Gálvez no le importan sus problemas, caballero. Este barco se está hundiendo y es el momento de repartir el dinero que nos debemos para poder comprar la entrada a los botes salvavidas. Si no está dispuesto, o no encuentra la manera de reunir el dinero antes de dos días... No sólo no subirá a un barco salvavidas, sino que nosotros mismos nos encargaremos de arrojarlo por la borda para que no entorpezca a los demás. ¿Queda claro?

-¿Es esto una amenaza?

-Usted es el escritor. Imagínese lo.

Y sin mediar más palabra, se da la vuelta y se marcha. Víctor Bastida permanece inmóvil un rato más, odiando al hermano desaparecido de Sunny Heart y preguntándose donde diablos habrían acabado sus huesos. Observa a ese hombre de rostro de cera, rodeado en sombras, sumergirse en la oscuridad hasta que, de pronto, parece desvanecerse.

## 6

Jorge está sentado sobre el respaldo de un banco de madera del parque cercano a su casa. Pablo lo encuentra porque sabe dónde buscarlo y, sin pronunciar palabra, sin que sea necesario que ninguno de los dos intercambien siquiera un saludo, camina hacia él y se sienta a su lado. Es de noche y no hay un alma, sólo árboles y hierbajos descuidados. El único ruido es el ladrido distante de un perro y el chasquido de los aspersores, que lo salpican todo.

-¿Quieres uno? - le pregunta Pablo, sacando su paquete de tabaco.

Jorge lo rechaza con un gesto de la mano, así que Pablo toma un único cigarro y se lo enciende. Silencio. Su amigo está ligeramente encorvado hacia delante, con los antebrazos apoyados en las rodillas y sus ojos pardos miran el parque sin ver nada al otro lado de unas gafas de cristal. Tiene el pelo negro y revuelto, y un mechón rebelde le cae sobre la frente.

-¿Ha pasado algo más, Jorge?

-Mis padres no pueden pagar el colegio de mi hermana. Me he enterado nada más entrar en casa. Así que probablemente tampoco puedan pagarme la Universidad, y eso que sólo me queda un año... Y con el nuevo sistema de becas, a saber cuantas pollas tendría que chupar para conseguir unos pocos céntimos.

-Lo siento.

-¿Has hablado ya con Leo?

-No, sólo con Ángela, después de que os marcharais.

-Así que supongo que vas a intentar convencerme a mí primero para tener un punto de apoyo desde el que arrastrarle a él. ¿Has conseguido convencer a Ángela?

-Ángela está conmigo, sí.

Jorge deja escapar una carcajada. Es un tipo listo, sereno y frío, que cumple con el perfil analítico y distanciado de todo estudiante de matemáticas, pero en ese momento parece roto por dentro. Su propio personaje le está fallando.

-No sé por qué, no me extraña, los dos tenéis medio millar de bandadas de pájaros revoloteando por la cabeza. Pero Leo tiene razón. Yo soy estudiante de Matemáticas, tu de Periodismo, Blanca se dedica a hacer amuletos y tonterías que malvende y Leo, el poco dinero que consigue, lo hace arreglando motos de amigos. No podemos atracar un banco. Por muy complejo que sea el plan, no estamos preparados para...

-El principal plan es que no existe un plan.

Jorge se vuelve hacia él, una ceja enarcada.

-No pretendo interferir en las cámaras de seguridad, sobornar a alguien de dentro o abrir un túnel que nos lleve hasta la caja fuerte. Cuantos más detalles forman un proyecto, más posible es que alguno de ellos falle y todo se desmorone.

-Entonces, ¿vas a entrar y a pedir el dinero amablemente?

-Pretendo robar un coche, para lo que sí que necesito a Leo. Luego conducimos hasta el banco, tres de nosotros se enfundan pasamontañas, entran, exigen que pongan todo el dinero en una bolsa y nos largamos echando leches sin hacer daño a nadie. El conductor espera a que estemos todos, arranca y desaparecemos, todo en menos de un minuto... No necesitamos una fortuna, sólo lo justo para saldar nuestras deudas y un poquito más para sobrevivir. Después abandonamos el coche en algún descampado, le prendemos fuego y nos pasamos una buena temporada lejos, como si fuésemos un grupo de amigos de vacaciones, mientras se calman los humos.

-Muy bien. A tu plan le veo bastantes errores – Jorge levanta un dedo -. Para empezar no tenemos armas...

-Mi padre tiene licencia. Podemos conseguir dos pistolas, sólo por si acaso. El tercer arma puede ser falsa; al fin y al cabo no vamos a disparar a nadie.

Segundo dedo.

-Por muchos pasamontañas que llevemos puestos, puede haber algún sistema para identificarnos...

-¿Estás seguro? El Solitario, usando ridículos disfraces, atracó más de veinte bancos entre 1993 y 2007, y sólo al final lo atraparon.

-Pero lo atraparon.

-Pero nosotros no vamos a estar atracando bancos hasta que nos detengan. Vamos a llevar a cabo un único golpe, sin muertos, tan rápido que la policía se dará cuenta de lo que ha ocurrido cuando ya nos hayamos marchado. No pretendo ni apretar el gatillo para hacer un disparo de advertencia. Rápido y silencioso.

-Es una locura, Pablo.

-También es una locura que tu hermana pequeña no pueda ir al colegio, que tú tengas que dejar la Universidad cuando eres uno de sus mejores alumnos y que vayan a echaros de casa sólo porque un banco de mierda hizo firmar a tus padres unos documentos llenos de estafas. Es una locura que gente que se ha pasado la vida trabajando acabe en la calle porque unos pocos están jugando a repartirse el dinero de los demás.

-¿Y qué puedo hacer yo frente a eso? - exclama Jorge, incorporándose.

Pablo se encoge de hombros, como si la respuesta fuese obvia.

-¿Que qué puedes hacer? No lo sé, pero ver como tu familia se muere de hambre no me parece la respuesta más lógica a una situación como esta. Podemos conseguir el dinero, podemos dar un puñetazo en la cara a este sistema rancio y, por una puñetera

vez, ser verdaderamente libres.

-Eso es lo que tú pretendes, ¿verdad? - el perro sigue ladrando -. Ser libre. Tus padres tienen pasta; quizá no sean millonarios, pero vivís bien. El problema es que te aburres tanto con tu vida que necesitas hacer algo inimaginable, una chaladura que conseguirá llevarnos a todos a la cárcel.

-Tú no sabes nada de mi familia, Jorge. También tenemos problemas. Pero los motivos por los que hago esto me los guardo para mí, lo único que pretendo saber es si los tuyos te van a permitir quedarte de brazos cruzados.

-¿Vais a ir a hablar con Leo?

-En cuanto terminemos esta conversación iré al hospital, sí.

Jorge vuelve a sentarse, a apoyar los brazos en sus piernas, a mirar sin ver. La brisa susurra entre las hojas de los árboles y el sonido de los aspersores inunda el silencio. Pablo permanece de pie, fingiendo consultar su teléfono móvil, hasta que su amigo levanta la cabeza hacia él. Tiene una expresión extraña, una mezcla de miedo y ansiedad.

-En principio me apunto, pero con la posibilidad de echarme atrás cuando me de la gana. Quiero ver hasta donde sois capaces de llevar esta estupidez y pararos los pies si se os va demasiado la cabeza.

-Gracias, Jorge. Gracias.

-Puedo echarme atrás cuando quiera.

Pero eso a Pablo no le preocupa.

Jorge no va a echarse atrás.

Jorge es de los buenos.

## 7

Hay una furgoneta estacionada a veinte metros del banco Ítaca, con las luces apagadas y el motor en marcha. Es la típica furgoneta roja que se podría asociar a un pederasta en busca de un niño al que ofrecer caramelos, pero sus ocupantes, dos siluetas recortadas contra el parabrisas, no son, precisamente, pedófilos. De hecho, aunque han probado muchas cosas, los críos los dejan para los degenerados.

Examinan el banco desde la distancia como si fuese una obra de arte que conviene contemplar con perspectiva. Son un hombre y una mujer, y deben rondar los treinta años. Ambos son atractivos, y parecen hechos el uno para el otro. Si Dios arrancó la costilla de Adán para crear a Eva, sin duda arrancó también la de ese hombre para dar forma a la mujer que está sentada al volante. Ella es pelirroja, de ojos verdes, con un cuerpo esculpido por algún talentoso artista. Él es alto y ancho de hombros, fuerte, pero sin que una exagerada musculatura deforme su físico. Tiene el pelo rubio muy corto y los ojos verdes, extraña combinación. Los dos comparten rasgos que podrían formar parte de los miembros del Olimpo, y cuando están a punto de trabajar nunca sonrían. La preparación de un atraco exige concentración, incluso en los días previos. Ahora tienen el lugar. Saben cuando entrarán, dentro de dos días, y más o menos cómo lo harán, porque esa ya va ser la vigésimo tercera caja de ahorros que roban. Dos caretas cuelgan de la guantera, una con forma de vaca, la otra con forma de caballo, fieles compañeras de sus incursiones.

Se llaman Erik Lindberg y Susana Helguero. Él procede de una familia que se trasladó de Suecia a España cuando él sólo tenía cinco años. Su padre es médico, su madre enfermera, y él es estudiante de Medicina para seguir los pasos de su familia, aunque la Medicina no le entusiasma especialmente. Susana, en cambio, procede de un mundo más humilde, del extrarradio de la ciudad. Padre en la cárcel y madre vendedora de periódicos. Nunca ha intentado estudiar una carrera y lleva robando cosas desde que es una niña. Pero eso la gente no lo sabe.

Los que los conocen creen que forman una pareja perfecta, que cenan en lugares bonitos y después se meten en la cama para gemir ecos de gozo que despiertan la envidia de los dioses. Y por supuesto que cenan en restaurantes hermosos y follan como locos, llevan haciéndolo quince años. Pero los que lo conocen no saben que hay algo que disfrutan más que el sexo o el lujo, algo que no se puede contar en las tensas reuniones familiares.

No roban por necesidad. Susana, de niña, lo hacía, pero ahora, gracias a Erik y a los trabajos que ella va consiguiendo, tiene dinero suficiente para sobrevivir. Atracan bancos porque sonadictosa la adrenalina que supone irrumpir en un lugar abarrotado de gente pegando tiros y exigir a una cajera asustada que meta todo el dinero en una bolsa. Unos bancos son más complicados que otros. Tienen cicatrices de guerra. En una ocasión, Susana tuvo que extraerle una bala del hombro a Erik y después se acostaron y ella experimentó el orgasmo más intenso que había tenido en la vida. Han matado a policías y civiles, porque si te metes en tiroteos es inevitable que alguien muera, pero esos cadáveres no hacen más que alimentar una leyenda que se está forjando en torno a esos dos misteriosos atracadores.

No han elegido el Ítaca por nada en especial. Se mueven por todo el país y buscan aquellos bancos que les llaman la atención normalmente por encontrarse en el lugar adecuado para organizar una buena huida. Las persecuciones entusiasman a Susana, que disfruta al volante casi tanto como sobre el cuerpo desnudo de Erik. Suelen dejar tras de sí una oleada de destrucción que vuelve locas a las noticias.

Han elegido el Ítaca, básicamente, por azar. Y lo estudian, para descubrir sus puntos débiles. Dentro de dos días, armados con sus escopetas de bombeo, entrarán ahí bramando el clásico “¡Todo el mundo al suelo, cabrones!”, y le volarán la tapa de los sesos a cualquier desgraciado que se atreva a interponerse en su camino.

## 8

-Siempre hemos sido un grupo de amigos bastante inusual.

Leo pronuncia esas palabras tan pronto como Pablo entra en la habitación del hospital, como si hubiera sabido que su amigo se presentaría ahí. Y seguramente lo ha sabido desde el primer momento, porque no hace falta conocer mucho a Pablo para saber que, cuando una idea se le mete en la cabeza, hace falta mucho esfuerzo y paciencia para conseguir arrancársela.

-Nunca hemos tenido una brújula moral que nos indique qué es lo correcto y qué no – continúa -. Por eso nos hemos metido en tantos problemas. Y ya te lo he dicho antes, no me arrepiento de ninguno.

Pablo se queda en el umbral. Escucha a dos enfermeras con las que se ha cruzado en el pasillo hablar del tamaño del paquete de un tal Doctor Reyes. También escucha los pitidos de las innumerables máquinas a las que, mediante cables y tubos, está conectado el padre de Leo, que se encuentra postrado en una cama, inconsciente, con la piel pálida pegada a los huesos, el pecho subiendo y bajando al ritmo de su quejumbrosa respiración y con los pulmones consumiéndose mientras el cáncer se extiende. Leo está sentado a su lado, en una incómoda silla, aunque no mira a su padre, ni tampoco a Pablo, sino que mira a través de la ventana abierta, hacia los edificios de la ciudad y la luna llena que se alza en un cielo negro sin estrellas.

-Cuando ocurrió lo del bar, Paula me preguntó por qué lo hice – Paula había sido la pareja de Leo durante tres meses. También era, y seguía siendo, la mejor amiga de la ex novia de Pablo. Las relaciones de ambos habían concluido prácticamente al mismo tiempo -. Me lo preguntó llorando, cabreada y asustada, y yo no le contesté porque sabía que no lo habría entendido, porque en parte no lo entiendo ni yo mismo. Pero a pesar de todo – insistió -, no me arrepiento, a pesar de todos los problemas que eso

nos ha causado. Y, tío, te juro que te acompañaría al mismísimo límite del mundo si tú me lo pidieras, pero esta idea tuya es una locura.

-¿Qué harás cuando tu padre se muera?

-Levantarme de esta silla y organizar su funeral.

-¿Y después?

-No lo sé.

-No tienes ningún sitio donde quedarte. No puedes pagar su casa porque no tienes un trabajo estable. ¿Qué harás? ¿Buscar un cajero donde pasar la noche y pasarte los días rezando para que a ningún grupo de niños pijos bien vestidos se les ocurra qué debe sentirse al prender fuego a un mendigo al que nadie echará de menos?

-¿Por qué eres tan radical?

-Porque el mundo se está yendo tanto a la mierda que ni poniéndonos en lo peor podemos acercarnos a lo dura que será la realidad.

Leo resopla, se incorpora y se da la vuelta para mirar a Pablo, con una mano apoyada en el respaldo de la silla, su silueta recortada contra la luz de luna que entra por la ventana. Es un chico fuerte. Hubo un tiempo en el que soñaba con convertirse en jugador de rugby, y el tío se pasaba las horas en el gimnasio, haciendo flexiones, levantando pesas y utilizando todas aquellas máquinas grotescas que rompen de mil maneras distintas tus fibras musculares. Además tiene una melena rizada y negra que le cae sobre los hombros y una barba descuidada que le otorga cierto aspecto de naufrago. Intenta no cabrearse porque sabe que si se enfada puede resultar de lo más aterrador. Pablo nunca olvida cómo en una manifestación le arrebató la porra a un antidisturbios que cargaba contra él y lo molió a golpes ahí mismo. La policía no lo atrapó de milagro.

-¿Jorge y Ángela han aceptado?

-Sí. Aunque Jorge dice que en cuanto la cosa no pinte bien se echará atrás.

-No lo hará.

-Ya lo sé.

Leo sacude la cabeza.

-Eso es lo que más me jode de ti. Nos conoces demasiado.

-Son ya muchos años.

-Has venido hasta aquí porque sabes que voy a aceptar, ¿verdad?

-Sé que no serías capaz de dejarnos solos en esto. También sé que no eres de los que se quedan de brazos cruzados, me lo has demostrado más de mil veces.

Ambas son frases de lo más manidas, pero a Pablo no se le ocurre nada mejor. A decir verdad, no está del todo seguro de que Leo vaya a aceptar unirse a aquella aventura demencial porque, a pesar de que ha sido siempre su mejor amigo, últimamente las cosas han cambiado. Ya no son críos, ni adolescentes que salen por la noche a ligar. Leo estuvo a punto de irse a vivir con Paula antes de que las cosas se complicaran, han pasado por cosas que los han convertido en adultos, y siguen sumergidos en ellas, creciendo demasiado rápido. Esas cosas los transforman. Ya no está muy seguro de cómo es Leo, pero es que tampoco está muy seguro de cómo es él mismo.

-Si me apunto y mi padre muere mientras estoy fuera, no te lo perdonaré en la vida.

-No nos llevará mucho tiempo. Tu padre aguantará hasta que vuelvas.

-Aún no he dicho que vaya a ayudaros.

Pablo sonrío.

-Mañana vamos a quedar en la Luna para concretar los detalles. Si decides formar parte de nuestro plan, acude a las seis de la tarde, ¿entendido?

Hay unos momentos de silencio roto por los pitidos de las máquinas. Entonces, Leo se da la vuelta y contempla la figura de su padre.

-Ahí estaré.

## II Un hombre va caminando por ahí, tomando nombres

1

Llama al timbre.

Sabe que no van a abrirle de inmediato, porque nadie en su sano juicio abriría la puerta a alguien pasada la medianoche, pero Enzo Carbonell, envuelto en su gabardina negra, permanece ahí de pie, observando la mirilla, esperando ver un punto de luz que indique que alguien ha entrado en el vestíbulo. En su mano derecha sostiene la herramienta que le permite elaborar su particular estilo artístico. Una pistola con silenciador, para no molestar a los vecinos. A nadie le gusta despertarse con el ruido de los disparos.

Aparece un punto de luz en la mirilla y Enzo escucha pasos pesados acercándose hasta la puerta. El concejal es un tipo gordo como un elefante con sobrepeso con tanta grasa que le forma varias papadas debajo de una cabeza mórbida y calva. Es una tontería desperdiciar munición con él porque antes o después (más antes que después) el tipo va a morir de un infarto, pero Gálvez quiere ser él quien ponga punto y final a su vida. No es tanto por el hecho de matar a alguien sino por mandar un mensaje a los que siguen con vida. O pagas en los plazos adecuados o tus sesos pintan el aire. Sin embargo, el concejal aún tiene una oportunidad de salir con vida de aquel embrollo. Enzo espera que lo haga. No tiene ganas de matar esa noche.

-¿Quién es? - pregunta una voz asustada al otro lado de la puerta.

-Enzo Carbonell. Hablamos hace dos días. Vengo en nombre del señor Gálvez.

-¿Qué...? - casi puede oír como su corazón impregnado de colesterol se acelera -.  
¿Qué quiere?

-Necesito hablar con usted.

-Mi familia está en el salón. No es el momento adecuado...

-Abra la puerta para que podamos terminar con esto cuanto antes sin necesidad de involucrar a su familia.

El concejal abre la puerta, pero no del todo. Sólo una rendija, y Enzo ve que ha puesto la cadena de seguridad. Una estúpida cadena dorada que no va a servir de nada. A través de la rendija ve el ojo derecho de aquel hombre, azabache y vidrioso, que contempla el rostro afilado de Enzo con terror reverencial y luego baja hasta la pistola con silenciador, que está apuntando al suelo.

-No he podido reunir el dinero... No todo, aún no – explica, atragantándose con las palabras -. Las cosas se han puesto bastante feas y tengo a la policía muy cerca, si hago algo sospechoso podrían meternos en líos, a mí y al señor Gálvez, y no es mi...

Enzo ya ha escuchado esa historia de boca del patético escritor. Le propina una patada a la puerta, la cadena se rompe y la gruesa hoja de madera golpea al concejal en la cara. Éste retrocede, en un torpe baile, mientras se lleva las manos a la cara y la sangre corre entre sus dedos. Grita con todas sus fuerzas, su gordo trasero choca contra una estantería de cristal y ésta se cae con gran estrépito. Los restos de las figuras que había en los estantes se derraman bajo los pies descalzos del concejal, que está embutido en un pijama de color azul claro. Enzo dispara. El arma apenas produce un sordo chasquido, pero un pedazo de cuello de su víctima sale disparado y la sangre vuela en todas direcciones. El hombre se golpea contra la pared e intenta gritar pero sólo consigue articular un sonido burbujeante. Sus labios se mueven, pero no habla.

Enzo vuelve a disparar.

El concejal cae con todo su peso sentado en el suelo, apoyado contra la pared. Del orificio negro que acaba de abrirse en la frente brota un hilo de sangre que se mezcla con la que mana desde las heridas que le han abierto la puerta en la cara.

El tipo se queda ahí, sentado, con los brazos caídos y la cabeza ladeada. Tiene los ojos muy abiertos, como si estuviera sorprendido, y un charco de sangre se extiende debajo de él. Está muerto. Enzo se dispone a marcharse cuando de pronto unos pasos llegan corriendo por el pasillo.

-¡Esteban! - grita una voz de mujer -. ¡Esteban! ¿Qué ha pasado?

La bonita esposa del concejal irrumpe en el vestíbulo. Es tan delgada que parece una broma de mal gusto, y tiene una espesa melena pelirroja que le cae revuelta sobre los hombros y que combina con la bata roja que, durante su carrera, se le ha abierto, desvelando sus pequeños pechos y sus marcadas costillas. La mujer se detiene, sus ojos verdes se deslizan primero por los restos de cristal y porcelana que hay por el suelo, luego se abren como platos al descubrir el cadáver de su marido y, por último, se encuentran con la fría mirada de Enzo. La mujer ha cometido el error de verle la cara pero, por si fuera poco, se dispone a cometer un segundo error: gritar.

Así que Enzo vuelve a disparar.

La mujer se cubre el rostro con una mano en un torpe intento de defenderse, pero no le sirve de nada. La bala abre un agujero en la palma de su mano y otro que destroza su nariz. Aquella hermosa mujer, que quizá ni siquiera sabía los negocios turbios en los que andaba metido su marido, se tambalea. El orificio ha alcanzado una de las cuencas de sus ojos y el globo ocular empieza a deslizarse por su mejilla, como una sangrienta y gorda lágrima blanca. La pobre desgraciada cae al suelo y su cuello se dobla acompañado de un desagradable crujido.

Carbonell suspira. Los trabajos extra no se pagan y siempre resultan de lo más molestos, aunque en ocasiones también son necesarios. De nuevo se dispone a marcharse, porque el ruido de la estantería puede haber alertado a algún vecino, cuando de nuevo escucha pasos en el pasillo.

-¿Mamá? - pregunta la voz de un niño -. ¡Mamá!

El crío no retrocede o intenta esconderse sino que, al ver a su madre muerta, tirada en el suelo con un ojo fuera de su cuenca y un charco de sangre como colchón, corre hacia ella y cae de rodillas a su lado, llorando. No debe tener más de ocho años, y ya empieza a parecer una bola, como su padre. Con el rostro convertido en una deforme máscara de lágrimas, acerca las manos trémulas a su madre, balbucea y, de pronto, levanta la cabeza hacia Enzo Carbonell.

-¿Qué... qué le ha hecho? ¿Por qué? ¿Por qué ha matado...?

Dos disparos le impiden terminar su pregunta. Enzo da la espalda al cuerpo del niño y por primera vez en mucho tiempo hay algún tipo de emoción en su rostro. No es el primer crío que mata, pero nunca consigue acostumbrarse. Guarda la pistola con silenciador bajo su gabardina, cierra la puerta con su mano enguantada y empieza a bajar las escaleras del edificio. Mientras lo hace, saca el teléfono móvil y marca el número de teléfono de Gálvez. Su jefe no tarda en contestar.

-El concejal está muerto. Las cosas se han complicado y he tenido que matar también a su esposa y a su hijo. No hay testigos.

-¿Has hablado con Bastida?

-Sí.

-¿Pagará?

-Lo dudo mucho. Le he dado dos días de plazo.

-Si no transfiere el dinero, mata a esa tetuda folladora de su mujer. Quizá eso le ponga los huevos por corbata y decida poner en movimiento el dinero. Si no lo hace, al cabo de dos días, te lo cargas a él también.

-De acuerdo.

-Ojalá no pague. Como odio a ese cabrón.

Las dos cosas más complicadas que existen en el mundo eran grabar *ungangbang*, con una docena de tíos esforzándose por llenar todos los orificios de tu cuerpo y aplastándote entre torsos sudorosos y brazos hiper musculados, y ser la esposa de un escritor de éxito. Sunny Heart lo sabe mejor que nadie.

Hace mucho que no utiliza su apodo artístico, aunque si buscas en google, Sunny Heart tiene como mil veces más resultados que su verdadero nombre, Trista Ilardia. Sunny Heart empezó su carrera nueve años atrás, antes de operarse los pechos, como novata en la famosa página web española *Squirtage*. Los productores estaban emocionados con su capacidad para correrse una y otra vez sin que pareciera artificial, y pronto se convirtió en el buque insignia de la página protagonizando vídeos con títulos tan ridículos como *Glup, glup, glup, Sunny y la horda de negros, Una mujer destrozada Mira lo que hace cuando no estás en casa*. Todas sus "obras de arte" pueden encontrarse en cualquier página porno, incluida su incursión en la industria estadounidense de más alto nivel, así que Internet tiene Sunny Heart para dar y vender. Sin embargo, existe poca información sobre Trista Ilardia; que es la esposa del famoso escritor Víctor Bastida, que estuvo presente en una fiesta como compañera de Víctor Bastida o que va a participar en la próxima película basada en la obra de Víctor Bastida. Además, siempre que aparece su nombre real va acompañado, entre paréntesis, de su antiguo apodo.

Sin embargo, ser invisible para el ojo humano no es el principal problema de ser la esposa de un escritor famoso. Trista prefiere pasar desapercibida después de haber sido la diva de la masturbación de todo tipo de gente durante nueve años. Lo complicado es haberse convertido en la musa de Bastida, a pesar de que ambos saben que ella no tiene categoría de musa. Tiene que soportar las manías de su marido, que realiza todo tipo de solemnes ceremonias antes de enfrentarse a la página en blanco, y, sobre todo, debe sobrellevar su frustración durante los bloqueos creativos. Y su frustración suele ir acompañada de desdén, alcohol y violencia. Cuando las cosas se ponen feas, la mano de Víctor se suelta con facilidad y el hombre suele reprocharle su pasado, como si fuera un pecado que debe purgar durante toda su vida. Ha pensado en dejarlo, pero sabe que su carrera en el cine "corriente" se sostiene gracias a sus contactos y que, si lo cabrea, no volverá a aparecer delante de una cámara durante el resto de su vida. Podría amasar una fortuna con un divorcio televisado y después dedicarse a recorrer los platós sacando todos los trapos sucios pero, después de nueve años dedicados a vender su cuerpo, no le apetece pasarse otros tantos vendiendo su vida privada. Claro, que también existía la opción de regresar a *Squirtage*, donde la recibirían con los brazos abiertos, pero llega un punto en el que toda persona se cansa de que le maquillen a base de esperma y la penetren durante horas hasta que la escena quede perfecta.

Por tanto, Trista Ilardia (antes conocida como la aclamada Sunny Heart) sólo puede resistir. Y eso es lo que hace aquella noche, sentada en el suelo de su dormitorio, desnuda y rodeada de las revistas y recortes de periódico que hablan del comienzo de su relación con Víctor, cuando las cosas iban bien y la violencia y Gálvez no habían llegado a su vida. Aferrarse al pasado no es la opción más sana para Trista, pero es la única que se le ocurre.

Pasa las yemas de los dedos por una imagen de Víctor y ella cenando en un restaurante de la costa, cogidos de la mano. Una fotografía tomada por un *paparazzi* sin que ninguno de los dos se percatara; y, aunque con el tiempo ha aprendido a odiar a esos fotógrafos sin escrúpulos, hay algo en aquella escena que le hace sonreír. Es sincera. Se querían, sin importar el público, sin preocuparse del espectáculo en el que Bastida necesita vivir. En aquel momento no existía el juego de apariencias en el que ambos están involucrados ahora, fingiendo que todo va bien, ella haciendo como que

no sabe que él se acuesta con otras mujeres. Una lágrima rueda por su mejilla desde uno de sus ojos, grandes y azules. Se enreda los dedos en su larga melena rubia y sigue mirando aquellas imágenes, pensativa.

En realidad, Víctor empezó a cambiar después de que Trista le presentara a su hermano y éste, a su vez, le presentara a Gálvez como una oportunidad de oro para conseguir toneladas de dinero. Aquella oportunidad de oro se ha convertido en un problema de los gordos, y Trista sabe que Víctor culpa de todo a su hermano y, por extensión, a ella misma, como si ambos lo hubiesen obligado a formar parte de la trama de corrupción de Gálvez que ahora se está destapando.

Sigue mirando los recortes que muestran una etapa feliz que ahora siente muy, muy lejana, y entonces el sonido de la puerta de la casa al abrirse hace que dé un respingo y, por primera vez en la noche, sea consciente de la hora que es. Las cuatro de la madrugada. Se apoya en la cama y se pone en pie a tiempo para ver cómo su marido avanza a bandazos por el pasillo, con la corbata desabrochada, la camisa fuera y la mirada perdida. Toda esa fachada arrogante que mantiene delante de sus lectores se ha convertido en un personaje patético y borracho que apenas puede mantenerse en pie. En cuanto entra en el dormitorio, un hedor a alcohol abofetea a Trista.

-¿Dónde coño has estado? - le pregunta -. ¿No habías quedado a cenar con Miguel?

Víctor le sujeta un pecho con la mano y la empuja contra la pared. Trista gime al golpearse la cabeza y se da cuenta de que tiene miedo. Víctor la examina con cierta curiosidad, como si la estuviese viendo por primera vez.

-Claro que he ido a cenar con ese gilipollas – contesta. Intenta parecer autoritario, pero las palabras brotan desmañadas -. Y cuando he salido del puto restaurante, un amiguito de Gálvez se ha presentado ante mí y me ha amenazado. Gálvez quiere el dinero. Cuando tu hermanito de los cojones me lo presentó, no dijo nada sobre que las cosas se pondrían así de feas, sobre que ese cabrón mandaría matones a provocarme mientras la policía se dedica a buscarme las cosquillas.

-Nadie podría haberse imaginado que las cosas se pondrían tan fe...

Víctor le propina una bofetada con todas sus fuerzas y Trista da una vuelta sobre sí misma y se golpea el estómago contra el borde del escritorio de la habitación. Se arquea hacia delante, la boca abierta en un grito silencioso, pero antes de que pueda decir nada, su marido se aprieta contra ella y con una mano le aferra la garganta. Siente sus labios junto a su oreja, su aliento apestoso.

-Te juro que si el cabrón de Gálvez me causa problemas, me cargo a tu hermano. Conozco gente y puedo ofrecer mucho dinero para que le partan las piernas a ese hijo de perra y luego lo echen al fondo del mar. Te juro que...

Mientras habla, con la mano libre se baja la cremallera y antes de terminar la frase empieza a penetrarla. A eso ni siquiera se le puede llamar sexo, son una serie de torpes embestidas cargadas de furia, y Trista cierra los ojos y espera que todo termine mientras Víctor le manosea y golpea y le susurra al oído cualquier insulto que le pasa por la cabeza. Gracias a Dios, aquella pesadilla termina pronto, poco después de que él la arroje sobre la cama y se le ponga encima. Siente como descarga todo su odio dentro de ella e inmediatamente después las fuerzas le abandonan y se desploma sobre su cuerpo.

Empieza a llorar.

-Lo siento – dice, besando la mejilla de Trista -. Lo siento mucho. Lo siento, mi musa, mi vida, mi amor, no quería hacerte daño. Lo siento.

Ella le apoya una mano en la nuca y lo abraza contra sus pechos. La cara de Trista no tiene expresión alguna y sus grandes ojos azules miran vacíos al techo.

-Tranquilo. Tranquilo, no pasa nada – recita. Ni siquiera tiene fuerzas para llorar o para odiar al hombre semidesnudo que tiene sobre ella.

-Todo saldrá bien, cariño. Te lo prometo.

-Ya lo sé. Todo saldrá bien. Ya lo sé.  
Ni ella misma se cree sus propias palabras.

3

Llegar a la Luna es como adentrarse en un fragmento de realidad diferente al resto. La luz tiene un tono amarillento extraño, propia de un motel barato, y el hilo musical tiene un volumen tan bajo que parece una mezcla de susurros estremecedores. Hay algunos clientes bebiendo a solas en la barra y, al otro, está el camarero más seco, brusco y desagradable que existe en el mundo de la hostelería; un hombre que ladra a modo de respuesta y cuya única función en la vida es frotar con un trapo vasos de cristal, durante horas, hasta que quedan brillantes. No hay más decoración que un par de lunas de cartón piedra, sucias y resquebrajadas, que cuelgan del techo, y aparte de unas pocas mesas cojas hay un billar que nadie utiliza porque la mayoría de los tacos están astillados o rotos.

Sin embargo, es, y ha sido siempre, el bar donde Pablo, Leo, Jorge y Ángela, antes de que esta se marchara a Valencia, se reúnen cuando necesitan hablar. Y ahí están los cuatro, en torno a una mesa sucia, Leo y Jorge con sendas jarras de cerveza, Ángela con un *pacharán casero* que tiene poco de casero y menos de pacharán y Pablo bebiendo de una *Pepsisin* limón más caliente que un gato en celo.

-Gracias por haber venido – dice Pablo al cabo de unos segundos de cháchara intrascendental. Todos los ojos se vuelven lentamente hacia él y, por un momento, se siente intimidado por sus propios amigos -. La verdad es que tenía mis dudas, pensaba que alguno de vosotros se lo pensaría mejor y se quedaría en casa, pero...

-Más vale que cuentes todo lo que tengas que contar antes de que alguno de nosotros se lo piense mejor, se levante y se marche de aquí – le cortó Leo.

-¿Cuál es el plan?

-Ayer me dijo que el principal plan es que no existía uno – dijo Jorge.

-Esa frase es muy teatral y me gustaría explicarla. No es que no exista ningún plan, sólo que he intentado reducirlo a lo más básico. Si intentamos organizar un crimen perfecto, lo más probable es que perdamos el control de alguno de los detalles y todo se venga abajo como un castillo de cartas. En cambio, si lo que hacemos parece improvisado, caótico, espontáneo, quienes investiguen el atraco no sabrán por donde empezar.

-No me voy a dedicar a improvisar durante algo así.

-No pretendo que lo hagas, Leo, sólo que nuestro plan sea tan simple que parezca que no hay plan. Quiero reducirlo a algo tan común como que uno de nosotros espere fuera con el coche mientras los otros tres irrumpen en el banco armados, pegan un tiro al aire para que los rehenes se tiren al suelo, apuntan a la cajera, le entregan una bolsa de deporte o un maletín y le ordenan que meta todo el dinero posible. Todo esto debe durar menos de dos minutos. Los tres que entran salen, se suben al coche y nos largamos. En ningún momento nos quitamos los pasamontañas, no vaya a ser que una cámara de seguridad nos grabe y nos identifiquen.

-¿De dónde sacamos las armas? - pregunta Ángela.

-Mi padre tiene licencia y posee dos pistolas, pero hace años que las tiene guardadas en el cajón. Si desaparecen un tiempo ni siquiera se dará cuenta.

-¿Y no se te ha ocurrido pensar que las cámaras grabarán la matrícula del coche que utilicemos y eso llevará a los policías directamente hasta nosotros?

-Ahí entras en juego tu, Leo – Pablo bebe un poco de su Pepsi -. Necesito que robes un coche, hoy mismo. Uno lo bastante rápido como para permitirnos marcharnos como alma que lleva el diablo, pero no especialmente llamativo...

-¿Estás mal de la puta cabeza? Yo no sé robar coches.

-Tu profesor de física no opina lo mismo.

Una mueca divertida se apodera del rostro de Leo. El muchacho siempre ha sido un fanático de la mecánica y es capaz de hacer virguerías con los motores, engranajes, cilindros, émbolos y pistones, y lleva aplicando su técnica desde que era muy joven. Una de sus primeras víctimas fue el mencionado profesor, que cometió el error de suspenderle a pesar de que prácticamente rozaba el aprobado. Leo, con sólo dieciséis años, le hizo una visita a su coche, se coló en el interior, lo puso en marcha e hizo que acabara hundiéndose en las turbias aguas del canal imperial.

-De acuerdo, soy capaz de robar un coche pero, ¿por qué hacerlo hoy? Su propietario podría denunciar su desaparición y, cuando sea que vayamos a atracar ese maldito banco, la policía podría descubrírnos conduciendo un coche robado, con pasamontañas sobre las rodillas y pistolas en el asiento de atrás...

-Tienes que hacerlo hoy porque vamos a robar el banco mañana.

-¿Qué?

-¿Cómo?

-¿Estás de broma?

-Tranquilos, joder, no os pongáis así...

-Creo que ha llegado el momento de utilizar mi comodín de echarme atrás – dice Jorge, incorporándose -. De verdad, os oigo hablar de robar coches, portar armas y robar bancos y me parece que se os ha ido ligeramente la pinza, pero que antes o después recuperaréis la razón... Pero ya pensar en convertir esta locura en realidad mañana mismo me parece una broma de mal gusto y...

-¿Puedes sentarte y dejarme que os explique?

-Dudo mucho que quiera oír tus explicaciones.

-Jorge, por favor, siéntate. Sólo te pido eso. Después, cuando termine de hablar, podréis decidir si seguir adelante o marcharos a vuestras casas y olvidaros del asunto.

-Esto es una puta locura – gruñe Jorge pero, a pesar de todo, se sienta.

-Si dejamos pasar tiempo empezaremos a ver errores por todos lados, a ponernos paranoicos, comenzaremos a pensar si meter a otras personas en el grupo para ir sobre seguro y, tal vez, a cometer más fallos. Además, el tiempo juega en nuestra contra. Juega en contra de tu padre, Leo, de nuestras familias.

-¿Qué diablos piensas hacer una vez tengamos el dinero si es que lo conseguimos? - pregunta Leo -. ¿Salir a tomar una copa y luego volver tranquilamente a casa con un maletín cargado de dinero?

-La idea es desaparecer un tiempo. He pensado que podríamos ir al pueblo de Ángela, estar ahí un par de semanas, hasta que termine el verano, como si estuviésemos de vacaciones. La policía estará como loca buscando el botín, y a nadie se le ocurrirá que puede estar en un pueblo perdido de los Pirineos. Y cuando las cosas se calmen volvemos a casa, nos olvidamos de lo ocurrido y empezamos a poner en orden nuestras vidas.

-Si en esas dos semanas le ocurriese algo a mi padre...

-No vamos a ser fugitivos, sólo un grupo de amigos disfrutando de unas vacaciones en casa de Ángela. Si tu padre empeora, Dios no lo quiera, podrán llamarte y tu presentarte en su habitación en menos de dos horas.

-¿Y pretendes que nos presentemos en mi pueblo con un coche robado?

-Yo conduciría el coche robado hasta la mitad del camino, lo prendería fuego en algún descampado y, después, tomaría un autobús para llegar hasta Ansó. Podríamos para cerca de Jaca y llegar a la estación andando.

-Si encuentran el coche ardiendo cerca de Jaca, sabrán que andamos por la zona.

-Y nos buscarán por la zona, pero el pueblo de Ángela está a una hora y pico de trayecto. ¿De verdad piensas que llegarán hasta ahí? Y si lo hacen, ¿qué? ¿Quién va a sospechar, precisamente, que cuatro personas como nosotros, que no han tocado un

arma en su vida, hemos sido capaces de robar un banco?

-Dejas demasiados cabos sueltos... - murmura Jorge -. ¿Qué banco estás pensando atracar?

-El Ítaca. En realidad es una pequeña caja de ahorros a tres o cuatro manzanas de mi casa. Paso por ahí casi todos los días, y no hay ni apertura retardada de las puertas ni más que un par de cámaras de seguridad apuntando a la entrada. No suele haber muchos clientes, y apenas media docena de trabajadores y un guardia de seguridad. Casi está pidiendo a gritos que lo atraquen. Entramos, disparamos al aire, y me apuesto el cuello a que el seguridad no nos causa problemas; dudo que le paguen lo suficiente como para enfrentarse a tres atracadores armados. Va a ser coser y cantar, tíos. Confíad en mí.

#### 4

-Hay un guardia de seguridad, ahí, apostado junto a la puerta – dice Erik Lindberg, bajando los prismáticos.

-Muy bien, pues tan pronto entramos le reventamos las tripas de un disparo y eso hará que el resto de la gente del banco esté más que dispuesta a colaborar.

Erik se vuelve, sonriente, hacia Susana, que se encuentra en la parte trasera de la furgoneta revisando su arma favorita, una escopeta de corredera recortada, con un cañón de 8,5 pulgadas y depósito tubular acortado. Una bestia que a corta distancia es capaz de esparcir carne, huesos y vísceras en todas direcciones.

-¿Es el único vigilante? - pregunta Susana, limpiando la culata con un trapo.

Erik vuelve a mirar a través de los prismáticos, parapetado tras el parabrisas de su vehículo. Los cristales blindados del banco le ofrecen una panorámica del interior. Hay unos cuantos escritorios llenos de papeles donde cinco encargados atienden a los clientes, aunque la mayoría aguardan en fila ante un mostrador donde dos chicas jóvenes se encargan de los ingresos y extracciones de dinero. Hay incómodas sillas de plástico donde una anciana, con el bastón entre las manos, aguarda sentada. A su lado, un hombre, bastante grande y que cambia de postura cada pocos segundos, como si llevara ahí toda la mañana. Y, de hecho, no se ha movido desde que Erik ha empezado con su labor de vigilancia, así que no está esperando a que lo atiendan. Sin embargo, va vestido de paisano.

-Creo que hay otro guardia camuflado, como si fuese un cliente más. No lo veo bien desde aquí, pero me jugaría esta furgoneta a que lleva pistola debajo de la chaqueta.

-Pues a ese le partimos las piernas de un disparo por pasarse de listo, no hay problema.

Erik asiente, pero sin embargo tiene un mal presentimiento. El Ítaca es una pequeña caja de ahorros, donde tampoco debe moverse mucho dinero, al menos no en comparación con grandes bancos. Un guardia de seguridad parece más que suficiente, aunque dos no sería algo extraño. Lo que se le hace raro es que pueda haber un vigilante de incógnito dentro de aquel minúsculo edificio. ¿Por qué? ¿No sería más conveniente tenerlo en pie, uniformado, para, precisamente, invitar a los que tengan idea de hacer alguna chorrada a echarse atrás frente a la presencia de dos vigilantes? Una idea le cruza la cabeza.

Tal vez los propietarios del Ítaca no quieran demostrar que ahí dentro hay cosas que vale la pena proteger.

Sacude la cabeza. Es una idea estúpida y paranoica, pero las estupideces y la paranoia suelen ser los primeros males que aquejan a quienes se dedican a atracar bancos. Por eso la mayoría acaban en la cárcel. Erik no puede permitirse ser como ellos.

Pero la idea ya está ahí y, durante la media hora siguiente, no sólo es incapaz de

prestar atención al hombre sentado que, sin duda, no está esperando su turno, sino que también se percata de que uno de los trabajadores, a pesar de que va vestido con un elegante traje y tiene la típica sonrisa amable de comercial, no atiende a nadie. Sólo va de un lado para otro, finge mirar papeles, habla con alguno de sus compañeros y vuelve a sentarse en su escritorio. Teclea en el ordenador, hojea papeles, pero no parece hacer nada en concreto. Frunce el ceño.

-¿Estás bien, cariño? - le pregunta Susana, que en ese momento está comprobando el filo de un cuchillo arrojado. Ella defiende que, si vas a matar, hazlo bien y de forma variada -. Hace un buen rato que no dices ni una palabra.

-Sí, estoy bien – no quiere hacerla partícipe de sus preocupaciones, más que nada porque sabe que, como mucho, conseguirá que ella se ría de él. Quizá piense que está volviéndose débil, demasiado precavido, que está perdiendo ese gusto por la adrenalina. Quizá piense que está dejando de ser tan interesante como le pareció cuando se conocieron -. Se me ha ido el santo al cielo, eso es todo.

La mira a través del espejo retrovisor, tan concentrada en pulir cada una de las armas que van a utilizar al día siguiente para robar el banco. Es una muchacha preciosa, con una lisa melena pelirroja y un rostro aniñado donde destacan unos ojos duros que han visto mucho más que otras personas. Los ojos de alguien que ha matado y que después ha conseguido dormir sin remordimientos. Erik duda que pueda existir una persona más especial en todo el mundo y por eso permanece a su lado y comparte lo que, en cierto modo, podría considerarse una locura, un fetiche extraño y extremo.

En realidad, él quiere dejar de hacer eso. Tienen dinero de sobra para comprarse una puñetera isla en el Pacífico si así lo desean, y llega un momento en el que uno tiene que parar o si no la acaba cagando. Le apetece probar otras cosas. Otro tipo de aventura mucho más mundana. Formar una familia, vivir de su carrera, envejecer... Recordar cada noche, entre gemidos de placer, todos aquellos robos y asesinatos como imágenes excitantes que nunca podrán hacerles daño. Desea que el Ítaca sea el último banco que roben, y también desea que la decisión la tomen en común, sin arrepentimiento.

Por eso ha guardado un anillo de compromiso en la bolsa de deporte donde van a meter todo el dinero. Así, cuando estén a salvo y ella se disponga a contar y esparcir a su alrededor su nueva dosis de fortuna, lo encontrará y él podrá pedirle matrimonio. Y ya puede vaticinar su respuesta porque del mismo modo que la ama, él se siente amado, y además han sacado el tema a colación en varias ocasiones, siempre en forma de broma, pero en parte hablaban en serio. Y ese será el primer paso para cambiar de vida, para recoger los frutos que han sembrado durante tanto tiempo.

-¿Cómo lo haremos? - pregunta Erik para evitar que Susana se inquiete por su silencio.

-Como siempre. Nos ponemos las caretas, entramos, matamos a los guardias y a cualquier gilipollas al que se le ocurra llevar un arma encima y, si alguien se resiste, intenta llamar a la policía o, en definitiva, se interpone en nuestro camino, le volamos la tapa de los sesos.

<<Pobre de aquel que mañana decida acercarse al Ítaca>>.

-Si es necesario – concluye Susana -, nos los cargamos a todos.

-A todos.

-Sí, mi amor. Y luego follaremos hasta el amanecer.

Y ambos ríen, con sinceridad, porque son felices. Y las carcajadas de Erik son aun más francas, porque sabe que cuando aquel trabajo concluya, serán aún más felices. Y, por un momento, logra desprenderse de todas las preocupaciones acerca de los guardias de seguridad de incógnito.

Ese es el primer error que comete, pero es que el amor es una putada.

-Saavedra es una alimaña avariciosa y perturbada que hará cualquier cosa por proteger su dinero. Es de la clase de personas que se pasea por las fiestas de beneficencia sólo para reírse de las divas y chupa tintas trajeados que fingen un poco de generosidad y misericordia – explica Sangalli a sus dos hombres -. Y aunque a esta ramera se le pueden dedicar muchos calificativos, generosa y misericorde no son dos de ellos, así que, como digo, cuidará de hasta el último billete que tenga en ese banco suyo como si cada uno de ellos fuera un tesoro.

-¿Necesitáis algo, chicos? - pregunta Glory Soul con voz insinuante, apartando levemente la cortina del reservado.

-Ahora no, Glory, estamos trabajando – sin embargo, ve cómo los ojos del joven Roberto Rivas se dirigen directos a los pechos de la stripper al tiempo que sus mejillas se ruborizan. Por lo visto, el muchacho disfrutó de una buena sesión de alma gloriosa la noche anterior, antes y después de que Montenegro le pusiera al tanto del plan; sin duda aquel cuerpo artificioso le habría enseñado cosas que las niñas tontas con las que había compartido cama no podrían ni imaginar -. Rivas, despierta, te hemos traído aquí para discutir los detalles del atraco, no para que puedas volver a casa y hacer una tesis sobre los distintos tipos de botes que se producen en las tetas siliconadas.

-Perdón, señor.

Roberto Rivas, a sus treinta y dos años, está bastante verde en todos los asuntos de la vida. Sin embargo, es hijo de un buen amigo de Liberatore, y hay que tratarlo bien y hacer que espabile antes de que una ráfaga de plomo le atravesase el pecho.

-Montenegro, ¿me sigues?

Su gigante particular asiente con la cabeza. Su cicatriz parece una lágrima grabada en carne brotando de su ojo.

-Muy bien. A primera vista, el Ítaca puede parecer un lugar pequeño y desprotegido, con una única cámara apuntando a la entrada y un guardia de vigilancia; el establecimiento perfecto para que algún aficionado o un atracador en horas bajas decida convertirlo en su objetivo. Sin embargo, me atrevería a decir que es uno de los lugares más peligrosos de la ciudad.

Aunque, en cierto modo, cualquier lugar relacionado con Miriam es peligroso.

-Nuestro contacto dentro de la organización de Saavedra nos ha advertido que, además del guardia de seguridad que pasa la mañana de brazos cruzados junto a la puerta, con la placa a la vista y la pistola en el cinturón, existen otros tres vigilantes armados dentro del banco. Uno se hace pasar por cliente; se trata de El Martillo, un neonazi chiflado y sediento de sangre que fue acusado de dos homicidios, por participación en organizaciones ilegales y por utilizar armas que eran propiedad exclusiva del ejército. Las leyendas cuentan que al puto Martillo lo echaron de la cárcel porque los presos no soportaban tanta violencia y porque tenía a los guardias acojonados, pero la realidad es que el dinero de Saavedra le salvó de permanecer gran parte de su vida entre rejas y ahora él devuelve el favor con extrema devoción – muestra una foto de un tipo grandullón con la cabeza rapada a la que Montenegro echa un vistazo como si se tratara de una persona cualquiera. Roberto Rivas, en cambio, toma la imagen con dedos temblorosos y la contempla como si acabara de recibir una instantánea del monstruo del armario -. Por otro lado tenemos a un joven que finge ser trabajador del banco y cuya verdadera identidad es Barbie Loera. ¿Os suena? Tenía su propia y pequeña banda, que desmantelaron, de tráfico de cocaína, y Miriam Saavedra lo contrató para que controlara una parte de sus negocios. De todos modos, parece ser que la coca no es la principal adicción de Barbie Loera; el muy enfermo es sospechoso de haber secuestrado, violado y asesinado a varias niñas de entre siete y doce años, pero la última persona que fue a testificar contra él cayó desde lo alto de una azotea. Y por último tenemos a Alicia, y Dios quiera que no saque su pistola porque esta zorra

puede llevarnos a un País de las Maravillas de lo más retorcido.

Mientras que la fotografía de Barbie Loera muestra a un tipo de la edad de Roberto Rivas que cualquiera podría cruzarse por la calle y ni siquiera fijarse en él, Alicia es una chica menuda, con el pelo cortado a lo *Amelié* y los ojos grandes y oscuros. Sonríe, pero hay algo en su sonrisa que resulta inquietante.

-Alicia no sigue al conejo hasta la madriguera, sino que le corta la cabeza y la clava en una estaca. Es una versión en miniatura de Saavedra, a la que parece que quiere imitar, y una de sus sicarias favoritas. Ella sola convenció a las tríadas para no instalarse en la ciudad y se hizo un collar con las lenguas de una treintena de chinos. Se dice que comparte cama con Saavedra, que ambas disfrutaban de baños de sangre, y que la tía tiene que meterse docenas de pastillas en el estómago para mantener a raya su locura mientras entrega sobres llenos de dinero a las ancianitas que vienen a cobrar su pensión y mantiene los ojos clavados en cualquiera que tenga pinta de ir a hacer algo raro dentro del banco.

-¿Y nosotros tres vamos a enfrentarnos a esas bestias?

-Nosotros tres contamos con el factor sorpresa. Tú, Roberto, esperarás fuera, en el coche, y nos ofrecerás fuego de cobertura. Nada más entrar, Montenegro se cargará al Martillo antes de que a este se le ocurra empezar a quebrar espaldas y yo intentaré volarle la cabeza a Alicia. Barbie Loera dará menos problemas, así que lo podemos despachar después, pero estos dos son nuestros principales objetivos. Sin embargo, una vez tengamos acceso al dinero las cosas no se pondrán nada fáciles.

-¿Por qué?

-Coño, Rivas, no hagas preguntas hasta que termine de hablar, porque si estoy soltando toda esta cháchara es con el fin de explicar hasta el último detalle. Si al final te queda alguna duda, levantas la mano como un buen alumno y te la soluciono – Sangalli suspira. En el fondo detesta tener que cargar con los nuevos, pero Liberatore quiere convertir a ese churumbel en un mafioso hecho y derecho, y Néstor, como su mano derecha, es el encargado de llevar a cabo el trabajo sucio en todos los sentidos -. Según el informe entregado por nuestro topo, si suenan las alarmas la policía llegará en dos minutos y treinta y cuatro segundos, con las sirenas encendidas y un montón de agentes uniformados con ganas de dar guerra. Sin embargo, no es de la policía de quienes tenemos que preocuparnos.

>>El Ítaca tiene su propia *policía*. Miriam Saavedra contrató a una empresa de seguridad privada completamente ilegal compuesta por un montón de tipos que nada tienen que envidiar al Martillo y cuya única orden es proteger el dinero de su jefa. Esos cabrones aparecerán armados hasta los dientes en menos de un minuto. Arderá Troya, sobre todo cuando los dos grupos de salvadores de bancos se encuentren a las puertas de ese lugar, así que más nos vale estar bien lejos antes de que la batalla empiece.

-Parece muy arriesgado – susurra Roberto.

-Es el atraco más peligroso y con menos posibilidades de éxito que un hombre podría llevar a cabo, pero si lo conseguimos habremos dado un buen golpe a Miriam y a los suyos y con sus recursos drásticamente reducidos, podremos enfrentarnos a ellos en una guerra abierta – hace una pausa -. Ítaca cuenta con varias cámaras de seguridad instaladas tanto dentro como fuera del local, todas ellas ocultas, y es mucho mejor que no nos identifiquen porque, si robamos el dinero, Saavedra hará todo lo posible, primero, por descubrir a los culpables; después, por encontrarlos, y una vez que los encuentre, por recuperar su dinero y, de paso, arrancarles el corazón del pecho. Así que llevad las máscaras bien puestas, porque si nos cargan el muerto a nosotros podemos ir despidiéndonos de este mundo, y no lo haremos de forma rápida.

Roberto traga saliva. Al muchacho le había entusiasmado, el día anterior, la idea de formar parte de un “atraco a un banco”, sobre todo acompañado con la idea de follarse

a Glory Soul, pero parece que los pormenores del plan le están haciendo dudar. Más vale que se le evaporen las dudas cuanto antes, piensa Néstor, o lo freirán a tiros.

-¿Cu... cuándo atracaremos el banco?

-Mañana, al mediodía.

-¿Mañana? - exclama Roberto, poniéndose en pie. Montengro lo mira con cierto desdén, pero no hay ninguna reacción por su parte hacia Sangalli. A veces, Néstor se pregunta qué piensa ese monstrenco de él.

-Mañana, sí. Si alguien descubre a nuestro topo y la información que nos ha proporcionado, además de que nuestro único contacto dentro de la organización Saavedra acabaría visitando distintas partes del mundo al mismo tiempo, podrían reforzar la seguridad tanto del Ítaca como del resto de sus negocios en esta ciudad. Y como la información siempre acaba saliendo a la luz y los traidores pagando por sus pecados, es mejor adelantarnos al destino y robar ese dinero ahora que podemos. Son órdenes directas de Liberatore.

-Dios...

-Sí, encomiendate a Dios, porque Él va a tener mucho que decir en los acontecimientos de mañana – contesta Néstor Sangalli.

## 6

A Enzo Carbonell le gusta cocinar. No cuando está sólo en casa, con la penumbra como única compañera; entonces apenas se alimenta de pizzas pedidas a domicilio y envases de comida precocinada. Sin embargo, cuando tiene que cuidar de su hija, como es el caso esa noche, deja volar su creatividad y, con ayuda de alguna receta encontrada entre los electroresiduos de Internet, elabora cenas y comidas que harían la delicia de cualquier niño. Y ahí está, de pie, desprovisto de su gabardina y vestido con un sencillo delantal, creando una mariposa con cuerpo de puré de patata y alas de carne picada sobre un fondo de verduras. Escucha la televisión en la sala de estar y a su pequeña Miranda reír con alguna de las bromas de esos dibujos animados que ve y que son incomprensibles para los fríos ojos de Enzo.

No piensa en lo que ha hecho la noche anterior ni en lo que probablemente tenga que hacer al día siguiente. Se concentra en su mariposa. Una de las razones por las que ha sobrevivido tanto en ese trabajo sin descender al sótano, sentarse en una silla de madera en medio de la oscuridad y pegarse un tiro en la sien es porque es capaz de aislar los sentimientos y dedicarse, única y exclusivamente, a cumplir con lo que le encargan a hacer. Claro que, al despojarse de sentimientos, perdió también cosas que le importaban, como esa zorra rellenita y con cara de hiena que era la madre de su hija y la mujer a la que había amado durante tantos años, que decidió alejarse de sus ojos helados y buscarse un muchacho más atractivo y joven, con un trabajo sobre el que no tuviera que dar muchas explicaciones (a no ser que existiera un terrible negocio escondido en el cochambroso gimnasio donde trabajaba) y que se la follaba mientras Enzo se dedicaba a segar vidas. Podría buscar a ese malnacido vigorético y pegarle un tiro en cada rodilla y luego otro en la garganta y quedarse ahí esperando a que se desangre, pero ese no es su estilo. Él no mata por diversión o por venganza, sólo por trabajo. Del mismo modo que, según la *Hipótesis de Gaia*, la vida fomenta y mantiene unas condiciones adecuadas para sí misma, afectando al entorno, autorregulando sus condiciones esenciales y tendiendo al equilibrio, la sociedad funcionaba de un modo terriblemente parecido a la naturaleza.

Enzo Carbonell era uno de esos elementos autorreguladores que la sociedad, en este caso representada por el señor Gálvez, utilizaba para mantener unas condiciones adecuadas para sí mismas, limpiando el mundo de concejales morosos, de emergentes señores de la droga con ganas de comerse el mundo y de ex actrices porno o

escritores con delirios de grandeza capaces de mearse encima en cuanto los presionas un poco. Si hubiera tomado su pistola, su herramienta más preciada para llevar a cabo su singular estilo artístico, y se hubiera salido del sistema de autorregulación para acribillar a tiros al amante de su ahora ex mujer, habría roto el equilibrio y la sociedad que organizaba, de nuevo representada por el señor Gálvez, no habría podido protegerle.

Termina su mariposa y le añade unos pocos condimentos que forman los artísticos dibujos de sus alas y, después, se dirige hacia la sala de estar, donde aguarda la pequeña Miranda, totalmente alienada por el bombardeo de luces y colores que se produce en televisión. Quizá tendría que apagar aquel cacharro e intentar mantener una conversación con ella, o pedirle que hiciera los deberes antes de irse a dormir, pero Enzo Carbonell es un asesino, un elemento de regulación, un Demiurgo, no un buen padre. Deja el plato frente a la niña, frunce el ceño y pregunta:

-¿Qué ves?

-Vaca y pollo.

Vaca y pollo. Perfecto. Le revuelve el pelo en un acto artificial de cariño y gira sobre sus talones para regresar a la cocina y preparar otra comida, mucho menos elaborada, para él. Apenas da dos pasos cuando su hija exclama:

-¡No me gusta el puré de patatas!

A su contundente afirmación le sigue el estrépito de un plato al estrellarse contra el suelo y un ala rota de carne picada choca contra los zapatos de Enzo. Por un instante, sus ojos congelados arden y su mano, automáticamente, busca la parte interior de su gabardina para empuñar su pistola con silenciador. Entonces se da cuenta de dónde está, su cerebro trata de ponerse en orden y toma aire durante cuatro segundos, lo mantiene en sus pulmones durante cinco y lo deja escapar a lo largo de otros cuatro. Es una técnica de relajación bastante conocida, pero lo que consigue es que Miranda se lo quede mirando como si estuviese loco.

-Papá, ¿qué haces?

-Nada, cielo. ¿Qué te gustaría cenar?

Mientras se agacha para recoger los restos de su mariposa, escucha las exigencias de la pequeña. Tiene madera de líder, pero no de líder democrático que busca lo mejor para el pueblo, esos no existen; la tiene de tirano despótico y agresivo. No importa. Él no es quien para regularla, ya tiene bastante trabajo con el resto del mundo.

Y, por cierto, hablando de trabajo, su teléfono móvil suena cuando está tirando los trozos de plato roto a la basura.

Es el Señor Gálvez.

-Bastida no ha pagado – es su salud -. Quiero a Tetas muerta mañana por la mañana, para que ese cabrón sepa quién es el siguiente.

-¿Hago una visita a su casa, señor?

-No. Bastida es un maníaco de la seguridad, la tendrá infestada de cámaras y de sistemas de alarma y no queremos montar un numerito para cargarnos a una actriz porno retirada. Esa zorra es bastante rutinaria; todas las mañanas va a un gimnasio cerca del centro de la ciudad – su ex mujer también iba a un gimnasio cerca del centro de la ciudad, así que tal vez sea el mismo y resulte que los destinos de los hombres y mujeres del mundo están más relacionados y enortijados entre sí de lo que uno pueda imaginar -. Antes siempre hace una visita al banco donde tiene metidos sus ahorros ganados a base de chupar pollas, saca algo de dinero para sus caprichitos y, después de su sesión de gimnasia se dedica a recorrer las tiendas del centro para derrocharlo mientras yo sigo esperando que salden su jodida deuda.

-¿Va en coche?

-Sí.

-La esperaré junto a ese banco e intentaré atraparla en algún callejón cuando vaya al

gimnasio – explica -. Será rápido. Un disparo en la espalda y otro en la nuca. Nadie pensará que ha sido un accidente, por tanto el mensaje para Bastida será claro y conciso.

<<No nos jodas o joderemos todo lo que alguna vez has querido>>.

-Me habría gustado pasarme a esa zorra por la piedra antes de matarla, pero la tía es más fiel que un perrito faldero, está enamorada de ese cabrón que no será ni una coma en las páginas de historia de la literatura y se ha alejado de la mala vida como si fuese un nido de escorpiones. Mejor quitársela de en medio y que sólo quede en el recuerdo de los aficionados a meneársela delante de páginas porno.

-¿Cómo se llama el banco al que suele acudir? - pregunta Enzo, ajeno a la verborrea de su jefe.

-Es una pequeña caja de ahorros. Ítaca, si no me equivoco, ¿te suena?

## 7

Leo está acojonado.

Tiene muchas razones para estarlo. La primera de ellas, que hace apenas un par de horas que ha robado un coche de un aparcamiento público y que ahora aguarda sentado en el capó a que sus tres amigos lleguen al punto de encuentro acordado.

Amanece en la ciudad y cualquier coche patrulla madrugador podría encontrar a Leonardo Gros apoyado en la carrocería gris de un Nissan QASHQAI 1.5dci recién afanado, con cuatro puertas para los cuatro gilipollas que van a ocuparlo esa mañana. Aunque, en verdad, piensa que no lo van a atrapar con las manos en la masa, aún no. Será mucho más divertido que lo hagan cuando ya tengan los pasamontañas puestos y las armas del padre de Pablo entre las manos, cuando se dirijan al banco. Imagina la cara del agente de policía que les de el alto, se acerque para alguna inspección rutinaria y se encuentre con semejante percal. La imagen casi consigue hacerle reír.

La verdadera razón por la que está acojonado es porque acaba de acordarse que, años atrás, leyó en un libro (una de esas novelas trágicas donde todos los personajes acaban pagando por sus pecados y descubriendo los aspectos negativos de la naturaleza y el hombre y su incapacidad para cambiarlos) que la codicia, la despreocupación y la estupidez eran las cualidades que describían a la perfección a la peor y más numerosa casta del género humano. Y ellos están siendo codiciosos, porque incluso él se ha pasado la noche dando vueltas, imaginando qué hará con todo el dinero que le sobre después de pagar sus deudas y de conseguirle a su padre un hospital privado con una mejor atención. Están siendo despreocupados, porque han organizado ese atraco como si fuera un juego de niños. “Vamos a robar el banco mañana”, había dicho Pablo, como si tal cosa. Y, por supuesto, son estúpidos aunque, lo que Leo no sabe, es que son mucho más estúpidos de lo que él mismo imagina.

Tiene miedo y el tiempo pasa y él está cada vez más nervioso. Empieza a haber más gente en las calles. Él, lejos de permanecer sentado en el capó, camina arriba y abajo por la acera, da vueltas alrededor del coche, se apoya en la fachada de un edificio y se enciende un cigarrillo, pero ni siquiera aquel delgado soldadito de muerte consigue relajarse. Si estuviera Ángela con él le pediría uno de sus porros, esa medicina mágica que te permite tumbarte en el sofá y despojarte de todas las preocupaciones hasta quedarte dormido. Ángela lleva fumando porros desde muy joven, y en ocasiones se le nota cuando habla, porque tiene un tono de voz apagado y soñador, o en su mirada perdida. Pero, ¿quién es él para reprocharle, si se ha metido en más líos que nadie y ahora está a punto de atracar un banco?

Así que, desprovisto del placer que le podría haber otorgado el tabaco y de la imposibilidad de fumar un poco de buena hierba, decide sacar su teléfono móvil y marcar el último número de teléfono que sabe que debe marcar. Pregúntale por qué lo

está haciendo y ni él mismo podrá contestarte.

Marca el número de Paula, su querida ex novia, la mejor amiga de Sofía, que se encolerizó contra Leo cuando hizo por Pablo lo que esperaba que Pablo hubiera hecho por él, que se asustó tanto de la violencia de aquel momento que decidió que era la gota que colmaba el vaso y lo abandonó como a un perro con rabia. <<No tengo fuerzas para preocuparme de tus problemas, así que busca otra persona a la que hacerle daño>>.

Hay varias cosas que hay que saber sobre Paula para llegar a discernir el por qué de esta llamada. Se trata de una de esas chicas casi divas que saben que pueden entrar en una discoteca y llevarse al mejor chico del lugar, montadas en el asiento del copiloto de un coche caro, para disfrutar una noche de sexo sobre (o debajo) de una marcada tableta de chocolate y unos brazos bien torneados, en alguna casa grande y rica de los barrioscool de la ciudad. También hay que saber que, a diferencia de la mayoría de estas divas convertidas en recipientes de semen, tiene otras inquietudes más allá de pintarse las uñas y repasarse el rímel, inquietudes que no tienen que ver con las preguntas trascendentales que muchas de ellas se hacen antes de salir de fiesta (¿debería usar esa nueva forma de emborracharme, empapando el tampón en vodka y metiéndomelo...ahí, para pillarme un buen subidón y que, además, no me huela el aliento a alcohol cuando llegue el momento de hablar con algún tío bueno?), sino que adora a Nietzsche. Esto, en principio, no debería ser muy significativo, porque últimamente han proliferado un montón de niñas intelectualoides que intentan dárseles de interesantes citando frases de Nietzsche sin ni siquiera saber de qué están hablando, pero Paula ha leído, y mucho, desde *Así habló Zaratrustray El Anticristo* hasta *El caminante y su sombra* *Humano, demasiado humano*. Y como Leo también es un nihilista de primera clase y te cita a Nietzsche con la fe que profesa una ancianita a Dios en la misa de los domingos, ambos congeniaron. Pero esto sólo fue la semilla para una relación, breve en las formas, prolongada en su fondo.

Había algo más. Paula, inconformista de segunda y lectora asidua de los horóscopos de las revistas más cutres y amarillistas del país (no todo iba a ser filosofía), lo conoce y cree que ha llegado el momento de darle un cambio a su vida. Lo cree ella y lo cree la medio bruja que escribió su horóscopo. Y Leo supone un cambio, vaya que sí, porque parece tener ganas de sentar la cabeza de una maldita vez, o eso piensa ella, y porque es totalmente diferente a todos los chicos con los que ha estado. Sustituye el cabello engominado o en pincho por una melena desordenada estilo náufrago, los rostros depilados a la perfección por una barba de tres días y los pectorales y abdominales definidos por un cuerpo ancho, fuerte y musculado por el trabajo duro, no por complicadas técnicas que buscan lucir un aspecto bonito. Y encima el tío es inteligente, aunque no da un palo al agua, y aunque pronto ambos se marchan a vivir juntos, a pesar de que a todo el mundo le sorprende porque sólo se conocen desde hace un mes, también empiezan pronto las discusiones.

Y es que Paula, que además de Nietzsche y horóscopos lee libros de auto-ayuda, cree que ha llegado el momento de que Leo siente la cabeza. El muchacho va saltando de un trabajo a otro y en ninguno dura mucho. No llegó a terminar el bachillerato, estuvo un tiempo cursando un grado de ayudante de forense y cuando decide que todo lo que implica sentarse frente a un libro a empollar cosas que no te importan una puta mierda es una pérdida de tiempo, empieza a dedicarse a sus verdaderas pasiones: mecánica, por su cuenta, y a tocar la guitarra por las tardes hasta que anochece.

-¡Pero así no vas a llegar a nada en la vida! - le dice Paula, día tras día, furiosa -.  
¡Necesitas un título para que alguien acabe dándote trabajo ahí fuera! ¿O es que esperas vivir de pintar las motos de tus amigos? Necesitas un título, además, para demostrarte a ti mismo que has hecho algo en la vida, que has conseguido llegar a alguna parte y construir una base desde la que empezar una nueva etapa y...

-Todo eso es basura de tus libros de auto-ayuda.

Y poco a poco la relación se degenera, las discusiones se convierten en gritos y se hacen cada vez más frecuentes y al final llega lo ocurrido en aquel bar, la gota que colma el vaso, y el resto es historia.

Pero tenemos a Leo a punto de llamar por teléfono a la pobre Paula, que ha pasado toda la noche sin conciliar el sueño por causas que ni ella misma comprende y que, debido a la concepción del mundo que ella misma se ha construido con piezas de lo más dispersa, ha seguido preocupándose por Leo incluso después de su ruptura, soportando los momentos de rencor de su antigua pareja con la misma estoicidad que aquellos en los que él intentaba que le diera una nueva oportunidad. Para Paula, Leo es un caso casi perdido, un proyecto inacabado en el que trabajar para conducirlo a alguna parte, y eso es algo que ambos saben.

Paula tarda dos tonos en contestar al móvil.

-¿Leo? ¿Qué ocurre? ¿Por qué me llamas a estas horas?

-No lo sé...

Joder, y es que no lo sabe.

-¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? ¿Qué...?

-¿Qué haces despierta?

-No he podido dormir.

Por un momento, Leo teme que vaya a añadir algo místico, un vaticinio sobre lo que quizá está a punto de ocurrir. <<Noto una perturbación en la realidad que me impide pegar ojo>>. <<Se aproxima una tormenta y no es una tormenta normal>>. Gracias a Dios, ella no dice nada de eso, sólo insiste.

-¿Seguro que estás bien? Te dije que podías llamarme cuando quisieras, pero estas horas son un poco... raras. ¿Quieres que nos veamos?

-No, no, tranquila. No puedo. Me voy unos días de vacaciones con unos amigos, al pueblo...

-¿Con unos amigos? ¿Con Pablo y...?

-Sí, con ellos – se enfurece un poco al notar la desaprobación de Paula al pronunciar el nombre del que ha sido su compañero desde críos -. Nos vamos al pueblo de Ángela, a disfrutar un poco del verano y...

En realidad, mete de por medio a Ángela porque sabe que eso va a hacerle daño a Paula y porque, siempre que habla con ella, hay una parte de él que necesita hierirla, aunque sea ligeramente, en respuesta a su abandono. Años antes, Ángela y Leo tuvieron una breve relación, si es que se puede llamar así a follar unas cuantas veces en los lugares más dispares, y Paula siempre temió que aquella chispa que hubo entre Ángela y Leo volviera a encenderse mientras ella estaba con él.

-¿Para qué me has llamado, Leo?

-Porque... sólo... Sólo porque creo que he conseguido decidirme a encaminar mi vida. Voy a dejar de hacer esas cosas que considerabas inútiles y a ganarme de verdad mi futuro. No sé por qué te he llamado a ti, pero necesitaba hablar con alguien.

-¡Eso es perfecto, Leo! - exclama Paula con un entusiasmo demasiado hiperbólico -. ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a terminar Bachillerato? ¿Vas a apuntarte a algún grado, esta vez tomándotelo en serio? ¿Qué...?

-No, no, no es nada de eso – Leo mira hacia el final de la calle -. Oye, tengo que dejarte. Estos están llegando y tenemos que coger el coche y, bueno, ya sabes, siempre me utilizan a mi como chófer.

Ríe. Se despide de ella y cuelga inmediatamente el teléfono, pensando que uno de sus múltiplesyinteriores ha estado a punto de confesarle a esa chica que lo dejó colgado todo lo que se disponía a hacer a continuación, como una última llamada de auxilio para que su querida Paula acudiera al rescate. Se alegra de no haberlo hecho.

Ve llegar a sus tres compañeros al final de la calle. Pablo va en medio, con una mochila

colgando de un solo hombro donde supone que lleva las armas de su padre. Flanqueado por una chica tan delgada que parece irreal con una melena rubia que atrapa los primeros destellos de sol y por un chico alto y desgarbado que tiene toda la pinta de estar a punto de salir corriendo. Cuando llegan hasta él, estrecha primero la mano de Jorge y se percata de que está temblando. Jorge se encoge de hombros, como pidiendo disculpas por el miedo que suda cada poro de su piel.

-¿Has conseguido el coche, Leo? - pregunta Pablo. Habla con una voz seca, como si fuese el personaje de una película barata de mafiosos, y Leo tiene que contener unas carcajadas.

-Claro que sí.

Señala con el pulgar el Nissan QASHQAI 1.5dci que está aparcado justo a su lado y cuando su mirada se encuentra con la de de Ángela le guiña un ojo a modo de saludo. Pablo se acerca al vehículo y arroja al interior la mochila.

-Tengo tres pistolas, dos reales, con munición, y otra de balines que más nos vale no disparar si no queremos convertirnos en el hazmerreír de los atracadores de bancos. También llevo los pasamontañas y... bueno, creo que no me olvido nada – desliza los ojos por el Nissan -. ¿Dónde lo has conseguido?

-Lejos de aquí. Seguramente su propietario aún esté durmiendo la mona y no sepa que va a tener que ir a trabajar en autobús durante una temporada.

-¿Te ha visto alguien? ¿Había cámaras o...?

-Para el carro. Si me trincan por algo, espero que sea simplemente por robar un coche. Pero creo que no me ha visto nadie.

Pablo suspira y se frota las manos. No hay que ser muy listo para darse cuenta de que él también está total y absolutamente acojonado. De hecho, contra todo pronóstico, la que más tranquila parece es Ángela, aunque Leo intuye que habrá utilizado un puñado de sus hierbas mágicas para relajarse.

-Bien – dice Pablo -. Vamos a atracar ese puto banco.

### III

## Qué mundo tan maravilloso

1

Enrique Bezares se arregla disimuladamente el nudo de la corbata y se incorpora para estrechar la mano de un cliente que acaba de llegar al banco para solicitar un fondo de inversión. Escucha las preguntas de aquel hombre, contesta con la mejor de sus sonrisas y le hace firmar unos cuantos papeles. Y así, el cliente se marcha satisfecho sin saber que, en cierta medida, está contribuyendo con la sociedad de Saavedra.

Bezares llevaba trabajando diez años en un banco de la competencia hasta que sus superiores empezaron a temer lo que él llamaba "su magia de los números". Daba la impresión de que todo libro de cuentas que él tocaba acababa infestado de desvíos y de desbalanceos, al mismo tiempo que las personas adecuadas se enriquecían. Antes de que sus peculiares dotes llamaran la atención de los organismos públicos equivocados lo echaron a la calle y, poco después, un representante de Miriam Saavedra llamó a la puerta de su casa, habló sin tapujos acerca de los verdaderos negocios que subyacían a la caja de ahorros que tenía en propiedad y lo pusieron al mando del Ítaca. Y aunque Bezares no ha visto jamás a Miriam, la mujer siempre está presente en el banco a través de sus hombres, cosa que no es, para nada, negativa.

Se incorpora de su escritorio y le dedica una sonrisa a ese hombre gigantesco llamado el Martillo que siempre está sentado en las sillas de plástico junto a las personas que esperan su turno. Ocupa más que dos gigantes juntos, tiene la cabeza rapada y la luz de las bombillas se refleja en su lustrosa calva. Da la sensación de que él solo podría defender el Ítaca de un ejército utilizando sólo sus puños. Aparte del Martillo está Alicia, la chica menuda y de ojos grandes que entienda en el mostrador. Hay muchas cosas que Alicia hace mal, pero por lo visto se trata de una de las personas más cercanas a Miriam (¿alguien ha dicho lesbianismo?), así que él no es quién para reprocharla. Y por último está Barbie Loera, esa rata depravada que babea cada vez que un cliente entra de la mano con una niña pequeña. A ese sí que le gustaría partirle la cara, pero duda mucho que Miriam Saavedra aceptase un enfrentamiento interno entre los suyos.

Se dispone a acercarse al guardia de seguridad, que no es más que una muestra necesaria y visible de la protección de la que el Ítaca dispone, cuando ve a una mujer entrando por la puerta y descendiendo los escalones de mármol hacia el estrecho vestíbulo del banco. No hay que ser muy inteligente para reconocer a la figura voluptuosa que acaba de acceder a la caja de ahorros, vestida con una camisa blanca con arrugas estéticas, muy ceñida, transparentando ligeramente su ropa interior y con los botones del pecho abiertos, y con unos pantalones vaqueros que pretenden ser viejos pero que, por alguna razón, quizá gracias a la personalidad de su propietaria, resultan sexys, marcando unas piernas largas y trabajadas. La mujer lleva el pelo rubio recogido en una coleta, pero un único mechón dorado le cae, rebelde, sobre uno de sus ojos grandes y azules. La mirada de Enrique Bezares, que es un hombre católico, casado y con dos hijos, no puede evitar dirigirse hacia su poderosa delantera, y al instante siente el hormigueo de una erección que nunca llega a culminarse. Cualquiera conocería a la mujer que acaba de llegar al Ítaca, pero Enrique Bezares mejor que nadie porque, durante años, ha sido uno de los clientes más activos y complacidos de *Squirtage*, y Sunny Heart, una de sus fantasías fundamentales.

-¡Trista llardia! - exclama, y ella sonrío, feliz tal vez de que conozca su verdadero nombre -. Es un placer tenerla aquí, ¿en qué puedo...?

Camina hacia ella dispuesto a estrecharle la mano y entonces ve algo más. Todo ocurre tan rápido que ante sus ojos transcurre en parsimoniosa cámara lenta. Dos figuras con cabeza de animal irrumpen en el Ítaca. Una es alta y ancha de hombros y

tiene la testa de un caballo; la otra, más bajita y delgada, la de una vaca. Llevan manchas negras en las manos y una de ellas brilla al reflejar la luz de las lámparas. Se da cuenta de que bajo la cabeza de vaca asoman algunos mechones de pelo rojo. La vaca gira sobre sus talones y la mancha negra que lleva en las manos cobra forma. Es una escopeta de corredera recortada que apunta directamente a la nariz del guardia de seguridad, que en ese instante está desenfundando su pistola, abre los ojos como platos y...

-¡No!

Un trueno estalla dentro del banco y la cabeza de aquel desgraciado se derrama por todas partes. Su cuerpo decapitado se tambalea con torpeza, choca contra una barandilla y cae por encima de ella al suelo. Empiezan los gritos, algunas personas se levantan y aúllan de terror, intentan esconderse detrás de las mesas y del mostrador y Enrique Bezares empuja a un lado a Trista que, tambaleándose, se esconde detrás de un cajero automático. El hombre con cabeza de caballo da un paso al frente, situándose muy cerca de donde el Martillo sigue fingiendo su papel de cliente, aunque no parezca muy aterrado, y le pega un tiro al techo. Una lluvia de escayola y polvo blanco cae a su alrededor.

-¡Todo el mundo al suelo, cabrones! - ordena con un extraño acento del este.

La inmensa mayoría obedece, excepto el Martillo, que permanece en la misma posición. Parece una puta gárgola. Enrique Bezares tampoco se echa al suelo; busca con la mirada a Alicia y la encuentra parapetada detrás del mostrador, sus ojos analizando la situación. De Barbie Loera no hay ni rastro. Seguramente esté escondido bajo una mesa, meándose en los pantalones.

La delgada vaca camina hacia un lateral del banco, alejándose de los ventanales y echando un vistazo a las mesas llenas de papeles, buscando a alguien oculto que esté planteándose convertirse en un héroe. Mientras tanto, el caballo, sin dejar de mirar al Martillo, al que parece estar pensándose si disparar o no, grita hacia el mostrador.

-¡Id sacando todo el puto dinero del mundo y metedlo aquí! - les arroja una bolsa de deportes que vuela en una parábola perfecta antes de caer ante los ojos de Alicia -. ¡Cuanto antes acabemos con esto, antes nos marcharemos de aquí y menos posibilidades habrá de que alguien acabe herido!

Llantos, sollozos, murmullos. Apenas hay una quincena de clientes en el Ítaca y unos seis trabajadores que no saben que su verdadera jefa es Miriam Saavedra. Enrique toma aire; reza con toda su alma para que Alicia haya puesto en marcha la alarma silenciosa y, con un suspiro, contempla al caballo.

-No sabéis lo que estáis haciendo – intenta parecer tan convincente como cuando le propone a alguien meterse en una hipoteca para el resto de su vida -. ¿Sabéis de quién es este dinero? Vais a enfadar a una de las personas más peligrosas de este país, del mundo entero. Por mucho que creáis que esto va a salir bien, no habrá un solo minuto de vuestra vida en el que estéis realmente seg...

Un trueno vuelve a rugir dentro de Ítaca.

Enrique Bezares sale volando de sus propios zapatos, arqueado hacia delante, con la espalda de su traje convertida en una mezcla de jirones de tela, sangre de un rojo brillante y carne chamuscada. La palabra que iba a pronunciar se interrumpe como si la antena de su vida hubiera dejado de sintonizar y su cuerpo aterriza en el suelo, da un par de volteretas sin gracia y se detiene junto a los zapatos del Martillo, que en ese preciso instante se está poniendo en pie dispuesto a restablecer el orden.

El Martillo se pone en pie, dispuesto a restablecer el orden, cuando el cadáver de Enrique Bezares choca contra la punta de sus zapatos. Ve la escopeta humeante de la

mujer con cabeza de vaca, ve cómo el caballo gira sobre sus talones, sorprendido por el disparo, y él mismo se lleva la mano bajo la chaqueta y saca un revólver enorme y pesado. Vomita una descarga de pólvora que hace pedazos el borde de la mesa junto a la que está la vaca y cuando va a apretar el gatillo por segunda vez, dos hombres irrumpen en el banco.

Se va a arrepentir de ese instante de descuido, pero es que se queda sorprendido al ver otras dos figuras, estas con pasamontañas, que acaban de surgir de la nada. Una es grande y fuerte, la otra mucho menos. Una versión en músculos del gordo y el flaco. Y en este caso, aunque el flaco lleva un simple revólver, el grandullón porta entre sus manos un rifle de caza que, el Martillo sabe al cabo de un segundo, no va a utilizar para abatir ciervos.

Con un rugido de rabia traza un arco horizontal con el revólver para dirigirlo hacia el grandullón, pero el cañón del rifle lanza un foganazo y el Martillo siente como las piernas se le levantan del suelo y las tripas se le escapan por el estómago. Una ráfaga de sangre brota de su boca y el Martillo, con todo su peso, cae contra uno de los ventanales y lo atraviesa, derrumbándose en la acera junto a una lluvia de cristales rotos.

### 3

<<¿Pero qué mierda está pasando?>>

Erik ve a los dos nuevos atracadores, que por lo visto han elegido el momento menos adecuado para robar, como ellos, ese banco. Ve cómo uno de ellos, el más alto, le pega un disparo al gigante que, como Erik había intuido, es, o era, miembro de seguridad del Ítaca, y cómo éste sale volando del banco a través de los cristales y se estrella contra la acera con un espeluznante chasquido. El otro recién llegado empieza a disparar a Susana, que utiliza como cobertura un escritorio del que empiezan a saltar trozos de madera y astillas, y entonces Erik ve que el rifle le está apuntando a él y, haciendo caso del instinto de supervivencia (ese es su último golpe y no piensa salir de él con los pies por delante) corre hacia el mostrador, salta por encima de éste y derriba tanto la bolsa de deporte como a la cajera, una chica bajita y de grandes ojos oscuros con el pelo cortado a lo *Amelie*. Una bala pasa por encima de ellos y atraviesa la pantalla del ordenador, provocando una tormenta de chispas. El tablero les va a servir de parapeto, pero no por mucho tiempo.

Mira a la chica que se parece a *Amelie* y le apunta con el cañón de su escopeta. Está aterrorizado, ella no, pero eso no importa. Tienen que coger el dinero, cargarse a los malos y salir de ahí lo antes posible o llegará la policía con sus sirenas como si fuera el puto séptimo de caballería.

-¡Llena la puta bolsa! - le exige.

Más disparos. Todo son disparos. Erik asoma la escopeta por encima de su cabeza y aprieta, a ciegas, dos veces el gatillo. Grita el nombre de Susana y ésta le contesta entre el estruendo. Sigue vivo. Eso es lo importante. *Amelie* abre la bolsa, frunce el ceño al descubrir el anillo de compromiso que hay en el interior y, sin hacer ninguna pregunta, se da la vuelta y abre una pequeña caja de seguridad. Prácticamente vuelca todos los billetes dentro de la mochila y después abre otra, que se encuentra directamente junto a Erik, y empieza a gastar más tacos morados que caen como una lluvia de fortuna en la bolsa abierta. Trozos de vidrio y de pared se desprenden de las fachadas, una lámpara revienta y empieza a parpadear. Erik no ve nada, pero de tanto en tanto dispara por encima del mostrador para asegurarse de que a alguno de esos invitados con los que nadie había contado no se le ocurra acercarse ni un poco. La otra cajera se pone en pie, tal vez con intención de salir corriendo por el agujero que ha abierto el gigante (una salida que parece de lo más adecuada, ya que los dos nuevos

atracadores tapan la puerta de entrada) y, antes de que de dos pasos, un disparo le convierte el rostro en una máscara de sangre y la arroja contra un escritorio en una extraña postura, como si fuese una muñeca rota.

-¡Vamos, date prisa! - le ordena a Amelie, y vuelve a apretar el gatillo. Le sudan las manos. ¿Cómo cojones se ha complicado todo tanto? -. ¡Date...!

Esta vez, la chica no saca un fajo de billetes de quinientos euros, sino un cuchillo de filo serrado que brilla por un instante antes de hundirse en el hombro de Erik. En realidad habría acabado en su cuello de no ser porque el hombre con cabeza de caballo ha reaccionado a tiempo. Grita, intenta empujarla, y entonces ella extrae el arma junto a un reguero de sangre y vuelve a clavársela, esta vez en el costado. La retuerce y sus ojos pardos reflejan una locura primitiva y aterradora y Erik, gritando de nuevo, le hunde el cañón de su escopeta en el estómago, hace fuerza para levantar un poco a esa zorra pequeñaja y dispara una y otra vez hasta vaciar el cargador. La espalda de Amelie se abre y sus entrañas salen volando por todas partes como si fuera un macabro espectáculo de fuegos artificiales. De una patada aparta el cadáver a un lado; oye a un trabajador cercano llorar como si fuera un niño pequeño. Le han atravesado el hombro y el costado, y el dolor se extiende rápidamente por todo su cuerpo, pero tiene que aguantar.

Tantea con su mano ensangrentada y toma las correas de la mochila de deporte. Es el momento de salir de ahí.

#### 4

<<Igual es el momento de salir de aquí>>, piensa Néstor Sangalli.

Sigue disparando contra esa zorra con cabeza de vaca que está oculta detrás de uno de los escritorios de atención al cliente, pero tiene toda la pinta de ser la clásica hija de puta que se resiste a morir. Por otro lado, Montenegro avanza a través del vestíbulo, como ajeno al intercambio de disparos que se está produciendo a su alrededor. Aprieta el gatillo una y otra vez como si fuese una máquina, destruyendo el mostrador tras el que, en ese momento, se esconden Alicia y el tipo con cabeza de caballo. Néstor se resguarda detrás de una columna y recarga su revólver.

Algo ha salido terriblemente mal.

Podría ser que el topo que tienen dentro de la organización de Saavedra les hubiera traicionado y que hubiera más seguridad de la que les había asegurado en su informe, aunque a decir verdad, cabeza vaca y cabeza caballo no parecen hombres de Miriam. Además, uno de ellos se ha cargado al guardia de seguridad. En ese caso, lo más probable es que sean otros atracadores, pero eso no soluciona el problema. La alarma silenciosa habrá comenzado tan pronto esos dos gilipollas hayan irrumpido en el banco y, así que, dependiendo del tiempo que llevarán dentro antes de que Néstor y Montenegro llegaran (tiempo que es imposible de calcular) es más que probable que, primero las fuerzas de seguridad de Saavedra y poco después la policía, aparezcan en apenas unos segundos.

Encima el maldito pasamontañas le impide respirar bien.

Se asoma y dispara contra cabeza de vaca, pero ella se resiste a dejarse alcanzar y le pega un tiro con la escopeta recortada que pega un buen mordisco a su columna. Néstor deja escapar una bocanada de aire. Eso ha estado muy cerca.

Tendrían que retirarse. Las cosas se han puesto mucho más difíciles de lo que él podría haber imaginado, y su sentido vital, desarrollado por años de experiencia, le indica que no vale la pena dejarse matar ahí dentro, acorralado como una rata. Tienen que dar la vuelta y volver al coche donde les está esperando Roberto Rivas.

#### 5

Roberto Rivas ha decidido dejar de esperar. Escucha los disparos y ve el caos que se ha organizado justo en el banco frente al que ha aparcado. Fuera, la gente corre para ponerse a cubierto de las balas perdidas y los más imbéciles se acercan armados con cámaras de fotos y teléfonos móviles. Segundos antes, el Martillo ha atravesado uno de los ventanales y ha caído muerto sobre la acera, con un agujero humeante en el estómago. Roberto escucha una cantidad inconmensurable de disparos, así que ahí dentro las cosas se han puesto muy, muy feas y él es incapaz de permanecer ahí dentro, con las manos sobre el volante, esperando a que alguien le vuele la cabeza a Néstor Sangalli, el único hombre que le ha ofrecido un trabajo de verdad en los últimos años.

Abre la guantera y coge su pistola y, tras medio segundo de reflexión, sale del coche. Apenas da dos pasos hacia el banco cuando ve el ejército de vehículos negros que se acerca a toda velocidad. El ceño fruncido, se vuelve hacia los todoterrenos con las ventanillas tintadas, que frenan y derrapan frente al banco. Las puertas se abren y del interior brotan más de una docena de hombres y mujeres protegidos por chalecos kevlar y armados con subfusiles y escopetas.

¿El equipo de seguridad de Saavedra? ¿Tan pronto?

Roberto se pregunta si será capaz de disparar un par de veces antes de ponerse a cubierto dentro del banco y, mientras se pregunta esto, uno de los soldados, tal vez al ver su arma o quizá al reconocerlo como uno de los hombres de Liberatore, le apunta con su fusil y grita para hacerse oír por encima del estruendo.

-¡Suelte el arma! ¡Al suelo! ¡Suelte el arma y...!

Pero Roberto tiene un trabajo y no va a dejar a Sangalli tirado así que decide ignorar esas órdenes tan directas y levanta la pistola hacia ese gilipollas.

Ni siquiera llega a disparar.

Una ráfaga le alcanza el costado e inmediatamente después medio millar de balas entran por su pecho y salen por su espalda. Un proyectil le arranca parte de la mejilla y otro hace saltar por los aires su oreja. Una tercera ráfaga le parte las piernas y todas a la vez lo hacen bailar como un títere loco. La pistola se desliza entre sus dedos y rebota contra el suelo y Roberto Rivas, empapado en sangre, cae de bruces y abandona esta vida tal y como la había vivido: sin hacer absolutamente nada importante. Incluso su último pensamiento es de lo más tópico y carente de respuesta.

<<¿Qué... mierda... está... pasando... ahí... dentro?>>.

<<¿Qué mierda está pasando ahí dentro?>>, piensa Enzo Carbonell, agazapándose detrás de un coche aparcado. La parte inferior de su gabardina se expande a sus pies como una mancha de petróleo y, escondida bajo el cuero, empuña con firmeza su pistola con silenciador, aunque no tiene muy claro contra quién va a tener que utilizarla. El interior del banco parece un festival de disparos, detonaciones y luces parpadeantes, mezcladas con aullidos, gritos, súplicas y órdenes. Las balas atraviesan los cristales y pocos segundos antes un hombre gigantesco ha salido despedido por uno de los laterales. Todo ha comenzado después de que Trista llardia, su objetivo, entrara en el Ítaca; apenas había cruzado la mitad del establecimiento (Enzo iba a esperarla fuera, para que las cámaras de seguridad no lo grabaran) cuando dos figuras salieron de una furgoneta, una con una cabeza de caballo y otra con una de vaca, e irrumpieron en el banco pegando tiros como si aquello fuese una caseta de feria. Por si fuera poco, inmediatamente después habían salido otros dos hombres encapuchados de un coche

cercano y se habían unido a la fiesta, y después de que el conductor de este segundo vehículo, instantes antes, hubiera salido del interior armado con una pistola para tomar su parte del pastel de violencia, habían llegado varios coches negros con tipos bien equipados y lo habían acribillado.

Ahora esos hombres se disponen a entrar en el banco y parecen de los de gatillo fácil. El trabajo se ha complicado mucho. O tal vez no. Tal vez Trista Ilardia ya esté muerta, con la cabeza apoyada en una almohada formada por sus propios sesos, pero Enzo no puede arriesgarse ya que ha aceptado un contrato y no se rendirá hasta que su víctima sea eliminada.

Escucha sirenas de coches patrulla que se acercan por el sur y su mano se cierra con más fuerza en torno a la empuñadura de su pistola. ¿Qué diablos está sucediendo? Ni siquiera la presencia del Demiurgo más metódico, infatigable y meticuloso podría poner orden en aquel lugar. Se ha desatado un caos demencial.

## 7

El interior del banco es un caos demencial, aunque Erik prefiere el caos a morir ahí dentro. Se lleva una mano a la herida del costado y la sangre se desliza entre sus dedos. Es una puñalada profunda, pero no cree que le cueste la vida. Lo que de verdad le preocupa es cómo una cajera de una pequeña caja de ahorros podía tener tan a mano un puñal y la disposición a clavárselo ajena a las consecuencias. Ahora, gracias a su heroicidad, la muchacha de aspecto inocente está muerta, casi partida por la mitad a su lado, y todo se ha manchado de sangre y vísceras.

Una bala lanza por los aires uno de los teléfonos. Erik toma aire, se echa la correa de la bolsa llena de dinero al hombro y decide que ahí dentro ya se ha gastado demasiada munición. Se pone en pie, algo pasa silbando junto a su oreja y, casi a ciegas, dispara contra el grandullón que ha estado hostigándolo. El hombro de aquel inesperado atracador se convierte en una nube de sangre y el tipo da una vuelta sobre sí mismo como un mastodóntico bailarín de ballet y cae a cuatro patas. Su compañero le grita algo y dispara a Erik, aunque no lo acierta, y eso le da un momento a Susana para rodar detrás de otra mesa donde está más cubierta. Erik salta por encima de su cobertura y sus deportivas dejan sendas huellas de sangre en el suelo; mira a su amada, pero ésta le hace un gesto para que se marche. Él tiene el dinero. Ya se encontrarán más tarde en el punto de encuentro.

El segundo atracador vuelve a disparar y esta vez la bala atraviesa la bolsa de deporte de Erik. Él responde con toda la fuerza de su escopeta y su adversario se esconde, mientras el grandullón trata de ponerse trabajosamente en pie. Susana le ofrece fuego de cobertura, asomando y disparando como una desquiciada al que ha estado a punto de alcanzarle, y Erik, sin pensárselo dos veces, sale corriendo, con la cabeza agachada, hacia el agujero que ha abierto en el ventanal el cuerpo del gigante. Su mirada se cruza momentáneamente con la de una mujer que está acurrucada detrás de un cajero automático. Unos grandes ojos azules en una tez pálida, enmarcada por una desordenada melena rubia, lo miran presas del pánico. Tiene tiempo de pensar que la mujer le suena. Está seguro de haberla visto en alguna parte; quizá sea actriz o algo así, pero eso no importa. La muy desgraciada se ha visto envuelta en la peor película de su vida.

En el preciso instante en el que atraviesa el agujero del ventanal, cortándose el brazo con uno de los fragmentos de cristal que aún no se han desprendido, las puertas delanteras del banco se abren y entran varios tipos que parecen sacados de un videojuego de acción barriendo la zona con metralletas. Varias balas silban detrás de Erik, que tropieza con el cuerpo del gigante, cae al suelo, se incorpora y, ante la atenta mirada de los curiosos, que mantienen una distancia prudencial con el banco, sigue

corriendo hacia la calzada, en dirección contraria a las sirenas de policía que se escuchan detrás de él.

Ve un coche que se acerca a toda velocidad. Un Nissan QASHQAI 1.5dci. No es la quinta esencia de los vehículos pero le servirá para salir echando leches del lugar. Corre hacia él con la bolsa de deporte golpeándole en el costado herido y sostiene con firmeza su escopeta.

Pobre del desgraciado de su propietario.

## 8

-¿Eso son sirenas? - pregunta Jorge, sentado en el asiento del copiloto, escudriñando a través del parabrisas. Hay un montón de gente arremolinada en torno al Ítaca y lo que, hasta ese momento, le habían parecido salvas de petardos, quizá procedentes de algún grupo de críos de un parque cercano, le empiezan a parecer disparos. O truenos. O las dos cosas al mismo tiempo.

Pablo, que está en el asiento trasero junto a Ángela, y que estaba preparando las dos pistolas verdaderas y los pasamontañas, se inclina hacia delante. Sostiene un cigarro entre los labios, que está a punto de caérsele cuando, como Jorge, ve las furgonetas negras aparcadas frente al banco y los tipos armados que están irrumpiendo en el Ítaca. Aparecen coches patrulla por todas partes.

-¿Qué cojones está ocurriendo? - pregunta.

-No lo sé – contesta Ángela -. Pero es mejor que demos la vuelta. Vamos, Leo, da la vuelta, rápido, es mejor que...

Algo golpea la ventanilla lateral de Jorge, haciendo que éste de un respingo. Una huella sangrienta con la forma de la palma de una mano se queda en el cristal y, un instante después, la portezuela se abre y un tipo con cabeza de caballo le apunta directamente a la cara con el cañón de una escopeta. Ángela grita, Leo también.

-¡Bajad del coche! - ordena -. ¡Bajad del coche ahora mismo u os mato a todos!

Jorge quiere bajar del coche, poner los brazos en alto y bailar la marimorena para ese cabrón si se lo pide con tal de salir con vida de esta pero, por alguna razón, su cuerpo reacciona de una manera diferente al hilo de sus pensamientos. Lanza las manos contra la escopeta y la levanta en el preciso instante en el que aquel psicópata aprieta el gatillo, abriendo un agujero en el techo. El sonido del disparo se convierte en un agudo pitido que atraviesa los tímpanos del muchacho, que es bastante más flojo que el agresor y, poco a poco, la boca humeante del arma empieza a dirigirse hacia él. Le parece escuchar los alaridos de sus amigos como si se encontrasen a kilómetros de distancia, las sirenas, los tiros que crean ecos dentro de Ítaca. Pone todos los músculos en tensión, pero no tiene fuerza suficiente. Con una mano intenta sostener las de su adversario, gime, se retuerce y de pronto sólo puede pensar en su hermana, en su pequeña hermana, que tiene que cambiar de colegio porque sus padres no pueden pagar en el que se encuentra. Piensa en su pobre hermana y en que él va a morir y...

<<Oh, Dios mío, ¿qué va a hacer sin mí?>>

## 9

<<Oh, Dios mío, ¿qué va a hacer sin mí?>>, piensa Susana, agachada detrás de una mesa. Sabe que van a matarla. Acaba de entrar un ejército de tíos vestidos con chalecos que se han puesto a ametrallar indiscriminadamente a todo el que se encuentra en el interior del banco. Un cliente, pensando que eran los tipos de operaciones especiales, se ha puesto en pie con los brazos en alto y una ráfaga casi lo ha dividido en dos. El encapuchado delgado ha tenido que saltar detrás de otra

columna para ponerse a cubierto y el grandullón ha disparado un par de veces antes de arrastrarse detrás de un macetero, que ahora está saltando por los aires en una lluvia de plástico blanco y hojas falsas. Susana sabe que va a morir y que, si a ella le pasa algo, Erik también estará psicológicamente muerto, porque se aman. Duda que existan dos personas en el mundo que se amen tanto. Así que tiene que salir con vida de ese lugar, si no es por ella, por los dos.

Y, contra todo pronóstico, la ayuda llega en forma de policía. Varios agentes entran en el banco, armas en ristre, y ordenan a los atacantes que se rindan. ¡Ingenuos! Tres de esos soldados surgidos de las profundidades del infierno se dan la vuelta y les responden a tiros y Susana contempla sorprendida como unos cuantos policías se sacuden como recorridos por una corriente eléctrica y los que pueden se ponen a cubierto y empiezan a disparar también. De pronto, tanto ella como el grandullón y el delgado han dejado de importar; ahora la guerra es entre la caballería. Se despoja de la cabeza de vaca, que sólo consigue limitarle el campo de visión y, apretando los dientes, sale de su escondite, disparando hacia los agentes y los soldados sin fijarse hacia donde apunta. La escopeta tiembla entre sus brazos y los cartuchos humeantes salen despedidos repiqueteando contra el suelo como una lluvia de plomo. Pisa cristales rotos, cegada por el polvo y ensordecida, pero alcanza a ver a una mujer escondida tras un cajero, muy cerca del agujero abierto en el ventanal. La tía tiene unos pechos exagerados, es rubia y tiene los ojos grandes y azules. Está muy cerca de la salida abierta por el cuerpo del grandullón, así que, ¿por qué diablos no escapa? Quizá es una rubia tópica y por tanto estúpida, o tal vez se encuentra en estado de shock. Poco importa. Susana sale al exterior y recibe una bocanada de aire fresco. Ve una cabeza de caballo a lo lejos, forcejeando con el copiloto de un Nissan, y corre hacia ahí, pero un coche de policía se cruza en su camino.

-¡Al suelo! ¡Tire el arma, manos en alto!

Demasiadas órdenes.

¡PAM! El estampido de una escopeta.

10

Jorge ve el cañón prácticamente delante de él y sabe que, por fin, va a morir. Entonces las manos de Leo sueltan el volante, se unen a las suyas y empujan con fuerza. El caballo gruñe, grita, mientras el arma poco a poco empieza a ponerse vertical. Aquel grillado hace un verdadero esfuerzo por vencerlos, como si matarlos formase parte del sentido de su existencia, pero va perdiendo terreno, va perdiendo terreno y...

¡PAM!

La escopeta se dispara, borrando el hocico del caballo y convirtiendo la cara del hombre en un surtidor de sangre, carne y huesos rotos. La sangre salpica a Leo y a Jorge, la escopeta cae al suelo, vuelve a dispararse y hace pedazos el parabrisas y su propietario da un paso atrás, luego otro y finalmente tropieza con sus propios pies y cae de espaldas, con los brazos en cruz, como una desfigurada representación de la crucifixión de Jesucristo.

Joder.

La bolsa de deporte que cuelga de su hombro se desliza por su brazo, cae de medio lado y, como está mal cerrada, de su interior asoman varios billetes morados, de los que corren leyendas acerca de que no existen. Un fajo de papeles de quinientos euros, esos que se esconden mejor de lo que hacía Bin Laden antes de que a él también le volaran la tapa de los sesos. Es el dinero del Ítaca, piensa Jorge. El dinero que ellos iban a robar.

-¡Vámonos de aquí! - chilla Ángela, desquiciada -. ¡Vámonos! ¡Vámonos!

-¡Joder, joder, joder!

Joder.

-¡El dinero! - grita Pablo -. ¡El dinero, coge el dinero!

El pitido vuelve a hacerse más intenso. Leo lo sacude, mueve los labios diciendo algo. Tiene la cara llena de sangre y los ojos desorbitados. ¡El dinero! ¡Vámonos! ¡Coge el puto dinero! ¡Maldita sea, tenemos que...!

Se acercan varios coches patrullas, atraídos por el disparo como buitres a la carroña. De nuevo piensa en su hermana y, entonces, Jorge sale del coche y da dos zancadas hacia la bolsa de deporte.

11

Susana permanece inmóvil delante del coche patrulla. Todo son sirenas, gritos, dolor. Siente que se le retuercen las entrañas al ver al chico (sólo es un chaval) que acababa de matar a su amado, a su amante, a su vida, del coche, y la rabia que bulle en su interior se extiende como un virus al ver que extiende la mano hacia la bolsa de deporte.

-¡Suelte el arma! - repite el policía desde el interior del vehículo.

Y entonces algo se rompe dentro de su cabeza. Los engranajes dejan de funcionar y ella, con un aullido casi animal, aprieta el gatillo una y otra vez, destroza las portezuelas, las ventanillas, y la sangre salpica la tapicería y escapaba a borbotones por los agujeros abiertos en el automóvil. Y después, con otro rugido, se encarama al coche y apunta con su escopeta hacia ese asesino que acababa de partirle el corazón. Muy bien. Ya no puede salvar a Erik, pero si vengar su muerte, y quienes quieran que sean los que lo han matado van a acabar con las tripas fuera.

Se dispone a apretar el gatillo cuando, por el rabillo del ojo, ve una melena rubia que pasa ondeando junto al coche patrulla.

12

Hasta ese día, Enzo Carbonell se había considerado la mejor máquina de matar de la ciudad pero, mientras ve, detrás del coche que utiliza como parapeto, como esa joven pelirroja y atractiva reduce a los agentes de un coche patrulla a una masa sanguinolenta de carne con su escopeta, sólo puede pensar que se acerca el momento de jubilarse.

Ve a la muchacha encaramarse al techo del vehículo, con los pies apoyados a cada lado de las sirenas del vehículo, y en su rostro sólo hay locura y odio. Pero no le presta más atención porque entonces, como caída del cielo, aparece Trista Ilardia, antes conocida como Sunny Heart.

Su presa (y, en realidad, ella es lo único que tiene que tener en cuenta en ese momento, ya tendrá tiempo de pensar en todo lo que ha ocurrido) sale corriendo del interior del banco por un agujero que hay en un ventanal. Gime al cortarse el costado con un cristal roto, pero aunque se lleva la mano a la herida, eso no frena su carrera. Y entonces Enzo, con los proyectiles silbando por todas partes (dentro del banco ha estallado una guerra, con todas las de la ley), desenfunda su pistola con silenciador y dispara.

Y falla el tiro.

La bala apenas arranca un mechón de la melena de Trista antes de abrir un orificio en la pantorrilla de la chica pelirroja, que pierde el equilibrio, pega un disparo al aire, y cae por un lateral del coche patrulla. Un policía cercano, que está herido y tendido en el suelo, apunta a Enzo al ver que lleva un arma y Carbonell, convertido ahora en un torpe demiurgo que no comprende el mundo que debe organizar, le alcanza justo entre los ojos. Cuando vuelve a mirar hacia Trista, ésta ya ha puesto una buena distancia

entre ambos y, además, un coche patrulla se interpone en su camino. La muy zorra va a escaparse.

13

Joder.

Jorge coge la correa de la bolsa de deporte, que tiene un agujero en un lateral, y al levantarla se cae un fajo de billetes, pero la mochila pesa tanto que no merece la pena arriesgarse a volver a agacharse. Por un instante tiene una panorámica de lo que ocurre dentro y fuera del banco. Hay cuerpos por todas partes, los disparos destrozan los cristales, las paredes, el techo, y la sangre se extiende bajo las ruedas de los vehículos. Hay una chica pelirroja encaramada en un coche patrulla con una escopeta en ristre (¿le está apuntando a él?), con la boca abierta en un grito terrorífico, que de pronto se tambalea y cae. Otro coche patrulla se detiene cerca de donde está Jorge, los policías salen, le apuntan con sus pistolas y el muchacho retrocede, aplastando sin querer un trozo de cerebro del hombre caballo.

*Plop.*

-¡Al suelo! ¡Al suelo o disparamos!

Joder.

¿Por qué le apuntan, si él no tiene arma? Se le suelta la vejiga y una mancha húmeda se extiende por sus pantalones. Levanta un poco las manos, sin soltar la bolsa agujereada, y entonces ve a una mujer que va corriendo directamente hacia él, mirando a su espalda, con la melena rubia al viento y unas tetas enormes botando a cada paso. La extraña, sin darse cuenta, se interpone en la línea de tiro y Jorge, de nuevo sin pensar, actúa.

Cuando la mujer pasa a su lado la coge del cabello y tira de ella hacia él. Alcanza a ver sus ojos grandes y azules, tan abiertos que devoran su rostro, presos del pánico, y la abraza contra su pecho a modo de escudo. Y con una voz que no reconoce como propia grita:

-¡Si disparan la chica muere!

Los policías dudan. Los ve mirarse entre ellos, y también ve a un hombre que avanza muy despacio entre la destrucción, el viento tirando de su gabardina. Ve su mano derecha, que sostiene una pistola con silenciador, y la levanta, poco a poco, ajeno a la amenaza de Jorge. Así que el muchacho actúa rápido.

Da un paso sin soltar a la mujer que se debate entre sus brazos y grita y le golpea y se acerca al Nissan. Leo le dice algo, pero no lo entiende, y arroja a su rehén dentro del vehículo, hacia el asiento trasero. La cabeza de la mujer cae sobre el regazo de Pablo y su cintura se encaja entre los dos asientos así que, como un animalillo atrapado, empieza a sacudir las piernas, golpeando a Leo en el brazo y perdiendo uno de sus tacones. Antes de que los policías tengan tiempo de disparar, él también se mete dentro del coche, abrazado a su bolsa de dinero, y le da un golpe en el hombro a su compañero.

-¡Venga! ¡Vámonos de aquí! ¡Vámonos, rápido!

No hace falta que a Leo se lo digan dos veces. Da marcha atrás y, con un brusco volantazo, hace girar el coche ciento ochenta grados. Un disparo abre un agujero en el maletero. Leo gruñe, da un par de golpes a la palanca de cambios y pisa el acelerador a fondo y, con el rugido del motor y los chillidos de la mujer, se lanzan hacia la carretera.

14

<<Mierda>>.

Su último disparo alcanza el maletero del Nissan antes de que éste escape por la carretera. Los tres policías que hay frente a él se giran al mismo tiempo, buscando la procedencia del ataque, y Enzo Carbonell, harto de sus errores, aprieta tres veces el gatillo. Los tres agentes caen al asfalto, dos de ellos con un agujero en la frente, el tercero con las manos en el estómago y retorciéndose sobre un charco de sangre. El demiurgo avanza hacia él, apunta a su sien y dispara una vez más. La cabeza rebota contra el suelo y el hombre muere.

El coche ha desaparecido, aunque la guerra prosigue. Enzo Carbonell decide tener la mejor idea que se puede tener aquel día: ha llegado el momento de que, por ahora, él también desaparezca.

15

Susana se incorpora, utilizando su escopeta como bastón, a tiempo para ver cómo el coche de los asesinos de su novio escapa, con un único agujero en el maletero. Hay tres policías muertos cerca y un hombre con una gabardina que se abre paso hacia una callejuela. En el banco, los disparos remiten. Sea lo que sea lo que ha ocurrido, está terminando, aunque para ella todo acaba de empezar. Va a matar a esos hijos de puta sea como sea, sean quienes sean, aunque tenga que buscarlos hasta el fin del mundo. Abre la portezuela del coche patrulla y arroja los restos casi descuartizados del conductor al suelo. Adiós, señor agente. Luego, con un gemido de dolor por culpa de su pierna, se sienta sobre el charco de sangre que se ha formado en el asiento y pone en marcha el vehículo. Intenta encender la sirena pero sus propios disparos la han roto. Por lo menos el motor se pone en marcha y, con un chillido de rabia, arranca en pos de sus siguientes víctimas. Las ruedas pasan por encima del cuerpo de Erik y Susana da un bote, pero no se percata de que acaba de atropellar a su chico. Tiene los ojos fijos en la calle por la que ha desaparecido el Nissan y acelera a toda velocidad, a pesar de que brota humo de debajo del capó. Llega a distinguirlos girando en una esquina y mezclándose en entre el tráfico e intenta pisar más a fondo, pero el coche traquetea, gime y, con un último vaivén, se detiene.

-¡No! ¡Joder, no!

Le propina un puñetazo a la guantera y las lágrimas inundan sus ojos. Cabrones, cabrones, cabrones. Entonces se para a pensar un instante, mientras su automóvil desvencijado atrae las miradas de algunos peatones. Lo más probable es que, después de la que se ha organizado, esos hijos de puta no se queden en la ciudad. De hecho, por la dirección que han tomado, es más que posible que se dirijan a una de las salidas del Norte, quizá hacia las montañas. Una vez en la carretera pueden tomar cualquier rumbo; tal vez nunca pueda encontrarlos, pero necesita intentarlo.

Por Erik.

Toma la escopeta y sale del coche patrulla, cojeando, el ceño fruncido. Se interna en un callejón, consciente de que su cara, que la ha visto todo el mundo, pronto aparecerá en todos los televisores del país. Bueno, aprenderá a vivir como una fugitiva, pero encontrará a esos malnacidos y les abrirá el cuello, uno a uno, en venganza.

Tiene todo el tiempo del mundo para dar con ellos.

16

Néstor Sangalli se asoma desde detrás de su columna, que ahora ha quedado reducida a un triste esqueleto de lo que una vez fue, y ve cómo el último de los soldados del ejército de seguridad privado de Saavedra abate al último de los policías que se encuentra dentro del banco. Él está ocupado recargando el tambor de su revólver, pero le hace un gesto a Montenegro, que se ha despojado de su pasamontañas, y el gigante

sale de detrás de su macetero, chorretones de sangre deslizándose por su brazo, y corre hacia el último superviviente. Éste se da la vuelta, le apunta con el subfusil y aprieta el gatillo, pero el arma se le encasquilla y, antes de que pueda gritar, la manaza de Montenegro le coge de la cara y le estrella la nuca contra una de las paredes. El cuerpo sufre una convulsión exagerada y luego queda inerte y, cuando Montenegro lo suelta, se desliza hasta quedarse sentado.

-¿Estás bien? - grita Sangalli.

Él asiente con la cabeza. Néstor se muerde el labio inferior. Hay más policías fuera, pero están ocupados matándose con los que quedan en el exterior de las fuerzas de seguridad, así que no les van a causar problema a no ser que se queden aquí.

-¡Vámonos! ¡Ya hemos visto suficiente!

No tiene ni puta idea de por qué aquello se ha convertido en un Infierno, pero prefiere ordenar sus pensamientos en un lugar tranquilo. Ha visto más balas que en toda su carrera y llega un momento a lo largo del día en el que uno alcanza el límite de muertes que puede soportar. Esa mañana, Néstor Sangalli lo ha sobrepasado.

Salen al exterior y, tal y como Néstor espera, nadie se percata de su presencia. Los pocos hombres de Saavedra que siguen vivos, apenas media docena, están parapetados detrás de una furgoneta, respondiendo a los disparos de los policías que no paran de llegar, como si cerca hubiera una fábrica que los produce en cantidades industriales. No debe faltar mucho para que lleguen los helicópteros y los geos, aunque Néstor opina que como poco deberían llamar al ejército para que arrasara la zona.

-Sígueme – le ordena a Montenegro, que se aprieta el hombro con una mano.

Corren por una calle paralela a la avenida del banco y, sin detenerse, Sangalli también se despoja del pasamontañas y se lo mete al bolsillo. Va a tener que darle muchas explicaciones a Liberatore sobre lo ocurrido, y también sobre qué ha pasado con Roberto Rivas. No sabe si ha escapado o ha muerto, aunque el coche estaba aparcado en mitad del tiroteo, así que lo más probable es que Rivas esté ardiendo ya en las llamas del Infierno. Lo peor de todo es que, cuando llegue el momento de dar las explicaciones, no sabrá qué decir. Para empezar, ¿quién diablos tiene el dinero ahora? Se detienen al ver que un coche pequeño viene de frente. Un Ford Fiesta amarillo conducido por un adolescente que tiene el rostro salpicado de acné. Sangalli le apunta con la pistola y le indica con el arma que baje y el chaval parece estar deseoso de vivir un día más, porque obedece al instante. Néstor y Montenegro se meten en esa chatarra con ruedas y salen tan rápido como el viejo motor les permite de esa zona de guerra.

Barbie Loera se arrastra desde debajo de una de las mesas, temblando. Se ha meado encima varias veces durante el tiroteo, y también ha llorado y prometido a Dios que, si le salvaba la vida, nunca más volvería a mirar ningún culo redondito de niña pequeña. Ahora, mentalmente, intenta meter alguna cláusula en aquel contrato que le permita cometer alguna excepción (tal vez puedetocar con los ojos cerrados), pero cuando ve el estado en el que ha quedado el banco todo pensamiento escapa de su mente para alejarse, como han hecho todos, de aquel lugar.

Da la sensación de que en el Ítaca han entrado dos tornados sociópatas y jodidos contra el mundo y se han enzarzado en una disputa para ver quién conseguía provocar más destrucción. No queda nada en su sitio, sólo los cadáveres, tirados en poses de lo más dolorosas, las armas, los casquillos de bala, la sangre encerando el suelo y deslizándose por los escalones de entrada. Hay policías, civiles y soldados de Saavedra. Hay cristales rotos, fluorescentes parpadeantes que cuelgan del techo, trozos de pared que se han desprendido, sillas y mesas despedazadas, techumbre

hundida, billetes, cheques, resguardos y monedas esparcidas por doquier. Hay trozos de seso prendidos de las fachadas y algún herido que se retuerce en sus últimos estertores de vida.

La mandíbula inferior de Barbie Loera cae, dejándole la boca muy abierta.

Aquello es una carnicería, pero no es lo que más terror le provoca. Sabe, como debería saber el planeta entero, que la verdadera masacre llegará cuando Miriam Saavedra descubra que han robado su dinero.

**SEGUNDO ACTO**  
**EL SHOW DEBE CONTINUAR**

**IV**  
**Suicidio autosuficiente**

1

-¡Lo hemos conseguido! Joder, ¡lo hemos conseguido! ¿Estáis todos bien? ¿Leo? ¿Jorge, cómo...?

-He matado a un hombre, tío. Estoy empapado de sangre. Para el coche. Para el coche, por Dios, tengo que vomitar, tengo que...

El vehículo frena y Trista, atrapada entre los dos secuestradores que se encuentran en la parte trasera, escucha el sonido de una portezuela al abrirse seguido de una prolongada arcada y de algo líquido salpicando el suelo. Intenta moverse pero le han atado las manos a la espalda con lo que parece ser un cinturón y tiene cubierta la cabeza por algo que le impide ver nada a través de la tela negra. Escucha el ruido de los coches al pasar de largo y trata de revolverse y gritar, pero no puede.

-Esto es una mierda, tío – dice alguien, en el asiento del conductor, enojado -. Se supone que íbamos a entrar ahí con un par de pistolas, coger el dinero e irnos sin pegar un solo tiro. Mira como tenemos el coche, hay... hay sangre por todas partes, y nos hemos cargado a un pavo y...

-Ese tío iba a matarnos. Sólo os defendisteis.

-¿Y qué hacemos con ella? - pregunta una chica sentada a la izquierda de Trista.

La mujer intenta hablar, pero tiene un nudo en la garganta y está tan aterrorizada que sólo puede dejar que las lágrimas tracen surcos de rímel negro por sus mejillas y que le tiemblen las piernas. Eso es una locura, una pesadilla que se ha iniciado con una orgía de caos desatándose en una tranquila caja de ahorros para concluir con ella secuestrada por lo que, si las voces no le engañan, parecen cuatro adolescentes.

...por favor... - alcanza a articular, con voz astillada.

-¿Por qué diablos tuviste que meterla dentro del coche, Jorge? - pregunta el chico que está sentado al otro lado de Trista.

-Perdona por haber actuado inconscientemente después de que la cara de un tío con careta de caballo me reventara en la cabeza y hubiera no se cuantos policías apuntándome con sus pistolas – la portezuela se cierra y el aludido gime y se frota las manos -. Joder, las tengo llenas de sangre. No... no me lo puedo creer... Macho, desde ahí atrás las cosas quizá se han visto muy fáciles pero...

El chasquido de un mechero al encenderse, seguido del dulce aroma de la marihuana. Trista permanece encogida sobre sí misma. No le cabe ninguna duda de que ha sido capturada por una panda de idiotas que no saben donde se están metiendo, así que sólo hay que esperar a que cometan algún error y ella podrá salir corriendo por la carretera sacudiendo los brazos y pidiendo ayuda. Y, si no lo consigue, su marido hará algo cuando se entere de que la han secuestrado. Víctor Bastida tal vez no sea el mejor esposo del mundo, pero tiene un sentido de la posesión casi enfermizo y no permitirá que cuatro ingenuos aquejados de retraso mental le quiten lo que es suyo.

-Estaba ocurriendo algo gordo en el banco – comenta la chica -. Disparos, sirenas... Y el tío que... el tío que intentó robarnos el coche llevaba la bolsa con el dinero. Tal vez escogimos el mismo día que otros atracadores para llevar a cabo el golpe...

-En realidad, el día lo escogió este capullo, sin discutirlo con nadie. Joder, mis manos... ¿Nadie tiene un trapo o algo? Quiero limpiarme esta mierda.

-Todo a su tiempo – contesta el “capullo que no discutió con nadie los detalles del plan” -. Primero tenemos que deshacernos de este coche. Tal y como ha quedado no

podemos pasearnos con él alegremente por la carretera. Hay un polígono industrial a un par de kilómetros de aquí; vamos, prendemos fuego esta chatarra, robas otro coche y seguimos adelante.

-¿Y qué hacemos con esta mujer? - insiste la chica.

El corazón se le encoge.

-Cuando lleguemos al centro comercial la dejamos ahí y cuando la explosión atraiga a la gente o a la policía, la encontrarán y la llevarán de vuelta a casa.

Oh, Dios. No puede creer que sean tan estúpidos. En un primer momento había pensado que eran unos simples aficionados, pero son mucho más incompetentes. ¿Cómo diablos han tenido siquiera la idea de robar un banco? Sorprende hasta que sepan conducir.

-¿Estás mal de la puta cabeza o qué? - le espeta el conductor -. Nos ha visto las caras antes de que le pusiéramos los pasamontañas. Hablará con la policía, ella...

-¡No! - consigue gritar, acompañando su desesperada respuesta de un sollozo ahogado -. No he visto nada, de verdad, estaba muy asustada y todo ha ocurrido muy rápido. Por favor, dejadme ir, no contaré nada, sé mantener la boca cerrada, sé...

-Tiene razón, todo ha ocurrido muy rápido – comenta el que debe llamarse Pablo -. Ni siquiera yo podría decirte cómo es su cara, Leo.

-Muy bien, pero ha escuchado nuestros nombres. La última vez, hace un momento. Y eso ya es más que suficiente para ponernos a todos en peligro.

Ante esas palabras, con las que Trista llardía ya contaba pero que, esperaba, los demás no tuvieran en cuenta, un tenso silencio se impone en el grupo e incluso parece que han dejado de pasar coches por la carretera. La mujer de Bastida murmura algo, pero no consigue encontrar palabras. No puede negar que ha escuchado sus nombres, y le gustaría hacerles creer que eso no será un punto de partida para que la policía empiece a buscarlos, pero no sabe cómo hacerlo.

...por favor...

-¿Y qué proponéis? - pregunta Jorge.

-No quiero parecer frío – dice Leo -, porque soy la persona menos fría del mundo y estoy haciendo un esfuerzo titánico por no ponerme a gritar después de que haya visto la cabeza de un hombre explotar ante mis ojos, pero me niego a acabar en la cárcel y menos después de que, por suerte o por destino, tengamos entre nuestros brazos esa bolsa de deporte llena de dinero. Me temo que tenemos que matarla.

-¡No, por favor! - chilla Trista, e intenta moverse, pero una mano la coge del hombro y la obliga a sentarse contra el respaldo.

-¿Es que te has vuelto loco? - pregunta Pablo.

-El que se ha vuelto loco eres tú, tío. Nos has metido en esto motivado por sólo el demonio sabe qué razones, hemos aceptado porque siempre consigues salirte con la tuya y encima arrastrar a los demás en tus movidas, pero ahora que estamos todos de mierda hasta las cejas, es el momento de empezar a hacer las cosas bien. ¿No te das cuenta de que *tuidea de la improvisación* casi termina con nosotros acribillados a tiros por culpa de un caballo armado con una escopeta? Ya hemos desperdiciado toda nuestra suerte en el día de hoy, así que hay que hacer las cosas bien. Vamos al polígono industrial, nos deshacemos de esta mierda de coche, robamos otro y a la tía esta...

-Lo que hagamos con ella lo decidiremos llegado el momento, ¿vale?

-Lo que quieras, pero yo no voy a ir a la cárcel por culpa de una tetuda que ha pasado por el lugar equivocado en el momento equivocado.

Trista siente que se le revuelven las entrañas y, al igual que Jorge, quiere salir fuera y vomitar, pero sabe que es mejor permanecer con la boca cerrada. Se pregunta si esos tíos tienen algo que ver con Gálvez, pero lo duda mucho. ¿En dónde diablos se ha metido? Toma aire, lo deja escapar en una trémula bocanada y el ruido del motor

eclipsa todos sus sentidos.

2

-Amane, hazle entrar.

Barbie Loera avanza entre dos de los hombres más altos y gruesos de Saavedra, encajado entre ellos, y se interna en el santuario particular de Miriam. Se trata de un pequeño bosque atrapado en el interior de una mansión, una estancia que parece infinita y envuelta por una bruma artificial que huele a mundos primitivos, a vestigios de una época en la que el hombre no se había ganado el derecho a caminar sobre la Tierra. Avanza por una gruesa alfombra de musgo siguiendo a Amane, flanqueado por un bosque exuberante, impenetrable y que mezcla troncos de cartón piedra con bellos helechos de dimensiones gigantescas, delicadas flores y rocas cortantes que emergen de la frondosidad. En aquella habitación puede incluso escucharse el agua cristalina de un arroyo y el canto de varios pájaros y, entre los árboles, se distinguen a la guardia personal de Miriam Saavedra, ataviados con chalecos antibalas y fusiles de asalto, que aguardan en medio de aquella explosión de naturaleza a que alguien cometa el error de intentar perturbarla. El propio Amane, que avanza ligeramente encorvado dos pasos por delante de Barbie, parece formar parte del bosque, como si las ramas se hubiesen fundido con sus brazos y el musgo le hubiera teñido la piel de un tono verdoso. El destello de sus ojos furtivos, uno azul y otro verde, se vuelve de tanto en tanto hacia Barbie y él sólo puede estremecerse ante esa mirada animal. Tiene el pelo cenizo enmarañado y una barba descuidada y toda su tez está cubierta de cicatrices, barro y manchas secas de sangre. Y sus prendas... son pieles de animales, depositadas sobre ropa común, que le dotan de un aspecto primitivo, básico, salvaje. Barbie sabe que no hay que dejarse engañar por la torpe cojera de Amane, que toma su nombre de uno de los doscientos ángeles que se unieron a Semyazza en su rebelión contra Dios, pues es uno de los asesinos más ágiles y letales que existen en el mundo. Sólo muestra debilidad para que los demás no descubran sus verdaderos puntos débiles, si es que los tiene.

El sendero desemboca en una tarima de madera y sobre esta tarima hay un trono que, según las historias que los ignorantes cuentan entre susurros, está construido con cráneos humanos. Pero la verdad es que es un trono cualquiera, demasiado ostentoso debido a su tapicería dorada, pero levantado también con madera. Y sentada en ese trono, está Miriam Saavedra, desnuda. Y, como todo lo que rodea a esa mujer resulta espectacular hasta límites irrisorios, unos tambores suenan, marcando el ritmo de los latidos del corazón de Loera, mientras éste desliza su mirada atemorizada por el cuerpo seductor de su jefa. Tiene la piel morena y los límites de su físico, labrado por la mano de algún dios talentoso, marcados por tatuajes tribales, de significado incierto, que se entrelazan formando telarañas y dibujos arcaicos en sus brazos, costados y piernas. Es joven, apenas tiene treinta y cinco años, pero su mirada, los rasgos duros de un rostro que ha perdido todo contacto con las emociones que lo convierten en humano, la hacen parecer mucho mayor, casi ancestral. En realidad su única prenda es su espesa melena azabache, que se derrama por sus hombros, por la suave curva de sus pechos.

Miriam Saavedra lo mira con cierto desdén. Tiene una pierna flexionada con la planta del pie apoyada en el asiento y la otra pierna le cuelga por un lateral. Apoya el codo en uno de los brazos del trono y la barbilla en la mano, como si todo lo que ha sucedido fuera algo trivial, un pequeño problema sin importancia del que encargarse lo antes posible.

Barbie Loera contempla a aquella diosa y después a los dos hombres que están a cada lado, de pie, en silencio. Sus dos consejeros. A su derecha, David Vaquero, un hombre

apuesto y bien vestido que, aunque en apariencia pueda recordar al difunto hermano de Miriam, se sabe que es capaz de llevar a cabo las mismas atrocidades que su jefa. A su izquierda, Jeremías Valcárcel, un tipo que desentona en aquel escenario de naturaleza y misticismo. Jeremías Valcárcel era un fiel amigo del padre de Miriam Saavedra y después sirvió a su hermano y después a la propia Miriam. Ha visto dos cambios de poder en pocos años y no le importa, porque él siempre ha buscado lo mejor para la organización. Es viejo, bajito y regordete, con el pelo canoso y una espesa barba blanca, como si fuese un Papá Noel vestido de Armani, y lleva puestas unas gafas redondas que le dotan de un aspecto intelectual que se queda corto con la realidad. Hay que ser soberanamente inteligente para llegar a los sesenta en un mundo como ese.

Amane se aparta a un lado y los dos hombres que custodian a Barbie también, dejándolo solo ante la inquisitiva mirada azul de Miriam Saavedra. Tiene que hacer un esfuerzo para no bajar los ojos hacia la seductora grieta que hay entre las piernas de aquella mujer. No es una niña, pero es hermosa.

-¿Qué ha ocurrido en mi banco?

Su voz suena sin inflexiones, como la voz que contaría junto a una hoguera una historia de terror para ayudar a los niños. Barbie vuelve a estremecerse.

-Los han matado a todos. Se cargaron al vigilante, al Martillo, a Bezares y a... y a... - ahora viene lo más complicado -. Y a Alicia.

Todos saben que Miriam Saavedra y Alicia compartían cama, aunque no eran más que encuentros esporádicos. Miriam cambia de posición, muy despacio, hasta quedar sentada como una persona normal y se inclina ligeramente hacia delante para escudriñar los ojos de Barbie Loera.

-¿Cómo ocurrió?

-Entraron dos atracadores. Un hombre y una mujer, creo, pero llevaban puestas caretas de caballo y de vaca. Llegaron y le dispararon a Enrique Bezares y también al guardia de seguridad y exigieron todo el dinero que hubiera en el banco.

-¿Y se lo entregasteis?

-Justo en ese momento entraron otros dos hombres, también pegando tiros. Uno de ellos era un gigante. Yo ya había activado la alarma silenciosa, por cierto. Uno de estos hombres le disparó al Martillo y éste cayó a la calle, atravesando uno de los ventanales.

-¿No estaba activado el cierre de seguridad?

-Todo ocurrió muy rápido y...

-Esos dos atracadores que llegaron después, ¿colaboraban con los primeros?

-Cre... creo que no, señora, porque empezaron a dispararse entre sí. De repente el interior del Ítaca se convirtió en una batalla campal y el hombre con cabeza de caballo se escondió detrás del mostrador y cuando le pidió a Alicia que entregara el dinero ésta intentó apuñalarlo pero él la mató y metió todos los billetes en una bolsa y...

-No tan deprisa. ¿Me estás diciendo que dos grupos de atracadores distintos decidieron ir a por mi banco el mismo día y a la misma hora?

-Sí...

-Y el tío con cabeza de caballo mató a Alicia y consiguió el dinero.

-Sí.

-¿Qué hiciste para evitarlo?

-El interior del banco era una batalla campal, señora – le tiemblan las piernas -. Todo el mundo se disparaba, las balas volaban por todas partes, varios de nuestros trabajadores fueron acribillados y...

-¿Dónde estabas tú?

-Debajo de la mesa, señora, a cubierto. No podía alcanzar mi arma.

-¿Y después que ocurrió, Barbie?

-Llegó su equipo de seguridad. Y disparó a los primeros atracadores, y al segundo

también, y entonces el caos fue mayor.

-Ya sé que el caos era cada vez mayor – le interrumpe Miriam. No parece molesta, o cabreada, sólo extrañada -. He visto fotografías de como ha quedado el interior de mi banco y tengo muy claro que se debió organizar un baño de sangre. Un baño de sangre durante el que me robaron prácticamente dos millones de euros. Estoy intentando seguir la pista *demi dinero*, así que me gustaría saber si viste qué pasó con él desde tu escondite debajo de la mesa.

-Sí... Bueno, es que llegó la policía – traga saliva -. Y tus hombres respondieron con fuego, y había disparos dentro y fuera del banco, y entonces el hombre con cabeza de caballo aprovechó la confusión para escapar por el agujero que había abierto el Martillo al estrellarse contra el ventanal.

-¿Aprovechaste tú la confusión para ir detrás de él?

-Era imposible.

-Ya veo. ¿Y después qué?

-No lo sé.

-Nuestros contactos en la policía – interviene David Vaquero, con las manos entrelazadas en la espalda, inflexible -, nos han informado de que un coche apareció en el escenario del crimen y cogió la bolsa con el dinero.

Miriam vuelve la cabeza hacia él.

-¿Eran compañeros de Cabeza de Caballo?

-Lo dudo mucho, Miriam. Le volaron la tapa de los sesos y se llevaron la bolsa.

-Entonces, ¿lo traicionaron? ¿Sabían que iba a estar ahí y le tendieron una emboscada?

David Vaquero se muerde el labio inferior, pensativo, intentando buscar la manera adecuada de explicar esa locura.

-Realmente el coche no fue hacia él, sino que él intentó robar el vehículo, hubo un forcejeo y las cosas terminaron mal para Cabeza de Caballo. En este momento están intentando identificarlo. Entonces uno de los chicos que había dentro del vehículo salió y cogió la bolsa y de paso se llevó a una rehén para evitar que la policía lo abatiera.

-¿Uno de los chicos? ¿Chicos?

-Las cámaras de seguridad exteriores han tomado imágenes. Van a cara descubierta. Parecen muchachos, de entre veinte y veinticinco años, y aunque las imágenes son borrosas sospechamos que se trata de tres chicos y una chica. Nuestros expertos informáticos están intentando descubrir su identidad, mientras que nuestro contacto dificulta la investigación de la policía para que podamos descubrir nosotros qué ha ocurrido antes que ellos. Por ahora creemos que eran cuatro personas aleatorias que pasaban por ahí y que no pudieron resistirse ante la imagen de una bolsa llena de dinero y que por eso la cogieron.

-¿Tomaron como rehén a una mujer?

-Sí – contesta David -. Trista Ilardia.

-¿Quién es Trista Ilardia?

-Sunny Heart.

-¿La actriz porno? ¿La mujer del escritor ese que suelta idioteces por la televisión?

-Esa misma.

-No entiendo nada – Miriam sacude la cabeza, el ceño fruncido.

-La verdad es que es una historia un tanto confusa, Miriam, pero estamos intentando que tenga el menor impacto posible en nuestras operaciones, aunque la prensa está encantada con la matanza.

Saavedra se levanta y desciende del pedestal de su trono, pasándose las manos por la melena. Sus tatuajes crean formas cambiantes y fantasmales sobre su piel con cada movimiento y Barbie Loera cree que va a cagarse encima al verla caminar hacia él.

-No me importa si esos cuatro desconocidos estaban ahí por casualidad o todo forma

parte de un plan complejo que se nos escapa. La cuestión es que han robado mi dinero y, por tanto, me han faltado al respeto. Quiero esa bolsa de deporte de nuevo en mi poder, y exijo que toda persona que haya formado parte, mínimamente, de este atraco tan esperpéntico acabe muerta antes de una semana. Vaquero, Valcárcel, ya podéis ponerlos a trabajar en la identificación de esos cuatro desgraciados y a descubrir, por todos los medios que sean necesarios, donde se esconden ahora. Quiero presentarme yo misma ante ellas y enseñarles que si, como Prometeo, extiendes la mano hacia el fuego eterno con intención de robarlo, lo más probable es que sólo encuentres cenizas y castigos.

-Sí, señora.

-¿Y... y qué pasa conmigo? - pregunta Barbie Loera con un hilo de voz.

-Amane, mávalo. Por su culpa tengo dolor de cabeza.

-¿Qué? ¡Pero...!

Antes de que pueda reaccionar, una figura se desplaza como un relámpago ante él. Distingue el ojo verde, el ojo azul y el destello del cuchillo antes de que éste le desgarré la garganta. La brumosa realidad da un bandazo a su alrededor y cae de medio lado sobre la alfombra de musgo. Intenta suplicar, pero de entre sus labios sólo brotan burbujas carmesíes. Contempla cómo un charco de sangre se extiende ante él. Los pies descalzos de Miriam Saavedra lo pisan y continúan su camino, dejando tras de sí huellas de un intenso color rojo.

### 3

-Por favor, no quiero morir, por favor...

Ángela baja la mirada. La voz sofocada y quejumbrosa de la mujer le hiela los huesos. Está ahí, arrodillada sobre el asfalto, con las manos atadas a la espalda, alzando la cabeza cubierta por un pasamontañas hacia ellos, ciega, sin poder verlos. Tiene la ceñida camisa blanca, que marca una delantera exuberante, salpicada de sangre, y tiembla con tanta fuerza que parece que vaya a romperse por mil sitios al mismo tiempo.

-Esto es una mierda – musita Ángela, mientras con torpeza intenta liarse un nuevo canuto. Necesita algo de hierba para relajarse porque, a pesar de que pueda mostrarse tranquila, está al borde de la taquicardia. Jorge, a su lado, está apoyado en la parte delantera del Nissan y mantiene la mirada fija en algún punto incierto del cielo despejado. Aunque se esfuerza por no mostrar miedo o preocupación, Ángela lo conoce bastante bien como para saber que está acojonado.

-No puedo hacerlo, tío – dice Pablo, sopesando la pistola -. Ella no tiene la culpa de nada. Se supone que no iba a haber violencia, no nos íbamos a cargar a nadie, esto no forma parte de mi plan, no...

-Entonces lo haré yo – contesta Leo.

Silencio. La mujer llora, se retuerce, suplica.

Han aparcado en la parte trasera de una nave industrial abandonada situada en un polígono a las afueras de la ciudad. El sol cae sobre ellos, abrasador, y a lo lejos sólo se ven yermos parajes, escarpadas colinas y un cielo azul que se extiende hasta el infinito. Han visto más vehículos aparcados por la zona, así que debe haber gente trabajando en el polígono; sea lo que sea lo que vayan a hacer, tienen que hacerlo rápido.

-Si... si vais a matarme – pronuncia la mujer con dificultad -, por lo menos quitarme esta mierda de la cara. Quiero ver algo antes de morir.

Los cuatro se miran. Pablo contempla a Jorge, que se limita a prestar atención a las puntas de sus deportivas manchadas de sangre y a Ángela, que se encoge de hombros. Luego se vuelve hacia Leo.

-Si le quitas el pasamontañas – le dice éste -, nos verá las caras y entonces tendremos que matarla quieras o no. He hecho todo esto para conseguir dinero para mi familia y para que mi padre pase sus últimos días en un lugar decente, no para que mi madre pierda a un marido y a un hijo en la misma semana. No voy a ir a la cárcel. ¿Lo has entendido?

Ángela enciende el porro y permite que la primera oleada del aroma dulzón de la marihuana llene sus pulmones. Estudia a Leo, que parece mucho más agresivo con esas manchas de sangre secas en su rostro. Leo viene de Leonardo, aunque ella siempre ha pensado que su verdadero nombre debería ser León. Existen culturas tribales que esperan a que los hijos empiecen a mostrar su naturaleza antes de nombrarlos y, aunque los padres de Leo no debían ser muy partidarios de esta costumbre, les faltó muy poco para acertar de lleno. El muchacho recuerda a un auténtico león, no sólo por esa melena desordenada que recuerda vagamente a la del rey de la selva, o por la manera que tiene de follar y que Ángela ha conocido muy bien, con rabia, estrujando a la chica entre sus brazos y convirtiendo cada penetración en una embestida, como si odiara a la otra persona, como si pudiera eyacular toda la ira que lleva dentro a base de ponerla a flor de piel durante el polvo; también recuerda a un león por su carácter. Y viéndolo ahí, de pie, frente a Pablo, tendiendo una mano para coger la pistola que su compañero sostiene, la naturaleza de ambos crea un apasionado contraste sobre al que Ángela le gustaría hablar de no ser porque los dos chicos tienen entre ellos a una mujer encapuchada y arrodillada, esperando su sentencia de muerte.

Básicamente, Leo es áspero, seco y determinado, mientras que Pablo es un soñador empedernido que, además, está asustado, está asustado por el mundo que le rodea, por no dejar ningún tipo de huella en un planeta atestado de mediocridad. Pero cualquiera que pase cinco minutos con ellos puede darse cuenta de esta conclusión.

-Vas a tener que pegarle un tiro – decreta Leo, tajante.

-De acuerdo.

A pesar de todo, Pablo duda, acercándose muy despacio a la mujer, que sigue llorando, y extendiendo la mano hacia su pasamontañas como si temiera que éste fuera un animal venenoso que pudiera morderle. La pistola tiembla entre sus dedos. Ángela quiere decir algo, quiere intervenir, pero se siente incapaz de moverse, de pronunciar una sola palabra. Ve cómo el rostro de su futura víctima (va a ser cómplice de un asesinato, lo sabe, pero su mente aún no ha conseguido asimilarlo y seguramente no llegue a hacerlo nunca) va descubriéndose poco a poco. Una melena rubia cae revuelta sobre los hombros de la mujer, cuyo pecho sube y baja al ritmo de su agitada respiración. Lágrimas de rímel negro surcan su rostro y el pintalabios se le ha corrido y parece que sea una vampiresa que acaba de beber la sangre de alguna pobre dama. La mujer alza unos ojos grandes, enormes, dos pozos celestes anegados de temor, hacia Pablo y mueve los labios en un último y desesperado ruego silencioso.

-¡Joder! - exclama éste, retrocediendo un paso.

-¿Qué ocurre? - pregunta Ángela, sobresaltada.

Jorge, a su lado, también se pone en tensión, como activado por un resorte, balbucea una serie de palabras incomprensibles y al final consigue exclamar:

-¡Es la puta Sunny Heart!

Como para subrayar sus palabras, una ráfaga de viento llega desde las yermas colinas y tira del pelo de la rehén y desprende unas cuantas lágrimas de su rostro, que caen a su alrededor.

-¿Quién es Sunny Heart? - pregunta Ángela.

-Trista llardia... - musita Pablo -. La mujer de Víctor Bastida, el escritor, la actriz porno que... Joder. No podemos matarla. No podemos...

Sus ojos azules se encienden, esperanzados.

-¿No podemos matarla porque es la mujer de un escritor famoso y porque se ha pasado la vida follando con negros de pollas enormes? - escupe Leo -. ¿Es que si hubiera sido una persona cualquiera sí le habrías disparado?

-No, pero...

-¡Nos ha visto las caras, Pablo!

-¡Leo, tranquilízate! - interviene Jorge, que al fin parece despertar de su letargo -. ¡No tiene por qué morir nadie!

-¡Ya hemos matado a un hombre!

-¡Pues preferiría no tener que matar a una mujer!

-¿Pero estáis locos? ¡Hemos atracado un banco! ¡Se ha montado un tiroteo de la hostia enfrente del maldito Ítaca y dentro de nada va a haber un ejército de policías preguntándose donde coño está el dinero! ¿Queréis soltarla y que vaya a la comisaría a cantar como una jodida soprano y a identificarnos, uno por uno, para hundirnos aún más en la mierda en la que estamos metidos?

-¡Callad! - ordena Ángela -. Yo tampoco quiero convertirme en una asesina. ¿Es que no os dais cuenta de que...?

-¡Los que no os dais cuenta de nada sois vosotros! - ruge Leo -. ¿De verdad os pensáis que a mí me apetece matarla? ¡No disfruto con esto! Pero en lo que hemos hecho no hay tecla de volver atrás, no podemos andarnos con tonterías. Sabíais que algo así podría pasar. Hemos-atracado-un-banco – remarca cada palabra -, y eso tiene consecuencias, cosas que hay que hacer. ¿Es que queréis ir a la cárcel?

-¡Estoy embarazada! - chilla Trista, o Sunny Heart, o como quiera que se llame esa mujer.

Un silencio sepulcral cae sobre ellos. Pablo se la queda mirando, la barbilla temblando, y Ángela detecta en los ojos de la actriz porno la mentira. No está embarazada. Lo ha utilizado como un clavo ardiente al que agarrarse, como el último cartucho de la escopeta de su salvación, y como engaño deja bastante que desear, pero no va a ser Ángela quien la deje vendida.

-¿Qué?

-Es... estoy embarazada – repite ella, dubitativa -. De dos meses...

-Lo siento – dice Leo -, siento mucho que te hayas metido en esto, pero no podemos correr riesgos. Siento que...

-No diré nada. A nadie.

-Ya, claro – se vuelve hacia Pablo, que está paralizado, con la mano que sostiene su pistola colgando junto a su costado -. Sabes lo que va a pasar si la dejas libre, ¿verdad?

-Sí.

-¿Quieres que termine yo con esto?

-No. Todo... todo lo ocurrido es culpa mía. Yo me mancharé las manos.

-Por favor... - empieza de nuevo Trista.

-Estáis como una puta cabra – Jorge se da la vuelta y se apoya en la carrocería del Nissan, tomando aire y dejándolo escapar muy despacio. Ángela se da cuenta de que la mayor parte de su canuto se ha consumido entre sus dedos.

-¿Vas a hacerlo ya?

-Dame unos minutos.

-De acuerdo, Pablo. Tómate el tiempo que haga falta, pero ten en cuenta que dentro de poco va a haber policía por toda la zona. Mientras tanto, Jorge y yo iremos a buscar un coche, uno de los que están aparcados por aquí. Cuando vuelva, por favor, haz que esta pesadilla haya terminado – le apoya una mano en el hombro y se lo estrecha con cariño -. Y no me la juegues, compañero. No la sueltes en cuanto yo me de la vuelta porque te juro que en ese caso iré detrás de ella y la mataré yo y sólo conseguirás alargar esta locura. ¿Me has entendido?

-Por favor, no diré nada, no...

-Sí. Sí, lo he entendido.

-Jorge, ¿puedes acompañarme?

-Yo también querría ir con vosotros – dice Ángela -, no quiero ver esto.

-Por favor, quédate conmigo. Necesito a alguien.

-Vale.

-Jorge, ¿vienes?

Jorge está llorando. Asiente con la cabeza y sigue a Leo y, cuando pasa junto a Trista, la mira con el rostro demacrado y susurra:

-Lo siento. Lo siento mucho.

Trista escupe a sus pies.

Y así, Ángela, Pablo y Sunny Heart se quedan solos, acompañados por el llanto entrecortado de la actriz y por la quietud de aquel lugar perdido de la mano de Dios. Pablo mira a Ángela, pero Ángela no sabe cómo ofrecerle apoyo y sólo puede contemplar. Y entonces su amigo, el que ha sido siempre su compañero más cercano, en el que más ha confiado, con quien ha jugado en el parque desde que eran críos, aquel que era incapaz de hacer daño a una mosca y que sólo en una ocasión, terrible y definitiva, se metió en una pelea, avanza hacia Trista llardía, que ya parece haber aceptado su muerte y sólo lo desafía con la mirada, levanta el arma poco a poco y apoya el cañón sobre la frente de la mujer.

-Por Dios – musita ella -. Por el amor de Dios, no lo hagas...

El dedo busca el gatillo. Ángela se cubre la cara con las manos.

-Por Dios...

-¡Basta! - exclama Ángela, y Pablo se vuelve hacia ella, al tiempo que la cabeza de Trista cae hacia delante y sus labios se separan en un jadeo donde deja escapar todo el aire que llevaba contenido en los pulmones.

-No lo hagas. Aparta esa pistola de ella, no somos asesinos. Por favor, no lo hagas.

Tiene el corazón desbocado.

-Si la suelto, Leo la matará.

-Si la sueltas, Leo no le hará nada. Es el más realista de todos nosotros y, como el resto, no quiere acabar encerrado en una celda para nada, pero no es mala persona. No va a matarla. Sin embargo, si la sueltas, no te quepa duda de que le contará todo a la policía, voluntaria o involuntariamente, porque hay en juego mucho dinero.

-¿Y qué propones?

-Nos la llevamos con nosotros. La metemos en el maletero del coche y cuando hagamos noche en el motel antes de llegar a mi pueblo la encerramos en la habitación para asegurarnos de que no hace ninguna tontería. Lo malo es que al llevarla con nosotros, y siendo una mujer famosa, ya no podremos llegar a Ansó en autobús, pero no importa. Al día siguiente nos ponemos en marcha, escondemos el coche en el garaje y a ella la encerramos en el sótano de mi casa mientras estemos ahí.

-¿Y después qué?

-No lo sé, pero ganamos tiempo para que se nos ocurra algo que no implique derramar sangre. Ya se nos ocurrirá algo. Y si al final hay que matarla, que sea porque no tenemos otra opción, pero lo mínimo que podemos hacer es darle una oportunidad de salir ilesa de esto. No es justo solucionar nuestras vidas arrebatándole la suya a otra persona.

-¿Cómo crees que se lo tomará Leo?

-Esto es una democracia, así que tendrá que tragar. Y en el fondo seguimos haciendo lo que hemos hecho desde el principio, improvisar, sólo que sin necesidad de ir pegando tiros como si esto fuese el Salvaje Oeste.

-G...

Se vuelven hacia Trista, que sigue llorando y respirando como si acabara de concluir

una maratón. Una maratón de porno duro y doloroso.

-Gracias...

Ninguno de los dos contesta, aunque Ángela imagina lo ridículo que podría quedar *unde naday* la situación está a punto de arrancarle una carcajada histérica. Así que esperan, hasta que escuchan un motor aproximándose y de detrás de la nave industrial surge una furgoneta blanca, manchada de barro y mugre, que más que avanzar parece tambalearse sobre sus ruedas. Leo y Jorge aparcen junto a ellos y bajan de un salto.

-¿No habéis encontrado nada mejor? - pregunta Ángela.

-Tenía las llaves puestas. ¿Por qué ella sigue viva?

-Un disparo alertaría a las personas que están trabajando en el polígono – contesta Pablo, con una sonrisa -. Y, además, a Ángela se le ha ocurrido un plan mejor.

-¿Un plan mejor?

Se lo cuentan. En todo ese mundo absurdo que han construido repentinamente, la cara que se le queda a Leo casi consigue que, esta vez, Ángela se eche a reír de verdad. Aguanta como puede y las lágrimas le saltan a los ojos. Leo los contempla, como esperando que todo aquello sea una broma, se vuelve hacia la figura arrodillada de Sunny Heart y, de nuevo, hacia ellos.

-Haced lo que os de la gana, pero sois lo más parecido a retrasados mentales que puede haber en el mundo de los atracos a bancos. Es un error, joder; nos merecemos acabar todos muertos por ser tan estúpidos.

-¿Tú que piensas, Jorge?

-Prefiero convertirme en secuestrador que en asesino, y ya he visto demasiada sangre para el resto de mi vida.

-En ese caso, la decisión está tomada – gruñe Leo aunque, en cierto modo, parece aliviado -. Vámonos de aquí lo antes posible, debe haber un montón de polis deseando encontrarnos y trincarnos.

#### 4

-El muchacho no tuvo ninguna posibilidad, Liberatore. Su trabajo era bien sencillo, pero como le digo, las cosas se convirtieron en un Infierno antes de que ninguno de nosotros comprendiera lo que estaba ocurriendo y, si quiere que le diga la verdad, sigo sin comprenderlo – Néstor Sangalli se apoya en la pared de la pequeña habitación donde las strippers se cambian de ropa interior y mira a Montenegro, que está sentado en un taburete, descamisado, mientras Glory Soul limpia la sangre de su hombro con un trapo -. Había dos atracadores cuando llegamos, así que la alarma ya había sonado y el equipo de seguridad de Saavedra nos atrapó dentro del banco y pilló a Rivas con los pantalones bajados. Dudo que el chaval hubiera podido hacer nada. Sí, sí, fue un caos, ponga cualquier canal de televisión, esa locura va a dar mucho de que hablar en los próximos años.

Sigue al teléfono, intentando dar respuesta a las preguntas de Liberatore. Una chica delgadita y enjuta, con unos pechos respingones que parecen apuntar con sus pezones al cielo, pasa a su lado y lanza una mirada de desagrado a Montenegro. Glory Soul lo atiende con la profesionalidad de una enfermera real, le cose la herida con hilo corriente y aplica unas cuantas compresas a modo de vendaje alrededor del hombro. A un lado quedan las pinzas ensangrentadas y la metralla, con pequeños pedazos de piel y carne prendidos, que ha extraído de Montenegro. Todo sobre una pequeña bandeja de plata, como si fuera una ofrenda. Néstor Sangalli escucha todo cuanto su jefe tiene que decirle y cuelga el teléfono y, entonces, Glory Soul se acerca a él. Sus manos manchadas de sangre contrastan con su vestimenta, que no es de las que se conforman con insinuar más que mostrar.

-¿Y el chico? - pregunta.

-Roberto murió durante el atraco.

-Dios mío – Glory se cubre los labios con el dorso de la mano -. Es horrible. ¿Estamos en peligro?

-Montenegro tuvo a bien quitarse el pasamontañas dentro del Ítaca, así que seguramente Miriam Saavedra tenga una instantánea suya en primer plano – gruñe Néstor, mirando a su compañero. Éste se encoge de hombros y se incorpora, moviendo el brazo en suaves círculos -. Así que antes o después estaremos todos en peligro. Pero no te preocupes, esa zorra irá a donde más duele, y un club de stripper no es el mejor de nuestros negocios. Pero si las cosas se ponen feas yo, de ser tú, me marcharía de la ciudad; quizá a Saavedra le de por borrarlos del mapa.

-Ahora tiene otras cosas de las que preocuparse – contesta Montenegro -. Nosotros habremos fracasado, pero por lo menos alguien se ha llevado el dinero.

-Y no tenemos ni idea de quién ha sido.

-¿Qué importa eso? - pregunta Glory, situada entre los dos hombres -. Lo que queráis era darle un golpe a vuestra enemiga, ¿no? Ahora tiene un banco menos, han muerto muchos de los suyos y ha perdido una bolsa llena de billetes.

-Liberatore quiere ese dinero.

-¿Por qué?

Montenegro alza las cejas y mira a Néstor, como preguntándole por qué permite que una bailarina esté al tanto de los asuntos de la organización cuando, además, tienen fama de tener la boca demasiado grande por muchas razones. Sin embargo, Néstor confía en Glory Soul. Aunque fuera una chivata, sólo sabe lo que dentro de poco sabrá Saavedra al revisar los vídeos de las cámaras de seguridad: que el grupo de Liberatore formó parte de aquel tiroteo.

-Porque contaba con que lo conseguiríamos y ya tenía un destino preparado para ellos. No le gusta que los planes se salgan de lo previsto, así que me ha ordenado que no vuelva a pasarme por su despacho si no es con esa fortuna entre mis manos.

-Deberíais dejar correr el asunto antes de que perdáis el control de la situación; Saavedra es tan peligrosa como poderosa – Glory Soul sacude la cabeza -. Voy a lavarme un poco. Montenegro, nada de movimientos bruscos, y si te duele, te tomas un tranquilizante. Si la herida se pone fea y sigues repudiando de los hospitales, me encontrarás por aquí.

La voluptuosa mujer se marcha y Néstor y Montenegro se quedan solos, en silencio. Su compañero cambia de posición y los músculos de su torso, sudorosos y manchados de sangre, parecen moverse por sí mismos.

-¿Cómo vamos a saber quién tiene ese dinero?

-No hay forma de que lo sepamos. Tendremos que esperar a que Miriam y los suyos lo descubran; después me pondré en contacto con nuestro soplón y que me cuente todo lo que hayan sacado en claro. Con un poco de suerte, y rezo a Dios para que la tengamos, llegaremos antes que Miriam hasta el ladronzuelo y recuperaremos el botín antes de que Saavedra se presente con los suyos y con toda la mala hostia del Universo.

-¿Que mi mujer ha sido qué?

El policía se revuelve incómodo en el umbral, como si le molestara tener que repetir toda la historia de nuevo. Víctor Bastida, ante ese rostro aniñado e inexperto, ante esa voz que le habla con total despreocupación, como si no tuviera ni idea de quién es su esposa y, sobre todo, quién es él, siente que su propio semblante reúne rabia, incomprensión, locura y un deseo irrefrenable de destruirlo todo. Piensa en Gálvez. Ese cabrón tiene que ver algo con lo ocurrido, sin duda, pero...

-Su mujer ha sido tomada como rehén por un grupo de atracadores que han asaltado el Ítaca hace un par de horas – repite -. Desconocemos tanto el paradero de los secuestradores como el de su esposa. Me gustaría hacerle unas cuantas preguntas.

-Creo que quien tiene unas cuantas preguntas que hacer soy yo, maldita sea.

-¿Ha recibido alguna llamada de los captores pidiendo un rescate o citándole para alguna reunión donde tratar los términos del intercambio de su esposa?

-¿A usted qué le parece?

-Si no se han puesto todavía en contacto, es probable que lo hagan en las próximas veinticuatro horas y que le recomienden no hablar con la policía. Obedecerles sería un error, ya que estaría obstruyendo una investigación policial, y una vez que hicieran sus primeras exigencias nada les impediría seguir chantajeándole a cambio de la vida de su esposa. Si esos hombres le telefonaran, tendría que ponerse inmediatamente en contacto con nosotros para que pudiéramos hacernos cargo de la situación.

Víctor Bastida reprime una carcajada. ¿Hacerse cargo de la situación? ¿Ellos? Sabe que la mayor parte de la policía son unos incompetentes y, quienes no lo son, están bajo la nómina de hombres como Gálvez, más preocupados en destruir pruebas o encubrir delitos para conseguir su parte del pastel que en quebrarse la cabeza con casos que podrían estar sacados de una mala película de acción.

-¿Qué hacía su esposa en el Ítaca esta mañana?

-¿Usted qué cojones cree que estaba haciendo mi esposa en un banco por la mañana?

- Víctor Bastida prácticamente escupe las palabras. Le duele la cabeza, está confuso y desorientado, y ha abierto la puerta cabreado desde el primer instante porque la insistencia de ese policía, que parecía enganchado al timbre, lo ha arrancado de su concentración previa a la escritura -. ¿Participar en una orquesta infantil? ¿Pasear por las hermosas instalaciones de una minúscula caja de ahorros? ¡Había ido a sacar dinero al cajero automático como todo jodido hijo de vecino!

-Señor, comprendo que todo esto es muy complicado pero...

-Lo que es complicado – contesta, cambiando su arrebató inicial por un tono calmado pero tenso -, es soportar su estúpida verborrea de autómatas. Si no tiene nada más que añadir, le agradecería que me dejara solo para pensar qué hacer ahora, y que no vuelva a molestarme si no es para anunciarme que mi mujer está sana y salva en la puerta de mi casa. Y más vale que se tome en serio su trabajo, porque si le ocurre algo pienso utilizar todo mi dinero para joderle a usted y a cualquiera que cometa un solo error que pueda causarle algún daño a mi esposa. ¿Le ha quedado claro?

-Señor...

-Buenas tardes.

Le cierra la puerta en la cara, los dientes apretados, y desea que ese gilipollas vuelva a pulsar el timbre para poder enfrentarse a él, humillarlo, destrozarlo verbalmente y lanzarle dentelladas a su orgullo enfundado en uniforme. Pero no lo hace, así que Víctor Bastida arremete contra el vestíbulo, empuja una estantería que cae al suelo derramando todos los libros en una oleada de páginas y empieza a patearlos y a romperlos mientras grita y gruñe y llora. La mayor parte de su cerebro piensa que el culpable de eso ha sido Gálvez, pero no tiene sentido; Gálvez no organizaría un atraco sólo para secuestrar a su mujer. Gálvez es del tipo de persona que manda a un matón con gabardina que primero te amenaza y después te pega un tiro en mitad de la noche. Y de pronto se encuentra arrodillado en el vestíbulo, arqueado sobre su propio estómago, con la camisa del pijama abierta, llorando y sufriendo arcadas. Está a punto de vomitar. En alguna parte de la casa empieza a sonar el teléfono. <<Mi diosa, mi musa>>, piensa, y lo piensa una y otra vez hasta que se convierte en un mantra dentro de su cerebro. Cree que su cordura va a romperse. Alguien le ha robado lo que es suyo, y ahora su querida Sunny Heart, la de infinitas pestañas y enormes ojos azules, la que gime ecos de gozo cada vez que se encuentran entre las sábanas, debe estar

atrapada en algún sórdido sótano, cubierta de mugre y a merced de las torturas y maltratos de una panda de avariciosos chalados.

-La policía nunca arregla las cosas.

La frase suena desde lo más profundo de su memoria. La voz pertenece a un viejo amigo, *Cariccio*, un tipo de lo más peculiar que conoció en el instituto y cuya amistad se extendió a lo largo de los años. *Cariccio*, cuyo nombre fue causa de las más diversas y crueles bromas infantiles y fruto de unos padres con ganas de complicar la existencia de su hijo, acabó convertido en militar. La última vez que hablaron fue un año antes, después de que el volviera de su tercer servicio en Afganistán, con cicatrices de metralla y más de una veintena de asesinatos en sus ojos. Se habían reunido en un bar y, Víctor Bastida no recuerda como, la conversación había desembocado en aquella frase.

-La policía nunca arregla las cosas – había dicho, bebiendo de su vaso de whisky -. Ni en España ni en ningún país del mundo. Si tienes un problema tienes que solucionarlo por ti mismo, y los problemas que pueden llegar a tener la gente rica y famosa como tú exigen soluciones drásticas, y a veces esas soluciones es mejor dejarlas en manos de las personas adecuadas que, indudablemente, no son la policía. Si alguna vez necesitas que alguien desaparezca, necesitas protección o, simplemente, te metes en líos, llámame.

-¿Por qué? - había contestado Víctor, riendo -. ¿Te convertirías en mi guardaespaldas?

-Yo no. Yo no me encargo de esas cosas. Pero en Afganistán conocí a unos tíos que son de aquí, pero que estaban en una misión bajo el mando de una importante empresa farmacéutica. Tenían que acabar con un tipo que estaba llevando a cabo una investigación tan valiosa y tan incómoda para esta empresa que había decidido esconderse en el territorio más peligroso del mundo. Pero esos cabrones lo encontraron. Vaya si lo encontraron, y tanto él como la investigación dejaron de existir.

-Suena muy peliculero.

-El mundo es aún más peliculero de lo que muestran las pantallas de cine. Y si los conocieras... tal vez te estés imaginando a rudos mercenarios, pero eran cuatro tipos de lo más excéntrico. Su jefe se hacía llamar Oppenheim, y era un hombre estirado y refinado, el tipo de persona que podría ser el *maître* de un elegante restaurante francés con nombre pomposo, pero por lo que pude saber de él mismo, soltándole la lengua con un poco de alcohol, es una auténtica máquina de tortura. Luego había un psicópata, un tarado que no tenía ningún problema en correr a través del fuego enemigo y abalanzarse contra sus enemigos armado con un cuchillo. Yo a ese no lo vi, pero Oppenheim me habló de él. Era joven, me dijo, y todos lo llamaban, simplemente, Muchacho. El cabrón consideraba las armas de pólvora algo poco honorable. Le gustaba estar cara a cara con sus víctimas y usar todos los cuchillos y armas de filo que se te puedan pasar por la cabeza para desgarrar, apuñalar y destripar. Ese tal Muchacho se daba unos baños de sangre como te los puedes dar tú cada mañana en agua en tu lujosa bañera hidromasaje.

-Muy gracioso.

-Los otros dos tampoco eran muy mayores, me explicó. Me dijo que prefería la gente joven, porque conforme las personas crecen pierden valor. Como si naciéramos con una cantidad determinada de valentía e insensatez y con el tiempo la fuéramos perdiendo. Pues bien, había un chico, cuyo nombre no recuerdo, que era un hacker tremendo y que aseguraba que podía pasearse por los archivos secretos del Pentágono como si fuera el jardín de su casa. Ese sí que estaba ahí, bebiendo con Oppenheim, y te aseguro que no tenía pinta de mercenario, sino de *friki*, y el cabrón sacó su portátil y ante mis ojos burló los sistemas de seguridad de nuestra base y accedió a todas las cámaras de seguridad en menos de un minuto. Y luego estaba la chica. Se llamaba Layla, creo, y te prometo que estoy seguro de que no era mayor de

edad. A diferencia de Muchacho, ella era una fanática de las armas de fuego, y prefería cepillarse a la gente desde la distancia. Conocía todos los tipos de rifles de francotirador y me aseguró que podía acertar a un mosquito a doce kilómetros de distancia. Y yo la creo.

-¿Por qué te contaron todo eso? ¿No se supone que la gente así debería ser... clandestina?

-Porque estábamos en un país donde los coches explotan por las calles y cada día mueren cientos de personas. Y porque si le contaba esto a alguien, seguramente no me creerían. Además, es su forma de hacerse publicidad. Me dieron un teléfono de contacto, al que por la gloria de mi madre jamás telefonearé, y me dijo que si algún día encontraba alguien que quisiera contratarlos, le diera ese número y le indicara que preguntara a quien fuera que contestase por un filtro nuevo para uno de esos robots que te limpian la casa, esos con forma circular que venden ahora en todas partes.

-Podrías darme ese número.

-Ni en broma, Víctor, no juegues con fuego. Esa gente es peligrosa. Pero si algún día tienes problemas, problemas de verdad, bueno, llámame. Pero cuidado, porque pedirán dinero, mucho dinero, y más vale que estés dispuesto a librarte de una buena parte de tu fortuna porque, si no les pagas, seguramente se cobren el trabajo con tu propia vida. Y creo que no debe haber nada peor que estar unas cuantas horas sometido a las grotescas técnicas de Oppenheim.

Víctor Bastida alza la cabeza, jadeando. Algunas de las páginas han quedado empapadas en lágrimas. Más de una vez ha jugado con la idea de contratar a esa gente para acabar con Gálvez, a pesar de que sabe que es un error; es probable que Gálvez tenga a su disposición un pequeño ejército de asesinos más peligroso que aquel del que le habló *Cariccio*. Sin embargo, para recuperar a su mujer...

<<Es una locura>>

...de manos de unos atracadores anónimos que la han tomado como rehén...

<<No tienes dinero para pagarles>>

...que seguramente se deshagan de ella antes de que la ineptitud de la ley sepa siquiera donde empezar a buscar...

<<Mi musa, mi diosa, Trista, lo eres todo. Eres la luz en mitad de la oscuridad, el calor cuando hace frío, la razón por la que empiezo cada página. No me he portado muy bien últimamente, pero te amo, te amo, te amo, eres mía>>.

Se incorpora, despacio, y renquea hacia el despacho, donde su teléfono móvil aguarda sobre la mesa. Está sumido en un silencio reverencial, como si el aparato se supiera parte de los acontecimientos que están por venir. Víctor lo toma con delicadeza y ve que las llamadas que ha recibido son de Miguel Berné, su agente literario, que probablemente haya visto en las noticias lo acontecido en el Ítaca. Seguro que todos los programas están hablando del secuestro de Sunny Heart, un nuevo golpe en la problemática situación en la que se encuentra atrapado el excelentísimo escritor...

Busca en la agenda el número de *Cariccio* y lo marca. Espera dos tonos antes de escuchar la voz de su viejo amigo, marcada por un leve acento italiano.

-¡Víctor! ¡Cuánto tiempo! Justo estaba pensando en llamarte un día de estos. ¿Cómo va todo?

-Cariccio...

-¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

-Unos hombres han atracado un banco y han secuestrado a mi mujer. Se la han llevado.

-¿Qué?

-Creo que van a matarla. La policía no sabe nada, pero además tú me dijiste que la policía nunca arregla las cosas y...

-Espera, frena. ¿Han secuestrado a tu mujer? Dame una hora y estoy en tu casa ahora

mismo. Dios mío, ¿qué...?

-No quiero que vengas a mi casa. Necesito estar solo.

-¿Puedo ayudarte en algo?

-Sí. Quiero el teléfono de ese hombre del que me hablaste. De Oppenheim.

Silencio.

-Esa gente es peligrosa, Víctor. Si abres la caja de Pandora...

-Hace mucho tiempo que abrí la caja de Pandora, y últimamente me he cruzado con más gente peligrosa de la que te podrías imaginar. Dame ese número de teléfono. Quiero que Oppenheim recupere a mi mujer y destruya y mate a esos hijos de puta que han cometido el error de llevársela.

## 6

Mientras atraviesa un pasadizo abovedado de piedra en compañía de Valcárcel, David Vaquero piensa en la mansión de Miriam Saavedra, en la que en ese momento, y la mayor parte del día, se encuentra. Es un lugar gigantesco que se alza en lo alto de un risco y, durante las noches de tormenta, el viento y la lluvia arremeten con tal fuerza contra las fachadas que parece que la casa va a desmoronarse de un momento a otro. Con sus balaustradas, gárgolas, ornamentos y amplios ventanales, su silueta, que recuerda a una descomunal catedral gótica, podría formar parte de la portada de una novela de terror.

Además, su interior, dividido en cinco plantas y todo un mundo subterráneo, es un lugar de contrastes. Sólo hay que contemplar el principal santuario de Miriam Saavedra, con ese bosque artificial que posee hasta una bruma espectral, frente a las habitaciones y salones que utilizan los demás miembros importantes de la organización, ostentosos pero no extravagantes. Esta disparidad se hace evidente también en ese momento; después de visitar a los ingenieros informáticos que se han pasado un par de horas en una de las salas llena de ordenadores y de la tecnología más avanzada, ahora los dos consejeros de Miriam recorren las catacumbas de la mansión, excavadas en la propia roca de la montaña y alumbradas con la danzarina y sangrienta luz de las antorchas. Sus pasos resuenan hacia la gruesa puerta de roble que se encuentra al final de la galería y que da paso a uno de los refugios más íntimos de Saavedra.

David Vaquero lleva ligeramente la delantera, no tanto por una cuestión de protocolo sino porque Jeremías Valcárcel, rechoncho y anciano, necesita de un bastón para moverse. Se detiene a esperarlo, abrazando contra su pecho la carpeta llena de las fotografías y documentos que los informáticos han robado, residuos electrónicos convertidos en párrafos e imágenes. Cuando su compañero llega a su lado levanta un poco la cabeza para mirar a los ojos a Vaquero. David es un hombre alto, alcanza casi el metro noventa, y está acostumbrado a que los demás tengan que alzar la mirada hacia él.

-Las cosas se van a poner muy feas aquí, Vaquero – dice el hombre, que no parece intención de seguir avanzando -. Robarle el dinero a Miriam es la mayor estupidez que un ser humano en su sano juicio puede cometer. Cuando ella vea lo que hay en esa carpeta va a desatarse un Infierno para el que no estamos preparados.

-El Infierno caerá sobre esos imbéciles que se han llevado lo que no es suyo. Nosotros no tenemos de qué preocuparnos.

-¿Y que hará cuando vea el rostro de Montenegro dentro del banco? No hay duda de que Liberatore ha tenido que ver con lo sucedido en el Ítaca, al menos uno de sus hombres estaba ahí, aunque al final hayan sido otros los que se han llevado el dinero.

David no puede disimular la sorpresa ante las palabras de su compañero. Desvía la mirada hacia la puerta tras la cual aguarda Saavedra; a decir verdad, no le resulta cómodo cuchichear a escasos metros de ella. Cualquiera podría pensar que están

conspirando y el último al que Miriam consideró un conspirador acabó convertido en comida para perros de pelea.

-Siempre hemos sabido que Liberatore era un enemigo – le dice a su viejo compañero -. Ya has oído a Miriam, quiere muertos a todos los que tuvieron que ver con el atraco. Quizá haya llegado el momento de borrar del mapa a esa molesta organización de italianos petulantes y cazar a cada uno de sus miembros como si fuesen perros.

-Pero ahora no estamos preparados para una guerra. Si Liberatore se ha atrevido a dar ese golpe, a provocarnos, es porque tiene un as en la manga, y Miriam ya ha perdido a parte de sus hombres en ese maldito tiroteo. Además, aprovechando el caos, muchas de nuestras filiales de tráfico de droga se han declarado independientes y aunque hemos mandado a algunos de los nuestros para aclararles las ideas, nos devolverán unas cuantas cabezas cortadas. Mucha gente opina que Miriam Saavedra no es más que una chiflada que cada vez tiene menos poder, y en este golpe muchos han visto la oportunidad de llevar la iniciativa en su propio negocio...

-No sé hacia donde quieres llevar esta conversación, Jeremías, pero en pago a los muchos años que hace que trabajamos juntos voy a darte la oportunidad de mantener la boca cerrada antes de que alguna estupidez escape de entre tus labios. Como consejeros y principales apoyos de Miriam Saavedra, sabemos lo que va a decidir y lo apoyaremos. Ella es esta organización, y los que se han atrevido a desafiar su autoridad no tardarán en volver al redil cuando vean lo que hacemos con los traidores.

-Sólo digo que quizá el líder perfecto para esta organización sea una persona que no baile en los extremos, que se encuentre entre lo que era su hermano y lo que es ella y...

-Basta – le exige David. No necesita alzar la voz para parecer autoritario -. Basta, a no ser que quieras que te pegue un tiro aquí mismo.

-Pero...

-Saavedra nos espera. Vamos.

Traspasan las puerta y al instante los recibe una oleada de un aroma intenso, embriagador, que al instante colapsa los pensamientos de David Vaquero, arrojándolo a un mundo de imágenes confusas, colores chillones y figuras que se hacen y se deshacen. La habitación, con forma heptagonal, está invadida por el humo y por un leve olor a incienso, y al igual que el bosque interior por el que a Saavedra gusta pasear, parece un pedazo de realidad distinto al que le rodea. Las paredes están llenas de dibujos pintarrajeados por Saavedra cada vez que se embarca en un viaje más allá de los límites de la percepción. Cuadros que muestran tanto configuraciones abstractas de líneas, manchas y puntos, como escenarios de lo más variopinto. Distingue a un niño soplando a través de una armónica en lo que parece la orilla de la playa, frente a un mar embravecido de color verde; también contempla un gigantesco punto marrón sobre un fondo de perpetuo negro, una ciudad que parece flotar en el cielo, una forma humana que parece tener textura de cristal y parajes desérticos, áridos y muertos. Entre los cuadros hay nombres escritos que, para David, no tienen ningún significado. *Samuel. Raincross. Shenishen.* Y frases de caligrafía incierta que, en su mayoría, son indescifrables. *Llueve ceniza sobre nosotros, sobre Brujas, el barco navega sobre un mar de sangre.*

En medio de la habitación hay una mesa cubierta de papeles y, de espaldas a los dos consejeros, con las piernas cruzadas en posición india, se encuentra Miriam Saavedra, inclinada hacia delante, desnuda. La melena negra se le derrama sobre la espalda y parece fundirse con los tatuajes, tan indeterminados y bellos como la mayoría de sus dibujos. Tiene la piel perlada de sudor y, aunque no puede mirarla a los ojos, David Vaquero siente toda su hermosura, esa belleza animal y desquiciada que lo vuelve loco a pesar de que jamás, por nada del mundo, será capaz de demostrarlo.

En un lateral de la habitación hay un camastro y, sobre él, un hombre joven, desnudo,

cubierto de sudor, que se estremece bajo los efectos de una sobredosis de alucinógenos. Un hilo de baba le cae por la comisura de los labios y tiene los ojos en blanco y un sinfín de cortes de brillante sangre roja por sus pectorales, su abdomen y sus piernas. El pene, todavía erecto, apesta a sexo. Todo el dormitorio, si es que el refugio puede merecer ese calificativo apesta a sexo.

-La Luna me advirtió que sólo aquel hombre a quien le diera la espalda sería capaz de matarme – dice Miriam, dándose la vuelta con una sonrisa ensangrentada. Ha bebido de la sangre de su amante y tiene los ojos vidriosos de quien se encuentra en un paraíso muy lejano al mundo de verdad -. También me advirtió que existe una roca en el espacio sobre la que caerá la sangre de mi sangre para sumergirse en el pozo de sombras que esconde en su interior y volver a alzarse para dar tiempo a que las canciones los encuentren.

-¿De qué está hablando, señora? - pregunta Jeremías con un hilo de voz.

Miriam Saavedra ladea la cabeza y parpadea, como si acabara de ser consciente de que ellos dos están ahí. Se retira un mechón de pelo de la cara y se pone en pie, mostrando su esplendor físico a los dos hombres. Luego mira con desdén al muchacho que está muriendo sobre la cama, se limpia la sangre de los labios con las yemas de los dedos y hace un gesto.

-Amane, llévatelo. Ya ha cumplido con su trabajo. Que tenga una muerte digna; manda dinero a su familia.

Entonces David repara en el bulto de pieles, pelo y mugre que hay en un rincón. Amane está ahí, en silencio, mordisqueando el filo de su cuchillo y, cuando escucha las palabras de su jefa, el sicario se incorpora de un salto, invisible la cojera de la que hace gala, y toma al muchacho por debajo de las axilas y lo arrastra fuera de la habitación. David Vaquero, acostumbrado a situaciones como esa pero, como siempre, desconcertado, cierra las puertas en cuanto cruzan el umbral.

-Hemos descubierto a los culpables – informa, volviéndose hacia Miriam.

Abre la carpeta y le tiende una fotografía tomada de una de las cámaras de seguridad del Ítaca. En ella se ve un coche con el parabrisas roto y un agujero en el techo, un Nissan, y a un muchacho saliendo desde el asiento del copiloto y pasando por encima de un tipo que yace muerto en el suelo con los brazos en cruz y la cara destrozada. También se distingue a un joven al volante, ancho de hombros, con el pelo rizado y revuelto y barba de tres días. No cabe duda de que el primero está extendiendo la mano hacia la bolsa de dinero que yace junto al cadáver.

-Hay dos figuras en el asiento trasero, pero nuestros hombres no han conseguido identificarlos.

-¿Y quiénes son estos dos?

-Antes de hablar de ellos... - David intercambia una rápida mirada con Valcárcel -, creo que debería ver esto.

Le entrega la fotografía de Montengro con la cara descubierta en medio de la destrucción del Ítaca. Miriam la toma con delicadeza y sus ojos se encienden; por un instante, David se teme uno de sus arrebatos de furia.

-Maldito hijo de puta. Liberatore ha tenido que ver con esto. Sabía que ese cabrón acabaría buscándome las cosquillas – mira a sus consejeros -. Preparad un equipo. Vamos a asaltar cada negocio, cada base de operaciones, de ese malnacido. Vamos a matarlos a todos.

-Hay un problema, señora – interviene Jaime, inseguro -. Aprovechando la situación de caos varias de nuestras filiales han decidido hacerse autónomas. Afirman que no van a trabajar para alguien que es incapaz de proteger su propio dinero. De algunos de ellos nos lo esperábamos, pero otros han sido una sorpresa. Si no recuperamos pronto el control de nuestros propios negocios, quizá nos quedemos sin apoyos cuando más los necesitamos. Y después del tiroteo no nos quedan muchos hombres; los que tenemos

deberíamos utilizarlos para restaurar el orden. No es el mejor momento para embarcarse en una guerra.

Miriam Saavedra guarda silencio durante unos segundos, mirando alternativamente a sus dos consejeros y, después, con un suspiro, gira sobre sus talones y deja las fotografías sobre la mesa, apoyándose en la superficie de la misma con las palmas de las manos.

-Muy bien, dejemos a Liberatore para más tarde. El muy gilipollas ni siquiera ha conseguido robarme. ¿Quiénes son estos muchachos? ¿Trabajaban para alguien?

-Creo que son independientes, Miriam – contesta David.

La melena negra se sacude con suavidad cuando la mujer niega despacio con la cabeza, como si estuviera apesadumbrada.

-Háblame de ellos.

-Ambos tienen antecedentes penales por una pelea en un bar. Se llaman Leonardo Gros y Jorge Laguna, y en la reyerta actuaron junto a otro compañero, llamado Pablo García. Es probable que sea uno de sus cómplices, pero no podemos asegurarlo.

-¿Habéis conseguido bloquear la investigación de la policía?

-Todo lo que hemos descubierto ha sido gracias a nuestro infiltrado que, después de enviarnos los documentos, ha destruido las pruebas, tal y como ordenaste.

-Nosotros hacemos nuestra propia justicia – sentencia Miriam -. Muy bien, quizá sea el momento de hacer una visita a las familias de estos dos incautos, a ver qué pueden contarnos sus padres antes de que les cortemos el cuello.

-Es posible – dice Valcárcel -, que sus familias fuesen ajenas a lo que iban a hacer.

Miriam Saavedra ríe y se vuelve hacia ellos, sentándose en el borde de la mesa, con las piernas ligeramente abiertas y los brazos cruzados sobre el pecho. Su sonrisa parece una grieta demencial en su tez morena.

-¿Te estás volviendo débil, Valcárcel? No sabremos si estaban o no al tanto de lo ocurrido hasta que les hagamos tanto daño que estén dispuestos a hablar.

-Pero podría ser una pérdida de tiempo – añade David, en ayuda de su compañero -, y cuanto más tiempo perdamos más posibilidades hay de que el dinero acabe en paradero desconocido.

-¿Cuál es tu propuesta entonces, Vaquero?

-Hemos obtenido un registro de las llamadas de ambos muchachos y, aunque en general no hay ninguna que pueda sernos de utilidad, uno de ellos, Leonardo Gros, estableció contacto con una joven, una tal Paula San José, que estuvo presente en la reyerta por la que los muchachos fueron detenidos y que se negó a testificar porque, en ese momento, mantenía una relación con Gros. La telefoneó media hora antes de que se produjera el atraco al banco, así que es posible que le hablara de sus intenciones o le dijera algo que pudiera sernos de utilidad.

-¿Sabemos donde vive?

-Por supuesto. En un piso de estudiantes, cerca del centro de la ciudad, con otros dos chicos. No parece complicado acceder a ella.

Miriam se pone en pie de un salto.

-Perfecto. Y si mis hombres van a estar ocupados poniendo orden, recuperar el dinero es tarea nuestra. Vosotros dos, preparaos para salir inmediatamente, y coged armas por si las cosas se ponen feas, no sabemos con qué podemos encontrarnos – se lame una última gota de sangre que le queda en la comisura de los labios -. Y decidle a Amane que venga con nosotros. Hoy va a comenzar una cacería que esos desgraciados no podrán olvidar ni siquiera después de muertos.

## V Wanted

1

Cerca del colegio Francisco Jiménez Maza hay un pequeño parque y, en ese pequeño parque, un banco de madera, con inscripciones hechas a navaja y permanente con promesas tanto de amor eterno como de hacer una buena mamada si llamas a un teléfono concreto. Desde ese banco puede verse el patio de recreo, donde los niños juegan a pasarse la pelota, se reúnen en grupos para cotillear sobre sus compañeros y echar pestes sobre los profesores y, aquellos más mayores, buscan los recovecos más inusitados para fumar sus primeros cigarrillos. Todo ese pequeño micromundo, marcado por el alboroto y las risas, está cercado por unas altas rejas para evitar que los chavales se lancen como idiotas a la cercana carretera.

Enzo Carbonell está sentado en el banco, con la gabardina acariciando el césped. Contempla a su hija, que salta a la comba con dos amigas de espaldas a él, inconsciente de que su padre ha ido a verla. Y en verdad, él no sabe por qué se ha dirigido ahí después del frustrado intento de asesinato y de la guerra que se ha organizado en cuestión de minutos, pero quiere verla. No hablarle. No acercarse a ella. Sólo verla.

En una mano sostiene su teléfono móvil. Piensa en la posibilidad de que no llegue a sonar pero lo hace nada más tiene esa idea, como si estuviera burlándose de él. Lo despliega y se lo lleva a la oreja. Es Gálvez.

-¿Qué cojones ha pasado, Enzo? - pregunta, sin entretenerse con saludos de cortesía - . Las noticias hablan de una masacre en el Ítaca y del secuestro de esa zorra de Víctor Bastida. Hay algunos hijos de puta de la televisión que incluso insinúan que es muy extraño que el rapto de esa comepollas haya ocurrido justo cuando la participación de Bastida en mis negocios se estaba destapando. ¿Has tenido algo que ver?

-No – contesta él -. La estaba siguiendo para matarla, pero hubo un atraco y todo se fue de las manos.

-¿Un atraco? Se habla de varios grupos de atracadores que tuvieron la estúpida idea de robar el mismo banco en el mismo momento, pero la policía o no sabe nada o no suelta prenda. ¿Por qué no aprovechaste el caos para cargártela?

-No la tuve a tiro – se da cuenta de que es la primera vez que miente a su superior, pero sabe que si le confiesa que falló el disparo, Gálvez empezará a plantearse si sigue siendo útil o no. Y, para su desgracia, los asesinos a sueldo no disponen de interesantes planes de jubilación.

-Pues la quiero muerta, te he dado una orden y tienes que cumplirla. Y más vale que lo hagas, porque si no encontraré a alguien mejor que tú para que se la cargue, y no me gustaría encontrar a alguien mejor que tú.

-La han secuestrado unos críos a los que no he visto en la vida. No sé por donde empezar.

-No sabes por donde empezar pero yo sí.

Enzo enarca una ceja y se inclina hacia delante, sin dejar de contemplar a su hija, que salta y salta al ritmo de alguna canción.

-Poco después del atraco alguien robó una furgoneta de un trabajador de uno de mis almacenes. Al revisar los vídeos de seguridad, me he encontrado ni más ni menos que con una sorpresa de lo más deliciosa: un Nissan destrozado, con el parabrisas roto y un agujero en el techo, en el que viajaban cuatro adolescentes sin identificar y una tía con un pasamontañas en la cabeza. Dejaron el Nissan ahí, pero los muy cabrones cogieron un vehículo más grande para viajar con mayor comodidad. Y en los vídeos se ve claramente que llevan una bolsa de deporte donde, estoy seguro, se encuentra todo

el dinero que robaron del banco.

Enzo aguarda unos segundos antes de contestar. No cree en las casualidades. El azar, piensa, es el medio que tiene el mundo para regular el caos que los seres humanos construyen sin darse cuenta. La realidad cuenta con muchos elementos para encauzar el desorden.

-Eso no soluciona las cosas. Han robado la furgoneta, sí, pero...

-La furgoneta tiene un localizador, una medida de seguridad que su conductor instaló para evitar robos. Por supuesto, este asunto no va a llegar a la policía y ese tipo ya tiene una buena indemnización para comprarse un puñetero ejército de coches si así lo desea. Voy a enviarte los datos de localización del vehículo y quiero que encuentres a esa gente, ejecutes a Sunny Heart y a quien sea necesario y, de paso, me traigas ese dinero. Te pagaré el doble de lo que habíamos acordado.

-De acuerdo.

-No falles, Enzo. Sería de lo más decepcionante.

Enzo cuelga el teléfono, lanza una última mirada furtiva a su hija y se pone en pie. Se siente viejo, cansado. Tiene la sensación de que, de un modo u otro, esa va a ser su última tarea.

Pero ha llegado el momento de ponerse a trabajar.

## 2

<<Hijo de puta>>.

Susana cierra la mano con tanta fuerza alrededor de la empuñadura de su revólver que los nudillos se le tornan blancos. Desde lo lejos, contempla cómo el tipo con la cara que parece labrada en cera y la larga gabardina se levanta del banco y se dirige a la salida del parque. No tiene ni puta idea de por qué se ha plantado delante de un colegio a ver los niños que juegan en el patio; tal vez sea un pedófilo o algo así, pero como últimamente Susana no tiene ni puta idea de nada es lo que menos le importa.

En la última hora ha tenido tiempo de ir a su piso franco, que compartía con Erik, a limpiar y vendar su herida (gracias a Dios, la bala había entrado en su pantorrilla pero también había salido por el otro lado) y a robar un coche con el que moverse con más facilidad. También da gracias a Dios de que para su último atraco, Erik y ella hubiesen elegido una ciudad relativamente pequeña, y que uno de los pocos rostros que recuerda del atraco, además del de dos de los muchachos que mataron a Erik, el del conductor del coche y el del que robó la bolsa de deporte, sea el de ese tipo de la gabardina, que le impidió con un tiro impartir justicia. No sabe si es cómplice de los muchachos del coche (lo duda), si es uno de los miembros de seguridad del Ítaca o si está interesado en el dinero por cualquier otra razón. Lo que tiene claro desde que lo ha visto deslizarse por los callejones hacia ese parque, con su atuendo inconfundible, es que, por ahora, es el único que, quizá, pueda llevarle hasta los asesinos de su amado. Ha tenido que reprimir la tentación de acercarse a él y meterle un tiro en la nuca porque es su única esperanza. Lleva siguiéndolo un buen rato y lo va a hacer un buen rato más, con la esperanza de que le conduzca hacia los asesinos de Erik. Y cuando lo haga, se cargará a los hijos de puta del Nissan y también a ese hombre y recuperará el dinero que le pertenece.

Susana Helguero sacude la cabeza y un mechón rojo cae sobre su ojo izquierdo. Con los dientes apretados y los labios fruncidos, cojeando, empieza a caminar en pos de su nuevo objetivo. Como ya ha pensado antes, tiene todo el tiempo del mundo para vengarse.

## 3

-Quiero una habitación.

El hombre, que luce una sonrisa desdentada y una mirada lujuriosa, la analiza desde el otro lado del mostrador de madera carcomida, deteniéndose en la curva que trazan los pechos bajo su camiseta blanca de tirantes y en la franja de piel que queda a la vista por encima del cinturón. Ángela contiene un gesto de asco y juega con el dinero que tiene en el bolsillo. El viejo, propietario de aquel cochambroso motel de carretera situado a cinco kilómetros de Jaca, se entretiene mirándola un poco más y se pasa la lengua por el hueco entre los dientes.

-¿Para ti sola, bonita? - pregunta, alargando en exceso las palabras.

-No. Quiero que la habitación sea para dos personas. Viajo con mi novio y un amigo, pero nosotros dos compartiremos cama.

La mención del novio hace que el anciano chasquee la lengua, como si hubiera tenido alguna posibilidad de ponerle las manos encima. Apunta algo en una libreta y se frota con el puño de la camisa manchada de sudor la comisura de los labios.

-Tres personas...

Pablo le ha recomendado que mienta en la cantidad de personas que viajan con ella para no levantar sospechas. Seguramente ahora haya unos cuantos policías buscando a cuatro atracadores que viajan con una rehén.

-Cincuenta euros.

-¿Cincuenta euros?

-Te lo puedo dejar en treinta si me la chupas un rato.

-¿Qué? Váyase a la mierda.

-Es broma, guapa, sólo una broma de bienvenida. Cincuenta euros, tenemos muchas reservas en esta época del año – es mentira, porque una de las razones por las que han elegido ese motel cochambroso, además de porque las habitaciones se encuentran en un edificio distinto al de la recepción y el aparcamiento queda lejos del campo de visión del encargado, es porque, de sucio y ajado que es, apenas hay nadie. Como mucho, algún hombre con una prostituta barata que decide que ya ha pagado suficiente por un polvo como para preocuparse por el entorno -. Las habitaciones no tienen televisión, ni wifi, ni horteradas de esas que utilizáis los jóvenes. Hay un autobús que pasa cada hora que os llevará a Jaca. No contamos con servicio de desayuno y... Ángela deposita varios billetes arrugados sobre el mostrador y el viejo coge un cigarrillo que se estaba consumiendo en el cenicero, se lo pone entre los labios, y cuenta el dinero sin borrar su repugnante sonrisa.

-Muy bien, guapa – le tiende la llave -. Aquí tienes. Es la número diez. El edificio está detrás de este, vuestro dormitorio está en el segundo piso y hay unas escaleras exteriores para subir. No vayas a tropezarte. Disfrutad de la habitación tu, tu novio y tu amiguito.

<<Que te follen>>.

-Muchas gracias.

Coge la llave de un zarpazo y el recepcionista intenta rozarle con sus dedos retorcidos, pero lo esquiva. Luego le da la espalda y, sintiéndose observada, más que salir escapa de aquel lugar, rodea el edificio y llega hasta el aparcamiento. Leo aguarda en el asiento del conductor, con la ventanilla abierta y el brazo apoyado en la portezuela, mientras que Pablo y Jorge deben estar en la parte trasera con Trista. Al verla llegar, Leo asoma un poco la cabeza y alza las cejas al descubrir la mueca de Ángela.

-¿Cómo ha ido?

-Ese cabrón era un auténtico cerdo – contesta Ángela, encendiéndose un porro -. ¿De verdad teníamos que venir a un vertedero como este?

-Yo también hubiera preferido un hotel de cinco estrellas – dice Pablo, asomándose desde la parte trasera entre los dos asientos -, pero es mejor no llamar la atención. ¿Qué habitación tenemos?

-La número diez, en el segundo piso.

Ángela echa un vistazo al edificio, que es un bloque de color grisáceo de dos plantas, con lágrimas de suciedad por toda la fachada y ventanas polvorientas. Las escaleras de metal parecen del siglo pasado, y el lugar responde a todos los tópicos sobre moteles de carretera. Cinco puertas abajo y cinco arriba y, junto a cada una de ellas, una ventana cubierta desde el interior por una fea cortina. Se da cuenta de que el número cinco se ha desprendido de su posición. Sólo falta un cartel luminoso que parpadee por la noche con el nombre del motel en colores chillones para que se sienta atrapada en una película de serie B.

-Tener que subir nos deja expuestos unos segundos, así que habrá que hacerlo rápido – dice Pablo -. Por lo menos la puerta número diez está junto a las escaleras. Leo, ¿subes tú primero para abrir y de paso echas un vistazo a ver si no hay moros en la costa? Todo se nos puede ir a la mierda si alguien ve a Trista con nosotros.

-Oído cocina.

Mientras Pablo regresa a la parte trasera de la furgoneta, Leo sale al exterior, se hace crujir el cuello y toma las llaves de la mano de Ángela. Parece que va a darse la vuelta, pero antes se la queda mirando a los ojos.

-¿Cómo estás?

-No lo sé – contesta ella -. No me creo que esté pasando esto.

-Es como si le estuviera sucediendo a otras personas, ¿verdad?

Ángela asiente con la cabeza.

-No te preocupes, Ángela. Todo saldrá bien. ¿Me das una calada?

-Claro.

Leo toma la calada y después le devuelve el porro a Ángela y se dirige hacia los escalones metálicos. Ella suspira, camina alrededor de la furgoneta y abre una rendija de la portezuela trasera.

-¿Se puede?

-Ahora mismo salimos – dice Jorge.

Está agachado, al lado de Pablo, junto a Trista. La pobre mujer, que tiene la cara manchada de rímel y el pintalabios corrido, contempla a Pablo, asustada, con sus enormes iris azules. El joven escritor le está hablando:

-Vamos a llevarte a una habitación. Yo no quiero hacerte daño y lo sabes, te he salvado la vida antes, pero el chico de pelo rizado, Leo, cree que lo mejor sería pegarte un tiro. Voy a protegerte, pero si intentas huir o gritas, él te matará. Y no tienes por qué morir. ¿Me entiendes?

-S... sí...

-No voy a desatarte las manos – las tiene aprisionadas con un cinturón a la espalda -, así que vamos a darnos prisa. No vaya a ser que alguien te vea así mientras nos dirigimos a la habitación. Si colaboras, esto habrá acabado antes de lo que te esperas.

-De acuerdo – contesta ella, con una repentina tranquilidad brutal.

-Ángela, ¿está despejado?

Ángela alza la cabeza hacia el segundo piso y ve que Leo está junto a la puerta abierta. Su amigo, y antiguo amante, le muestra el puño cerrado con el pulgar levantado.

-Está despejado.

-Abre las puertas, vamos.

La operación transcurre bastante rápido, a pesar de que Trista tropieza con sus propios pies en un par de ocasiones. Ángela lleva la bolsa de deporte con el dinero, mientras que Pablo y Jorge flanquean a Trista en su torpe ascenso por las escaleras. Tan pronto irrumpen en el dormitorio, Leo cierra la puerta y ordena:

-Atadla a una silla, vamos. No vaya a ser que le de por hacer alguna tontería.

Trista intenta quejarse, pero la sientan en una silla de madera que hay junto a un escritorio y le desatan las manos sólo para volver a atárselas, con más fuerza, detrás

del respaldo. Ángela arroja la bolsa sobre el colchón más cercano y se queda mirando el cuarto. Motas de polvo bailan en las franjas de luz que se filtran entre las cortinas. Hay dos camas, que no parecen especialmente cómodas, una mesilla de noche con una lámpara, un escritorio viejo y un espejo en la pared opuesta que devuelve la imagen de aquel escenario desalentador. Una puerta abierta da a un baño con ducha tan pequeño y mugriento que a Ángela le dan ganas de vomitar. Se pregunta si aquel lugar habrá tenido clientes en el último medio siglo.

-¿Y ahora qué vais a hacer? - pregunta Trista. Su miedo se ha convertido en cierta rabia -. ¿Vais a pasearme por todos los moteles del país hasta que la policía os encuentre? ¿O vais a meterme en la casa del pueblo de esta chica hasta que se os ocurra algún plan tan excelente como el de robar un puto banco?

-Cállate – le exige Leo.

-Por ahora lo de robar el banco nos ha ido bien – contesta Pablo, acercándose a la bolsa de deporte -. Supongo que improvisaremos. Es lo que llevamos haciendo desde hace un par de días.

-Estoy agotado – susurra Jorge. Se apoya en el escritorio. Sigue teniendo manchas de sangre por todo el cuerpo y está tan pálido que su piel parece diáfana.

-Veamos que es lo que hemos conseguido hasta ahora – dice Pablo, y abre la bolsa de deporte.

Los cuatro amigos se asoman al interior de aquel tesoro de tela y un par de ellos dejan escapar murmullos de asombro. Ángela, con el porro entre los dedos índice y corazón, sólo puede abrir la boca tanto que siente que se le va a desencajar la mandíbula. Ahí dentro hay fajos enteros de billetes de quinientos euros, morados, seductores.

-¿Cuánto dinero debe haber? - susurra.

-Es una puta fortuna – contesta Jorge -. Podríamos pagar todas nuestras deudas y vivir cómodamente el resto de nuestras vidas. Dios mío, no puedo creerlo...

Pablo frunce el ceño y saca uno de los fajos para pasar uno a uno los billetes. Luego empieza a sacar los demás y a esparcirlos sobre la colcha, después de comprobar cada uno con enfermiza minuciosidad.

-¿Qué ocurre?

-Ayudadme con esto. Es posible que dentro haya un GPS que permita a los del banco y, por tanto, a la policía, localizarnos. Deberíamos deshacernos de él.

Todos se ponen a revolver la bolsa bajo la mirada extrañada de Trista, que permanece sentada en la silla, retorciéndose y cambiando de posición cada pocos segundos. Entonces, Ángela descubre algo en el fondo de la bolsa. Lo coge con cuidado y lo levanta para que quede a la vista de todos.

-¿Qué es eso? - pregunta Pablo.

-Un anillo de compromiso – contesta ella.

-¿Y qué diablos hace un anillo de compromiso dentro de esta bolsa? - inquiera Leo.

Ángela le da vueltas en sus dedos. Es realmente hermoso, dorado, con un diamante bastante grande de forma ovalada. No es su estilo, por supuesto, pero, joder, es una auténtica belleza.

-Tal vez sea el GPS – comenta Pablo.

-¿Desde cuando los GPS tienen forma de anillo de compromiso?

-Jorge, ¿no te parece más probable que hayan metido con el dinero un GPS que no tenga forma de GPS, sea la que sea la forma que tienen esos cacharros, para que si lo descubrimos no lo identifiquemos al instante y nos deshagamos de él? Seguramente el anillo sea falso...

-Entonces, ¿saben donde estamos? - pregunta Ángela, alarmada.

-Pueden saberlo. Es mejor que nos deshagamos de él lo antes posible, sólo por si las moscas – carraspea -. ¿Por qué no cogéis el autobús a Jaca? Es mejor que ir con esa furgoneta recién robada. Podéis comprar algo de comida y, de paso, echar esa baratija

al río. Con un poco de suerte, si es un localizador, la policía seguirá nuestro rastro hasta el mar y los tendremos bien lejos.

-¿Estás seguro de lo que estás diciendo? - pregunta Leo.

-¿Quieres arriesgarte? Porque yo no. Bajad a Jaca, comprar comida y deshaceros de eso, yo me quedo con la rehén. Y de paso intentad acercaos a algún bar para ver si en la televisión están hablando de nosotros. No llaméis mucho la atención y...

-Dios, te estás volviendo paranoico – gruñe Jorge -. ¿No eras partidario de la improvisación?

-Pablo tiene razón – lo apoya Leo -. Toda precaución es poca. Además, tenemos dinero suficiente como para comprar cien anillos y cien diamantes, no quiero jugarme el cuello por eso si existe la posibilidad de que no sea lo que parece. Jorge, vamos a lavarnos y bajamos a la ciudad. De paso podemos comprar algo de ropa nueva. ¿Estás seguro de que puedes quedarte con ella, Pablo?

-No quiero hacerle daño, pero tampoco soy idiota. Si te preocupa que la suelte, puedes irte tranquilo; no voy a hacerlo.

Ángela mira a su amigo y después a Trista, que ha optado por dejar caer la cabeza hacia delante y rezar en voz baja. Una actriz porno encomendándose a Dios, eso sí que no se lo esperaba.

Se termina el porro y le da tiempo a fumarse otro más mientras Jorge y Leo se lavan en el baño desvencijado. Por un instante se pierde en sus propios pensamientos, y es el propio correr del agua del grifo lo que la despierta. Se da cuenta de que Pablo se ha acercado a la ventana y, deslizándose suavemente la cortina, mira hacia la furgoneta.

-¿Qué te pasa?

-No lo sé. Quizá me esté volviendo paranoico, pero hay algo en esa furgoneta que no me gusta.

-¿Qué?

-No debería estar aparcada ahí. Y es muy llamativa. Es mejor que no lleguemos a tu pueblo conduciéndola, prefiero un coche más... normal. Como el Nissan que utilizamos para el atraco.

-¿Vas a pedirme que robe otro vehículo en Jaca? - pregunta Leo, saliendo del baño con una toalla sobre el hombro.

-Igual es lo mejor. Toda precaución es poca, ¿no?

-Yo no llamaría “precaución” a robar un coche.

-¿Lo harás?

-Lo intentaré, pero no prometo nada. Es mediodía, cualquiera podría verme, y si nos ponemos a robar un vehículo detrás de otro, al final nos acabarán pillando.

-Parece que la suerte está de nuestro lado, porque por ahora todo nos ha salido bastante bien – contesta Ángela -. Yo no me la jugaría añadiendo un crimen más a nuestra prolongada lista.

-Tengo un mal presentimiento, eso es todo.

Leo lo escruta con la mirada, se acerca a él y se apoya en la ventana, mirando también a la furgoneta. Ángela le oye decir:

-Tú eres el cerebro de esta operación. Si quieres que te robe otro coche, te lo robo, ya le estoy cogiendo el gusto. Pero a cambio prométeme que no te vas a dejar engatusar por esa tía ni nos vas a poner en riesgo para salvarle la vida.

-Te lo prometo.

-Quizá tengamos que matarla – sigue Leo, en voz baja -, antes o después, porque yo no tengo ninguna intención de irme a algún país lejano ni de dejarme cazar como un animal herido. Así que por favor, no te encariñes con ella. Te conozco.

-Leo, tranquilo.

-Bien. Dejaremos aquí una pistola y la otra me la llevo yo. Y a ver si encontramos un coche bonito. Venga, chicos, nos vamos a dar una vuelta – se dirige a la bolsa -. Cojo

uno de estos billetes, ¿vale? Que nuestro primer gasto sea en comida.

-Tened cuidado.

-Tranquilo. No nos pasará nada.

4

-¿A quién coño le tocaba fregar los platos hoy? - pregunta Paula, a voz en grito, al entrar en la cocina. Un torreón de platos sucios en precario equilibrio se alza desde las ponzoñosas profundidades del fregadero, desafiando a cualquiera a que se atreva a tocarlo sin hacer que todos se vengan abajo.

-¡Míralo en los malditos horarios! - contesta Cristina desde la sala de estar, por encima del murmullo de la televisión. Paula suspira. Cuando no tiene que estar escuchando a su amiga follar con el tercer compañero de piso, Nacho, tiene que soportar esos estúpidos programas del corazón que le tienen sorbido el seso todo el día.

Comprueba el papel húmedo y rasgado que está pegado en la nevera, pensando en las ganas que tiene de salir corriendo de ese apartamento y no volver jamás. Pero la situación es la que es y sus padres no pueden pagarle una residencia universitaria. Recuerda su etapa de convivencia con Leo; no es que fuera la persona más volcada en el orden, pero por lo menos no lo dejaba todo tirado por ahí y no esperaba a tener un montón maloliente de ropa para ponerla a lavar. También recuerda la llamada de esa misma mañana, una recuperación del contacto que, aunque le ha extrañado, le ha hecho ilusión. Leonardo siempre le ha parecido una persona con un mundo interior desordenado y caótico al que le costaba, en exceso, buscar un enfoque para su vida. Creyó que ella le ayudaría a sentar la cabeza, pero las cosas no salieron bien. A pesar de todo, sigue siendo su proyecto a medio terminar. Le encantaría erigirse como su salvadora, como la persona que le obligara a centrarse de una vez por todas en vez de tambalearse de un lado a otro de la vida como si fuese una pelota *depinball*. No se fía de las palabras que le ha dedicado casi al amanecer. <<Voy a dejar de hacer esas cosas que considerabas inútiles y a ganarme de verdad mi futuro>> suena más a una promesa hecha con la boca pequeña que a un pensamiento realmente grabado en su cerebro.

La nevera.

Regresa al mundo real, sacudiendo la cabeza. No es que siga enamorada de Leo, pero siempre que aparece su nombre empieza a navegar a la deriva por una serie de recuerdos y pensamientos de lo más dispares. Comprueba quién es el que tiene que lavar esa mugrienta atalaya de platos y sale de la cocina, intentando controlar su rabia. Su compañera, que también es del tipo de persona que utiliza kilos de maquillaje antes de salir de casa por la noche, está repantingada en el sofá, con una camiseta de tirantes verde que apenas le cubre el ombligo y que transparenta todo y unas braguitas para que su novio no tenga que destrozarse el cerebro quitándole los pantalones. Nuria, que lleva el pelo castaño y ondulado despeinado, consecuencia del polvo mañanero, vuelve la cabeza hacia ella:

-¿Qué?

-Le toca a Nacho. Joder, siempre que hay algo por hacer le toca a él...

-Ya va, ya va, tranquila - contesta el aludido, saliendo de la ducha con una toalla anudada a la cintura. Es alto y fibroso; se le marca la tableta de abdominales que tanto le gusta a Nuria, pero sólo porque está delgado. Como dijo Paula una vez, así no tiene mérito. El muchacho lleva el pelo empapado pegado a la frente y los *piercing* de su oreja y su pezón izquierda brillan con pequeñas gotas prendidas de ellos. Por supuesto, va dejando huellas a cada paso.

-Esos platos tendrían que estar limpios desde ayer - le dice Paula, exhausta -. Macho, no puedes...

-Joder, tranquila que ya... - alguien llama a la puerta -. Un momento. Estoy esperando un paquete – y, ante la mirada iracunda de Paula -, lo recojo y después te dejo esos platos con tanto brillo que podrás usarlos a modo de espejo.

Mientras el chico, dejando sus huellas, se dirige hacia la puerta, donde alguien sigue golpeando insistente con el puño, Paula se vuelve hacia Nuria.

-Te pasas mucho con él – le dice la joven.

-No. Eres tú la que permite demasiado, tía, no es posible que...

-Buenos días, ¿qué dese...? ¡Oh, Dios mío!

El grito hace que Paula gire sobre sí misma a tiempo de ver varias cosas. Primero, que parece haber un troglodita encogido en el umbral, vestido con pieles de animales, con el pelo hirsuto enmarcando un rostro manchado de mugre. También atisba sus ojos, uno verde y otro azul. Inmediatamente después, una línea metálica traza un arco vertical justo entre el troglodita y Nacho y el chico sale despedido hacia atrás, los pies levantados del suelo. Una ráfaga de sangre salpica la pared y uno de los cuadros y la toalla que el joven lleva puesta se parte en dos. Cuando el cuerpo cae al suelo, con un sonido seco, como si fuese un saco de carne, los ojos desorbitados de Paula recorren la grieta gruesa y de un color rojo oscuro que recorre el cuerpo de su compañero, desde la entrepierna hasta la barbilla. Nacho se retuerce en el suelo, da un par de patadas al aire con sus pies y sus manos se agitan intentando coger algo invisible. Un borbotón de sangre brota de su boca y queda inmóvil.

-¡Oh, Dios, joder, no! ¡Nooooo! - aúlla Nuria, levantándose del sofá. Y como espoleada por una fuerza invisible que, por su parte, ha preferido dejar a Paula paralizada en el sitio, se abalanza hacia una mesa cercana, donde se encuentra su teléfono móvil. Tropieza, cae, vuelve a levantarse y extiende la mano hacia el aparato sin interrumpir ese prolongado “no” teñido de pavor.

En ese momento, una segunda figura irrumpe en el apartamento, desde detrás del troglodita. Una mujer recorre a toda velocidad la distancia que la separa de Nuria, su melena azabache ondeando al viento. Por lo poco que Paula alcanza a ver, es alta y hermosa. Viste una chaqueta de cuero negro sin mangas con la cremallera abierta formando un prolongado escote y unos pantalones ajustados que marcan el contorno de sus bellas piernas. Sus gruesas botas suenan como los latidos de un gigante a cada paso y tiene la piel que queda a la vista, que es mucha, cubierta de hipnóticos tatuajes. La extraña mujer pasa junto a Paula sin mirarla siquiera y alza un brazo, en el que, la joven se da cuenta, empuña un afilado machete. Descarga el arma contra la mano de Nuria, que ya está a punto de alcanzar el teléfono móvil. El sonido de la carne al desgarrarse encoge el corazón de Paula y hace que tenga que sujetarse al televisor para no caer al suelo. Por lo menos, su cuerpo empieza a reaccionar.

El “no” de Nuria se convierte en un grito desgarrador. La chica se levanta, sujetándose la muñeca cercenada que escupe un surtidor de carne. Su mano, desprendida para siempre del resto del cuerpo, se queda sobre la mesa, a escasos centímetros del teléfono móvil. La mujer vira sobre sí misma para tomar impulso y hunde el machete en el rostro de su víctima, rajándole el puente de la nariz y los ojos e incrustándoselo hasta casi dividir su cráneo en dos mitades. Una lámina de sangre se desliza por la parte inferior de la bonita cara de su compañera, empapando sus labios, su cuello y el pecho de la camiseta. Sus ojos ciegos, que empiezan a deshacerse, miran un instante a Paula y después la chica se derrumba.

-¡No! ¡Nuria! ¡Por favor, no! - brama ella, reaccionando al fin.

-Venga, no empecemos otra vez – gruñe la mujer de pelo negro. Sólo permanece desarmada unos segundos porque, con un rápido movimiento, desenvaina un cuchillo y se abalanza contra ella, empujándola contra el sofá donde ha estado antes su amiga. Con ese brusco empujón la obliga a sentarse y se pone a horcajadas sobre ella, clavando la punta de su cuchillo en su garganta lo justo para que brote una gota de

sangre.

Es en ese momento cuando, después de asistir a los terribles acontecimientos en los que ha derivado una, en apariencia, mañana normal, Paula consigue comprender lo que ha pasado. Que unos extraños han entrado en su casa y han matado a sus amigos. Y hace lo que cualquier persona en su sano juicio haría en una situación así.

Llora. Llora de miedo y empieza a temblar, primero despacio, luego cada vez con más violencia.

-¡Por favor! ¡No me maten! ¡Oh, Dios mío, no tenemos nada, no tenemos nada, pero pueden llevarse lo que quieran, por favor, por favor, por fa...!

La mujer le propina una bofetada para que se calle y al instante vuelve a apoyarle el cuchillo en el cuello. Paula la contempla con ojos vidriosos y ve que por detrás de ella desfilan varias personas. Primero, el tipo encogido y harapiento que ha matado a Nacho, que cojea. Después, un anciano de poblada barba blanca y aspecto bonachón que utiliza un bastón para moverse y, por último, un hombre elegante, alto y ancho de hombros y con el pelo negro pulcramente engominado hacia atrás, que va enfundado en un traje y que sostiene una pistola en la mano.

-Los habéis matado... - musita Paula. Aunque no se fija en ellos, distingue los cuerpos de la pareja, cada cual sobre su propio charco de sangre, mutilados, inertes.

-Claro que los hemos matado – dice la mujer, frunciendo levemente el ceño, como si aquel hecho le resultara tan obvio y natural que no merecía la pena hablar de él. Se acerca un poco más a Paula, hasta que la curva desnuda de sus pechos casi le acaricia la barbilla -. ¿Cómo te piensas acaso que funcionan estas cosas? ¿Crees que se basan en las relaciones personales? ¡No me hagas reír!

-¿Po... por... por qué...?

El hombre cubierto con pieles de animales se arrastra hasta la mesa donde reposa el miembro amputado de Nuria, lo coge con delicadeza y empieza a jugar con los dedos.

-Lo que tendrías que preguntarte – prosigue la mujer, acucillada sobre ella -, es por qué no te hemos matado a ti. Y se debe a la sencilla razón de que, tal vez, nos seas útil. Tu sabes algo que nosotros queremos saber. Algo sobre tu amiguito Leo. ¿Te suena?

-¿Leo? ¿Qué ha hecho? - sorbe por la nariz y se esfuerza en contener las lágrimas.

-Por ahora, cariño – contesta ella, acariciándole con los dedos libres la mejilla -, tú ya has hecho bastantes preguntas. ¿Me permites que las haga yo?

Busca desesperada la mirada de alguno de los otros dos hombres, pero ambos están atentos, si no a las palabras de la mujer, a la puerta de casa, para asegurarse de que ningún testigo inoportuno decide aparecer por ahí.

-Leonardo Gros te telefoneó esta mañana, muy temprano, y habló contigo. ¿Qué fue lo que te dijo?

-¿Se... se ha metido en lí...? - al instante recuerda que, según la que puede convertirse en su verdugo y que no ha tenido ningún problema en asesinar a Nuria, ella ya ha hecho bastantes preguntas, así que se apresura a responder -. Sólo me dijo que iba a encauzar su vida. Que iba a dejarse de tonterías y...

La interrumpe con una carcajada aguda y prolongada, chillona, propia de una hiena o de una lunática.

-¿Encauzar su vida? Menudo cabrón. Tu querido amigo ha elegido el momento y el lugar menos oportuno para encauzar algo. ¿Te dijo algo más? ¿Te comentó si pensaba marcharse de la ciudad o algo parecido?

Paula tarda unos segundos en contestar, intentando ordenar sus pensamientos.

-S... sí... Él me dijo que se iba con unos amigos al pueblo de Ángela, a desconectar. Sólo que...

-No sé quién es Ángela y por ahora sí me importa pero, ¿cuál es el pueblo de esta misteriosa chica?

-Ansó – se apresura a contestar -. Es un pueblo de menos de quinientos habitantes, aunque en verano hay muchos más, y ellos a veces, sobre todo hace años, iban a pasar ahí unas semanas, en fechas como esta, antes de que Ángela se fuera a Valencia y... y... ¿Vais a matar a Leo?

La mujer ladea la cabeza y hace un mohín.

-Bonita, todo el mundo muere. La Historia avanza a trompicones gracias a las muertes de miles de personas. Yo misma moriré, tal y como me advirtió la Luna, a manos del hombre a quien le de la espalda, pero he aprendido a aceptar mi destino y cuando éste me llegue lo abrazaré de buena gana. Pero no te preocupes, aunque todo el mundo muere, la realidad se encarga de equilibrar la balanza – le retira un mechón de pelo de la frente y le sonríe -. En este momento están naciendo unos cuantos niños para ocupar el lugar de toda la gente que ha perdido la vida hoy. No tienes por qué preocuparte por eso.

Con medida parsimonia, la mujer se levanta, aunque se inclina en una extraña reverencia para que su rostro quede a la altura del de Paula. Tiene los ojos azules turbulentos, enloquecidos, idos. Sea quien sea, tiene algo que no es humano.

-De todos modos, vamos a cargarnos a tu ex novio, querida, y eso es algo que cualquier chica de tu edad desearía, ¿no? Así que, ¿por qué no me sonríes un poco?

Con dos rápidos movimientos utiliza el cuchillo para rajar la tez de Paula, abriéndole los labios desde la comisura hasta casi alcanzar las oreja, creando una macabra sonrisa de payaso. El dolor se extiende rápidamente por toda su cara y, con la mandíbula desencajada y la lengua colgando, Paula empieza a chillar. Intenta levantarse en un desesperado intento de salir corriendo y pedir ayuda, pero Miriam le apoya la mano en el pecho y la empuja para que vuelva a sentarse.

-No es una sonrisa lo suficientemente amplia. Te haré otra.

Le coge del pelo y tira hacia atrás, dejando a la vista su cuello como lo haría un vampiro. Y el cuchillo se desliza rápidamente por su garganta, cercenando los gritos de Paula. La sangre salta a raudales y, mientras la realidad se convierte en jirones de niebla que se mezclan y se difuminan, Paula contempla a aquella bella mujer al otro lado de la cortina escarlata de su propia sangre. La misteriosa asesina se vuelve hacia sus acompañantes y, como si su voz viniera de más allá de los pliegues de la realidad, Paula la oye decir:

-Amanece, deja de jugar con esa mano. Ya tenemos un lugar a donde ir, pongámonos en marcha. Pero antes, quemad este edificio hasta los cimientos. Que no queden pruebas de que hemos estado aquí.

Después, la oscuridad cae sobre ella y el dolor, por fin, desaparece.

Los escucha hablar en la habitación de al lado, pero Oppenheim está muy ocupado dentro del lavabo. A través del vapor de agua de la reciente ducha, estudia su imagen en el espejo. Su cabello largo, castaño y mojado, su rostro afilado que ya empieza a lucir algunas imperfecciones y arrugas a pesar de que lleva toda su vida luchando contra un enemigo tan persistente y poderoso como el tiempo. Por lo menos, tras cincuenta y dos años de vida, de los cuales ha invertido treinta y cinco en uno de los trabajos más peligrosos del mundo, no luce ninguna cicatriz, ni en su tez ni en ninguna zona de su cuerpo, tan esculpido que nadie diría que pertenece a un mercenario.

Se aplica jabón a la cara, masajeándose los pómulos y las mejillas con los dedos como si moldease arcilla, hasta no dejar ni un solo poro de piel a la vista. Mientras parte de su cerebro está concentrado en este trabajo e, inmediatamente después, en aclararse con agua, la otra parte piensa en la llamada que ha recibido minutos antes. A lo largo de su historia, Oppenheim y los suyos han sido contratados por gente de todo tipo,

desde políticos a empresarios pasando por dictadores, traficantes de droga y mafiosos de la vieja escuela; y por los más diversos motivos. Se han ocupado de iniciar guerras, de arrasar campamentos rebeldes, de asesinar a personas que han enfadado a quien no debían e incluso han perpetrado algún que otro atentado político por todo el mundo para inclinar la balanza en favor de determinado partido político o para que una empresa de seguridad y armamento, de pronto, viera cómo su cartera de clientes se hinchaba de paranoicos con ganas de proteger a su familia. Con la cara ya aclarada, empieza a extender el jabón exfoliante por su piel para eliminar todas las impurezas de su rostro y acabar con las células muertas y los puntos negros. Así pues, han recibido encargos de lo más variado que nunca los han hecho caer en la rutina, incluso propuestas de lo más insólitas, como un multimillonario que pagó a Oppenheim para que torturase y matase a su mujer delante de él, como si de un espectáculo sexual se tratase. Pero que un escritor los telefonee, les explique con voz temblorosa que su mujer ha sido secuestrada por unos atracadores de bancos y les ofreciera una buena parte de su fortuna, además del botín del atraco, por matar a los captores y devolverle a su esposa, eso es de lo más peculiar. Porque parece una buena obra. Los convierte en los caballeros andantes que, por orden del Rey, van a rescatar a la dama en apuros de la torre del dragón. No es que a Oppenheim le moleste ese papel, pero le resulta particular.

Se frota las manos. Ha llegado el momento de cerrar todos los poros y de recuperar el PH que ha perdido, así que tantea con la mano por el ejército de jabones, bálsamos, afeites y cremas que desfila por la tarima sobre el lavabo, toma un tónico facial y, con ayuda de un pequeño disco de algodón, repasa todo el contorno de su rostro. La dama en apuros es de lo más peculiar: Trista Ildia, una antigua actriz porno que se hacía llamar Sunny Heart. Oppenheim le ha hecho muchas preguntas al asustado escritor acerca de esa mujer, sólo para asegurarse de que realmente es una rehén y no una cómplice de los atracadores que hubiera fingido un secuestro para alejarse de su marido. No sería la primera vez que alguien hace algo así. Sin embargo, en este caso, y atendiendo a las noticias sobre el atraco (más bien la matanza) del Ítaca, parece que la pobre Sunny Heart estaba por casualidad en las inmediaciones del banco y se vio envuelta en semejante embrollo. A lo largo de los años, Oppenheim ha descubierto que hay dos cosas que rigen el mundo.

La primera, la casualidad.

La segunda, las ideas estúpidas.

Y es que, por las investigaciones que ha hecho Théophile, *su hacker particular*, antes de profundizar en los sistema de seguridad del banco y de la zona, son varios los grupos que decidieron atracar el banco el mismo día. Las cámaras de seguridad identifican a tres conjuntos distintos de tíos encapuchados y armados (en realidad, el tercero no lo componían encapuchados, pero fue el que llegó, como salido de la nada, y se llevó el dinero después de matar a uno de los atracadores). Casualidad. Otra de las cosas que ha descubierto Théophile es que ese banco no es trigo limpio, sino que es una tapadera para que una de las mafiosas más peligrosas del país y del mundo, Miriam Saavedra, blanquee su dinero. Así que, tal vez sin saberlo, tres grupos de personas distintas se han puesto a robarle el oro al dragón en su propio hocico. Y eso es, sin duda, una idea de lo más estúpida.

Comprueba el estado de su rostro. Perfecto. Por último, con un peine de púas finas y un poco de gel fijador efecto mojado ordena su largo cabello, peinándoselo hacia atrás hasta que cada mechón ocupa, con disciplina militar, su lugar. Han investigado a Víctor Bastida, el escritor, por supuesto, sólo para asegurarse de que el tipo puede pagarles y, aunque está metido hasta el cuello en la conocida como Trama Gálvez, tiene dinero de sobra en varias cuentas corrientes que no podría declarar conociendo los (eso sí, elevados pero mermados con el tiempo) los ingresos que ha obtenido por los derechos

de sus libros. Gálvez es un mal bicho, piensa Oppenheim, saliendo del baño y dirigiéndose a su habitación privada. Una rata avariciosa que tiene cogidos de los huevos a varios jueces y jefes de policía y que, por lo visto, se ha puesto a impartir justicia por sus propios medios para deshacerse de todos los tipos con los que ha trabajado hasta el momento. Théophile ha descubierto que cuenta con una herramienta de lo más útil: un sicario llamado Enzo Carbonell. Quizá pueda sondearlo para introducirlo en su grupo, aunque parece el típico perro fiel de Gálvez y, además, sus métodos son demasiado clásicos, aunque letales. Si el batiburrillo que rodea el secuestro de Trista Ildardia es tan enrevesado como parece, existe la posibilidad de que acaben cruzándose.

Se viste, con pantalón y camisa blanca, y con rápidos movimientos se pone su delgada corbata roja mediante el nudo cruzado. Por último se echa una americana negra sobre los hombros y, ya preparado para empezar a trabajar, se dirige al salón, donde el resto de su equipo aguarda.

No tienen una base de operaciones clandestina bajo tierra, o en algún cuchitril donde puedan pasar desapercibido, sino que actualmente, y de manera temporal, se han establecido en la planta ducal de un importante hotel de cinco estrellas. Cuentan con cuatro suites individuales, jacuzzi, salones y un balcón desde el que uno podría dominar el mundo. Por supuesto, todo pagado bajo nombres falsos, porque los que utilizan en el trabajo llamarían mucho la atención.

La sala de estar es un territorio invadido, fundamentalmente, por Théophile y su ejército de ordenadores, routers, pantallas conectadas entre sí, media docena de teclados, dispositivos de seguimiento y un centenar de discos duros que ronronean como gatos cariñosos. Los cables van y vienen de un lado para otro y en algunos monitores se muestran imágenes y vídeos mientras que en otros sólo caen cascadas de datos incomprensibles para el ojo del humano corriente. Lo que hasta hace poco era un salón decorado al estilo más antiguo se ha convertido en el centro de mando de una nave estelar procedente de la ciencia ficción más imaginativa. Y en medio de aquel mundo de luces, pantallas y continuos *click* de ratón se encuentra Théophile, prácticamente agazapado en un sillón de cuero negro, con un brazo rodeando sus propias rodillas plegadas y la mano libre tecleando como la de un pianista talentoso. El chico tiene treinta años, aunque con ese pelo rizado y revuelto que parece un casco, sus gruesas gafas y cierta marcas de acné tardío, parece mucho más joven. Es un palo y tan pálido que parece que siempre esté enfermo. Por si fuera poco, mientras trabaja murmura cosas en voz baja, le hace preguntas a los ordenadores como si fueran a contestarle y chapurrea una parafernalia de vocabulario específico que ningún mortal podría comprender, sobre todo por la velocidad con la que las palabras escapan de su boca, como si le diera miedo mantenerlas mucho tiempo dentro de él. Si llega a viejo, cosa complicada en ese trabajo, parecerá un científico chiflado, pero también se habrá convertido en uno de los mayores genios del planeta. Y, como todos los grandes genios, lejos de buscar avances que ayuden a la humanidad, se dedicará al retorcido trabajo de la muerte.

Haciendo caso omiso, por ahora, de los otros dos miembros del grupo que se encuentran en la habitación, ella sentada en el alféizar de la ventana acariciando un rifle de francotirador que trata como una mascota y él comprobando los cuchillos que tiene extendidos sobre un pañuelo negro en la única mesa libre, Oppenheim se dirige hacia Théophile y, con el tono de voz bajo y sereno que le caracteriza, pregunta:

-¿Alguna novedad?

El chico da un respingo y hace girar rápidamente el sillón negro para encararse a Oppenheim. Sus ojos brillan detrás de las gafas.

-¿Alguna novedad? ¡Vaya si hay novedades! ¡No me paso de listo si digo que las novedades son *excesivas* y que, aunque estamos ante uno de los trabajos, en

aparición, más sencillos que nos han encargado, también es probable que las cosas se compliquen mucho, muchísimo, si dejamos que alguien se nos adelante! Y es muy probable que alguien se nos adelante, porque esos chicos se han metido en un berenjenal del que no van a poder salir con vida, ya que hay un montón de elementos que...

-Toma aire e intenta explicarme las cosas paso a paso – dice Oppenheim. Ha retrocedido un paso para mantenerse lejos de los disparos de saliva que suelen acompañar a las peroratas descontroladas de su subordinado. Layla, desde el alféizar, deja escapar una carcajada cristalina.

-¡Perdón! - Théophile vuelve a girar para enfrentarse a los ordenadores y en la pantalla principal aparecen varias fotografías -. Me he meado en unos cuantos servidores, seducido a varios *firewally* he robado un montón de datos almacenados que valen millones. Tengo toda la red de cámaras de seguridad y controles de radar de Aragón bajo mis manos; si lo deseo, puedo vigilar a cualquiera incluso a través de las cámaras de los cajeros automáticos o, mejor aún, las que vengan incorporadas en teléfonos móviles que estén conectadas a la red. Es un trabajo rutinario, pero me ha servido para trazar el recorrido de los cuatro secuestradores, identificarlos cotejando las imágenes con diversas bases de datos, y deducir hacia dónde se dirigen nuestros objetivos. Sin embargo, antes de pasar a eso, me gustaría enseñarte un par de cosas. ¿Reconoces a este hombre?

Aumenta el tamaño de una de las fotografías, un primer plano de un hombre grande, con una espalda que podría cargar rocas, de ojos penetrantes y mandíbula cuadrada. Lo que más le llama la atención es una cicatriz con forma de lágrima.

-Mucho me temo que no – contesta Oppenheim, comprobando con una mano el nudo de su corbata.

-Era uno de los atracadores del banco; se llama Montenegro, y es el principal ayudante de este hombre –*click*, una nueva imagen -, Néstor Sangalli, que a su vez es la mano derecha de Liberatore, uno de los mafiosos más influyentes del país y el principal rival de Miriam Saavedra. Los dos se profesan un odio ancestral que va más allá de la razón, así que seguramente Sangalli y su gigante estaban ahí no por azar, sino con la intención de robar el dinero de Miriam. Y es probable que intenten atrapar a los atracadores, nuestros objetivos, antes de que los encuentre Saavedra y recupere el botín.

-Un ligero contratiempo con el que podremos lidiar.

-También he obtenido, de las cámaras de seguridad de Saavedra, esta instantánea. Hemos oído mencionar antes a este hombre. ¿Le suena?

La instantánea muestra a un tipo agazapado detrás de un macetero de la calle. Oppenheim frunce el ceño y se acerca un poco más, pero la imagen no tiene una calidad notable. Se distingue el cabello negro y unos rasgos que se adivinan duros, como labrados sobre piedra.

-¿Quién es?

-Enzo Carbonell. Un respetado asesino a sueldo.

*Hablando del Rey de Roma...*

-¿Qué había llevado a ese hombre al Ítaca?

-Por las grabaciones que he podido cotejar – escupe Théophile -, tenía un objetivo muy concreto. Trista Ilardia. Sunny Heart. La mujer de nuestro actual cliente.

-Seguramente Gálvez le encargó matarla – contesta Oppenheim -. Y si Gálvez encargó acabar con su vida, tal vez sea porque Bastida le debía algo. Quizá nuestro cliente sea un moroso.

-¿Crees que deberíamos rechazar el caso, jefe? - pregunta Théophile, girando la cabeza bruscamente hacia él.

-No, por supuesto que no. Las cosas se han puesto considerablemente interesantes.

Será un placer tener el mismo objetivo que el célebre Enzo Carbonell y así comprobar si merece su fama. Y si, después, Bastida decide que no puede pagarnos, el dinero del atraco será más que suficiente para cubrir los gastos de la operación y yo podré deleitarme con una sesión en compañía de ese escritor charlatán.

-¿Tan bueno es Enzo Carbonell? - pregunta Layla desde la ventana.

Oppenheim mira a su compañera más joven. Aunque Layla apenas ha cumplido los veinte años de edad, conoce los misterios de casi todas las armas y ha obtenido la nada despreciable cifra de cincuenta asesinatos a lo largo de su corta carrera. Sus padres intentaron hacer de ella toda una actriz cuando era niña porque, por las escasas fotografías que Oppenheim ha encontrado, parecía un ángel, con sus ojos azules y su cabello tan rubio que se asemejaba a la plata. Participó en algunos anuncios e incluso tuvo algún papel secundario en varias series de televisión hasta que, a los ocho años, durante un viaje familiar por Colombia, una célula de las FARC asaltaron el autobús donde se encontraban, asesinaron a sus padres y la capturaron, sometiéndola a todo tipo de vejaciones, torturas y trabajos forzados. La pequeña lo soportó mucho mejor de lo esperado, porque cualquier otra persona habría muerto a las pocas semanas, y tras cuatro años de tormentos, Oppenheim aceptó el trabajo de eliminar a esa célula en concreto. Él y su equipo (que entonces estaba compuesto por Théophile, un ruso llamado Glukhovsky que falleció dos años más tarde a causa de un tumor cerebral y un americano, Walter Niven Pournelle, uno de los asesinos más eficaces del mundo, que desapareció meses después en extrañas circunstancias) viajaron a Colombia, aniquilaron a un centenar y medio de colombianos, incendiaron sus almacenes y barracas y, entre el fuego, Oppenheim escuchó el llanto de una niña pequeña. Y así encontró a Layla, que por aquel entonces ya contenía tanto odio en su interior y había visto tanta muerte y sufrimiento que presentaba las bases para acabar convirtiéndose en la asesina sin sentimientos que acabó llegando a ser. Fue fácil, con ayuda de Théophile, conseguirle una identidad falsa. La Layla que ha participado en anuncios para bebés y alguna serie con risas enlatadas está muerta para el resto del mundo; la que sigue viva es la chica alta y delgada, con el pelo rubio platino recogido en dos altas coletas y vestida con una holgada camisa de tirantes que apenas deja intuir la pequeña curva de sus pechos, que se encuentra en ese momento en el alféizar de la ventana, con un Enfield nº4 MKI sobre las piernas, una reliquia inglesa de 1939 del calibre .303. Un fusil de cerrojo de excelente precisión que ya cuenta con siete muescas en su culata de madera, a pesar de que ha empezado a utilizarlo hace menos de un año.

-¿Tan bueno es ese hombre? - insiste Layla.

-No hay registros policiales sobre él y muy pocas personas lo han visto en persona. Se dice que es una plaga que por donde pasa sólo deja desolación y muerte, y que por lo visto ahora, a las órdenes de Gálvez, se dedica a devastar la trama de ese empresario, atando a su manera los cabos sueltos. Sus métodos son bastante clásicos y siempre actúa en solitario, aunque ya lleva mucho tiempo en activo. Quizá haya perdido facultades – carraspea con educación y vuelve a centrarse en Théophile -. Por ahora hemos visto a dos grupos de atracadores distintos. Nuestros objetivos y Sangalli y Montenegro. ¿Quiénes forman el tercero?

-Nadie importante, unos aficionados – dos fotografías aparecen en pantalla, una al lado de la otra -. Sin antecedentes penales. Él falleció cuando intentó robar el coche de nuestras presas. Se llamaba Erik Lindberg y, básicamente, un disparo borró su bonita cara para siempre. Era licenciado en Medicina y en apariencia no tenía ningún motivo para atracar un banco, como su novia, Susana Helguero, que actualmente está en paradero desconocido. La policía la ha identificado como una de las asaltantes del Ítaca y ya hay una orden de busca y captura; es la única información que se ha filtrado voluntariamente desde la organización de Saavedra, tal vez para entregar una cabeza de turco a la policía y a la prensa. Si la muchacha es lista, permanecerá escondida

hasta que la arresten. Dudo que tengamos que preocuparnos de ella.

-Menuda movida – murmura Muchacho desde su rincón.

-Muy bien. Ahora que conocemos las diversas variables que forman parte de esta particular – mira a Muchacho –*movida*– pronuncia la palabra con cierta incomodidad, desacostumbrado a ese lenguaje tan moderno -, centrémonos en nuestros objetivos. Théophile, dices que has trazado el recorrido de los secuestradores y que puedes deducir hacia donde se dirigen. Explícate.

-Me he convertido en el titiritero de toda la red de cámaras de tráfico de la comunidad autónoma y, obviamente, no es muy complicado seguir el trayecto de un QASHQAI 1.5dci recién robado, con el parabrisas roto, un agujero en el techo y el interior manchado de sangre – teclea algo y en una de las pantallas se derrama una cascada de datos -. Nuestros peculiares delincuentes salieron de la ciudad por el Norte y se detuvieron en un polígono industrial que, ¡sorpresa! Pertenece a ese tal Gálvez.

-¿Tienen algo que ver con ese hombre?

-No, se detuvieron ahí por casualidad, detrás de una nave abandonada. No sé qué diablos hicieron, pero mientras tanto dos de los muchachos robaron una furgoneta blanca, también Nissan, que por lo visto le han cogido gusto a la marca, modelo NV400, y siguieron hacia el Norte. Lo último que sé de ellos es gracias a una cámara a la entrada de Jaca, pero aún no han salido de la ciudad. Seguramente hayan parado por razones que escapan de mi comprensión, pero si son inteligentes, saldrán de ahí antes de que alguien descubra el vehículo robado y todo el peso de la ley, o de Saavedra, caiga sobre ellos.

-¿Y hacia dónde se dirigirán?

-Un momento – Théophile chasquea la lengua -. Gracias a las cámaras he obtenido imágenes tanto de ellos cuatro como de Trista. No es una calidad muy decente, pero sirve para identificarlos – cinco fotografías aparecen en uno de los monitores. Tres jóvenes, una chica y Trista Ilardia -. Sus nombres son Pablo García, Leonardo Gros, Jorge Laguna y Ángela Feijoo. Los tres chicos se metieron en líos legales a raíz de una pelea en un bar, y se enfrentaron a una indemnización que quita el hipo. Todos ellos, a excepción de Pablo García, se encuentran en una situación económica lamentable, así que tienen razones de sobra para atracar un banco. Puedo darte mucha más información sobre ellos...

-Sólo son chavales, no pueden causar ningún problema. Sólo dime hacia donde crees que se dirigen.

-Dudo que sean lo suficientemente idiotas como para cruzar los Pirineos y la frontera con Francia, y menos con una furgoneta robada, además de que no serviría de nada y no pueden pasearse por el mundo con una rehén pretendiendo que nadie los descubra. ¿Mi apuesta? La familia de Ángela tiene raíces en un pueblo de los Pirineos, a una hora y media de Jaca, llamado Ansó. Sí, el nombre es prácticamente igual al de esa pomada rectal que anuncian en televisión. Ansó está situado en la comarca de la Jacetania, a una altitud de ochocientos sesenta y dos metros, y cuenta con cuatrocientos sesenta y siete habitantes, cantidad que se multiplica en estas fechas por turismo y por todas las familias que viven en la ciudad y quieren pasar una temporada en su lugar de origen. Es un pueblo ganadero, muy tranquilo, aunque hace una década ya hubo un grupo de etarras escondido por la zona – Théophile hace una ligera pausa. Habla demasiado rápido y en ocasiones las palabras se mezclan bailando sobre su lengua -. La familia Feijoo posee una casa bastante grande que apenas visitan. Supongo que los cuatro muchachos pretenderán pasar ahí una temporada hasta que las cosas se calmen después del atraco, escondidos por si pudieran verse en el punto de mira de la policía, y pensando qué hacer tanto con el dinero como con su rehén, a la que pueden ocultar perfectamente en el sótano. Creo que en vez de perseguirlos, como probablemente estarán haciendo Sangalli, Saavedra y Carbonell, lo que deberíamos

hacer es esperarlos en su destino, para poder organizar el rescate sobre el terreno con cierta previsión. Y si cambian de rumbo – da un par de golpecitos al lateral de una de las pantallas -, yo lo sabré de inmediato.

Oppenheim se acaricia la barbilla, pensativo. A decir verdad, uno de sus principales aciertos ha sido añadir un genio como Théophile a su organización. Gracias a él, todo parece mucho más sencillo.

-El único problema – continúa su cerebritito -, es que a la entrada del pueblo hay un cuartel de la Guardia Civil, pero sólo cuenta con cuatro efectivos. Si causaran algún estorbo podríamos eliminarlos con bastante facilidad.

-Maravilloso – contesta Oppenheim, y da una pequeña palmada -. Pues es momento de ponerse en marcha; siempre he querido instalarme en una casa rural unos días. Tal vez la misión sea más simple que el mecanismo de un sonajero, pero si Saavedra o alguna de las variables implicadas en este asunto llegara a la misma conclusión que nosotros, se podría llegar a organizar una auténtica bacanal de sangre y violencia – mira a todos sus subordinados -. Tomad todas las armas que podáis cargar y estad listos para lo peor. Partimos en veinte minutos. ¡Muchacho!

El joven alza la cabeza. Es un tipo con la cabeza rapada, pequeño y de mirada nerviosa, que va siempre enfundado en chaquetas de cuero y que, en ocasiones, parece un yonki en pleno mono. Hasta ese momento ha estado contemplando su reflejo en el filo de un cuchillo.

-¿Sí, señor?

-¿Te apetece conducir?

-Por supuesto, señor.

-Perfecto. Prepara una buena cantidad de cuchillos porque si las cosas se tuercen vas a tener que rajar gargantas, destripar y cortar como un auténtico carnicero. Lo siento mucho por esos pobres desgraciados – señala con la cabeza las fotografías de la pantalla -, pero, por mucho que me pese arrebatas vidas jóvenes, ellos ya están muertos.

## 6

-Montenegro, ¿cómo está tu hombro? Tenemos que ponernos en movimiento. Nuestro infiltrado en la organización de Saavedra acaba de llamarme. Han descubierto hacia dónde se dirigen los atracadores. Un pueblo del Pirineo llamado Ansó. No sé por qué diablos piensan que ahí están a salvo. Tal vez tengan algún plan secreto o simplemente son idiotas, pero nosotros tenemos que conseguir el maldito dinero. Lo mejor de todo, o quizá la peor de las noticias, es que Miriam en persona, escoltada por sus hombres más fieles, entre los que se encuentra nuestro informador, va a ir a buscarlos. Quizá podamos matar dos pájaros de un tiro y cargarnos a esa zorra antes de que empiece la guerra. Quiero que vayas al arsenal y cojas todo lo que se te ocurra. Escopetas, pistolas, metralletas, rifles de asalto...

-¿Explosivos también, Néstor?

-Sobre todo, explosivos.

## 7

Pablo vuelve a mirar por la ventana mientras, con manos temblorosas, se enciende el cigarrillo que pende entre sus labios. Ya es el quinto en menos de media hora; prácticamente ha respirado más humo que aire.

-¿Qué tiene esa furgoneta que te asusta tanto? - pregunta una voz cansada detrás de él.

Se vuelve hacia Trista Ilardia que, sentada en la silla de madera, con las manos atadas

al respaldo, luce un velado y desmejorado atractivo. Parte de la culpa la tienen las lágrimas de rímel que surcan su rostro como vetas negras, la sombra borrosa que rodea sus grandes ojos celestes o el rojo difuminado de sus labios. Todo eso, mezclado con algún roto en su ceñida camiseta blanca que deja a la vista más piel de lo que a ella le gustaría, y del sudor que transparenta la tela, la hacen parecer salida de una escena pornográfica brutal y humillante, pero al mismo tiempo su encanto, la belleza de su rostro y su mirada, son indiscutibles.

En ese momento está mirando a Pablo con una mezcla de temor y curiosidad.

-No hemos sido muy discretos a la hora de escapar – explica -. Robamos un coche para atracar el banco, el Nissan, y lo dejamos abandonado en el mismo sitio donde nos afanamos esa furgoneta. Cualquier policía con dos dedos de frente podría seguir el rastro hasta nosotros y entonces nos veríamos metidos en un buen lío.

-Ya estáis metidos en un buen lío -sisea la actriz, sacudiendo la cabeza -. ¿De verdad esperas que todo este plan salga bien? ¿Que podáis regresar a casa con el dinero como si no hubiera pasado nada, con la sonrisa de quien ha cometido una pequeña travesura que no ha tenido consecuencias?

-¿Y por qué no?

Trista levanta la cabeza hacia Pablo y permite que una leve sonrisa asome a su cara.

-No conoces a mi marido. ¿De verdad piensas que no va a hacer lo imposible para recuperarme? Soy su musa, me necesita – luego hace un gesto hacia el colchón, donde está derramado todo el dinero -. Y toda esa fortuna de ahí... es un botín muy ambicioso. Cuando estaba en el banco, fueron varias las personas que entraron pegando tiros para robar el Ítaca. ¿Creéis que esas personas, que seguramente eran profesionales, van a permitir que unos chavales con una flor en el culo les arrebaten ese dinero?

-Cállate.

-¿Que me calle? - deja escapar una carcajada amarga -. ¿Quieres que me calle después de haberme metido en todo esto? Estoy atada a una silla en el hotel más cochambroso del mundo, se supone que ahora voy a viajar a no sé qué pueblo perdido en las montañas y a permanecer encerrada en un sótano hasta que a cuatro cabezas de chorlito se les ocurra qué hacer conmigo. ¿Y pretendes que me calle?

Pablo se acerca a ella.

-¡Yo evité que te mataran! Te salvé la vida.

-Y uno de tus amiguitos me tomó como escudo humano antes de meterme a vuestro coche. Me utilizó como un trozo de carne que parara las balas de los policías.

-Lo que me sorprende es que no te llevaras ningún disparo corriendo por mitad de un tiroteo.

-¿Habría sido una idea más acertada quedarme quieta en mitad de un tiroteo?

-¿Eres tan insoportable cuando no estás secuestrada?

Trista se retuerce y tira un poco de los hombros hacia arriba. Luego suspira.

-No, creo que es este maldito cinturón, que evita que la sangre me llegue a las manos y eso me pone de mal humor. Pero no te voy a pedir que me lo aflojes un poco, doy por hecho que no eres tan estúpido.

Pablo sonrío y deja escapar una nube de humo por la comisura de su labio.

-Vais a matarme, ¿verdad?

-Te prometo que eso no está entre mis planes.

-Pero tu amiguito, el melenas, quería pegarme un tiro en ese aparcamiento.

-Si Leo de verdad hubiera querido matarte, lo habría hecho.

La actriz deja caer la cabeza hacia atrás para librarse del cabello rubio que le cae sobre la cara y luego vuelve a mirar a Pablo, divertida.

-Se supone que tenéis que asustarme. Hacer que os tenga miedo para que acate todas vuestras órdenes sin dudarlos.

-Bueno – Pablo se encoge de hombros -. Si te parecemos malos atracadores, te puedo asegurar que como secuestradores somos nefastos.

-¿Cómo diablos se os ha ocurrido meteros en esto? - pregunta rápidamente Trista -. No tenéis la madera que se necesita para algo así. Tu amigo... ¿Jorge? Jorge está completamente traumatizado porque ha matado a alguien por accidente. Parece como si pensarais que se puede conseguir todo ese dinero sin cometer algún... pecado. Y tú, que se supone que eres el líder de este grupo, y que deberías ser el más frío y calculador, no tienes ni la más remota idea de qué hacer conmigo cuando la salida sencilla es más que obvia, aunque claro, con esto no te estoy pidiendo, ni mucho menos, que tomes la salida sencilla.

Pablo se sienta en el borde del colchón y contempla a Trista, en silencio. En realidad, aún le cuesta creer que esté conversando con Sunny Heart, con la esposa de Víctor Bastida. Está confundido, como adormecido por una situación que se le ha escapado de las manos hace ya mucho y que, en el fondo, no llega a comprender.

-Ya sabes como está el mundo. La crisis y todo eso. El padre de Leo se está muriendo y su madre no trabaja porque no tiene dónde hacerlo. Lo mismo ocurre con la familia de Jorge, que además tiene una hermana pequeña y no sabe qué va a pasar si acaban en la calle. No pueden, ni siquiera, pagar el piso donde viven. Y Ángela... Ángela se ha metido en líos con personas que no debe, tiene deudas por culpa de esa María que no para de fumar y, además, aunque sus padres se cambiaron de ciudad no pasan por una buena racha. Además, Jorge, Leo y yo nos metimos en una pelea con el dueño de un bar, le destrozamos la cara y todo el establecimiento, y el padre de ese tipejo tenía contactos y en el juicio nos plantaron una indemnización que es prácticamente imposible de pagar. Necesitamos ese dinero.

-Y qué mejor manera de conseguirlo que atracar un banco – murmura Trista, con cierto desdén.

-Pues igual es que por culpa de los empresarios y el gobierno, que se han enriquecido a nuestra costa y han destruido millones de puestos de trabajo, es la única manera de salir de nuestra situación. Tal vez todo el mundo que está muriéndose de hambre tendría que coger una puta escopeta y robar un banco para demostrarles a esa gente que mueve el dinero en la sombra que no vamos a permitir que nos sigan manejando como quieren, que no vamos a permitir que se alimenten de nosotros – Pablo tira el cigarrillo al suelo y lo aplasta con la punta de su deportiva -. El sistema que nos gobierna, aunque se camufle bajo una falsa democracia, se basa en que pasemos toda nuestra vida dominados por el miedo. Que tengamos miedo a lo que pueda pasar, a no llegar a fin de mes, a no tener una casa, un coche y un trabajo estable para poder formar parte de lo que se llama *clase media*. Mis padres se han pasado toda su vida con miedo a no poder mantener su posición, los padres de Jorge permanecen despiertos hasta las tres de la madrugada preguntándose si podrán pagar la universidad de su hijo y el colegio de su hija, el padre de Leo ha acabado en un hospital después de partirse la espalda día a día, y no ha habido una sola mañana que no se haya despertado con miedo por no poder ir a trabajar y que, en consecuencia, su patrón, que vive en unas condiciones mucho mejores y para quien él es sólo un número entre tantos, lo despida – cierra los puños para controlar el temblor iracundo que ha empezado a dominar sus manos -. Quizá tú no sepas cómo es el mundo de verdad, porque has vivido primero en una industria donde se mueven millones a cambio de sexo y después bajo el amparo de una de las personas más ricas del país, pero la realidad es que la gente, consciente o no, vive aterrada. ¿Y sabes una cosa? Desde el momento en que decidí atracar ese banco, a pesar de que tal vez mañana me despierte con la policía del mundo entero buscándome, dejé de tener miedo. He dejado de tener miedo porque ya no formo parte de esa sociedad corrompida, fraudulenta e hipócrita. Ahora, por fin, después de veintitrés años, siento que soy libre.

Después de vomitar todos sus pensamientos, Pablo se pone en pie de un salto, como activado por un resorte, y de dos zancadas se planta junta a la ventana. Pero ya no mira la furgoneta, sino que sus ojos se dirigen más allá, hacia la carretera que se extiende rozando el horizonte.

-Así que eres todo un revolucionario...

-Tú no entiendes nada.

-¿Que yo no entiendo nada? ¿Crees que comprendes el mundo por recitar un discurso como si acabaras de descubrirlo tú mismo? - ríe -. Idiota. ¿Sabes qué? - Pablo se vuelve, sorprendido, y se asombra aún más al ver los ojos encendidos de Trista -. No tienes ni puta idea de lo que es el miedo. A mí siempre se me ha dado muy bien escuchar y ayudar a los demás, y desde niña soñaba con convertirme en psicóloga. Pero resulta que en esta sociedad que tú has definido de corrupta, fraudulenta e hipócrita, y que no oculta ninguno de esos defectos excepto para quienes son ciegos, no importa lo que sepas o lo que deseas, porque necesitas un título para convertirte en algo. Un título que cuesta dinero, un dinero que mi familia jamás podría pagar. Y como no había dinero y por tanto no podía escuchar y ayudar a los demás, me dediqué a la segunda cosa que mejor se me daba: chupar pollas. Chupé pollas, me dejé dar por culo y follar delante de las cámaras porque era la única manera que tenía de poder hacer algo. Y trabajé en eso hasta que la mano salvadora de Víctor Bastida me sacó de esa situación, pero resulta que Víctor acabó siendo muy parecido a los ególatras machistas e hijos de puta que pululan por el mundo del porno, porque resulta que en esta vida, si no eres de los que viven aterrados, eres de los que necesitan aterrar a los demás para sobrevivir. Y resulta que seguí chupando pollas, follando y dejándome dar por culo, sólo que esta vez por una única persona y sin cámaras, y el dinero y la fama de poco importan, porque a nadie le importa quién es Trista Ilardia. Todo el mundo está pendiente de Sunny Heart. De cómo Sunny Heart puede participar en una película donde no tienen que penetrarla diez maromos musculados sólo porque está basada en una novela de su marido. Las revistas están pendientes del nuevo michelín que muestra Sunny Heart en la playa, o de lo mal conjuntada que llega a una entrega de premios literarios donde su esposo es el invitado de honor. Esa maldita sociedad que quieres vencer me ha convertido no sólo en un objeto, sino en un objeto al que desean buscar imperfecciones porque ya no es útil para que un montón de fracasados se la meneen delante del ordenador contemplando cómo cabalga a un hombre. ¿Crees que los bancos son los únicos culpables? Todos lo somos. Así que no te atrevas a decirme que no entiendo nada, niñato, porque no tienes ni puta idea de quién soy yo.

Pablo se queda helado en el sitio, sin saber qué decir y, con movimientos torpes, saca su paquete de tabaco y extrae un cigarrillo.

-Dame uno de esos, anda, yo también necesito desahogarme. Pónmelo en los labios sin miedo, no te voy a morder, y enciéndemelo – mientras Pablo se apresura a cumplir su petición, ella añade -. Tú no necesitas el dinero.

-No. Yo necesito algo más...

-Te has metido en una guerra que no puedes ganar – con el cigarro ya encendido, Trista hace equilibrios con sus labios para mantenerlo en una posición que le permita hablar -. Ojalá lo consiguieras, ojalá le dieras una patada en los huevos al sistema y consiguieras que quienes se ríen de nosotros tuvieran miedo por una vez, pero no vas a lograrlo. Y, aunque lo hicieras, tu enemigo es bastante más complejo de lo que crees. Pronto pondrían solución a ese miedo y con ayuda de todas sus herramientas, gobierno, policía, prensa, ley, evitarían que algún cabezota como tú intentara seguir tus pasos.

Se quedan los dos sentados, fumando en silencio. En un par de ocasiones Pablo se levanta y le retira el cigarro a Trista para desprenderle la ceniza, pero hasta que no terminan de fumar ninguno de los dos pronuncia una sola palabra. Luego siguen así,

callados, cada cual atrapado en su propia mente, hasta que Pablo decide hablar, en voz baja, como si temiera despertar al mundo real de su letargo.

-¿En verdad estás embarazada, Trista?

-Por supuesto que no, fue una salida desesperada para seguir con vida. Víctor Bastida es demasiado egoísta como para tener que preocuparse por un hijo en vez de por sí mismo.

-Soy... soy un gran admirador de tu marido. A mí también me gusta mucho escribir, y la verdad es que sueño con...

-Víctor también era un soñador al principio. Un ingenuo idealista y un enamorado que me convirtió en su musa y me elevó a un pedestal con el que ninguna mujer puede ni siquiera soñar. Pero el éxito le hizo irrumpir repentinamente en una parte del mundo para la que no estaba preparado y le convirtió en un personaje egocéntrico, altivo y orgulloso tanto de cara al público como en la vida privada. Cambió y yo dejé de ser su diosa para transformarme en su florero. Sé que no es fiel, sé que ya ni siquiera me quiere porque, y esto es lo peor de todo, está demasiado cómodo en ese disfraz que el mundo espera de él – Trista sonríe, pero no es, ni mucho menos, una sonrisa de felicidad -. ¿Sabes una cosa? Tú te pareces mucho a Víctor antes de que cambiara. Tienes pájaros en la cabeza y quieres cambiar el mundo con tus actos, sin tener en cuenta que es el mundo el que te cambia a ti. Quizá a él le habría venido bien atracar un par de bancos – mira a Pablo, y lo mira con tal sinceridad que a éste se le encoge el corazón -. Acabe como acabe esto, no permitas que el mundo te cambie. Aunque las cosas se pongan feas, aunque creas que no puedes soportarlo más, sé tú mismo hasta el final o ellos habrán vencido.

-Yo... - empieza Pablo, aunque tampoco sabe qué decir. Y es el sonido de la puerta al abrirse lo que le hace sobresaltarse y librarse de tener que dar una respuesta. En el umbral está Jorge, que mira alternativamente a Trista y a Pablo, extrañado de que estén sentados uno frente al otro como si hubieran estado hablando hasta hacía unos segundos.

-¿Ocurre algo aquí? - pregunta.

-No, no – contesta Pablo, sacudiendo la cabeza -. Sólo estábamos charlando. ¿Ya habéis regresado?

-Leo tiene un coche nuevo, y llevamos bolsas con comida y con ropa para todos, también para ella. ¿Descargamos o...?

-Es mejor que nos marchemos ya y pongamos la máxima distancia posible entre este hostel y la furgoneta y nosotros – Pablo se pone en pie -. ¿Habéis tirado el anillo?

-Es lo primero que hemos hecho.

-Perfecto. Ayúdame con Trista. Es hora de viajar a Ansó.

Ansó. El lugar donde, en cierto sentido, todo empezó, ya que ahí fue donde se forjaron los fuertes lazos que ahora unen a los cuatro amigos. Y, mientras salen de la habitación número diez, Pablo no puede evitar pensar que, de un modo u otro, también será ahí donde acabe todo. De la manera que tenga que acabar.

## VI La casa del sol naciente

1

-Sí, un puto pueblo perdido en los Pirineos – Víctor Bastida da un volantazo para adelantar a un Renault Scenic negro que parece conducido por una sombra. Sostiene el teléfono móvil entre el hombro y la oreja, quebrantando una serie de normas de tráfico que le importan bastante poco, y al otro lado de la línea escucha las frenéticas quejas de su estúpido agente, Miguel Berné -. Me dan igual las explicaciones que necesiten *mis lectores*. Casi no he podido salir de casa porque tengo un ejército de periodistas reunido en mi jardín. ¡Han secuestrado a mi mujer, maldita sea! - toma una curva, cada vez más lejos de la ciudad -. No voy a convertir algo así en un circo escénico. Estoy hasta los huevos de ti, de la editorial y de toda esta mierda, así que me voy a quedar en las montañas en plan zen hasta que mi mujer vuelva a casa. Y sí, he tomado las medidas oportunas para que eso ocurra...

Aprieta los labios al escuchar la vocecita insistente de Miguel Berné, que le ruega que regrese y que intente tomarse las cosas con calma. ¿Pero cómo va a tomarse con calma que su esposa haya sido secuestrada y que ahora todo el mundo esté pendiente de él de un modo que no le gusta nada? Ese no es el tipo de fama con la que siempre soñó. Así que ha buscado en Internet, después de telefonar y contratar a ese tal Oppenheim, y ha encontrado una casa que se alquila en un pequeño pueblo pirenaico llamado Ansó donde no ha ocurrido nada relevante en los últimos años (una detención de unos terroristas que se escondían en una casa cercana al pueblo). Un lugar donde le dejarán en paz hasta que toda esa pesadilla acabe. Pero, por ahora, Miguel Berné parece empeñado en no dejarlo marchar, a pesar de que ya está a medio camino, y su voz chirriante lo persigue como un enjambre de tediosos moscardones.

-¡Escúchame, maldita bola de grasa repelente y vergonzosa! - estalla al final, acompañando sus palabras con un golpe al volante -. ¡Nunca te he necesitado y mucho menos necesito de tu desagradable pali que en este momento! Voy a marcharme y voy a quedarme ahí hasta que el mismísimo Infierno invada la Tierra si es preciso y tú no vas a hacer nada por evitarlo, porque no eres más que un embustero, un parásito de mi trabajo y un cornudo gilipollas – toma aire -. Porque sí, me he tirado a tu mujer. Varias veces. Y no veas lo que disfruté entre sus piernas. Y ahora, patético saco de colesterol, haz el favor de desaparecer de mi vida.

Con un último gruñido desliza el teléfono hasta su mano y cuelga.

Joder, ¡qué a gusto se ha quedado!

2

Un atisbo de sorpresa recorre la férrea expresión del rostro de Enzo Carbonell cuando ve que un Jaguar XK 140 Coupé de color azul lo adelanta poco antes de llegar a una curva. Entrecierra los ojos y, a través del parabrisas, observa la matrícula y rebusca en su memoria. Sin duda, ese vehículo pertenece a Víctor Bastida, y el escritor moroso parece tener mucha prisa, teniendo en cuenta la velocidad a la que conduce. Unos minutos después ya ha desaparecido tras una de las curvas de esa sinuosa y solitaria carretera.

¿Qué hace ahí? ¿Acaso ha descubierto el rastro de su mujer y va en su búsqueda, o tal vez se trata de una simple casualidad? Enzo supone que no tardará en descubrirlo. Y si sus caminos se vuelven a cruzar, tal vez se vea obligado a matarlo, adelantándose a las órdenes de Gálvez. Un problema menos en el que pensar.

Aunque hay algo que le preocupa mucho más. No tiene que ver con el localizador, que

le indica que la furgoneta blanca que está buscando lleva estacionada más de tres horas en algún punto a treinta kilómetros de donde se encuentra, sino con el turismo gris que le lleva siguiendo desde que ha salido de la ciudad. Cada vez que mira por el retrovisor ve ese cacharro desvencijado, que vomita una nube de humo negro por el tubo de escape propia de una hoguera, esforzándose entre traqueteos por no perderle de vista. Mantiene la distancia de seguridad propia de quien no quiere que le descubran, pero con un automóvil como ese es imposible no llamar la atención.

Puede ser un hombre de Gálvez enviado para asegurarse de que hace bien su trabajo, o con la misión de acabar con él una vez que haya encontrado el dinero, pero de ser así, Gálvez ha contratado o a un novato o a un oligofrénico. Con cuidado, desliza la mano derecha hacia el asiento del copiloto y acaricia el silenciador de su única amante. La pistola negra descansa ahí, con el seguro puesto y el cargador repleto.

Echa un último vistazo por el retrovisor. Aquella lata descacharrada sigue empeñada en no quedarse atrás.

### 3

-Han estado aquí – dice Montenegro, desde el interior del baño -. Hay restos de sangre en el lavabo.

Néstor Sangalli permanece en el umbral de la puerta, con la mano apoyada en la culata de su revólver, que asoma por encima del cinturón de sus pantalones. Por supuesto que ha habido gente ahí hace muy poco tiempo; aún quedan arrugas en la colcha de la cama más cercana y han movido la silla del escritorio para, por alguna razón que a Sangalli se le escapa, situarla en el centro de la estancia. Han permanecido muy poco tiempo en ese motel, así que igual son más listos de lo que aparentan. Para empezar, el encargado de la recepción, a quien ha soltado la lengua con un par de billetes verdes, le ha hablado de una chica rubia y de buen ver que ha aparecido a mediodía por ahí para alquilar una habitación para su novio y un amigo. Un truco bastante sencillo para despistar a quienes estén buscando a cuatro adolescentes, pero Néstor Sangalli ha visto ya suficientes tretas llevadas a cabo tanto por delincuentes de poca monta como por cerebros del crimen que hace falta algo más para pillarlo desprevenido.

-¿Cómo sabíais que pararían aquí? - pregunta Montenegro, saliendo del baño. Como de costumbre, es mucho menos discreto que Néstor. Lleva una bolsa de deporte colgando del hombro, donde esconde una escopeta recortada y un par de subfusiles.

-Tendrían que hacer un alto antes de llegar a ese pueblo suyo para limpiarse la sangre y decidir qué hacer con esa actriz porno que han tomado como rehén – mira alrededor, a la silla -. Pensaba que la habrían matado. Si no lo han hecho aún no sé a qué están esperando...

-¿Y por qué aquí?

-Porque está medianamente apartado de la ciudad más cercana, el bloque de habitaciones está detrás de la recepción y, además, hay pocos curiosos que puedan descubrirlos con una mujer secuestrada en el dormitorio – sacude la cabeza -. Hay una furgoneta blanca aparcada justo delante que me apostaría el cuello a que es suya, o a que la han robado, así que tal vez regresen. A no ser que se hayan agenciado de otro vehículo, claro...

-¿Les esperamos?

Néstor Sangalli meneaba la cabeza mientras se abrochaba la americana parda que lleva puesta. Pesa bastante, no tanto por el material del que está hecha si no por las seis granadas de mano que cuelgan en su interior.

-Si a mí se me ha ocurrido todo esto, seguramente Miriam Saavedra llegue a la misma conclusión, y no me voy a quedar esperando a que llegue, cabreada y acompañada por

esa pandilla de hijos de puta, para que me vuelen la tapa de los sesos. Sigamos nuestro camino hacia ese maldito pueblo aprovechando que... - gira sobre sus talones y sus ojos cansados se abren como platos -. Mierda.

-¿Qué?

-Hablando de nuestra zorra favorita.

Un vehículo acaba de detenerse junto al edificio de recepción del motel. No es la clase de coche que alguien utilizaría para pasar desapercibido, sino un mastodóntico Hummer con las ventanillas tintadas, una auténtica bestia de metal y gasolina en la que perfectamente podría viajar un ejército. Néstor conoce ese Hummer. Muchos de sus hombres en los últimos tiempos han sido tiroteados desde el interior.

Ve bajar a David Vaquero que, rápidamente, se dirige a la puerta trasera y abre a su jefa. Una mujer esbelta y hermosa surge de la penumbra del interior, envuelta en una bata negra de tela fina que parece fundirse con su piel. No lleva zapatos. Permanece un instante ahí, mirando hacia ninguna parte como si de pronto hubiera entendido los misterios del universo, y el viento veraniego juega con su larga melena azabache. Otros dos hombres salen del Hummer.

-El puto Amane – murmura Montenegro.

Sí. La bestia de Saavedra está ahí, encogida y ataviada con sus pieles de animales, moviendo la cabeza de un lado a otro como si olfateara a su presa. El último de los componentes, en cambio, es un hombre regordete, anciano, de pelo blanco y rostro amable, que se apoya en un bastón. Jeremías Valcárcel. Néstor conoce muchos de los secretos de ese grupo gracias a su contacto y, aunque lo identifica, eso no le hace sentirse más seguro.

Miriam al fin sale de su trance y, con pasos serenos, se dirige hacia la recepción del motel. Néstor retrocede, entrando en la habitación número diez, y con mucho cuidado, aterrado ante la idea de hacer el más mínimo ruido, cierra la puerta. No pueden salir fuera o esos malnacidos los descubrirán, aunque la idea de permanecer encerrados en el lugar en el que, dentro de poco, entrará Saavedra, es muy poco atractiva. Sin embargo, no existe otra salida.

-Ese viejo hablará – susurra Néstor, desenfundando su revólver -. Si con doscientos ha soltado hasta lo último que sabía, con lo que le ofrezca Saavedra cantará como el jodido Pavarotti.

-Esto es una ratonera, jefe – contesta Montenegro, abriendo su bolsa de deporte. Sopesa la escopeta entre las manos -. ¿Qué hacemos?

-Lo único que podemos hacer. Matarlos a todos.

Sin duda es un buen día, tanto para el bolsillo como para los ojos, piensa el propietario del motel cuando aquella mujer atraviesa su puerta. Los billetes verdes y arrugados que aún sostiene entre sus dedos, no vayan a ser producto de un sueño y desvanecerse, tiemblan al ritmo de sus manos. Y es que la misteriosa dama que se acerca al mostrador parece sacada de una de sus fantasías eróticas que en ningún momento se esfuerza en esconder. Es alta, con una melena negra que imagina sacudiéndose al viento mientras ella le cabalga y, para colmo, va casi desnuda. ¿Qué mujer va vestida sólo con una bata blanca que remarca sus pechos, su cintura e incluso ese triángulo tan seductor que tiene entre las piernas? Los brazos quedan a la vista y, aunque tienen muchos tatuajes y a él nunca le ha gustado el exceso de tinta, no empeoran el resultado final. Además esa tía tiene una forma de moverse bastante peculiar, como si fuera un felino, y sus ojos claros y penetrantes recuerdan también a los de un animal.

Cuando la recién llegada apoya sus manos de largos dedos en el mostrador, la

erección bajo los pantalones del propietario es más que evidente.

-¿E... en... en qué puedo ayudarle? - consigue articular.

-¿Tanto dinero cuesta una habitación? - pregunta ella haciendo un gesto con la cabeza hacia los dos billetes que sostiene entre las manos.

Él los mira, recuerda que estaban ahí y deja escapar una carcajada nerviosa.

-Oh, no, no, esto es por otros... servicios. Las habitaciones son bastante baratas...

-Busco un lugar tranquilo para pasar el día con mis hombres. ¿Cuántos clientes hay en este motel?

-Bueno... - señala con el dedo pulgar al cuadro de llaves que hay a su espalda. Todas están en su sitio, excepto la número diez -. Hoy no hemos tenido mucha suerte, no le voy a engañar, sólo tres muchachos que deben estar de paso. No le molestarán.

Ella se inclina un poco sobre el mostrador, apretujándose los pechos entre los brazos y, poco a poco, la bata empieza a deslizarse, mostrando la piel tatuada que tiene encima de esas seductoras tetas.

-¿Y cuánto cuesta una habitación aquí? - pregunta con voz sensual.

El viejo no puede dejar pasar una oportunidad como esa.

-Normalmente son cincuenta euros, pero te lo puedo dejar en treinta si me la...

Todo ocurre tan rápido que el hombre no llega a entenderlo. Un brusco movimiento, seguido de un golpe en su frente. Se queda de pie, muy tieso, porque de pronto todos los músculos de su cuerpo se niegan a responder a las órdenes de su cerebro y, ligeramente mareado, contempla cómo aquella belleza da un paso atrás. La bata se le ha abierto por completo, mostrando sus curvas, sus tatuajes, su piel morena y la humedad de su entrepierna. Desliza los ojos por toda su figura y entonces ve, primero, que hay una mancha roja en el mostrador. Inmediatamente después repara en que algo sobresale de su frente y bizquea para ver lo que podría ser el mango de un cuchillo. Cálidas lágrimas de sangre recorren su rostro y poco a poco la mujer empieza a evaporarse, como si fuera un espectro.

Antes de que pueda juntar todas las piezas de lo sucedido se desploma, devorado por la oscuridad, y los dos verdes billetes caen, muy despacio, hasta depositarse sobre su cuerpo inerte.

## 5

-Viene hacia aquí – anuncia Néstor, apartándose de la ventana. Se da cuenta de que está aterrorizado, como un niño pequeño que sabe que esa noche todas sus pesadillas van a ir a buscarlo para llevárselo de una vez por todas al mundo de sus terribles sueños. Montenegro, a su lado, mucho más tranquilo, levanta la escopeta y apunta hacia la puerta. Está situado a escaso medio metro de la puerta de madera.

Le habría gustado tener un plan, porque lo suyo nunca ha sido la improvisación, pero ahí no hay puertas traseras ni más ventanas que la que da directamente al aparcamiento. Retrocede un poco más y levanta su pistola, apuntando hacia la ventana. Si a alguno de los compañeros de Saavedra se le ocurre echar un vistazo a través del cristal, sea quien sea, se llevará un disparo entre los ojos.

-Néstor... - susurra Montenegro, pero Sangalli se lleva el dedo índice a los labios.

Sólo escucha silencio, y eso le atormenta. Silencio. Silencio. Silencio. Nada de órdenes, pasos, gritos o el motor del vehículo poniéndose en marcha. Seguramente Saavedra crea, al igual que lo ha creído Sangalli minutos antes, que los muchachos siguen en la habitación y esté preparando una emboscada. Intenta distinguir algo a través de la raída cortina pero sólo ve las motas de polvo que bailan enloquecidas en los rayos de luz que irrumpen en el dormitorio.

Con el corazón palpitando descontrolado, baja la cabeza hacia la rendija inferior de la puerta y ve que dos sombras bloquean parte de la luz que se cuela por ahí. Se vuelve

hacia Montenegro, separa las mandíbulas para decir algo pero ese gesto es más que suficiente para que el hombre con la cicatriz en forma de lágrima comprenda lo que debe de hacer. Con un rugido, propina una patada a la puerta, que salta hacia fuera y dispara. Néstor Sangalli alcanza a ver un cuerpo semidesnudo cuya espalda se golpea con la barandilla de metal antes de caer al otro lado, sobre el techo de la furgoneta blanca. En el mismo momento que la alarma del vehículo empieza a aullar, les responden con disparos de metralleta.

-¡Al suelo, al suelo!

La ventana se hace trizas y la cortina, agujereada, se desprende. Los cristales saltan por todas partes y las balas agujerean el techo, destrozan la lámpara, que cae de la mesilla de noche, y el espejo situado en el extremo opuesto de la habitación cae con gran estrépito. Néstor salta detrás de la cama y Montenegro, simplemente, retrocede, acuclillado, sin dejar de apuntar con la escopeta hacia la puerta.

-¿La has matado? ¡Montenegro! ¿La has matado?

Como respuesta, la voz estruendosa de Miriam Saavedra suena desde el aparcamiento.

-¡Hijos de puta! ¡No sabéis con quién estáis jugando! ¡Mi nombre es Miriam Saavedra, pero para vosotros soy Abaddon el Destructor, el Ángel del Abismo sin Fondo, y reinaré sobre las plagas de langostas que asolarán vuestras vidas y las de vuestros seres queridos! ¡Habéis robado el fuego eterno y voy a condenaros por ello a los terribles tormentos que aguardan por debajo del Infierno!

La locura invade cada una de esas palabras, que crean ecos dentro del cráneo de Sangalli. Éste toma aire y lo deja escapar, muy despacio. El revolver tiembla con violencia entre sus manos.

-¡Quizá esa palabrería te sirva con los críos que te han robado el dinero! - responde -. ¡Pero no con nosotros!

Silencio, seguido de una prolongada carcajada.

-¿Sangalli? - Miriam ríe -. ¿Qué diablos hace aquí el perrito faldero de Liberatore? ¿No fracasasteis ya dentro de mi banco? ¿Acaso sigues intentando robar mi dinero?

-Creo que tu dinero pertenece ahora a cuatro adolescentes que consiguieron burlar las defensas de Ítaca, Miriam – contesta. Se acurruca detrás de la cama, rezando porque sus palabras suenen convincentes. A pesar de todo, tiene tanto miedo que duda que pueda esconderlo.

-Me habéis hecho sufrir quebraderos de cabeza y ahora, por vuestra culpa, me duele la espalda y esa maldita puerta me ha dado en toda la cara. No me gusta que me hagan sangrar, perrito faldero, así que disfruta de estos últimos segundos de paz. No sé cómo habéis llegado aquí pero...

-¡Gracias a la información que nos proporcionó uno de tus hombres! Sabemos hacia donde creéis que se dirigen esos chicos, Miriam. Tendrías que tener cuidado de la gente de la que te rodeas – mientras habla, saca una granada de debajo de su chaqueta y le quita la anilla. Ya no hay puerta en el umbral, así que quizá pueda recibir a esa malnacida con una bonita explosión bajo las piernas. Echa el brazo hacia atrás, dispuesto a arrojarla, mientras Montenegro se incorpora, muy despacio, escopeta en ristre.

-No, Sangalli – contesta Miriam -. Tú deberías tener cuidado de la gente de la que me rodeo.

Amanece pasa a toda velocidad por delante del hueco de la puerta y lanza algo que resplandece en su trayectoria directa hacia Montenegro. Sangalli ve como el cuchillo arrojado rasga el cuello de su compañero y de la herida brota una cascada de sangre. El hombre gira sobre sí mismo y el cañón de la escopeta le apunta a él antes de que el gigante apriete el gatillo, tal vez por accidente o por instinto.

Néstor siente el disparo en el hombro y sale despedido hacia atrás, chocando su

espalda contra la pared. La granada escapa de sus manos y rueda debajo de la cama y el hombre ve, primero, como Montenegro se desploma, aún vivo, y cómo la sangre se extiende bajo su cuerpo y, después, cómo la bomba se detiene junto a una de las patas de la cama. Siente un ardor terrible en el rostro y sólo ve por su ojo derecho, además de sentir su cuello y todo su brazo izquierdo empapado en sangre. No sabe cuántos segundos han transcurrido desde que quitara la anilla pero sí sabe que esa granada está a punto de explotar y, haciendo acopio de sus últimas fuerzas, se incorpora y corre hacia el lavabo, pasando por encima de su agonizante compañero. Con un grito de rabia cierra la puerta tras de sí, consciente de que si el disparo le hubiera dado unos centímetros más abajo no sólo le habría alcanzado el corazón, sino también el resto de explosivos, reduciendo su cuerpo a trizas. Salta al interior de la bañera y se cubre la cabeza con ambas manos antes de que el estallido le taladre los tímpanos, la pared del baño caiga hacia el interior y el techo, con un crujido quejumbroso, se desplome sobre él.

## 6

-¿Pero qué cojones...? - murmura Enzo.

Ve la explosión y los escombros que saltan por los aires un par de kilómetros más allá, muy cerca de la localización en la que se encuentra, según su GPS, la furgoneta blanca. Ahí ha empezado una fiesta a la que nadie le ha invitado, pero Carbonell no tiene ninguna prisa por participar en ella.

Detiene el coche en el arcén y echa un vistazo al retrovisor. El turismo gris ha desaparecido. Con un suspiro, coge la pistola con silenciador y sale del automóvil. Hay un largo camino hasta el lugar de la explosión, pero andando es la mejor manera de llegar sin hacer ruido. Lo último que quiere Enzo en ese momento es llamar la atención de las personas equivocadas.

## 7

-...la cabeza. Quiero llevármela.

<<¿Miriam?>>

-Me da igual que esté destrozada. Quiero la cabeza.

Es la voz de Saavedra, sin duda. Néstor Sangalli se retuerce y consigue liberarse del peso que tiene sobre la espalda. Permanece unos segundos encogido en la bañera, que está empapada de su propia sangre, y, al final, se incorpora lentamente.

Apenas queda nada del baño. Una de las paredes se ha desmoronado y las otras están plagadas de grietas y agujeros. El lavabo y el retrete, directamente, han desaparecido y del espejo sólo queda un pedazo triangular colgando donde, a través del polvo y el humo que lo inunda todo, Néstor Sangalli consigue ver su reflejo. El disparo le ha alcanzado el hombro, sí, pero también parte de la cara. Donde antes estaba su ojo izquierdo ahora sólo queda una masa sanguinolenta y tiene llagas en las mejillas que se abren cuando separa las mandíbulas. El proyectil le ha arrancado también parte de su melena gris y no queda ni rastro de su oreja. La sangre cae a borbotones, tiñendo su americana y su camisa, y el brazo le cuelga muerto, como si fuese de trapo. Se apoya con la otra mano en el borde de la bañera e intenta ponerse en pie, pero los músculos le fallan y cae al otro lado, emitiendo un quejido.

Ve la habitación, que ha quedado reducida a cascotes y deshechos, muebles rotos y haces de luz que caen por los agujeros del techo derrumbado. Uno de esos haces se derrama directamente sobre Amane. Aquella bestia sostiene por el pelo el cadáver de Montenegro, cuyo cuerpo por debajo de la cintura se ha volatilizado y donde antes deberían estar las piernas ahora cuelgan entrañas, y descarga el machete una y otra

vez contra su garganta, intentando desprenderle la cabeza. Miriam Saavedra, desnuda, contempla el espectáculo en mitad de aquellas ruinas. Su figura parece etérea debido al polvo que la envuelve y otras dos siluetas se mueven entre el humo, detrás de ella.

-Pero mira a quién tenemos aquí – dice la mujer con voz cantarina en el mismo instante en que Amane decapita a Montenegro -. Amane, tu machete.

El hombre dirige sus ojos, uno azul y otro verde, fieros y primitivos, hacia Néstor, que intenta incorporarse en vano. Y aunque esa mirada refleja odio y ansia de sangre, obedece a su señora y le tiende el arma. Ésta la toma con delicadeza y empieza a avanzar hacia él, esquivando los escombros con sus pies descalzos.

-Me gustaría disponer de Liberatore, pero creo que, por ahora, podré conformarme contigo.

Con un lamento de dolor, Néstor consigue moverse hasta quedarse sentado con la espalda apoyada en la bañera y, contemplando con su único ojo a la mujer desnuda que se acerca con el rostro ensangrentado y a los tatuajes tribales que bailan sobre su piel, se abre la americana y rodea las anillas de dos granadas con sus dedos engarfiados.

-Un paso más, puta, y todos volamos por los aires.

Miriam se detiene y ladea la cabeza, divertida. Sus labios forman una sonrisa.

-Por supuesto, un perro viejo como tú tiene que tener un as en la manga. Pero, ¿tan desesperado estás que tu única salida es suicidarte?

-Creo que me ganaría un sitio en el cielo si, suicidándome, acabara con una psicópata como tú.

-Deja de insultarme, Sangalli, porque ahora los dos tenemos la vida del otro en nuestras manos. Bueno, Amane tiene otras cosas, pero a él no le preocupan estas situaciones.

Amane está arrodillado junto al cuerpo decapitado de Montenegro y sostiene la cabeza por encima de él, dejándose duchar por la lluvia de sangre, que moja su pelo y traza surcos escarlatas por sus mejillas. Por un instante, Néstor distingue la cicatriz con forma de lágrima en el rostro desfigurado.

Dos figuras aparecen por detrás de Miriam. David Vaquero, enfundado en su traje, que tiene los ojos abiertos como platos y la mano trémula alrededor de su pistola, y Jeremías Valcárcel. El viejo parece fuera de lugar en ese escenario de desolación.

-¿Qué es lo que quieres, Sangalli? - pregunta Miriam, arrodillándose para quedar a su altura -. ¿Qué debo hacer para que no volemos todos por los aires?

-Miriam... - empieza David.

-Sólo quiero salir con vida de aquí – contesta Néstor, y escupe sangre a un lado -. Ya he visto suficiente. Me retiro de esta mierda. Si es tu deseo, nunca más volveré a trabajar para Liberatore, me largaré del país y jamás tendrás que volver a verme. Cada uno seguimos por nuestro lado, tú recuperas... - un ataque de tos -. Tu recuperas tu puto dinero y yo pongo tierra de por medio. Está claro que ya he perdido.

-¿Cómo puedo fiarme de la palabra de un hombre que me amenaza con unos explosivos prendidos de su cuerpo como si fuera un fundamentalista islámico?

Néstor vuelve a escupir a un lado, ésta vez un diente que se le ha desprendido.

-Del mismo modo que yo puedo fiarme de la palabra de una lunática como tú.

Miriam ríe.

-¿Sabes qué me dijo una vez la Luna?

-La verdad... la verdad es que me importa una puta mierda. ¿Hay trato o nos encontramos todos en el otro lado?

-Sería, sin duda, una alegría que saliéramos todos con vida de esta, incluido tú – dice, sin disimular un falso tono obsequioso -. Aunque me temo que alguien más va a tener que derramar su sangre entre todos estos escombros porque, a cambio, sólo te pido una única cosa – levanta el dedo índice ante el ojo sano de Néstor Sangalli.

-¿El qué?

-¿Quién es el hombre que me ha traicionado?

Néstor Sangalli carraspea con violencia y su respiración se torna estertórica. Un hilo de sangre escapa por la comisura de sus labios. Y, entonces, sonrío. Levanta el brazo que aún puede mover y con un dedo trémulo señala a Jeremías Valcárcel, que abre la boca en un grito silencioso de protesta y se aferra a su bastón hasta que los nudillos se le ponen blancos como si así pudiera librarse del peso de esa acusación.

-Lo siento – susurra Néstor.

-¡Amane!

El rostro del aludido surge entre las partículas de polvo en suspensión a la espalda de Jeremías y, antes de que el anciano pueda protestar, sus afilados dientes se clavan en su hombro. Valcárcel grita con todas sus fuerzas y, con ambas manos, intenta apartar a Amane. Al hacerlo suelta su apoyo y sus rodillas se estrellan contra el suelo, haciéndole chillar de nuevo. Amane se retira, encogido sobre sí mismo, relamiéndose los labios y arrastrando las pieles de animal por el suelo, y Jeremías se lleva una mano a la herida mientras la sangre se desliza entre sus viejos dedos. David Vaquero por fin ha reaccionado y está apuntando con la pistola al que, hasta un momento antes, ha sido su compañero.

-Todo el mal que pueda desplegarse en el mundo procede de un nido de traidores

[1]

- cita Miriam Saavedra, incorporándose y volviendo su espalda desnuda hacia Néstor Sangalli que, por precaución, vuelve a acercar los dedos a las granadas -. La Luna tenía razón, pues te deje permanecer detrás de mí y conspiraste para matarme.

-¡Yo no he hecho nada de eso! - lloriquea el anciano. Las gafas le cuelgan de una de las patillas y sus ojos saltan de Miriam a Vaquero -. ¡Por el amor de tu padre, Miriam, he servido a tu familia desde mucho antes de que tú nacieras! ¡Estuve presente en el momento en que llegaste a este mundo! ¡No escuches las palabras de ese mentiroso! ¡No sería tan estúpido, no...! ¡Oh, Dios! - exclama, al ver que Miriam golpea los escombros cercanos con la punta del machete -. ¡Serví a tu padre! ¡Serví a tu padre y...!

-Y serviste a mi hermano, y tal vez el siervo ha decidido que ha llegado el momento de traicionar a quien tiene el poder y ocupar su trono – contesta Miriam. Néstor sólo ve su espalda, su trasero, sus largas piernas, y le habría resultado morboso de no ser por su lamentable estado. Apenas puede incorporarse -. Y tal vez echas de menos la forma que tenía Vicente de llevar el negocio, tal vez consideres que no estoy a la altura y creas que tú, que conoces este mundo desde mucho antes de que yo llegara cubierta de sangre y llorando a él, seas el más adecuado para gobernarnos.

-¡Miriam, escúchame! - brama, con voz desgarrada -. ¡Yo nunca...!

-Vaquero, ¿tú qué opinas?

-Intentó convencerme de que yo era la persona adecuada para conducir esta organización – contesta el hombre, mirando a Miriam -. Esta misma mañana. Dijo que muchos te consideran una chiflada y que era mejor que una persona como yo, que no bailase en los extremos, tomara el control.

-Da... David...

-Acaban de verter unas acusaciones muy graves sobre ti, Valcárcel. Por el amor que te he profesado todos estos años, voy a concederte una oportunidad para que seas sincero. ¿Dijiste eso de mí?

La barbilla le empieza a temblar y sus ojos miopes se vuelven hacia el cielo, anegados de lágrimas. Se deja caer hacia delante, cubriéndose el rostro con las manos, y con palabras ahogadas exclama.

-¡Sí! ¡Sí, cabrón, dije todo eso! - Néstor se pregunta si llamacabróna Vaquero por haberle vendido, a Dios por arrastrarlo a esa situación o si, directamente, ha

enloquecido y está insultando a Miriam como si fuese un hombre -. ¡Sí, cabrón, lo hice, lo hice! ¡Pero yo nunca te traicioné! ¡Yo nunca vendí información a Liberatore, nunca...!  
-Basta.

La palabra viene seguida de un silencio sobrenatural. Jeremías Valcárcel aparta las manos de su rostro y mira a Saavedra y, a pesar de la tez demacrada y de las lágrimas que surcan su piel manchada de polvo, sus ojos deslucen con un pequeño atisbo de esperanza. Pero antes de que esta esperanza pueda convertirse en una realidad, Miriam Saavedra grita, alza el machete y se abalanza sobre él como un depredador hambriento y Néstor Sangalli se ve obligado a volver la cabeza y su alma se retuerce y hiela al escuchar los alaridos de dolor, el sonido de la carne al desgarrarse, los chillidos de éxtasis de Miriam y la sangre salpicando por todas partes. Sólo por un segundo se atreve a mirar y lo que ve queda grabado en su retina y a punto está de terminar de romper su cordura. Miriam Saavedra, desnuda, hermosa, se alza por encima de una masa informe de carne y tela y huesos, con las entrañas de su víctima prendidas del cuerpo, empapada de sangre hasta las rodillas, el machete en alto. Sus pies chapotean sobre las vísceras y con un tirón arranca la cabeza de Jeremías del revoltijo de flujos, blancas astillas, grasa y tripas. Una cabeza que pende con la barba manchada de sangre, una grieta cruzando su cara y la lengua fuera, colgando por su barbilla, partida por la mitad. Con una arcada, Néstor vuelve a apartar la mirada y, poco después, todo el ruido termina.

-Amane, coge la cabeza. Guárdala con la otra – pasos pegajosos que se acercan -. Y tú. Mírame. ¡Mírame!

Néstor obedece. La sangre del golpe que se ha llevado Miriam en la cara se mezcla con la de su víctima. Ya no parece una mujer, sino un demonio salido de una bacanal violenta en el Infierno. Sus ojos brillan y sus tatuajes parecen cambiar sobre su piel a merced de los chorretones rojos que caen por sus brazos y entre sus pechos.

-Vaquero, dale el bastón de Jeremías.

El último consejero vivo de Miriam Saavedra obedece, su rostro demudado.

-Ponte en pie, Néstor Sangalli.

Néstor aparta la mano de las granadas y por un instante se teme lo peor, pero Miriam no hace ademán de atacarle. Coge el bastón y, con esfuerzo, se pone en pie. Escruta esos ojos demenciales que brillan en un océano de sangre.

-Puedes marcharte.

Néstor no quiere permitir que se lo piense dos veces, así que, trastabillando con el bastón, pasa a su lado dispuesto a salir del baño. Entonces ella apoya la mano libre en su hombro y acerca sus labios a su oído.

-Cumpliré con mi promesa mientras tu cumplas con la tuya. Pero escúchame, Sangalli, si vuelvo a verte te juro que yo misma te abriré las tripas y ninguna de tus triquiñuelas servirá para salvarte la vida. ¿Lo has entendido?

-Sí.

-No cojas tu coche. Seguro que tienes el maletero lleno de armas. Llévate la furgoneta de esos chicos y olvida todo lo que has vivido. Mantente lejos, porque si vuelves a poner un pie en mi ciudad, en mi país, te encontraré y acabaré contigo. Y ahora vete. Tienes dos minutos antes de que nosotros también nos marchemos.

<<¿Qué ha pasado aquí?>>.

Enzo Carbonell avanza, despacio, hacia el motel. El edificio de las habitaciones tiene un agujero en uno de los laterales, parte de la pasarela de metal se ha derrumbado y hay una montaña de escombros donde antes debería haber habido paredes. Sólo hay un coche abandonado en el aparcamiento, con el maletero abierto, pero ni rastro de la

furgoneta blanca. Según el localizador, ha empezado a moverse hacia el Norte. Enzo se acerca a la recepción y a través de la puerta abierta ve las piernas del encargado asomando por detrás del mostrador, que está manchado de sangre. Un desgraciado que se ha cruzado en el camino de las personas equivocadas. Con la pistola en ristre camina hacia el bloque destrozado y sube por las escaleras, que también tienen rastros carmesíes. La puerta de la habitación número diez ha desaparecido y tan pronto se asoma al interior se encuentra con un escenario derruido. Ahí dentro ha explotado algo que ha hecho saltar todo por los aires. Apenas quedan unas cuantas astillas y tablones rotos de los muebles y hay un cuerpo decapitado y partido por la mitad tendido en las ruinas. El cuerpo de un hombre grande. Rápidamente localiza varios oficios de bala en las zonas de techo que aún quedan en su sitio. Sin duda, ahí ha tenido lugar una batalla campal. Pero lo peor está en el baño. Hay sangre por todas partes, y un cadáver triturado y también sin cabeza. Con cuidado se agacha y contempla la carnicería. Algo así sólo ha podido hacerlo un psicópata que ande tras la pista de los secuestradores de Trista Ildaría. Sin embargo, ninguno de los muertos parece un adolescente, aunque del segundo cuerpo poco se puede sacar en claro y...

Un crujido detrás de él.

-Por fin das la cara – dice Enzo -. Pensaba que ibas a pasarte el resto de mi vida siguiéndome.

-Date la vuelta, hijo de puta – para su sorpresa, la voz es de una joven -. Y mantén la pistola donde pueda verla.

Enzo se incorpora y, poniendo los brazos en alto y dejando a la vista su arma, se da la vuelta muy despacio y se encuentra, primero, con los agujeros negros de un cañón doble de escopeta y, después, con su propietaria. Es una chica joven, pelirroja, alta y delgada, con un atractivo indudable. Sólo su mirada de odio lastra el conjunto.

-¿Y tú quién eres, muchacha?

-Estabas en el atraco al banco. Te vi. Y tú me disparaste.

Entonces la recuerda. Sí, es la chica que esa misma mañana, en el Ítaca, destrozó a disparos a un grupo de policías y se puso a pegar tiros sobre el techo de un coche patrulla. Enzo ve el bulto que tiene en el pantalón, cerca de la pantorrilla, y asiente comprensivo con la cabeza.

-Es cierto, pero no quería dispararte a ti. Fallé. No creo que sirva de mucho, pero lamento lo ocurrido; esta mañana se nos fue a todas las cosas de las manos.

-No digas estupideces. Quiero que me digas dónde están los hijos de perra que mataron a mi novio.

Enzo enarca una ceja.

-¿Disculpa?

-Un chico, en un coche, le disparó a mi novio en la cara y cogió el dinero que él había conseguido. Yo iba a matarlo, y tú lo evitaste al pegarme un tiro. ¿Los conoces? ¿Estás con ellos? Había más dentro del vehículo. Quiero saber dónde están.

-Yo también los estoy buscando.

-¿Por qué? - ladra ella.

-Siendo honestos, estoy buscando a la mujer que tomaron de rehén, pero viendo como están las cosas – hace un gesto hacia el baño -, creo que tendré que acabar con ellos si quiero llegar hasta mi objetivo. También estoy buscando el dinero que robaron, como parece que está haciendo alguien más.

-Yo no quiero el dinero. Los quiero a ellos.

Enzo frunce el ceño. Una delirante idea acaba de surgir en su cabeza. Aunque, claro, le están apuntando con una escopeta, cualquier idea es buena. Y, aunque en el fondo sabe que podría apuntar y dispararle en la frente a esa chiflada antes de que ella apretara el gatillo, ya ha errado un tiro esa misma mañana. Está cansado, se hace

viejo. No quiere arriesgarse.

-Puedo llevarte hasta ellos. A cambio de que dejes a la rehén para mí y también el dinero.

-Me la suda la pasta, ya te lo he dicho, y también la rehén esa de la que hablas. Sólo quiero venganza.

-Conoces la famosa cita de Confucio, ¿verdad? Antes de iniciar un viaje de venganza, cava dos tumbas. Aunque en este caso me temo que va a haber que abrir muchos agujeros cuando todo esto termine.

-No tengo tiempo para escuchar estupideces. ¿Cómo puedes llevarme hasta ellos?

-Robaron una furgoneta con un localizador. Los tengo controlados en todo momento.

-Dame ese aparato e iré tras ellos.

-He visto como te las gastas esta misma mañana. No voy a arriesgarme a que me dispares; iremos juntos, te dejaré que hagas lo que quieras con los chicos y yo cumpliré con mi trabajo. ¿Queda claro?

-No estás en condiciones de negociar.

-Y tú no estás en condiciones de encontrar a las personas que mataron a tu novio. Te llamas Susana Helguero, ¿verdad? La prensa ya ha difundido tu nombre y tu fotografía culpándote del atraco. ¿Cuánto puedes aguantar hasta que te encuentre la policía?

¿Lo suficiente para descubrir donde se esconden esos muchachos y matarlos?

Susana se muerde el labio inferior y, con un gruñido, baja la escopeta.

-¿Y tú quién cojones eres?

-Me llamo Enzo Carbonell.

-¿Cuál es tu papel en todo esto?

-Hago trabajos para las personas que tienen dinero para pagarme – aunque eso no es del todo cierto, ya que últimamente se ha convertido en la herramienta exclusiva de Gálvez. Una herramienta que ya está bastante desgastada.

-Muy bien. Llévame hasta ellos.

-Lo haremos a mi manera. No aprietes el gatillo antes de tiempo o te convertirás en un estorbo para mí, y soy muy rápido soltando lastre. Para empezar, deja donde sea que lo hayas aparcado ese coche cutre y ven conmigo. Si te comportas como tienes que hacerlo, esto habrá concluido antes de veinticuatro horas.

Enzo se guarda la pistola bajo la gabardina y sale de la habitación, pasando al lado de la joven. Cuando empieza a bajar las escaleras se da cuenta de que la chica sigue en el umbral, contemplando asombrada el interior de la habitación.

-¿Vas a quedarte ahí todo el día? Este bombazo habrá sonado en kilómetros a la redonda, dentro de poco tendrás a toda la Guardia Civil haciendo cola para ver qué ha ocurrido. Si no quieres que nuestro trato termine antes de empezar, haz el favor de ponerte en marcha.

-¿Siempre eres tan petulante?

-Es que es la primera vez que tengo un compañero y, por norma general, nunca se me ha dado bien hacer amigos.

<<Y, mucho menos, mantenerlos>>, aunque ese pensamiento prefiere no expresarlo en voz alta.

Escucha las sirenas alejándose de la ciudad y, con las manos apoyadas sobre el volante, contempla el oscuro callejón en el que ha aparcado. Quiere que Saavedra lo adelante para no encontrársela en la carretera. Néstor Sangalli vuelve el espejo retrovisor y contempla la imagen que éste le devuelve. Medio rostro destrozado. Un ojo y una oreja perdidos. Cada vez que abre la boca, se le abren también las grietas de la mejilla y puede verse los dientes a través de las heridas. Han matado a su compañero.

A él lo han mutilado. Le duele el hombro, el rostro, el cuerpo entero. Y no puede dejar de pensar en todo lo que quiere hacer, a pesar de que sabe que es una locura.

Tampoco es que sea un plan de muchos puntos. Los planes siempre salen mal. Seguramente Montenegro tenía grandes planes de futuro y ahora su cabeza viaja con Miriam Saavedra hacia ese pueblo donde va a organizarse una cacería de mil demonios. Pero tiene claros una serie de puntos.

El primero, que va a matar a esa zorra por haberse cargado a su amigo.

El segundo, que va a recuperar el dinero.

El tercero y último, que ya no trabaja para Liberatore. Va por libre. Que le jodan al mundo mafioso cuya única recompensa ha sido una cara destrozada. Va a recuperar ese dinero y sólo después cumplirá su promesa: desaparecer. Pero no desaparecerá huyendo, sino que se instalará en algún paraíso tropical donde haya un montón de tetudas estilo Glory Soul abanicándole, masajeándole los pies y utilizando sus labios carnosos para darle placer, si es que después de todo lo que ha vivido esa cosa que le cuelga entre las piernas puede volver a levantarse sin evocar todas las macabras escenas de aquel día.

El mundo se ha vuelto loco. Y la única manera de responder a la locura es con nuevas dosis de locura. Ya ha sido bastante estúpido siendo, como Miriam ha señalado, el perrito faldero de un perdedor.

Néstor Sangalli pone en marcha el motor y conduce alejándose del callejón y de Jaca. Hay nubarrones negros en el cielo, pero la tormenta es lo de menos. Su instinto, el instinto que le ha permitido seguir con vida tantos años, le advierte de que muy pronto hasta el mismísimo cielo va a arder.

Y él formará parte de ese Infierno.

## **TERCER ACTO** **UNA GUERRA QUE NO PODEMOS GANAR**

### **VII**

**Puedes siempre ser valiente, ponerte en pie y ser fuerte, puedes permanecer por siempre joven**

1

La sinuosa carretera que discurre desde el pequeño pueblo de Hecho hasta Ansó está plagada de subidas y bajadas, de curvas cerradas y baches. Aunque la distancia que separa a ambos pueblos es de apenas quince kilómetros, cruzar los montes forrados de espesos bosques verdes y conseguir que el motor ascienda traqueteando por las pronunciadas pendientes puede llevar más de media hora y son muchos los vehículos que se han quedado varados en el arcén o que han colisionado al encontrarse tras un giro brusco. El recorrido está flanqueado por altos árboles de un color verde que brilla con las últimas luces del día. A ambos lados del camino podemos encontrar alguna granja abandonada, con las ventanas tapiadas y las verjas podridas, pero también unos cuantos cobertizos propiedad de la industria maderera, que tiene ahí un negocio muy lucrativo gracias a los frondosos bosques. Una vez superados los inconvenientes de este breve pero agotador trayecto, y atravesados varios túneles excavados en la montaña, la carretera empieza a descender, mostrando a la izquierda una suave hondonada cubierta de arbustos, helechos, maleza y broza; y, a la derecha, un risco escarpado que desemboca en otro bosque que, a su vez, se extiende hasta la cima de la montaña.

La carretera que hemos seguido hasta este momento termina en una bifurcación. Un camino se dirige, según señala una placa blanca estropeada por la intemperie, hacia Berdún, a veintiún kilómetros hacia el sur. El segundo camino es el que nos interesa, pues se dirige hacia el Norte y hacia el Norte nos dirigimos nosotros, recorriendo el asfalto desgastado paralelamente al cauce del Río Veral, que baja desde más allá de Ansó rumbo a Berdún. Nos espera un breve trayecto con un paisaje similar al que hemos contemplado hasta ahora, con montañas recortadas contra el cielo. De nuevo a los lados encontramos muestras tanto de prosperidad como de fracaso. Todo lo relacionado con la industria maderera parece boyante, aunque no ostentoso, y sus edificios de metal, de un color gris uniforme, se apiñan junto a la linde del bosque; también hay granjas cuyos propietarios aprovechan los últimos minutos de sol para partir leña o contar el ganado, mientras que otras, muy cerca, están abandonadas, con los techos hundidos y las malas hierbas invadiendo lo que antes eran campos de cultivo. Hay una furgoneta abandonada en el arcén de la carretera. Una furgoneta blanca, con la portezuela del conductor abierta y mecida por el viento. Si uno presta atención, ve manchas de sangre tanto en el salpicadero como en el asfalto y, si alguien realmente estuviera interesado en ese momento por saber del destino del conductor herido de esa furgoneta, podría escuchar los ruidos apagados, gruñidos y pasos que provienen de una de estas granjas sucias y deshabitadas. Sin embargo, nosotros seguimos adelante, hacia el pueblo que se esconde detrás de las montañas, como si tuviera miedo de algo, tal vez de los nubarrones negros y retorcidos de tormenta que el viento ha arrastrado durante kilómetros y que amenazan con descargar toda su ira sobre el lugar esa noche o poco después del amanecer.

Y, por fin, tras unos kilómetros aparece una rotonda con las dos entradas a Ansó. Uno de los caminos desciende hacia el *camping*, situado a la rivera del Veral, con una explanada de tierra llena de caravanas y tiendas de campaña y una terraza donde se reúnen los muchachos del pueblo hasta bien entrada la noche para beber cerveza

mientras escuchan el constante tintineo del fútbol. Pero nosotros seguimos el otro camino, pasamos junto a pastos y granjas y cruzamos por delante del cuartel de la Guardia Civil, un edificio de piedra, como la mayoría de las casas del lugar, con tejado rojo como rojas son también sus contraventanas. Dos árboles de frondosa copa flanquean la entrada. El cuartel tiene dos plantas, está situado delante de una carpintería y hay un todoterreno aparcado junto a la puerta. Al lado de éste, se encuentra uno de los agentes, un joven rubio de pelo corto y barba puntiaguda que se siente incómodo con el uniforme. Mientras fuma un cigarro mal liado, apoyado contra la pared, con una mano metida en el bolsillo, sueña con motos y trayectos a través de parajes inhóspitos. Lleva trabajando un par de años en ese cuartel y ya conoce todos los secretos del pueblo, desde las horas a las que es más que probable que se vea obligado a meter a algún borracho follonero en el calabozo hasta los rincones donde los más jóvenes intentan hacer botellón. También conoce a la mayoría de las chicas, e incluso a alguna mujer casada, y aunque su hermano, que también está asignado en ese cuartel, le ha dicho que si esos cortejos llegan a oídos del teniente podría meterse en un buen lío, él suele contestar que los buenos líos le vendrían bien a una aldea perdida como esa, donde puedes considerar la noche "movida" si logras que un grupo de chavales escapen de su escondite dejando atrás unas cuantas botellas de cerveza y vasos de calimocho a medio terminar.

Desde el cuartel, Ansó nos ofrece una vista perfecta de su perfil. Es una aldea construida en la ladera de la montaña y, por tanto, todas sus calles son pronunciadas pendientes y las casas, desde ese lugar, parece que se amontonan unas sobre otras intentando llegar a la cima. El único edificio que consigue sobresalir, situado junto a un barranco de piedra que cae hasta la parte inferior del pueblo, es la Iglesia Parroquial de San Pedro, cuyo paseo trasero es punto de reunión de los chavales. La iglesia es gigantesca, un matacán protegido no sólo por su posición, sino también por aspilleras, que fue concebido como edificio defensivo sobre las ruinas de un templo del siglo VI. De estilo gótico, sus torres no son tan altas como gruesas, y en su campanario, en ese momento, se percibe movimiento. Una melena tan rubia que casi parece gris se distingue, de tanto en tanto, entre las sombras. Continuamos adelante, dejando el pueblo a nuestra izquierda, pero la carretera nos ofrece interesantes vistas tanto de las casas que parecen levantadas con roca como del pequeño parque infantil que hay junto al río, de la cancha de fútbol que en ese momento está abandonada y del extenso aparcamiento, salpicado de arbustos y zarzas que crecen entre los coches y furgonetas aparcados.

Si alguien viera un mapa de Ansó, podría darse cuenta de que el pueblo, desde arriba, tiene forma de cabeza de zorro. El hocico sería el punto en el que se abren las dos posibles entradas a la localidad y nosotros, espectadores invisibles de lo que está por pasar, nos hemos deslizado por uno de los bordes de su cara. Llegamos a una curva, que podría ser una de las orejas puntiagudas del animal, donde se levanta, primero, una casa rural llamada Jacetania donde una mujer pizpireta y de sonrisa constante alquila a los turistas cinco de sus habitaciones. Claro, que en ese momento le están ofreciendo una propuesta de lo más peculiar. Un hombre quiere alquilar *total* la casa rural durante dos semanas, no importa el coste. Tiene dinero en efectivo para pagar un adelanto y además su cuenta bancaria está en regla. La mujer le pide que entre y no es hasta que firma en el libro de registros cuando se percata de quién es ese misterioso visitante y pronuncia su nombre en voz alta, le dice que tiene varios libros suyos y que si se los podría dedicar, que se ha enterado de lo ocurrido con su mujer y que rezará por ella cada noche para que puedan volver a estar juntos. El hombre le dice que no cree en las plegarias, pero que sí en el dinero, y que le pagará un extra si evita que la gente del pueblo se entera de que él está ahí. La mujer acepta, por supuesto, y dice que el dinero no es necesario aunque toma, de todos modos, el extra de entre sus

manos. Luego, el misterioso visitante sale, recoge una maleta de su coche (un coche que no sirve para pasar desapercibido, pues se trata de un Jaguar XK 140 Coupé de color azul) y regresa al interior.

En la misma punta de la oreja, junto a la casa rural Jacetania, hay un merendero cubierto al que llaman la Fuente Alta, a pesar de que para llegar a la fuente hay que descender unos escalones hasta el borde del río. Muchas noches, tanto jóvenes como adultos preparan en la Fuente Alta las más diversas barbacoas, y es fácil saber si el merendero está ya ocupado o no gracias a la columna de humo negro que se alza sobre el pueblo cuando alguien cocina.

Hasta aquí hemos recorrido la Calle Extramuros y nuestro camino continúa por el espacio que hay entre las dos orejas del zorro, el Paseo Chapitel. A nuestra derecha, una ladera verde que conducirá, como no, hacia el bosque, hasta que, tras unos metros, la calzada de piedra es flanqueada, por ambos lados, por casas de tejados puntiagudos, maceteros en los alféizares, pequeños jardines y huertos de todo tipo. Hay algún vehículo estacionado que dificulta el ya de por sí estrecho camino, aunque todo el mundo sabe que no existe nada peor que bajar la calle mayor a mitad de tarde, cuando las terrazas están montadas, algunos coches aparcados y los ancianos se sientan en los bancos y extienden sus piernas como si desafiasen a los vehículos a pasar sobre ellas. Si siguiéramos adelante, dejaríamos atrás las tres calles que bajan por el rostro del zorro (la primera y menos frecuentada, la calle Arrigo, después la Calle Mayor y, tras pasar junto a la Plaza de Toros, que en realidad es una plaza jardín de una urbanización donde en las fiestas se celebran los encierros, llegaríamos a la Avenida Pedro Cativiela, que recorre el flanco izquierdo del pueblo) alcanzaríamos la punta de la segunda oreja y, por tanto, la carretera que desde ahí sigue hacia el Norte, pasando por un nuevo paisaje de montaña, bosques y río, que conduce hasta Zuriza y nos acerca más a la frontera con Francia. Sin embargo, bajamos por la Calle Mayor. Hay una primera plazoleta con una fuente, contigua a la Plaza de Toros, donde un grupo de críos juega a lanzarse agua. Después, avanzando entre las apretujadas casas de piedra, encontramos el primer bar, y por tanto la primera terraza, llamado *Bar Siresa*, con un amplio ventanal que da al interior donde podemos ver varias mesas y diversos clientes bebiendo en la barra, servidos por un hombre alto y fuerte que se entretiene hablando con cada uno de ellos. Uno de estos clientes es Guardia Civil, aunque en ese momento no está de servicio, y es el hermano de aquel que estaba junto al cuartel. Está tomando una cerveza con otra compañera de profesión, una joven morena de rostro felino que atrae las miradas de quienes están dentro del bar y también, a través del amplio ventanal, de los que están fuera.

Dejamos atrás el *Siresa*, unos cuantos coches mal aparcados que dificultan el avance de los que llegan, una caja de ahorros y un estanco que acaba de cerrar. Poco antes de llegar a la Plaza Mayor encontramos *La Peña*, el otro bar de la calle, que aprovecha una pequeña plazoleta para montar su terraza, utilizando también un banco de piedra que rodea el edificio, y cuya atracción principal son las partidas de póquer que se celebran dentro y las bolsas de pipas que los niños que no tienen edad para comprar tabaco utilizan para matar el tiempo. En esa plazoleta se sitúan las furgonetas de los feriantes en fiestas, así que dentro de unos meses el lugar estará atiborrado de chavales con ganas de jugar al tiro al plato, a pescar patitos para conseguir desde peluches a bombas de humo y de puestos de comida tradicional o de perritos calientes. La Plaza Mayor, a pesar de la hora, está atestada de gente, como de costumbre. También tiene su propio bar, que además cuenta con un hostel, y que recibe el nombre de *Arizona* porque a su propietario no le van los nombres locales. También encontramos ahí el Ayuntamiento, con un enorme reloj cuyas saetas parecen vigilar el pueblo desde lo alto y, a diez metros, un ensanchamiento de la calle que sirve de parking para los que llegan primero. Pasado el ensanchamiento encontramos la casa de la Familia

Feijoo, de tres pisos de altura y aspecto vetusto que, debido a lo poco frecuentada que está, al polvo de sus ventanas y a su fachada delantera de roca puntiaguda, se ha ganado el apodo de La Casa Encantada. Hoy se escuchan ruidos en su interior, pero no son fantasmas. En la casa de los vecinos, situada frente al aparcamiento, hay una mujer joven que pasa el tiempo asomada a la ventana, curioseando, y que ha alzado las cejas con cierta sorpresa al ver que un coche se detenía frente a la Casa Encantada. Primero ha salido una chica joven, rubia y delgada. ¿Es posible que fuera Ángela, la hija de los Feijoo? Si es así ha perdido mucho peso. La recién llegada ha abierto primero la puerta de la casa, cuyas bisagras han cedido con un gemido estremecedor, y después la de la portezuela trasera del coche. Tres personas han entrado en la vivienda rápidamente, como si intentaran esconderse de alguien, y lo único que la mujer ha acertado a ver ha sido una melena rubia entre las tres figuras. Ahora, Ángela acaba de salir de la vivienda y se acerca a la ventanilla del coche. Habla a alguien que está al volante y entonces el vehículo se pone en marcha y espera a que la joven abra la puerta lateral del garaje. Mientras el conductor maniobra, ella se retira unos pasos y se enciende un cigarrillo (¿o es algo más que un cigarrillo?). Deja escapar una bocanada de humo y mira, primero, a su propia casa y, después, a la terraza, donde ve a la mujer, a la que saluda alzando una mano. La mujer, con una sonrisa, le devuelve el saludo y espera hasta que el misterioso conductor sale del garaje e intercambia unas palabras con su amiga. Es un chico bastante fuerte, ancho de espaldas, con una barba descuidada y melena rizada y negra como la de un león. Entonces los dos entran en la vivienda y desaparecen de la vista.

Nuestro avance sigue un poco más, abandonando la Casa Encantada y pasando junto al edificio de unas colonias cristianas que se han ganado el odio de la mayoría del pueblo, puesto que cada mañana, cada mediodía y cada noche se dedican a cantar a voz en grito, y los chillidos de los niños sólo son eclipsados por los vozarrones, aún más molestos, de los monitores. Sin embargo, esa noche están en silencio, aunque se escucha el golpeteo de los tenedores contra la mesa y alguna conversación aislada. Las colonias llevan casi cincuenta años instaladas ahí y, teniendo en cuenta sus estúpidas canciones, sus correteos por el pueblo y su extremada facilidad para meterse en líos, parece imposible que no se haya producido algún enfrentamiento serio más allá de peleas con los chicos del pueblo y quejas de los vecinos que tienen que sufrirlos cada verano.

Después del nido de pequeñajos y alabanzas a Jesús, llegamos al punto donde se unen las tres calles principales de Ansó. La Calle Mayor, la Avenida Pedro Cativiela, que tiene en su recorrido una de las mejores panaderías del mundo, y la calle Arrigo, que pasa por una pequeña cafetería-restaurante que, bajo el nombre de *Maiberal*, sacado de una leyenda del Pirineo, sirven algunas de las croquetas y bolas de carne más sabrosas que un paladar puede degustar, confluyen en un único paseo que lleva, primero, hasta la portada plateresca de la Iglesia y su retablo barroco y que, después, en un empinado descenso, baja hacia el hocico, hacia el *camping* donde los jóvenes beben cervezas. Uno de ellos alza la cabeza y ve los nubarrones negros que se abalanzan, parsimoniosos, sobre el pueblo.

-Se avecina tormenta – dice.

Y qué razón tiene.

-Deberíamos haberla metido por la puerta del garaje – dice Leo, entrando en el vestíbulo de la casa.

-Imposible – contesta Ángela -. No recordaba que las colonias estaban ahí y siempre hay críos mirando, es posible que alguno de esos cristianitos en potencia hubieran

podido reconocer a una actriz porno si nos hubiésemos dedicado a maniobrar delante de la casa.

-Por cierto, ¿dónde está nuestra estrella? - pregunta Leo mirando a Pablo, que está al pie de las escaleras, con la bolsa cargada de dinero en una mano, apoyado en la barandilla de madera.

-Jorge ha subido con ella a una de las habitaciones de la primera planta, para que pudiera sentarse. Tendríamos que activar la luz y el agua. Si seguimos utilizando los móviles a modo de linterna, acabaremos tropezando con algo.

-Yo me encargo – contesta Ángela.

La chica va de un lado para otro del pequeño vestíbulo, sumido en las sombras, y entra y sale de cada una de las tres puertas que hay en la estancia. Una de ellas lleva al garaje, la otra a una suerte de viejo lavadero para la ropa y la tercera a lo que en otro tiempo fue el corral. Pablo se asoma al interior de esa sala, que está plagada de telarañas y de los más diversos cachivaches. Ve un hacha con el mango carcomido y la hoja oxidada hundida en un tocón de madera podrido, y una larga cola de rata que se desliza dentro de un montón de leña.

-Este sitio sigue dando miedo – susurra -. ¿No ibais a arreglarlo?

-Sí, y también íbamos a limpiar el ático y debe seguir en el mismo estado que lo dejamos – dentro del antiguo corral, la chica aparta unas telarañas y encuentra el cuadro de luces. Tras unos segundos trasteando consigue activar todos los interruptores y la única bombilla que cuelga del techo, mediante un cable pelado, parpadea y se enciende -. Mis padres nunca vienen por aquí. Esto está prácticamente abandonado.

Su amiga no exagera. Toda la casa está cubierta por una pátina de polvo, los peldaños crujen bajo los pies y, en la primera planta, tanto la cocina, como la sala de estar, uno de los dormitorios y el baño parecen sacados de otra época. Pablo cuelga la bolsa de deporte de un perchero de madera y aguarda un instante por si al ajado mueble le da por partirse en una última reverencia bajo el peso del dinero, pero parece que aguantará. Luego entra en la habitación donde está Trista, sentada sobre la ajada colcha de la cama, con las manos atadas a la espalda y mirada cansada, y Jorge que, no menos exhausto, permanece de brazos cruzados, en silencio.

-¡Esta cocina parece del siglo pasado! - exclama Leo.

-Sal con ellos si quieres, Jorge. Ya me quedo yo con ella.

-Ten cuidado.

Pablo estudia a Trista, intentando descubrir su estado de ánimo, aunque no hay que ser muy perspicaz para darse cuenta de que la esposa de Víctor Bastida empieza a hartarse de esa situación. Aún tiene restos de rímel por toda la cara, el pelo desordenado y el pintalabios corrido. Sus grandes ojos azules buscan los de Pablo.

-¿Qué quieres?

-Nada, sólo que... no vamos a dejarte en el sótano. Ese lugar está hecho una mierda. Podrás dormir aquí, pero nos tendremos que asegurar de que estás atada, de que las contraventanas están cerrados y... bueno, tendremos que vigilarte.

-¿Tengo que dar las gracias?

-Creo que eso sería mucho pedir por mi parte – Pablo intenta sonreír y, por alguna razón, el enfado de Trista se suaviza -. ¿Necesitas algo?

-Una ducha no me vendría mal.

-Veré qué es lo que puedo hacer, ¿vale?

Sale de la habitación, dejando a la mujer sola, y se acerca a la cocina. Las escaleras suben hacia la segunda planta, donde hay cuatro habitaciones y un minúsculo estudio donde, recuerda, Leo se pasó las horas estudiando cuando fueron ahí por primera vez, quejándose de que los demás no le dejaban concentrarse y que así nunca iba a aprobar las muchas asignaturas que le habían quedado para Septiembre. Ve a su

amigo subir desde el vestíbulo cargado con las bolsas de comida y se acerca para ayudarlo a llevarlas hasta la cocina, donde Ángela y Jorge están comprobando que todos los cacharros funcionen. El televisor es un armatoste que no desentonaría en un museo y hay un pequeño balcón que da a la explanada frente al aparcamiento, donde por las noches se reúnen los niños de la colonia para cantar sus malditas canciones.

-¿Has abierto el agua, Ángela?

-Sí, claro. Ahora limpiaré la jarra y después la llenaré y...

-¿Puede ducharse Trista?

-¿Pero qué dices? - interviene Leo, con una breve carcajada. Al darse cuenta de que su amigo habla en serio, su mirada se vuelve amarga -. ¿Es que te has vuelto loco? ¿Qué harás cuando te pida que la saques un poco a tomar el aire, pasearla por todo el pueblo a la vista de cualquiera? Reacciona, joder, que se supone que íbamos a ma...

-Hoy ha sido un día muy duro para todos, y especialmente para ella. La hemos arrancado de su vida, está exhausta, sucia, sudorosa... ¿has visto su cara? La verdad es que, lo siento mucho, pero no se me da bien maltratar a la gente y me niego a tenerla encerrada con un cubo para el agua y otro para que mee. Tampoco está pidiendo nada estrofalario y, además, ha colaborado con nosotros.

-Iré a comprobar que no haya nada en el baño que pueda utilizar para escapar – susurra Ángela, saliendo de la cocina y entrando por la puerta contigua.

-Con que abra la ventana y se ponga a gritar como una loca puede meternos en un buen lío – apunta Leo.

-Pues que alguien se meta al baño con ella y la vigile.

-Buena idea, Jorge – contesta Leo con una sonrisa -. ¿Por qué no te ocupas tú de vigilarla mientras se ducha, Pablo?

-No me toques los cojones, Leo, es una tía y...

-Una tía a la que los tres hemos visto en vídeos desnuda y follando, creo que podrás sobrevivir a una ducha inocente. Además, eres tú el que parece empeñado en convertirte en su niñera, y lo respeto, pero no esperas ni que lo comprenda ni que te ayude con eso – le tiende una de las dos pistolas que tienen en su poder -. Y, por Dios, si intenta cualquier estupidez no dejes que escape.

### 3

Layla mira a través de la mirilla de su rifle una vez más y se retira, pasándose un mechón rubio por detrás de la oreja. Hay poco espacio en lo alto del campanario y cada vez que se incorpora tiene que tener cuidado con no golpearse contra el badajo, pero por lo menos desde aquel lugar tiene una panorámica perfecta de todo el pueblo y de las personas que por él se mueven, aunque existen algunos puntos ciegos por culpa de las casas apiñadas.

-Hay movimiento en la vivienda, sin duda.

-Estoy activando las cámaras que he instalado y los micrófonos – contesta Théophile detrás de ella. Al muchacho le ha costado una eternidad trepar hasta esa posición cargado con su ordenador portátil, que ahora sostiene sobre sus piernas cruzadas. Layla lo mira de reojo. Siempre le ha parecido un tipo raro. No raro al estilo Muchacho, sino *unfrikien* toda regla, con esas gafas gruesas, su pelo descuidado y los jerseys de rombos que viste como si fuera un niño de colegio pijo. Además, parece que sólo piensa en tecnología, aunque no puede culparlo por eso. Las únicas amantes de Layla son las armas, en especial su Enfield nº4 MKI que le va a permitir volarle la cabeza a cualquier gilipollas que entre en su ángulo de visión.

-*Informad*– se oye la voz de Oppenheim por los pinganillos que tienen prendidos de la oreja.

Se han instalado en una casa rural situada cerca del camping con un nombre tan

rimbombante como *Leyendas del Pirineo*. Oppenheim estuvo un buen rato hablando con la propietaria y, con sus educados ademanes, consiguió que la mujer se volviera loca por él, así que está más interesada en hacer preguntas sobre la soltería de Oppenheim y su opinión sobre ese pueblo que por los intereses que le han guiado hasta ahí y los lazos que le unen con Layla, Théophile y Muchacho. En ese momento, mientras Théo y ella pasan la noche en aquel alto campanario, Oppenheim está tomando el té con la dueña de *Leyendas del Pirineo*, aunque debe haberse escaqueado un momento de la metralla de elogios y miradas insinuantes para preguntar por la operación.

-Los chicos han llegado a la casa – dice Théophile, tecleando en su ordenador -. Y nuestro objetivo parece encontrarse en perfecto estado. De hecho... eh... se está duchando.

-¿Duchándose?

-Sí. En el lavabo de la primera planta. Uno de los chicos la está vigilando y no parece que esté muy cómodo, aunque tiene unas vistas de lujo, pero...

-Déjame ver – Layla le arrebató el ordenador y, apoyando el rifle contra una de las paredes interiores del campanario, apoya el aparato sobre sus piernas y selecciona la cámara 029, correspondiente al lavabo, para ampliar la imagen a toda la pantalla. Aunque la calidad es lamentable y el color, en blanco y negro, distingue perfectamente la singular figura de Sunny Heart, con sus desproporcionados pechos y su ancha cintura, bajo el agua de la ducha. Se frota la piel con una esponja vieja y los restos de espuma se deslizan por la cara interior de sus muslos. No hay mampara que le separe de su guardián, que está sentado sobre la tapa del retrete, pero el muchacho parece avergonzado y trata de no mirar hacia ella, aunque de vez en cuando sus ojos le traicionan. Sostiene entre sus piernas una pistola que apunta hacia el suelo. Sunny Heart hace un comentario que Layla no llega a escuchar y el joven responde con una carcajada incómoda -. Joder, este es el secuestro más extraño que he visto en mi vida.

-¿Nuestro objetivo está bien?

-No presenta indicios de violencia física – contesta Théo tras recuperar su portátil con una mueca de enfado. Le hace un gesto con el índice a Layla, como ordenándole que nunca más vuelva a tocar sus cosas -. La verdad es que parece encontrarse en perfectas condiciones. Si alguna vez me secuestran, espero que me toque con unos captores así.

-Bien. *Observadlos esta noche. Comprobad si establecen algún tipo de vigilancia, qué habitaciones ocupan y qué puntos de acceso quedan libres. Si las cosas no se complican, entramos mañana, ejecutamos a los secuestradores y nos llevamos a la chica, con discreción. Si creéis que nuestro objetivo puede sufrir daños, dad la voz de alerta. Muchacho está en su puesto de vigilancia, cerca de la casa, ¿no es así?*

-Sí, señor – contesta Muchacho a través de la red de comunicaciones.

-Si se da la voz de alarma, tú serás la avanzadilla. *Entramos, matamos, rescatamos y nos marchamos como alma que lleva el diablo. Pero por ahora, los ojos bien abiertos.*

-¿Qué tal le va a usted, señor? - pregunta Layla con una risilla.

-Llevo dos horas escuchando chascarrillos del pueblo, viendo fotos de un puñado de hijos y nietos y de cierto difunto marido. *Creo que me va a estallar la cabeza de un momento a otro, así que seguramente le cobre a Bastida el doble por haber tenido que soportar todo esto.*

-¿Y ahora qué hacemos?

Enzo Carbonell baja del coche y se acaricia las solapas de su gabardina. Deja a Susana Helguero en el asiento del acompañante, a pesar de que no acaba de fiarse de

esa chica, no tanto porque ponga en duda su lealtad sino su cordura. Durante todo el viaje apenas han hablado, pero la muchacha, que debería estar estudiando una carrera o disfrutando con sus amigas de sus últimos años de juventud, se ha pasado el trayecto sumida en sus pensamientos de venganza, tamborileando con los dedos sobre la escopeta de doble cañón y con los ojos dominados por el odio.

Sigiloso, Enzo se acerca a la parte trasera de la furgoneta blanca que yace abandonada a un lado de la carretera y pega la oreja a la carrocería. En el interior no se oye nada. Luego la rodea, muy despacio. La puerta del conductor está abierta y hay gotas de sangre en el suelo y en las briznas de hierba de los campos cercanos. Más allá, granjas y edificios abandonados. Quien fuera el que condujera ese vehículo podría estar en cualquiera de ellos, o tal vez muy lejos de donde ahora se encuentran Susana y Carbonell. Sin duda está herido. ¿Se trata de uno de los muchachos? ¿Acaso éste ha traicionado a sus compañeros, los ha matado, recibiendo un disparo en el tiroteo, y también se ha cargado a la rehén para llevarse todo el dinero? Es una posibilidad, aunque Enzo Carbonell la descarta casi al instante. Ahí ocurre algo más. Seguramente Miriam Saavedra ande detrás del dinero y la cantidad robada habrá llamado la atención de otros ladrones como Susana y de varios delincuentes que quieran su parte del pastel.

Vuelve junto a Susana y, sin entrar en el coche, con una mano apoyada en el techo y la otra en la puerta abierta, le explica la situación.

-También puede ser que hayan descubierto que podemos seguir a la furgoneta y la hayan abandonado – añade -. Y que uno de ellos esté herido.

-¿Tienes alguna idea de hacia dónde ir?

Enzo se pregunta qué ocurriría si contestara que no. Seguramente Susana dejara de considerarlo un aliado de utilidad y le reventara las tripas de un disparo. En vez de arriesgarse a llevar a cabo ese juego, señala con un dedo un cartel cercano. Unas letras negras indican que un pueblo llamado Ansó se encuentra a un kilómetro.

-Vamos al único lugar donde un grupo de muchachos podría haberse escondido con una rehén – contesta, entrando en el vehículo y poniendo el motor en marcha -. Dentro de poco podrás cumplir tu venganza.

## 5

-¿Por qué has hecho eso? - pregunta Pablo, dejándose caer sobre uno de los sillones de la sala de estar, tapizados de azul, tan mullidos y arcaicos que prácticamente se hunde en el asiento. Leo, que mientras su amigo vigilaba ya ha comprobado la capacidad de absorción que tienen esos muebles, elige una silla de madera y, utilizando el respaldo como apoyo, cruza los brazos sobre él y mira a su amigo.

-En primer lugar, lo siento – contesta, y traga saliva -. Hay momentos en los que se me va la cabeza y lo sabes, porque hace mucho que nos conocemos. Y todo lo que hemos hecho y, sobre todo, lo que nos queda por hacer, me pone bastante nervioso y me asusta, y cuando tengo miedo hago daño a las personas. No debí exigirte que la vigilaras mientras se ducha y... ¿me das uno de esos?

Pablo está sacando un cigarrillo de su paquete de Marlboro. Le pasa uno a Leo y, tras encenderse su cigarro, le lanza el mechero a su compañero, que lo coge al vuelo. Mientras espera a que siga hablando exhala una nube de humo.

-Por lo menos la pudiste ver en vivo y en directo, cosa por la que muchos pagarían.

-Yo no.

-Porque tú eres una persona sensible, aunque luego tengas planes de mierda como este de los que salimos con vida porque hay alguien ahí arriba – apunta hacia el cielo

con la brasa del cigarro -, a quien le debemos caer de puta madre.

-Lo que quiero que entiendas es que para mí tiene sentido mantenerla con vida.

-Ya, pero para mí no – replica al instante Leo. De fondo se oye el sonido de la ducha. Tal vez sea Ángela, porque Jorge había dicho que comprobaría el estado de las habitaciones del piso superior -. Y eso no implica que sea menos sensible que tú pero es que, de verdad, no hay otra salida. ¿Se te ocurre alguna manera a ti? Puedes mantenerla con vida todo lo que quieras si eso te hace sentir peor, pero cuando llegue el momento de matarla...

-No sigas por ahí.

-Pablo, escúchame. He sido tu mejor amigo desde que tengo uso de razón. He sido más que un puto amigo, te he sido fiel hasta el último momento y, joder, daría mi vida por ti, te lo prometo. Pero un amigo es algo más que eso. Quiero que no te engañes a ti mismo, porque al final las cosas se van a complicar con esa mujer y alguien tendrá que apretar el gatillo, y tanto si lo haces tú como si lo hago yo, te odiarás a ti mismo durante el resto de tu vida. Tienes que estar preparado.

-Trista llardia no va a morir – sentencia Pablo, cambiando de posición en el incómodo sillón.

Leo se rasca una mejilla invadida por la barba incipiente y luego asiente pensativo.

-¿Qué significa esa mujer para ti?

-¿Qué quieres decir?

-Estás obsesionado con ella, ¿verdad? Y todo porque es la mujer de ese escritor estrafalario y parlanchín que tanto te gusta leer. Recuerdo lo contento que te pusiste cuando se casaron, como si tú formarás parte del matrimonio. Y Sunny Heart te pone cachondo desde que empezó en el mundo del porno, o puede que desde que se operó las tetas, y si vas a discutir de eso conmigo creo que una visita a tu historial de Internet nos sacaría de dudas. Siempre has querido ser como ese hombre, un escritor de éxito y no un cuentacuentos que intenta colar sus relatos cortos en cualquier concurso que se cruza en su camino. Pero escúchame, Pablo; tirarte a la mujer de Víctor Bastida no te convierte en Víctor Bastida.

-No quiero ser Víctor Bastida – dice, tratando de aparentar una firmeza que le resulta difícil de mantener después de esas palabras.

-De eso no me tienes que convencer a mí. Hablas con nuestra rehén como si fuera una amiga, te preocupas de ella como lo haría el típico niño enamorado a los dieciséis años e incluso te ruborizas ante la idea de verla desnuda. ¡Tú! - Leo lo señala acusador con el cigarrillo -. Y me parece genial que alguien te produzca esa admiración, ese cosquilleo en el estómago o esa oleada de sentimientos que Hollywood nos intenta vender como amor; pero soy tu amigo, el amigo más fiel que vas a tener en lo que te resta de vida, y por eso es mi deber advertirte que si ella te está permitiendo acercarte es porque te considera el eslabón más débil de todos nosotros. Va a intentar romperte, separarte y ponerte de su lado para convertirte en la llave que necesita para salir de aquí. Y lo peor de todo es que lo está consiguiendo en menos de veinticuatro horas.

Pablo se incorpora y se dirige hacia la ventana, dándole la espalda a su amigo. Desde ahí puede contemplar la Plaza Mayor donde algunos críos juegan mientras sus padres los vigilan desde la terraza del *Arizona*, bebiendo las últimas cervezas antes de ir a cenar.

-¿Qué sabrás tú de cosquilleos en el estómago, Leo?

-Sé todo lo que sentía cada vez que Paula volvía a casa – contesta su amigo con voz seca -. No puedes imaginar lo que estábamos construyendo juntos antes de que todo se fuera a la mierda por culpa de esa pelea en el bar. Pero, como te he dicho mil veces, no me arrepiento, porque te quiero, te quiero y quiero protegerte hasta unos extremos sobre los que no puedes hacerte una idea – Pablo se da la vuelta, sorprendido, y Leo deja escapar una carcajada -. Y ahórrate chistes homosexuales porque sabes que no

voy por ahí – hace una pausa -. Todas las personas que he conocido, desde mi padre hasta las chicas con las que he estado, me han considerado poco más que un estúpido porque no me gustaba estudiar, porque soñaba con hacerme a mí mismo, sin necesidad de títulos, leyendo lo que quería leer y aprendiendo cuanto necesitaba. Paula, al principio, también era de esas personas, con la diferencia de que ella se esforzaba, día y noche, en convencerme de que buscara algo. Un curso, una academia, lo que fuera. Algo que me hiciera tomar un rumbo hacia una vida estable. Pero creo, e insisto, *creo*, que al final empezó a comprender que la vida no es como te la presentan papá y mamá, que un título no te salva de la cola del paro o de ser un infeliz hasta el día de tu muerte, y yo me cargué esa comprensión dejándome llevar por el Leo agresivo y demencial que he sido durante casi toda mi adolescencia al destrozarle la cara a ese gilipollas y, de paso, hacer pedazos su bar. Volví a ser la bestia primitiva que sólo piensa en el instante, *carpe diem gilipollas*, y que no tiene más concepción de futuro que lo que hará después de comer.

-Leo...

-Si me he metido en esto es porque me gustaría demostrar a mi padre antes de que muera y, sobre todo, a Paula, que soy capaz de hacer cosas, cosas para las que muchas personas no podrían reunir una pizca de valor. Necesito – pronuncia esta palabra muy despacio – que entiendan que soy algo más que un chaval que se dedica a malvivir la vida. Y quizá eso me permita volver junto a ella, no lo sé, pero eso es lo de menos. Por eso también quiero que todo salga bien, que no haya errores, porque tú y yo, junto a Ángela y Jorge, estamos bailando sobre una línea muy fina. A un lado se encuentra el éxito, al otro, la cárcel o algo peor. Y si cometemos errores, si permitimos que nuestra rehén se vaya de la lengua o que escape y la gente se pregunte qué hace una actriz porno secuestrada corriendo por las calles de este pueblo, ¿sabes hacia qué lado caeremos?

Pablo no es capaz de contestar. Se ha quedado sin palabras y sólo entonces se percata de que el cigarrillo se le ha consumido prácticamente entero.

-Sólo necesito que confíes en mí, Leo. Se me ocurrirá algo que hacer con Trista y al final todos podremos regresar sanos y salvos a casa, te lo prometo.

-Y yo necesito que sepas que – él también se incorpora y le da una patada a la silla para apartarla de entre él y su amigo -, pase lo que pase, aunque tenga que enfrentarme a ti por este tema y tomar una decisión por mi cuenta que no te guste nada, no lo habré hecho para hacerte daño, para fastidiarte o para darte una lección. Por mucho que me enfade, por mucho dolor que mis actos puedan causarte, lo habré hecho no sólo por mí, sino por ti, por nosotros. Y que pase lo que pase – insiste -, lo último que deseo en esta aventura de locos en la que nos hemos metido es que nuestros actos pueda romper eso que nos une – carraspea, fuma de lo poco que le queda de su cigarro y mira a Pablo a través del humo -. Y confiaré en ti, claro que sí, como he confiado año tras año, como confíé hace dos días cuando me hiciste esta propuesta alocada. Pero, Pablo, si veo que esa mujer está intentando ponerte de su lado, apretaré el gatillo y no me importarán tus gritos, tus amenazas y tu odio porque sabré que, en cierto modo, te estoy ayudando.

-Qué frío hace aquí, ¿verdad? - pregunta Ángela, asomándose al tejado a través de la lucarna. Ha tenido que atravesar el ático, un lugar lleno de cajas de cartón húmedas, polvo, basura, muebles viejos y un reino de telarañas donde sus propietarias deben haber establecido una compleja sociedad similar a la humana.

Por supuesto que hace frío, aunque no tiene que ser Jorge, que ya está tumbado en el tejado, con las manos entrelazadas detrás de la nuca y sus ojos mirando al cielo al otro

lado de sus gafas, quien se lo diga. Pero también es cierto que Ángela acaba de ducharse; el pelo rubio se le pega al rostro y la piel que deja al descubierto su camiseta blanca de tirantes está perlada de gotas de agua. No vuelve a quejarse, simplemente sale al exterior, tantea con los pies para no pisar ninguna teja suelta y se sienta al lado de su amigo. El sol se ha puesto y aunque al otro lado de las montañas aún se distingue un resplandor rojizo, las nubes son negras y el cielo oscuro. Los niños, que ya han terminado de cenar, salen con gran alboroto al patio de las colonias y las voces estridentes de los monitores les exigen silencio para que puedan explicar la actividad de esa noche.

-¿Siguen con sus canciones cristianas? - pregunta Jorge -. ¿Jesús es nuestro amigo y toda esa mierda?

-No, ahora se han convertido en una secta satánica. ¿Tú qué crees? - contesta Ángela, y echa un vistazo a su espalda, al gigantesco tragaluz, necesitado de una limpieza, que da al hueco de la escalera de su casa. Con cuidado, saca del bolsillo de sus vaqueros su pequeña bolsita de marihuana y empieza a liarse un porro -. ¿Quieres uno?

-Por supuesto.

Minutos después están los dos tumbados, contemplando el cielo tapizado de negro, fumando y dejándose embriagar por el sabor dulzón de la maría.

-En este lugar las estrellas se ven de puta madre – dice Jorge.

-Habrá que aprovechar esa noche – señala los nubarrones negros que se extienden como un océano de oscuridad hacia Ansó -. Creo que mañana tendremos eso sobre nosotros jodiendo este pueblo en particular.

Los acordes de una guitarra llegan desde el patio y, al instante, los niños, con sus voces molestas, empiezan a cantar una canción. Por lo menos algunas de las monitoras saben entonar y el conjunto no resulta tan molesto como cuando deciden poner música a todo volumen.

*May God bless and keep you always...*

[2]

-Quiero volver a casa, Ángela – susurra Jorge -. He hecho cosas que me van a impedir dormir en mucho tiempo. He matado a un hombre y su sangre me ha salpicado. Quiero volver a casa, abrazar a mi hermana y olvidarme de toda esta mierda.

Ángela desliza su mano y acaricia los dedos de su amigo para, después, estrecharle la mano con la suya, con fuerza, dando y recibiendo todo el cariño que la joven necesita.

-Ahora esta es tu casa, Jorge. Y nosotros vamos a ser tu familia hasta que todo esto termine.

-¿Y crees que todo esto puede terminar bien?

*...may your wishes all come true...*

Ángela no contesta. No hay nada que contestar. Las primeras gotas de lluvia empiezan a caer a su alrededor.

-Leo se ha marchado a dar un paseo – dice Pablo, entrando en el dormitorio donde, sentada en una silla, espera Trista Ilardia. El muchacho se dirige a la cama y se deja caer en el borde del colchón. La música de los chavales llega a través de las paredes -. Así que, por ahora, no voy a tener que estar convenciendo a nadie de que no te mate.

-Al final voy a tener que darte las gracias y todo.

-De verdad, no tienes por qué ser así conmigo – Pablo se quita las deportivas y se deja caer tumbado. Le palpitan las sienes y está al límite de sus fuerzas físicas y psicológicas. ¿Cuánto hacía que no mantenía una conversación así con Leo? En los últimos tiempos, antes de que todo se fuera a la mierda, su relación se había convertido en un intercambio constante de bromas y pullas, pero no en una expresión

de algo más. Lo ocurrido los estaba cambiando a todos más rápido de lo que esperaba  
-. Estoy agotado, así que voy a intentar dormir un poco. Si necesitas cualquier cosa, háblame.

*...may you always do for others...*

Cambia de posición en el colchón, inquieto.

-Pablo... - lo llama Trista, con un hilo de voz.

El muchacho levanta la cabeza, sobresaltado, y se encuentra con esos enormes ojos azules que parecen querer decir algo pero, al mismo tiempo, tienen miedo de hacerlo.

-¿Qué ocurre?

-Estoy harta de estar sentada. ¿Puedo tumbarme a tu lado?

Pablo alza mínimamente una ceja, balbucea algo incoherente sin saber qué decir y al momento siente que los nervios se apoderan de todo su cuerpo. Está a un paso de ponerse a temblar como un niño pequeño ante una película de terror.

-S... sí, claro, sí. Por supuesto. Espera, que te ayudo.

La coge de debajo de las axilas para que pueda incorporarse y la dirige hasta la cama. Sin embargo ella, de espaldas a él, se queda en pie, mirando el colchón.

-¿Puedes desatarme las manos?

-Creo que no.

-No voy a intentar escaparme. No tengo ninguna intención de hacerlo mientras acabe con vida. Cuando te hablé en el motel... ¿hablé como una persona que está deseando volver a casa? ¿Crees que quiero hacerlo? Ojalá yo también hubiera tenido valor para llevar a cabo lo mismo que vosotros.

-Trista, no puedo...

-Te prometo que escaparme no es lo que más deseo en este momento.

Pablo se estremece y recuerda las palabras de su amigo Leo. Él es eslabón más débil. Pero sus dedos empiezan a moverse antes de que sus pensamientos se formen y, de pronto, las ataduras caen al suelo. En ese instante, Trista se vuelve bruscamente y Pablo se pone en guardia para defenderse, pero el único golpe que recibe, mucho más inesperado que un puñetazo o una puñalada, es el roce de los labios de la actriz con los suyos. El chico se aparta, quedando a escasos centímetros del rostro de esa mujer y, de nuevo sin controlar sus actos, la toma por las mejillas y observa sus grandes ojos azules, viéndose reflejado en ellos. Se da cuenta de que Trista está llorando. Él también. Las respiraciones agitadas de ambos se mezclan.

*...and let others do for you.*

La besa. Y con el propio beso ambos caen sobre la cama y las manos torpes y asustadas de Pablo intentan desvestir a Trista mientras ella, mucho más experimentada, le arranca el cinturón y le sube la camiseta, acariciando su torso desnudo con su larga melena dorada.

La lluvia repiquetea contra el tragaluz de la casa.

Leo, sentado en un banco de piedra en la parte trasera del edificio de las colonias, ve como las primeras gotas de agua manchan la pantalla de su teléfono móvil. Suspira y alza la cabeza hacia el cielo. Sus lágrimas se mezclan con la lluvia.

*May you build a ladder to the stars and climb on every rung...*

En su teléfono, la lista de contactos y entre ellos resalta un nombre. Paula. La única chica que le ha querido y la única a la que ha amado. Él también quiere volver a casa, quiere estar junto a su padre cuando éste se despida de este mundo y recibir, tal vez en el último momento, un único gesto de cariño por parte de aquel hombre agonizante. Pero también quiere llamar a la puerta de Paula, verla una vez más y ser sincero, pero no sabe cuándo se presentará esa oportunidad. Por eso su dedo baila sobre el icono

de llamada. Deja escapar una bocanada de aire y por un instante está a punto de pulsarlo, pero lo retira y arroja el teléfono al interior del bolsillo. Y entonces, apoyado contra la pared de piedra, permanece con la cabeza alzada, con vistas a un cielo negro donde las nubes se retuercen y vomitan su tormenta.

*May you stay forever young.*

9

Víctor Bastida, escondido en la oscuridad de una de las habitaciones de la Jacetania, sólo iluminado por la luz mortecina que proyectaba el ordenador portátil, rompe la uniformidad de la página en blanco al escribir el título.

### Delirios de una Idea Equivocada

Y eso es todo lo que llega a hacer. De pronto siente que algo le estalla dentro de su cuerpo, que su alma se hace pedazos y se aparta del escritorio, con ganas de vomitar todo el alcohol que ha bebido para lograr enfrentarse a su nuevo proyecto. Caer al suelo, se golpea el brazo y el dolor sube hasta su cabeza haciendo que sienta que es una sandía a punto de reventar en mil pedazos. Emite un quejido, una arcada y boquea para tratar de llenar sus pulmones de aire.

*May you grow up to be righteous...*

Intenta levantarse, pero sus brazos, sus piernas y la parte consciente de su cerebro, que ahora inundan las lejanas voces cantarinas de unos niños, se niegan a permitirle. Así que hace lo mismo que, tal vez por casualidad, por azar o por destino, están haciendo muchas otras personas esa noche en ese pueblo.

Llora.

Llora y golpea con sus puños el suelo, aparta a patadas las botellas de cerveza vacía, chilla y se retuerce de dolor. Llama a gritos a su mujer, a su musa, a su diosa, al único pedestal que ha tenido en su vida y que, él lo sabe muy bien, ha permitido que se desmorone. A pesar de que, de pronto, recuerda cada mirada de soslayo, cada gesto de desdén después de que él la golpeará, siente que la necesita, porque es suya, porque la ama, porque es la única luz en un mundo sombrío y confuso del que necesita escapar, escapar, escapar, escapar junto a ella, junto al único aliento de vida, al único elemento sincero y puro, que ha podido encontrar en un mundo corrupto y hediondo.

Sabe que ha abierto la caja de Pandora, como dijo su amigo, al contratar a aquellos hombres a los que jamás podrá pagar porque tiene a toda la prensa y a todos los grupos de investigación pendientes de sus cuentas bancarias. Pero no le importa que lo maten. Aúlla con todas sus fuerzas.

*...may you grow up to be true...*

Ya no le importa salvarse. Sólo quiere salvarla *aella*. Y por eso llora, como alguien que ha perdido todo, encogido en posición fetal en aquella casa de un pueblo perdido de la mano de Dios, donde nadie más que sus propios fantasmas van a molestarle.

10

-Joder, porno amateur con una actriz porno experimentada, que peculiar – dice Théo, la pantalla del ordenador reflejada en sus ojos.

*...may you always know the thruth...*

Layla frunce el ceño, se aparta de su rifle y rodea a Théophile, con cuidado de no perder el equilibrio (sería una muerte peculiar para una mercenaria como ella) para situarse a su espalda. Cuando se agacha y ve lo que está sucediendo en la habitación entre Trista Ilardia y uno de sus secuestradores, lo primero que piensa es que las

cosas, seguramente, se van a complicar mucho. Lleva toda la noche teniendo un mal presentimiento y esa puede ser perfectamente la primera representación de lo que está por venir. Sin embargo, antes de informar a Oppenheim, sonrío y se agacha detrás de su compañero, apoyándole las manos en los hombros.

-Eso no es pornografía, Théo. Es otra cosa bien distinta.

*...and see the lights surrounding you.*

-¿Y ahora qué hacemos?

-Informar a Oppenheim. Pero dudo mucho que lo que sea que haya entre esos dos cambie en algo el transcurso de la misión. Mañana va a ver mucha sangre y muchas lágrimas por parte de nuestra dama en apuros.

11

*May you always be courageous...*

Néstor Sangalli rompe a toser y el ataque de tos lo zarandea como si estuviera recibiendo una corriente eléctrica. Cuando aparta la mano de su boca, ve que está llena de vetas de sangre. Se siente demacrado, con los ojos hundidos, escondido en aquella granja abandonada que ahora golpea la tormenta creciente. La lluvia se filtra por los huecos del tejado y las alimañas se mueven a través de la penumbra. Está sudando y tiene frío aunque le arde la cabeza, y sus únicos vendajes son unos trapos viejos que cubren parte de su cara y su hombro. Vuelve a toser y siente que se muere por dentro. La hemorragia apenas ha cesado y cualquier movimiento le hace perder más sangre. Empieza a ver figuras fantasmales que se acercan a él, que le susurran y se burlan.

Ha abandonado la furgoneta horas antes porque se sentía incapaz de seguir conduciendo. El dolor... el dolor es ahora su único compañero.

*...stand upright and be strong...*

Sólo necesita sobrevivir a esa noche, atreverse a cerrar los ojos y dormir. Y cuando descanse, despertará con las primeras luces del amanecer, cumplirá su venganza y se marchará con el dinero.

Un nuevo ataque de tos le hace convulsionarse.

12

Muy cerca de la granja donde Néstor Sangalli se debate entre la vida y la muerte, el Guardia Civil de pelo rubio y corto y barba puntiaguda a vuelto a salir al exterior, cobijado bajo el alero del tejado, para fumar un poco, esta vez un cigarrillo sin aditamentos. Espera, con una mano metida al bolsillo, hasta que una figura llega caminando desde el pueblo, protegiéndose de la lluvia con un paraguas. Se trata de un hombre alto y espigado, de ademanes elegantes, con una amplia frente, ceño pronunciado y nariz ganchuda y una de esas miradas que exudan sabiduría. Cuando está lo suficientemente cerca, el muchacho hace un gesto con la cabeza y dice a modo de saludo:

-Teniente Seoane.

Lázaro Seoane se pone debajo del alero y cierra el paraguas. Una cortina de agua cae justo delante de él y se retira un poco para que no lo salpique.

-¿Cómo estás, Guillermo?

-Sin novedad en el frente, como de costumbre.

Guillermo sabe muy poco de Lázaro Seoane. Que tiene cincuenta y seis años y que una década antes unos terroristas de mierda tirotearon su coche cuando viajaba con su mujer y sus dos hijas. Él fue el único superviviente. Sin embargo, da la sensación de que ese es el único episodio de su vida que alguien puede descubrir sobre él, o tal vez

es uno de esos hombres que, después de la pérdida, ha seguido viviendo sólo para su trabajo, exento de emociones, como una máquina incapaz de superar el pasado. Aún con todo, es un hombre con los cojones bien puestos y un alto sentido de la justicia y el honor, por eso Guillermo jamás le confesará los pequeños secretos que le corroen por dentro.

-¿Cómo está mi hermano?

-Es su noche de permiso, estaba tomando algo en el *Siresa* con Carolina. Supongo que pronto irán para casa.

Guillermo asiente con la cabeza. Joaquín Pastor, hermano y compañero de profesión, y Carolina Charfolé, también guardia civil, con un rostro felino que vuelve loco a cualquier hombre y que se ha prometido al hermano de Guillermo. Una pareja idílica que, en ocasiones, le hace sentirse apartado, aislado. A pesar de todo.

-Tu turno ha terminado, Guillermo. Yo me ocupo esta noche del cuartel.

-No tengo nada que hacer. Si quiere jugar una partida a las cartas...

-Ve y tómate unas cervezas, que llevas todo el día aquí sin hacer nada.

-La verdad es que a veces este pueblo es un auténtico aburrimiento.

-Y yo seguiré apreciándolo mientras sea así de aburrido. Venga, chico, aún eres joven. Ve y tómate algo, y no te metas en líos.

-Descuide.

Entra a cambiarse y se pone ropa de paisano y, después, empieza a caminar hacia el pueblo, con las manos metidas en los bolsillos, cabizbajo. Y todos secretos que no puede confiar a nadie siguen mellando su conciencia.

*May you stay forever young.*

*May your hands always be busy...*

En una pradera cercana al pueblo, donde la tormenta ya golpea con mayor fuerza, parece que se esté celebrando un aquelarre. Los gritos se alzan por encima de los truenos y los relámpagos iluminan intermitentemente aquella bacanal. Sombras que se mueven, aullidos, alrededor de un gigantesco coche negro que aguarda silencioso como una bestia a punto de saltar sobre su presa. Parecen animales, pero no lo son. Quizá se les pueda considerar salvajes.

Junto al coche, desnuda y aún empapada con la sangre de sus enemigos, Miriam Saavedra está a cuatro patas, con la cara vuelta hacia el cielo, chillando de puro éxtasis. Todo su cuerpo se sacude al ritmo del sexo, y mueve la cabeza a un lado y a otro para que su larga melena negra ondee como una bandera de tinieblas. Tras ella, de rodillas, impregnado de sudor y lluvia, David Vaquero, con los ojos desorbitados, incapaz de creer lo que está haciendo, la penetra con fuerza una y otra vez, como si intentara atravesarla, y ella responde sacudiendo sus caderas como una desquiciada. Son dos demonios que follan mezclando sus cuerpos en un único ser demencial. Y gritan y se retuercen bajo la atenta mirada de dos cabezas clavadas en sendas estacas. Montenegro y Valcárcel, sus ojos muertos convertidos en forzados espectadores de aquella unión brusca e indómita.

*...may your feet always be swift.*

Y Amane, envuelto en sus pieles, convertido en una bestia más fundida con el bosque y las montañas y la tormenta, está agazapado sobre el techo del vehículo, aullando también de puro placer. Porque sabe que mañana habrá caza. Sabe que mañana podrá descargar su machete sobre sus adversarios, decapitar y apuñalar, y eso es lo único que un hombre como él, más monstruo que humano, necesita. Y los gritos y aullidos y jadeos conforman la cacofonía enloquecedora que antecede al desenlace.

Lázaro Seoane, teniente de la Guardia Civil, se quita la camisa y observa su imagen en el espejo. El cuartel está en silencio, a excepción de la lluvia que ametralla las ventanas y el tejado y que seguramente no cese durante todo el día siguiente. Echa un vistazo a la fotografía que, prendida de su taquilla, le muestra a él junto a su mujer y sus dos hijas, cuando aún conservaba la capacidad de sonreír y de vivir. Luego vuelve a concentrarse en su reflejo y desliza sus dedos por su pecho, rozando dos cicatrices circulares que han quedado grabadas ahí donde las balas entraron en su carne. Una en el costado, la otra muy cerca del corazón. A escasos milímetros de proporcionarle una muerte instantánea y, por tanto, el pasaje hacia un descanso eterno.

*May you have a stronge foundation when the winds of changes shift...*

Todo el mundo muere y, ¿para qué? Su abuelo participó en la guerra civil y mató a docenas de personas para que el mundo siguiera siendo el vertedero de humanidad que ha sido siempre. Las guerras, la barbarie, no cambia nada, pero la violencia siempre está presente. Llámalos nacionales, rebeldes, rojos, fascistas, nazis. Llámalos suníes, terroristas o guerrilleros. La violencia abate cada punto del mundo y a pesar de que existen hombres como él que han dedicado su vida para detenerla, la guadaña de la muerte siega con esmero cada rincón del planeta.

Acaricia la fotografía.

Todo el mundo muere.

*May your heart always be joyful...*

-Aunque no te lo creas, me gusta bastante cocinar y, ya que eres mi primera compañera, me habría gustado prepararte una cena en condiciones, pero sólo compré esto antes de montarme en el coche y venir hacia aquí – le dice Enzo a Susana, tendiéndole un bocadillo con muy mal aspecto.

Ella lo rechaza con un gesto de la mano.

-No tengo hambre.

Se encuentran ya en Ansó, en un lugar que los habitantes del pueblo llaman la Fuente Alta, un merendero cubierto. La lluvia cae en el exterior como si quisiera socavar la tierra de aquel lugar. Enzo observa el coche, aparcado unos metros más allá. Le ha costado mucho convencer a Susana de que tienen que esperar hasta el amanecer para buscar a sus presas. Ahora, de noche, no pueden ir llamando puerta con puerta preguntando si alguien conoce a algún grupo de cuatro chavales que tenga secuestrada a una actriz porno sin levantar sospechas. También la ha repetido, una y otra vez, que tiene que contener sus ansias de venganza. El plan es recorrer el pueblo a la mañana siguiente y capturar a uno de los atracadores para que les revele dónde se encuentran los demás y qué recursos tienen antes de matarlo. Enzo quiere hacerlo discretamente, sin empezar a pegar tiros al estilo Helguero, y teme que la rabia que lleva las riendas de esa joven le haga cometer un error. Se lo ha advertido. Si complica las cosas, la matará. No va a permitir que ningún elemento de caos perturbe sus planes.

-Susana, ¿qué harás cuando todo esto termine?

-No lo sé – contesta ella. No intenta dar una explicación más, o hacer conjeturas, simplemente se queda en silencio, sentada en uno de los largos bancos de madera del merendero. Enzo la deja con sus pensamientos y camina hasta que la lluvia le roza la cara. Piensa en cómo Susana ha llegado a convertirse en alguien así y se pregunta si podría pasar lo mismo con su hija. Y un pensamiento terrible asalta su cabeza. Por supuesto que su hija puede acabar siendo una psicópata, porque él es su padre. Hay

quien dice que los padres condenan el comportamiento de sus vástagos. Y que acabe convertida en una asesina es lo mejor que puede pasar, ya que alguien podría intentar matarla antes para coaccionar o debilitar moralmente a Enzo.

Cierra los ojos y escucha el sonido de la lluvia, preguntándose qué hará él cuando esa aventura termine.

*...may your song always be sung.*

16

Joaquín Pastor y Carolina Charfolé entran, empapados, en la casa que alquilaron desde que empezaron a ser algo más que compañeros de trabajo. Y Joaquín, que lleva toda la noche fantaseando con los ojos y el cuerpo de su prometida, a pesar de que ya se ha sumergido en ambos en varias ocasiones, la toma por la cintura y la apoya contra la pared, pero ella esquiva su beso.

-¿Qué te ocurre? - pregunta -. Llevas toda la noche extraña, taciturna.

Carolina tarda unos instantes en responder. Y, cuando lo hace, es con la mirada baja, como si no se atreviera a enfrentarse al hombre al que ama.

-Estoy... estoy embarazada...

-¿Qué? - exclama Joaquín, y al instante sus labios forman una sincera sonrisa -. ¡Eso es perfecto!

<<Pero no es tu hijo>>, piensa, consciente de que jamás lo dirá en voz alta. <<Tiene tu sangre pero no es tu hijo>>.

*May you stay forever young.*

*May you stay... forever young.*

17

Cuando el sol entra por las rendijas de la ventana de la habitación, Trista despierta. Sin mover el cuerpo, abre los párpados y sus grandes ojos azules esperan encontrarse con que todo lo vivido no ha sido más que una barahúnda de confusos sueños. Entonces ve el rostro dormido del muchacho, vuelto hacia ella, y se da cuenta de que él tiene las manos sobre la piel desnuda de su cintura y que ella, aunque a lo largo de la noche se ha separado, le está rozando su pecho con los dedos. El joven duerme como si fuera un bebé, apenas se mueve, y ella está libre, sin ataduras, con una puerta como única barrera hacia su libertad.

Pero el chico le recuerda mucho a Víctor Bastida. Al Víctor real, no al personaje descarado y prepotente en el que ha acabado convirtiéndose. Se pregunta que estará soñando. La noche anterior, mientras se acostaban, se había mostrado nervioso, asustado, y Trista había tenido que trabajar con ahínco con su lengua y sus pechos para lograr que se le pusiera dura y pudiera entrar en ella. Le había intentado explicar que si quisiera a un profesional del sexo entre sus piernas, habría seguido en la industria del porno. Y, al final, las cosas habían salido bien. Bastante bien, para ser exactos. No había alcanzado un orgasmo escandaloso como los que protagonizaba en *Squirtage* (aunque, sobre todo en su etapa final, la mayoría eran artificiales), pero no era eso lo que había buscado. Por un instante había vuelto a sentirse... ¿querida? El *quereres* una fantasía para niñas pequeñas que sueñan con su príncipe azul. Pero si que había percibido cierta calidez en la forma que Pablo tenía de mirarla, de moverse sobre ella, de tocarla como si fuera una estrella que había caído entre sus manos. Aquel exceso de romanticismo por su parte la habría hecho vomitar en su juventud, cuando lo único que quería era cuerpos que le arrancaran gritos de placer, pero en ese instante es justo lo que necesita.

<<Es sólo un crío>>, piensa. No se trata tanto de la edad, pues en realidad le debe

sacar unos siete u ocho años, sino en la mentalidad. <<Es un muchacho idealista que se ha metido en algo que no llega a comprender y que, simplemente, se está dejando llevar>>. Va a acabar mal. Tiene que acabar mal, porque el mundo es muy hijo de puta y se esfuerza en romper las ilusiones de los soñadores. Pero mientras recorre su rostro con la yema de los dedos, una parte de ella desea que, finalmente, consigan escapar con el dinero. Que sean libres. Que le den una buena patada en los huevos al sistema y dejen al mundo descolocado con ese atraco.

Sin embargo, no debe quedarse ahí. Tiene que escapar, o acabarán matándola. Le preocupa sobre todo Leo. No cree que el muchacho quiera asesinarla, ni mucho menos, pero va a hacerlo de un momento a otro porque tiene miedo. Está casi tan asustado como Pablo, o tal vez más, y Trista, a pesar de que tiene que hacer un esfuerzo por ser imparcial, lo comprende. No pueden dejarla libre porque se arriesgan a que los identifique, y la policía sería muy insistente en el interrogatorio con tanto dinero en juego. Pero una cosa es tener empatía con quien piensa en matarte y otra muy diferente poner la cabeza en el cañón de la pistola para permitir que lo haga, así que, aprovechando esa oportunidad, que tal vez sea la última, Trista empieza a incorporarse, muy despacio, apretando los dientes cada vez que el colchón cruje. Sólo tiene que levantarse, ponerse la ropa y salir corriendo de ahí pidiendo auxilio. Igual a ellos les da tiempo a escapar antes de que llegue la policía pero...

La puerta del dormitorio se abre de golpe, girando sobre sus bisagras y estrellándose contra la pared. Trista da un respingo y Pablo se despierta sobresaltado mientras una figura irrumpe en la estancia.

-¡Leo, espera! - oye gritar a Ángela.

La chica entra en la habitación, pero Leo la empuja a un lado, se golpea contra el armario y cae sentada al suelo, gimiendo de dolor. El cuarto muchacho exclama algo y entra corriendo y se agacha junto a su amiga, mientras que Leo extiende el brazo hacia Trista. En la mano empuña una pistola que apunta directamente a su frente.

-¡Leo, no! - ruge Pablo.

-¡Te lo advertí! ¡Te dije que esta puta intentaría engatusarte! ¡Que te pondría en contra de nosotros! ¿Y te la follas y duermes con ella dejándola libre toda la noche? - de pronto mira a su amigo -. ¿Qué mierda estás haciendo?

Pablo ha cogido su propia pistola de la mesilla de noche y encañona a Leo.

-¿Qué cojones haces, Leo?

-Déjala. Ha podido escapar y no lo ha hecho.

-¿Me estás apuntando *amí* para salvar la vida de esa zorra a la que no conoces de nada, la única persona que puede entregarnos a la policía?

-¡No tiene por qué morir!

-¡No hay otra salida! - brama Leo, y gotas de saliva escapan de entre sus labios. Sus ojos pasan de Pablo a Trista enloquecidos, y después mira a Jorge y Ángela -. ¿Dónde diablos estabais vosotros mientras estos dos se acostaban?

-Leo... - susurra Jorge.

-Mejor no me contestéis. Pablo, baja el arma. Vamos a acabar con esto de una vez por todas, joder. Intenta pensar un poco. Quiere abrir una brecha entre nosotros. Ya lo está haciendo.

-Yo no pretendía... - empieza Trista.

-¡Cállate!

-¡Baja tú el arma, Leo! - ordena Pablo, incorporándose. Está desnudo, pero eso no lo hace menos amenazador, y sus ojos soñadores reflejan ahora terror en estado puro y una determinación que asusta -. ¡No entiendes nada! ¡No voy a permitir que la mates!

-¡Eres tú el que no lo entiende! ¡Eres tú! ¿De qué sirve lo que hablamos anoche? ¡Yo te escuché cuando me propusiste toda esta mierda, necesito que ahora entres en razón!

-¡No hay por qué matarla!

-¡Cállate! ¡Voy a dispararle! ¡Voy a...!  
-¡Parad! - chilla Ángela -. ¡Parad los dos, por el amor de Dios, por favor, parad!  
-¡Si le disparas te mato aquí mismo!  
-¡Has perdido la cabeza!  
-¡Basta! - interviene Jorge, pasándose las manos por el pelo. Se pone en pie, pero no tiene ni idea de qué hacer -. ¡Basta!  
-¡Baja el arma, Pablo!  
-¡Vete de aquí!  
-¡Voy a matarla!  
-¡Parad los dos! - exclama Ángela. Se pone de pie y se interpone entre ambos, con los brazos extendidos, convirtiéndose en un escudo entre ambas partes. Sus ojos miran hacia Pablo y las lágrimas le caen a raudales -. Parad – solloza -. No hemos venido aquí para esto. No hemos venido aquí para matar a nadie. Tenemos... tenemos que salir juntos de esta mierda, no podemos enfrentarnos...  
-¿Y qué propones hacer, Ángela? - pregunta Leo.  
-No lo sé – ella meneaba la cabeza y varias lágrimas se desprenden y caen al suelo -. No lo sé, pero – se vuelve hacia él -, si la matas, entonces ya no habrá ninguna solución. Ya no estaremos los cuatro unidos. Si derramas sangre, entonces estamos perdidos. El silencio cae como un derrumbamiento sobre ellos. Trista, su pecho subiendo y bajando a toda velocidad, se cubre su desnudez con unas sábanas que aferra como si fuese el último jirón de realidad que queda en ese mundo. Leo la mira, con tanto odio que podría fragmentar su alma en mil pedazos sólo con sus ojos, y después se muerde el labio inferior.  
-Podéis iros todos a la mierda – murmura, y arroja la pistola sobre el colchón. Luego gira sobre sus talones y Jorge se aparta a un lado para que salga del dormitorio y baje las escaleras dispuesto a salir de la casa.  
-¡Leo, espera un momento! - lo llama Pablo, intentando ir detrás de él. Pero Ángela le coge del hombro y le obliga a volverse.  
-Déjalo. Ya hablaremos después, cuando las cosas se tranquilicen. Y haz el favor de vestirte – mira a Trista -. Ya pensaremos como resolvemos esto. Y ahora, Pablo, deja en paz a Leo. Se ha pasado toda la noche fuera, no está bien. Necesita estar un tiempo solo y luego volverá y todo saldrá como queremos que salga, ¿entendido?

18

-Ponme otra – pide Víctor Bastida, inclinando la botella de cerveza vacía.  
-¿No es un poco pronto para emborracharse? - pregunta el camarero del *Siresa*. Víctor echa un vistazo a su reloj de pulsera; las nueve y cuarto de la mañana. Lleva una hora en la barra de ese bar y ya ha consumido cuatro botellines, contemplando la Calle Mayor a través del amplio ventanal, contra el que embiste la lluvia. Ve las casas de enfrente, las mesas vacías de la terraza. En el interior sólo hay un matrimonio con un niño pequeño y un hombre de pelo corto y rubio con la barba puntiaguda que parece meditabundo. Bastida le dedica una sonrisa al fornido camarero.  
-Es la hora adecuada.  
-Como usted quiera.  
El camarero se agacha para buscar en el congelador y, mientras le sirve, Víctor vuelve a mirar a través del ventanal. Está mareado, aturdido, y apenas ha dormido, pero por lo menos se encuentra mejor que la noche anterior. Eso sí, la luz del sol casi lo deja ciego y la página de su procesador de textos sigue en blanco a excepción del estúpido título que ha elegido para su nueva novela. La puerta del bar se abre y ve entrar a un hombre estirado, con el pelo engominado hacia atrás y tan elegante que llama la atención de todos los que se encuentran dentro del bar. El extraño, con ademanes

caballerosos, inclina la cabeza al pasar al lado de la familia, dedicándoles una amable sonrisa, se sienta en el taburete que está al lado de Bastida y, tras mirar la hora en su reloj de bolsillo, que cuelga de una cadenita de plata, le hace un gesto amanerado al camarero para llamar su atención.

-Sírvame una copa de Marqués de Caro Blanco, por favor.

-¿Qué es eso? - pregunta el camarero, extrañado.

-Una copa de vino – esboza una divertida expresión de disgusto -. No lo tienen, ¿verdad? No importa. Sírvame el mejor que tengan, en ese caso.

El camarero murmura algo por lo bajo y empieza a buscar entre las botellas que tienen expuestas detrás del mostrador. El refinado visitante mira a Bastida y, cuando encuentra su mirada, dice:

-Hola, Víctor.

-¿Nos conocemos? - pregunta él, bebiendo un trago de su nueva cerveza.

-No se suele conocer a un hombre cuyo trabajo consiste en vender filtros de aspiradoras robot.

Víctor está a punto de darle una respuesta cortante para evitar que aquel hombre, que seguramente sea un ávido lector de sus novelas en busca de una charla con su escritor favorito, le deje en paz. Pero, de pronto, sus palabras cobran sentido y Bastida abre los ojos como si acabara de recibir un puñetazo en el estómago.

-¿Oppenheim?

-Baje la voz, Bastida, no me gusta que la gente pronuncie mi nombre tan alegremente.

-¿Qué diablos hace aquí?

-No. La pregunta es, ¿qué diablos hace usted aquí? - Oppenheim cambia de posición y por un instante Víctor puede ver la funda de pistola que cuelga bajo su sobaco.

-He... he venido para apartarme de todo. Había periodistas en el jardín de mi casa constantemente, necesitaba... escapar de la ciudad hasta que todo esto hubiera terminado. ¿Q... qué...?

-Entonces, ¿está aquí por casualidad?

-Busqué pueblos tranquilos en Internet y me apareció este con una oferta de una casa rural, sí. ¿Qué diablos hace aquí? ¿Es una broma? Tengo dinero, voy a pagarles, pero...

-Su vino, señor.

-Oh, perfecto.

Oppenheim toma la copa y se la lleva a los labios. Bebe un pequeño sorbo y vuelve a dejarla en la barra y, sin mirar a Bastida, dice:

-Voltaire afirmó que lo que llamamos casualidad no es ni puede ser sino la causa ignorada de un efecto desconocido. Dos siglos más tarde, Dürrenmatt dijo que cuanto más planifique un hombre su proceder, más fácil le será a la casualidad encontrarle – carraspea -. De cualquier modo, no cabe duda de que la casualidad es uno de los mayores tiranos del mundo y que, en su afán por complicar las cosas junto a su amado Destino, ha hecho que los dos acabemos en este mismo pueblo *precisamente* en el día de hoy. Lo cual puede suponer un estorbo para el contrato que nos traemos entre manos, así que le recomiendo que coja sus cosas y se largue de aquí lo antes posible, a cualquier otro pueblo de los Pirineos si es que tanto necesita su dosis de naturaleza, porque hoy las cosas se van a poner muy, muy difíciles.

-¿Por qué? - escupe Víctor -. ¿Está mi mujer aquí?

-Hable más bajo, señor Bastida – susurra Oppenheim, y hace un gesto con la cabeza al hombre de la barba puntiaguda que está desayunando -. Ese tipo de ahí es guardia civil. ¿No querrá a las autoridades metiendo las narices en nuestros asuntos, verdad?

-¿Está mi mujer aquí o no? - insiste el escritor.

Oppenheim, contrariado, suspira.

-Hemos seguido el rastro de sus captores hasta este pueblo y tenemos la certeza

absoluta de que esconden a su esposa aquí, así es. Pensamos intervenir a lo largo del día de hoy y...

-¿Dónde está? - exclama Bastida, poniéndose en pie y prácticamente derribando el taburete. El guardia civil vuelve la cabeza hacia él.

-Le agradecería que volviera a sentarse, señor Bastida – le dice Oppenheim, apoyándole con cuidado la mano en el pecho. Eso hace que su americana se abra un poco más y que Víctor pueda ver de nuevo la pistola que guarda bajo el sobaco -. Las cosas van a ponerse muy feas y no es necesario que usted las complique.

<<Mi mujer>>, piensa, mirando desesperado esa pistola. <<Tengo que salvar a mi mujer>>.

Leo sube por la Calle Mayor, caminando bajo la lluvia y resistiendo las embestidas del vendaval que arremete contra el pueblo. Deja atrás la plaza, el primer bar, el estanco, y mira hacia la caja de ahorros sin detenerse. Quiere poner toda la distancia posible entre la Casa Encantada, que ahora es una vivienda llena de gente que ha perdido la razón, y emborracharse un poco. Le duelen los ojos. Lleva mucho tiempo sin dormir y, además, tiene ganas de echarse a llorar. ¿Qué diablos ha ocurrido ahí dentro? Ha estado a punto de derramar los sesos de esa mujer por la pared al lado de su amigo. Ha estado a punto de recibir un disparo de su compañero más fiel. Aún siente el tacto de la pistola en su mano aunque la ha dejado en la casa y un sabor pastoso en la garganta. Se ahoga. Quiere gritar con todas sus fuerzas. Su mano, metida en el bolsillo, juega con el teléfono móvil, le da vueltas. Hay una parte de él a la que le gustaría volver sobre sus pasos y pedir perdón, pero el orgullo y la rabia le pueden. ¿Qué le está ocurriendo a Pablo? ¿Por qué diablos no ha parado esa pesadilla antes de que comenzara? Él, Leo, es su mejor amigo. Tendría que haberle parado los pies. Porque sabe perfectamente que Pablo no necesita el dinero, que lo que él quiere es vivir una de esas novelas que escribe, tener una existencia marcada por la aventura y el dinero como ese ídolo suyo cuya mujer se ha tirado. Y Trista Ilardia, Sunny Heart, no es más que un elemento adicional de su fantasía. El toque romántico que toda historia rocambolesca necesita.

Oye revuelo a su espalda. Los pocos niños que, a pesar de la lluvia, se han reunido para jugar en la plaza están gritando. Corretean de un lado para otro. Una de las voces se alza por encima de las demás.

-¡Es un *monstro*! ¡Mamá, mamá, hay un *monstro* en la plaza!

Chillidos de niña. Leo los ignora. En parte le gustaría volver a ser un crío para poder desprenderse de todas sus preocupaciones. Para volver a empezar. Para conocer de nuevo a Paula y evitar que todo se vaya a la mierda. ¿Acaso no merece una segunda oportunidad después de todo lo que ha pasado?

Se limpia con las manga las primeras lágrimas traicioneras. Pasa entre las mesas de la terraza del *Siresa*, ya en lo alto del pueblo y, jadeando por el ritmo que ha llevado desde que, literalmente, escapara de casa de Ángela, entra en el bar.

En el mismo momento en que atraviesa el umbral, el morro de un Renault Scenic negro, conducido por un hombre que parece una sombra acompañado de una joven pelirroja, asoma por la esquina de la última casa de la Calle Mayor y empieza a girar, muy despacio.

Un trueno retumba sobre los tejados.

## VIII Libérate de tus pecados

### 1

Al entrar en el *Siresa*, Leo se percata de que uno de los dos hombres que están sentados en los taburetes de la barra le mira con cierta estupefacción. Se trata de un tipo alto, vestido con una elegante americana de traje y corbata, con el pelo engominado hacia atrás y un rostro que debe llevar años luchando contra las arrugas. Quizá aquella especie de caballero se sorprenda de que un tío con el pelo rizado y empapado y vestido con ropa vieja entre en el mismo bar que él, por muy poco distinguido que sea el *Siresay*, en cualquier otra ocasión, Leo le habría espetado si tenía algún problema con él. Pero está demasiado cansado, así que le da la espalda y se apoya en el respaldo de una silla libre, junto a un hombre de barba puntiaguda que está devorando los últimos restos de su desayuno. En el bar, decorado con abalorios indios, desde cráneos de búfalos a atrapasueños que cuelgan de las paredes, a efigies y emblemas de madera, se escucha una canción a un volumen casi imperceptible. Neil Young, entre tristes acordes de guitarra, afirma que el rey se fue pero no será olvidado. Hey, hey.

El camarero se acerca a él y Leo le hace un gesto para que espere unos minutos. Antes de sentarse, saca el teléfono móvil del bolsillo y, trémulos los dedos, busca en su lista de contactos a Paula. De nuevo las dudas pero esta vez, a diferencia de la noche anterior, tal vez guiado por la rabia y el miedo que se han apoderado de él, pulsa el botón de llamada y se lleva el aparato a la oreja.

Primer tono.

-¿Qué pasa? - oye que pregunta el compañero del hombre refinado a su espalda -  
¿Por qué le mira así?

-Necesito que se marche de aquí.

-¿Es uno...?

Segundo tono.

Mira las gotas de agua que caen por el ventanal y recuerda las carreras que hacía con ellas cuando era niño. Al otro lado del cristal ve un coche negro que desciende, muy despacio, frente a la terraza del bar. Una de las ventanillas traseras comienza a deslizarse hacia abajo, hasta desaparecer y, del interior, emerge una escopeta plateada de doble cañón. Leo distingue con una nitidez absurda los dos agujeros del doble cañón, que forman un símbolo del infinito lleno de sombras.

Tercer tono.

Suena un trueno y después, los disparos. El primero hace que el ventanal se quiebre en mil pedazos y alcanza al camarero en el costado, arrojándolo por encima del mostrador. El hombre se estrella contra los estantes llenos de licores que hay detrás y una docena de botellas le acompañan en su estrepitosa caída hasta el suelo. Escucha movimiento a su espalda, pero el segundo disparo estalla de inmediato y arranca la parte superior de la cabeza del hombre que está desayunando con su familia. Leo se queda ahí parado, como si no formara parte de lo que está pasando. Oye los gritos de los críos, ve cómo los cristales de la ventana vuelan por todas partes atrapando reflejos de cuanto sucede en el bar. Alcanza a ver su rostro asombrado en uno de ellos. El hombre de la barba puntiaguda y el pelo corto y rubio empieza a incorporarse mientras se lleva la mano a la cintura, donde tiene una pistola, pero Leo no llega a ver qué hace con ella porque resuena el tercer disparo.

Cuarto tono.

El proyectil le alcanza en la mano con la que sujeta el móvil contra su oreja. El aparato estalla, la sangre invade su campo de visión y sus dedos desaparecen. Aturdido,

intenta moverse, pero sólo consigue dar un paso hacia delante, dejando tras de sí un reguero de sangre. Leo parpadea y se da cuenta de que sólo le queda un párpado. Intenta alzar la mano sana hacia su rostro, pero los músculos no responden, y tiene tiempo de pensar en Paula, en Ángela, en Jorge y en Pablo, y en su padre que se está muriendo, antes de que un último disparo impacte en su estómago y lo lance, inerte, al suelo.

## 2

-¿Qué has hecho? - grita Enzo Carbonell, volviendo la cabeza -. ¿Qué cojones has hecho?

Todo ha sucedido demasiado deprisa. Susana Helguero ha reconocido a uno de los atracadores antes que él y se ha lanzado contra la parte trasera del vehículo para, a través de una de las ventanillas, tener un buen ángulo de tiro. Los ecos de los disparos aún resuenan dentro del Renault y Susana, con el rostro descompuesto en una mueca de absoluta locura, se vuelve hacia Enzo.

-Lo que tenía que hacer.

Abre la portezuela de una patada y sale al exterior, escopeta en mano, rumbo a la cafetería para asegurarse de que ha terminado el trabajo. Vuelve a disparar a través de la puerta. Del interior llegan gritos, aullidos de niños y, a través del ventanal roto, Enzo ve la sangre y los cuerpos. Un muchacho, con media cara volatilizada por uno de los proyectiles y la mano cercenada, está tirado sobre un charco de sangre.

<<Se ha vuelto loca>> piensa, mientras Susana ríe, maldice y dispara. <<Es Caos y tú eres el Demiurgo>>.

No duda. Desenfunda su pistola con silenciador y dispara a través de su ventanilla. Un orificio se abre en la espalda de Susana Helguero, que se sacude como una bandera mal ondeada y cae de bruces sobre una de las mesas de la terraza. La sangre empieza a deslizarse por la curva de su trasero. Con un gemido de dolor y una mirada de sorpresa, la joven se vuelve hacia el Renault e intenta levantar la escopeta con ambas manos. Enzo vuelve a disparar, alcanzándola en la frente, y Susana Helguero cae sobre una de las sillas y ambas se desploman con gran alboroto. Pero eso apenas le proporciona unos instantes de paz (además ya puede olvidarse de pasar desapercibido) porque alguien responde con fuego desde el interior del establecimiento. Las balas destruyen el parabrisas y la ventanilla y silban alrededor de Enzo Carbonell, arrancando un trozo de volante y parte del respaldo. Una esquirla de cristal le rasga el pómulo justo antes de que se tumbe contra los asientos para cubrirse. Tras unos segundos, que inmediatamente asocia a la recarga del arma, regresan los disparos. Se abren orificios en el lateral del coche, una bala rompe el talón de su bota izquierda y entonces Enzo abre la puerta del acompañante, ve el estrecho callejón que se extiende ante sus ojos y se arroja del vehículo para internarse en él.

## 3

-¡Iniciad el rescate! - ruge Oppenheim llevándose un dedo a la oreja -. ¡Alerta roja! ¡Hay enemigos en el pueblo! ¡Que Muchacho entre y coja a la chica ya!

Tanto él como Víctor Bastida han saltado por encima de la barra del bar para utilizarlo como parapeto, a pesar de que algunos de los últimos disparos que la chica pelirroja ha dado antes de morir han abierto agujeros y lo han reducido a apenas una montaña de astillas y madera rota. El escritor, con los pies empapados en sangre y el hedor de docenas de licores diferentes invadiendo sus fosas nasales, contempla aquel escenario enloquecedor. El mundo real ha terminado, al fin, de transformarse en una pesadilla. Hay un hombre al que le falta media cabeza sentado muy firme en el respaldo. A uno

de los críos le han alcanzado y ha caído muerto hacia delante, enterrando la cara en su tazón de cereales. La mujer, escondida debajo de la mesa, abraza a la hija que le queda con vida y llora y pide auxilio desesperada. Y el hombre de pelo corto y rubio y barba puntiaguda, cubierto tras una de las paredes, se asoma por el ventanal destruido para acribillar a tiros al Renault Scenic negro que ha traído la locura al pueblo.

Y Víctor Bastida está ahí, sin poder hacer nada.

-¡Muchacho! - ruge Oppenheim, a su lado -. ¡Ahora! ¡Entra ahora mi...!

Tiene que salvarla. Le propina un codazo en el estómago a Oppenheim que pilla al mercenario desprevenido y, cuando el hombre se arquea hacia delante, Víctor lanza el brazo a su sobaco y empuña la pistola. Antes de que pueda desenfundarla, su propietario le coge de la muñeca con ambas manos y parece que va a decir algo, pero Bastida le golpea con el puño libre en su bonita y arreglada cara, haciéndole caer al suelo. Con la pistola en la mano y solamente Trista en mente, salta por encima del mostrador y sale corriendo del bar, Calle Mayor abajo, y la lluvia le recibe como si fuera un hijo pródigo. Hay un montón de gente corriendo, alejándose del tiroteo, y otros, los estúpidos curiosos, acercándose, ocultos tras los vehículos aparcados y las esquinas de las casas, para ver qué está pasando. Él no se detiene y grita el nombre de su amada, una y otra vez, intentando hacerse oír por encima de los truenos. Alcanza a ver a una mujer regordeta asomada a un balcón cercano a la caja de ahorros, pero no es ella quien le llama la atención. Entre el alboroto que los disparos han levantado avanza un hombre, hacia el lugar por el que ha venido Víctor Bastida. Más que caminar se tambalea. Tiene el brazo lleno de sangre, le falta un ojo y parte de su rostro está reducida a jirones de carne. A pesar de todo, la parte de los labios que mantiene intacta dibuja media sonrisa.

-¡Saavedra! - grita, del mismo modo que Víctor grita *Trista*-. ¡Saavedra, pedazo de zorra! ¿Dónde te escondes?

Ni siquiera es consciente de que Víctor Bastida pasa a su lado, y Víctor Bastida ni siquiera le dedica más que una mirada asqueada y sigue corriendo Calle Mayor abajo, llamando a su esposa como un alma en pena.

#### 4

-¿Pero qué coño ha pasado aquí? - pregunta Guillermo Pastor, bajando la pistola. Examina rápidamente la escena del crimen. Un padre y un hijo muertos, los supervivientes de la familia cobijados debajo de la mesa, y es mejor que sigan ahí. También hay un muchacho de pelo rizado y negro tendido en el suelo. No respira, y hay muchas razones para ello. Su mano cercenada no es el menor de los problemas, como tampoco el agujero humeante que tiene en el pecho. Además, uno de los disparos le ha arrancado media cabeza -. ¿Qué coño ha pasado aquí? - repite.

Al otro lado del mostrador un hombre intentan incorporarse, entre quejidos. En el exterior, el coche acribillado desde donde han venido los disparos. Hay una chica pelirroja muerta entre las mesas de la terraza, con una escopeta aún sujeta entre sus dedos retorcidos. El otro hombre, el que conducía el coche, debe haber escapado por el callejón cercano.

-¡Saavedra, mala zorra, sal de tu agujero!

Aturdido, Guillermo Pastor se dirige a uno de los ventanucos laterales. Ve a un grupo de chavales pequeños, uno de ellos llevando su bici a pie, que se ha acercado seguramente *ver la sangre*, y les hace un gesto para que se larguen de ahí. Queda un asesino suelto en el pueblo y...

...y entonces ve al hombre que llama a esa tal Saavedra. Renquea como buenamente puede, desarmado, Calle Mayor arriba, y parte de su rostro está despedazada. Uno de los niños lo señala.

-¡Es el monstruo! ¡Es el monstruo!

Guillermo intenta recuperar el ritmo habitual de su respiración. No sabe lo que está pasando y seguramente no lo sepa hasta que él, con ayuda de sus compañeros, consigan recuperar el control de la situación. Así que su prioridad es poner a salvo a los clientes de ese bar y, por ahora, el *Siresa*, reducido a una caterva de muertos y muebles rotos, no parece un refugio en condiciones.

-¡Bien, escuchadme! ¡Tenemos que...! - empieza, dándose la vuelta. Pero no llega a terminar su discurso porque un hombre, con el pelo engominado hacia atrás (aunque algunos mechones se han escapado de su posición, creando pequeños cuernos puntiagudos) se abalanza sobre él. Distingue el tenedor en su mano antes de que las cuchillas se hundan en su cuello. La sangre empieza a brotar y los gritos se reanudan. El guardia civil cae hacia atrás, intenta apuntar con su pistola pero al instante tiene a aquel psicópata encima, que lo apuñala en el estomago varias veces con el cubierto hasta que las fuerzas lo abandonan. Con la camisa teñida de escarlata, Guillermo se desliza por la pared hasta quedar sentado y ve, a través de una cortina de nebulosa, cómo su verdugo le arranca la pistola de las manos.

-No es nada personal, pero necesito su arma. Que Dios le ayude.

Escucha dos disparos dirigidos a la mujer y a la pequeña que se encuentran escondidos debajo de la mesa y, un instante después, ve el extremo de la pistola ante sus ojos.

<<Mierda>>.

Un instante después, para él todo ha terminado.

## 5

-¿Eso son truenos? - pregunta Ángela.

-Los truenos no suenan tan seguidos - contesta Pablo, mientras se pone la camiseta sin soltar su pistola. Sale de la habitación y roza la bolsa del dinero que cuelga de un perchero. Jorge, que ha cogido la segunda arma, ve que en el interior Trista también acaba de vestirse -. Tenemos que ir a buscar a Leo.

-¿Estás loco? - replica él -. ¿Oyes disparos ahí fuera y quieres salir a formar parte de tu propia película del salvaje oeste?

-¿Quién ha hablado de disparos? - exclama Ángela.

-Es posible que Leo esté en apuros, que se haya metido en algún lío y nos necesite y...

El tragaluz sobre el hueco de las escaleras revienta acompañado de un estruendo y, junto a la lluvia de cristales, cae atado a una cuerda un tipo de pelo corto, con un pinganillo en la oreja y un cuchillo en cada mano. En su descenso traza una pequeña curva, extiende las piernas, golpea a Jorge en el pecho y lo arroja contra el perchero antes de cortar la cuerda y saltar sobre él. Ángela grita, Pablo dispara pero el arma se sacude entre sus manos y una bombilla estalla sumiendo el pasillo en sombras danzantes.

-¡Salid de aquí! - grita Jorge, sujetando uno de los brazos de su adversario. La punta del cuchillo baila a escasos centímetros de su ojo. El tipo clava el otro en el suelo, rozando su cuello. En la caída, la pistola ha salido despedida hacia la cocina, resbalando por el suelo de baldosas.

-¡Jorge! - oye a Pablo -. ¡Trista! ¡Trista, no, es peligros...!

Forcejeando con aquel lunático, Jorge alcanza a ver como Trista, vestida con una camisa vieja y unos pantalones cortos, baja las escaleras a toda velocidad, seguida por su melena rubia, hacia la salida. Y Pablo, impulsado por ese deseo indómito de protegerla, corre detrás de ella. Jorge gruñe, empuja el brazo de aquel hombre y ve por el rabillo del ojo que Ángela corre hacia la cocina para recuperar la pistola. Su enemigo también lo ve y con la mano libre toma el cuchillo clavado en el suelo y lo arroja contra

la joven, pero ésta cierra la puerta en el último momento y la hoja se hunde en la madera.

-¿Quién eres? - exclama Jorge, haciendo acopio de todas sus energías para mantener alejado el filo -. ¿Quién cojones eres?

El chico, los músculos tensos, baja la cabeza hasta dejarla a escasos centímetros de su cara y con una sonrisa diabólica contesta:

-Me llamo Muchacho y he venido a matarte.

Impulsa su arma hacia abajo, pero Jorge consigue moverse hacia un lado y ve que el metal penetra el tablón de madera sobre el que había estado un segundo antes. Propina una patada en el estómago a ese asesino y se lo quita de encima. Con bruscos movimientos se pone a cuatro patas, ve la sala de estar, la ventana que da a la Plaza Mayor y el revuelo que hay fuera. Si pudiera saltar... Se incorpora, ayudándose de la barandilla, y oye el silbido del aire al cortarse detrás de él. Un segundo después, un dolor lacerante se extiende por la parte baja de su espalda. Jorge tropieza, se apoya en la bolsa de dinero que, al caer del perchero, ha derramado algunos billetes y consigue levantarse. Cada paso le produce un dolor insoportable. Trastabillea, gira sobre sí mismo y, apoyándose en una pared, ve cómo Muchacho, con el cuchillo ensangrentado en una mano, avanza hacia él sin borrar su sonrisa.

-¡Nosotros no hemos hecho nada! - exclama, al borde de las lágrimas -. ¿Por qué quieres matarnos?

La puerta de la cocina se abre de una patada y la silueta de Ángela queda recortada contra el umbral. Muchacho, sorprendido, se da la vuelta y parece que va a decir algo antes de que el estruendo de un disparo le haga arquearse sobre el estómago y retroceder dos pasos. Abre la boca y un hilo de sangre se precipita desde su garganta. Levantando un poco la cabeza, interpone su mano, con la palma abierta, a modo de escudo.

-Espera... por favor, espera... - y algo debe de ver en los ojos de la chica porque, de repente, grita -. ¡Oppenheim!

La bala le alcanza en una sien y deja un trazo de sangre y pedacitos de seso en la pared. Los ojos de Muchacho bailan en sus cuencas como si pudieran buscar una explicación al misterio de la vida en las últimas imágenes que su cerebro es capaz de procesar y, entonces, sin más florituras, cae por las escaleras y se detiene en uno de los descansillos, su cuerpo en una postura de lo más escabrosa.

-Joder... - susurra Ángela -. Joder... Lo he matado... lo he...

-Me has salvado la vida, es lo único que tienes que saber – Jorge da un paso al frente y la herida de su espalda proyecta dolor por todas sus terminaciones nerviosas. Con un gemido cae de rodillas al suelo y Ángela corre hacia él.

-¿Estás bien?

-No – jadea -. No, pero tenemos que largarnos. Seguro que hay más como él. Vamos, coge el dinero.

Ángela obedece y se echa la correa de la bolsa al hombro. Jorge espera unos segundos. Pablo y Trista han desaparecido. No tienen ni idea de donde está Leo. Y no hay que contar con una astucia desmedida para suponer que habrá más gente como Muchacho buscándoles por algún error que hayan cometido en su “increíble” plan.

-Ayúdame a levantarme, Ángela.

La chica obedece y tira de él para ponerlo en pie. Luego, Jorge le pasa un brazo por encima de los hombros y, tras dejar escapar una bocanada de aire, dice:

-Tenemos que salir de este pueblo como sea.

-Leo tenía las llaves del coche.

-Pues buscaremos otro, pero no podemos quedarnos aquí.

-¿Y Pablo y Leo?

-Ya pensemos en ellos cuando nos hayamos puesto a salvo.

-¡Saavedra! - ruge Sangalli, acercándose al *Siresa*. La sangre gotea desde las heridas de su mejilla -. ¡Saavedra, no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores y pienso ser yo mismo quien te envíe a ese Infierno del que tanto presumes! ¡No puedes esconderte de mí!

Y entonces, el demonio invocado se manifiesta. Un gigantesco coche negro, más tanque que automóvil, con los cristales tintados y el motor rugiendo, gira en lo alto del pueblo e inicia su descenso por la calle mayor, aplastando bajo sus ruedas las sillas y mesas de la terraza del *Siresa*. Néstor Sangalli sonrío, o al menos dibuja con sus labios lo que él considera que es una sonrisa, se lleva la mano debajo de la americana y rodea con sus dedos una de sus granadas antes de desprenderle la anilla de seguridad. Y cuando el Hummer arrolla el coche acribillado que hay en mitad de la calle, aplasta su maletero y, finalmente, lo arroja a un lado, Sangalli lanza la granada rodando por el suelo y el pequeño explosivo rueda, da pequeños botes y se desliza por debajo del enorme vehículo.

-¡Saavedra!

La explosión levanta al Hummer, haciéndole trazar una parábola por encima de Néstor Sangalli. Deja tras de sí una estela de metal, pintura y fuego, arranca el alero de un tejado, da media voltereta en el aire y, al caer a la espalda de Sangalli, junto a la caja de ahorros, derriba un balcón donde una mujer contemplaba la escena y aplasta varios coches aparcados y a algún incauto que no se ha apartado a tiempo. Aquella bestia queda con las ruedas apuntando al cielo, cruzada en mitad de la Calle Mayor, y su motor sigue rugiendo enfurecido.

Una de las puertas laterales se abre y desde el interior se arrastra Miriam Saavedra. No lleva ninguna prenda de ropa encima y lo único que cubre su piel es la sangre seca de Jeremías Valcárcel y Montenegro, aunque ahora se ha abierto una brecha en la frente y un hilo carmesí se desliza por el puente de su nariz. La mujer, vacilante, se pone en pie. En ambas manos empuña sendos subfusiles

Heckler & Koch MP7 y las gotas de lluvia se deslizan por los cañones de las armas. Los ojos de Saavedra, ligeramente confundidos, se clavan al fin en Néstor Sangalli y, en ese momento, la ira los enciende.

-¡Muy bien, hijo de puta, aquí me tienes!

Néstor corre detrás de una de las casas, en la plazoleta que hay junto al *Siresa*, para ponerse a cubierto y alcanza a ver cómo, acompañadas por el alarido exaltado de Miriam, las ráfagas rebotan contra las paredes de piedra, parten por la mitad sillas y mesas de la terraza y hacen caer los pocos cristales que quedaban en las ventanas. Una ráfaga alcanza a un niño con una bicicleta que observaba el espectáculo desde la pequeña plaza y prácticamente lo separa en dos mitades antes de arrojarlo convertido en un amasijo ensangrentado contra la pared del bar. La bicicleta cae al suelo y sus compañeros gritan y corren y Néstor Sangalli, parapetado tras la fachada, siente que lo poco que le quedaba de cordura se deshace y también empieza a gritar como un enajenado.

Víctor Bastida, empapado por la lluvia, escucha tras de sí un trueno ensordecedor y se da la vuelta a tiempo de ver cómo un coche sale volando por encima de los tejados de las viviendas y vuelve a caer. Pero su cerebro ni siquiera llega a asimilar ese suceso, porque ha visto algo, segundos antes: una mujer de melena rubia salir corriendo de una casa al final de la avenida, con un muchacho armado persiguiéndola. Su esposa. La ha

encontrado, y ahora uno de sus captores quiere matarla. Ambos se han internado por una callejuela que va directa a la Iglesia del pueblo.

-¡Trista, Trista! - llama desesperado a su musa, corriendo detrás de ella.

8

-¡Trista, Trista!

Al llegar al vestíbulo, Jorge y Ángela ven pasar por delante de la puerta abierta a un hombre resollando que grita el nombre de Sunny Heart como si le fuera la vida en ella. Intercambian una mirada, pero la actriz ya no es asunto suyo, ahora lo único que importa es escapar, así que atraviesan el umbral, Ángela cargando tanto con su amigo como con la bolsa hinchada de dinero y salen a la tormenta. La chica mira a su izquierda y ve un coche gigantesco con las ruedas apuntando al cielo en lo alto de la Calle Mayor, donde parece que se concentra el tiroteo.

-Por aquí, vamos – dice, tirando de Jorge en dirección contraria.

No recorren ni dos metros cuando algo pasa silbando por delante de sus rostros y se estrella contra la pared de la Casa Encantada, levantando una nubecilla de polvo y esquirlas de piedra.

-¿Pero qué coño...? - empieza Jorge. Otro disparo, proveniente de ninguna parte, destruye una de las ventanas del piso interior. Ángela mira hacia la Iglesia y ve, a través de la cortina de lluvia, movimiento en el campanario. ¿Un francotirador?

-¡Corre! ¡Corre! ¡Hay que ponerse a cubierto!

Avanzan a trompicones hacia las colonias y es ella quien embiste la puerta con el hombro. La hoja de madera se abre, mostrándole un grupo de niños asustados que gritan al verla entrar, parapetados detrás de una hilera de cinco monitores.

-¡No queremos haceros daño! - exclama.

Una bala cruza el aire junto a ella, pasando tan cerca que hace que algunos de sus mechones rubios ondeen, e impacta en el pecho de uno de los monitores, que sale despedido hacia atrás, cayendo sobre los críos. Al instante empieza el alboroto. Chillidos y carreras. Algunos pequeñajos huyen escaleras arriba, otros buscan donde cobijarse y sus cuidadores hacen lo propio, echándose al suelo o escapando hacia los pisos superiores. Jorge entra en el edificio, cierra la puerta, se aparta y mira el cuerpo sin vida del hombre.

-Joder... Quieren matarnos. Quieren matarnos.

Ángela deja caer la bolsa abierta y contempla, aterrorizada, los fajos de billetes que contiene en su interior. Su fortuna. La llave hacia una nueva vida donde nunca más tendrían que preocuparse por todos sus problemas.

-¿De quién es este dinero? - pregunta, en voz baja, sin esperar respuesta.

9

-¡Hijos de puta! ¡Habéis matado a Muchacho! ¡Hijos de puta! - a pesar de que ya se han puesto a cubierto, Layla sigue apretando el gatillo hasta que vacía el cargador, destrozando las ventanas de las colonias infantiles y agujereando un crucifijo de madera que colgaba de uno de los balcones. Chilla y llora y, aunque ya no le quedan balas, sigue disparando hasta que Théophile la agarra del hombro.

-¡Tienes que tranquilizarte! - exclama el chico, sus gafas empañadas. La ventolera lo sacude con violencia y revuelve su ya de por sí caótico cabello -. ¡Tenemos una misión!

¡Salvar a Trista llardia! ¡Mira!

Señala hacia la Calle Arrigo, paralela a la Mayor, y Layla ve cómo Trista corre hacia la parte alta del pueblo, seguida muy de cerca por Pablo, que la llama a gritos. Con un gruñido, introduce un nuevo cargador a su rifle de precisión, pone el ojo en la mira y

centra la cabeza del muchacho, que ya está a punto de alcanzar a la actriz porno. La lluvia dificulta la visión y hay que tener en cuenta la fuerza del viento para que no desvíe la bala, así que mueve un poco el arma, guiña un ojo y aprieta el gatillo, soportando como puede el retroceso.

-¡Mierda! - exclama al oír el chillido de Trista.

10

-¡No!

Pablo extiende un brazo hacia la mujer, cuya pantorrilla izquierda acaba de estallar en una nube de sangre. Trista cae rodando al suelo, intenta ponerse en pie, la pierna le traiciona y se derrumba de nuevo a cuatro patas, permitiendo que el muchacho llegue junto a ella.

-¡Trista! - se agacha a su lado y ella vuelve sus ojos llorosos hacia él. Entonces, Pablo busca la procedencia del disparo y distingue el cañón de un rifle asomando en lo alto del campanario. No tiene ni idea de quién quiere matarlo ni por qué, pero empieza a disparar con su pistola, una, dos, tres, cuatro veces. Las balas impactan contra la roca de la iglesia y una de ellas arranca un sonido quejumbroso a la campana. Se dispone a disparar de nuevo cuando ve aparecer a un hombre en la parte baja de la calle Arribo, justo al pie del campanario. Tarda unos segundos en reconocer a Víctor Bastida a través de la lluvia, con el pelo empapado pegado a la cara. El escritor al que tanto a idolatrado también lleva un arma.

-¡Deja en paz a mi mujer! - grita y dispara dos veces antes de que Pablo también le responda apretando el gatillo y obligándole a cubrirse.

-Trista, tenemos que largarnos de aquí, tenemos... - mira hacia los lados. Ve las puertas del *Maiberal* abiertas y piensa en arrastrar a la mujer que ama al interior, pero seguirían demasiado cerca de todos esos psicópatas que quieren abatirlos. Sin embargo, no puede cargar con Trista a lo largo de toda la calle, porque irían muy despacio y el francotirador del campanario podría...

La mujer lo coge del brazo y le obliga a mirarla.

-¡Vete! - ordena, presa de la desesperación.

-¡No! ¡No voy a dejarte!

-¿Es que no lo entiendes? - llora ella -. ¡Él es mi marido! ¡Va a matarte! ¡Tienes que irte o te matará!

-Pero...

-¡Vete o acabará contigo! ¡Corre! ¡Tú eres el causante de todo esto, van a por ti, tienes que marcharte! ¡Vete! ¡Te prometo que volveremos a vernos! ¡Te lo prometo, pero márchate de aquí!

Pablo asiente con la cabeza y se incorpora, vencido por los acontecimientos. Ve cómo Víctor Bastida vuelve a asomarse y le dispara, pero las balas pasan muy lejos de donde se encuentra. Entonces echa a correr, corre como no ha corrido nunca antes, dejando atrás a Trista, a Bastida, dejando atrás el dinero que han robado y a sus amigos. Los pulmones le arden y el sonido de la tormenta se rompe por disparos cercanos y distantes, por explosiones y gritos. Las casas se convierten en una mancha borrosa a su alrededor, pero sabe que su única posibilidad de escapar es a través de una de ellas. Tiene que atravesarla, saltar al jardín trasero, descender por la loma que cae hasta el polideportivo, cruzar la carretera e internarse en el bosque. Al fin ve una vivienda con la puerta entre abierta y accede al interior, al tiempo que una cría pequeña escondida detrás de una cómoda del vestíbulo, chilla al verlo con una pistola y se encierra en el baño.

11

El muchacho está corriendo calle arriba, pero Víctor Bastida se detiene junto a su mujer, cae de rodillas a su lado, la rodea con los brazos y, llorando, le besa en la frente, enreda sus dedos entre su cabello dorado y la aprieta con fuerza contra su pecho.

-Dios mío, cariño – solloza -. Pensaba que nunca iba a volver a verte. Dios, ¿qué te han hecho? Trista, Trista, mírame, míra...

Trista alza la cabeza hacia él.

-Víctor...

-Tienes que quedarte aquí. Ponte a salvo dentro de ese bar. Yo voy a matar al hijo de puta que te ha hecho esto – vuelve a levantar la mirada y ve cómo aquel chico se mete en una de las casas de la derecha. Él se incorpora, dispuesto a perseguirlo para darle una lección que no va a olvidar, pero Trista lo coge del tobillo y la lluvia se mezcla con las lágrimas en su rostro pálido, demacrado y preñado por el terror.

-Víctor, no. Él intentaba protegerme.

-Has perdido la cabeza. ¡Suéltame! - le propina una suave patada, suficiente para que ella se suelte -. ¡Ponte a salvo, yo voy a matar a ese cabrón!

Y, a pesar de los ruegos y las súplicas de su esposa, que sin duda está confundida por todo lo que habrá tenido que vivir, echa a correr en pos del secuestrador, sin darse cuenta de que Trista, apretando los labios para contener su llanto y con mucho esfuerzo, empieza a ponerse en pie tras él.

## 12

El limpiaparabrisas aparta el agua que cae en cascadas sobre la luna delantera del todoterreno que, entre sacudidas y con la sirena puesta, recorre la calle que se encuentra entre las dos orejas de zorro que pueden distinguirse en el mapa de Ansó. Deja atrás Arribo y pasa de largo al Calle Mayor, aunque ve un coche volcado y una mujer desnuda que, armada con dos subfusiles, dispara como si aquello fuese el mismísimo Apocalipsis. Utiliza el freno de mano para detenerse con un derrape frente a una de las casas más cercanas a la salida de Ansó y salta del vehículo, corre bajo la lluvia y golpea con el puño una de las puertas. Lázaro Seoane aguarda unos segundos hasta que Joaquín Pastor abre, con el miedo en los ojos y los labios moviéndose sin saber qué palabras pronunciar. Es Carolina Charfolé, situada detrás de él, quien consigue hablar.

-¿Qué está pasando, teniente?

Los dos miran con inquietud el subfusil que cuelga del hombro de su superior.

-Se ha desatado el caos en el pueblo – explica, tratando de mantener la compostura a pesar de los disparos que eclipsan los truenos de la tormenta -. No sé si es una guerra de bandas o un ajuste de cuentas, pero están matando a todo el mundo. Tenemos que recuperar el control.

-¿Pero cómo? - suelta Joaquín.

-Lleva toda su puta vida entrenándose para un momento como este. Estamos en guerra. Vamos ahí, acabamos con los malos y rezamos porque no haya más bajas colaterales. Ya he pedido refuerzos desde el cuartel, pero por ahora mis únicos hombres sois vosotros.

-¿Y mi hermano?

-No consigo contactar con él. ¡Venga, en marcha!

-¡No tenemos armas! - advierte Carolina.

-El puto coche está lleno de ellas – dice, caminando ya hacia el vehículo -. ¡Moveos, antes de que reduzcan el pueblo a cenizas!

## 13

-¡Olvida a Trista! - grita Oppenheim por el comunicador -. ¡Miriam Saavedra está aquí, en la Calle Mayor, y si no nos la cargamos va a matarnos a todos!

Se asoma por uno de los ventanucos y, tras comprobar que Néstor Sangalli ha desaparecido, dispara con la pistola del guardia civil hacia el coche volcado. A Miriam se le han unido dos hombres; un tipo elegante que debe ser su consejero, David Vaquero, y que sostiene un revólver, y Amane, la bestia de Saavedra que, parapetado tras uno de los vehículos aplastados por el Hummer, espera su momento para cargar contra el único superviviente del *Siresa*.

No consigue alcanzar a Miriam, pero la mujer aprieta los gatillos de sus subfusiles y las balas entran por el ventanuco un segundo después de que Oppenheim se agache. La ráfaga destroza los atrapasueños y abalorios que cuelgan de las paredes y, junto a las botellas de cristal alcanzadas, caen en una lluvia de alcohol y madera al suelo.

-¿Y tú quién coño eres? - le grita Saavedra -. ¿Un nuevo amigo de Sangalli? ¡Sal y da la cara y seré compasiva contigo!

<<Por supuesto que lo serás>>, piensa Oppenheim.

Se incorpora, dispuesto a disparar y, en ese momento, atisba un resplandor en lo alto del campanario. Un segundo después un proyectil atraviesa el costado de Miriam y la mujer, con un grito ensordecedor, cae al suelo disparando ráfagas hacia el cielo. Oppenheim imagina precipitarse desde las nubes un montón de ángeles alcanzados y, desde su posición, se dispone a abatir a esa psicópata, lo que sin duda será todo un logro en su carrera como mercenario, pero los disparos de David Vaquero le obligan a esconderse de nuevo.

A través del amplio ventanal observa la llegada de un coche de la Guardia Civil que, con un brusco giro, queda transversal en lo alto de la calle. De su interior salen dos hombres y una mujer, sólo uno de ellos vestido de uniforme, y utilizando el todo terreno como cobertura se unen a ese festival de violencia descontrolada. Uno de ellos, rubio, alto y delgado, mira hacia el interior del *Siresa* y descubre a Oppenheim entre los muertos.

-¡Hombre armado, hombre armado! - anuncia, y a su voz le sigue un trueno. Inmediatamente, aquel gilipollas con ganas de convertirse en el héroe del día, empieza a dispararle. Oppenheim se desliza por encima del mostrador y cae al otro lado. Si quedaba alguna botella intacta, las balas del guardia civil se encargan de destruirla.

-Diablos – gruñe Oppenheim, y se lleva el dedo al intercomunicador de su oreja -. Layla, cariño, tengo a unos agentes de la ley acorralándome en el *Siresa*. Necesito que te deshagas de ellos.

-Entendido.

Da gusto tener compañeros tan entregados.

Lázaro Seoane intenta entender lo que está pasando. Hay un Hummer volcado y, junto al Hummer, una mujer desnuda que intenta ponerse en pie con ayuda de un hombre trajeado. Muy cerca, tras un vehículo, un bulto irreconocible de pieles de animales. Una chica pelirroja está muerta frente al *Siresa*, con una escopeta en las manos, hay un coche negro aplastado a un lado y un socavón, fruto de un explosivo, en plena Calle Mayor. Dentro del bar se esconde un tipo al que Joaquín Pastor está disparando, mientras que Lázaro y Carolina se concentran en intentar alcanzar a la mujer herida y a su acompañante. Seoane intenta comprender todo eso pero le resulta imposible, sobre todo teniendo en cuenta que, mientras su cerebro trabaja a plena potencia, no puede dejar de apretar el gatillo.

Una de las ventanillas del todoterreno se hace trizas y Carolina Charfolé sale

despedida hacia atrás y cae con los brazos extendidos en el suelo de piedra mientras la sangre empieza a brotar desde su estómago. Joaquín lo ve, la llama por su nombre como si eso pudiera salvarla, y corre hacia ella, abandonando la cobertura.

-¡Mi hijo! ¡Mi hijo! - chilla Carolina con voz burbujeante.

<<Mierda>>, piensa. Y eso es lo único que comprende. Que Carolina está embarazada. Con un rugido de rabia él también abandona el parapeto y retrocede para ayudarla.

15

-¿Un francotirador? - pregunta Miriam Saavedra, mirando hacia el campanario -. Eso es jugar muy sucio. Vaquero, dame el Destructor.

Mientras su consejero se acerca a una de las puertas laterales del Hummer volcado y rebusca en su interior, Miriam suelta ambas armas y se cubre la herida con una mano. La sangre cae entre sus dedos. La bala le ha atravesado de lado a lado, y eso es bueno, porque no le hace ni puta gracia tener esquirlas de proyectil dentro de su organismo. Se vuelve hacia el coche de la guardia civil y frunce el ceño al comprobar que no llegan disparos desde ahí.

-¡Amane! - lo llama como a un perro -. Ve a comprobar qué les pasa a esos hijos de puta y demuéstrales que ahora, en este pueblo de mierda, la ley la dicto yo.

Amane sale de su escondite y echa a correr hacia el todoterreno. A Miriam le habría gustado ver cómo los mata, pero justo entonces David Vaquero se incorpora y le tiende un RPG-7, un lanzacohetes anti-tanque de siete kilos ideado por la unión soviética y listo para destruir y reducir a cenizas a cualquier gilipollas que se atreva a disparar a Saavedra. La mujer se lo echa al hombro y reprime un gemido de dolor. Su cuerpo herido tiembla, pero la lluvia limpia la sangre de su piel, aunque ésta no deja de brotar del orificio de su costado. Apunta hacia el campanario, activa el RPG-7 y sigue el recorrido del misil hacia la iglesia con la mirada.

-Delirante – susurra.

16

El misil vuela hacia ellos como una estrella fugaz cargada de odio al encuentro del niño Jesús. Layla se desprende de su rifle, mira a Théophile, que está agazapado junto a la campana, con el portátil sobre las piernas (lo suyo no es entrar en acción) y grita con todas sus fuerzas:

-¡Salta!

Sin embargo, sabe que no le va a dar tiempo a cumplir su orden desesperada. Layla se precipita al vacío, sus dos coletas dando latigazos al aire, y siente el misil pasando por encima de su cabeza. El campanario estalla por encima de ella y la bola de fuego le quema la piel y el cabello y la arroja con mayor violencia contra el suelo. Cae sobre su brazo y oye claramente por encima de la explosión como su hueso se parte en dos. Aúlla de dolor cuando una lluvia de escombros cae sobre ella y consigue darse la vuelta para ver cómo la iglesia se desmorona, la torre viniéndose abajo y el tejado hundiéndose. Un fragmento de fachada le aplasta el pecho y su pequeño cuerpo se convulsiona, escupiendo sangre sobre la roca. Intenta volver a aullar, pero tiene los pulmones comprimidos. Deja caer la cabeza hacia atrás, apoyándola en el suelo y, a través de sus ojos enrojecidos por las lágrimas y el polvo, distingue entre las ruinas una pierna cercenada que, sin duda, pertenece a Théophile. El pie apuntando al cielo resulta casi cómico. Layla tose y escupe más sangre. Un par de metros más allá ha caído su rifle y estira el brazo, intentando alcanzarlo para proporcionarse una muerte digna y rápida, pero está demasiado lejos. Desesperada, se retuerce bajo los cascotes

de la Iglesia, que ha permanecido siglos en pie hasta que una multitud de locos han decidido pasearse por el pueblo, pero está inmovilizada.

<<Un puto lanzacohetes>>, piensa, deseando que la muerte le llegue cuanto antes. Sabe que la mayoría de sus órganos estarán destrozados y que le aguarda una lenta agonía antes de abandonar ese puto mundo. <<Eso es jugar muy sucio>>.

17

-¡Hijo de puta! - grita Víctor Bastida, entrando en la casa en el mismo momento en que Pablo se dispone a abrir las puertas de cristal del balcón. El chico se da la vuelta, dispara y erra el tiro, y la bala que le dedica el escritor le roza la oreja y abre un agujero en el cristal.

Pablo se abalanza contra el hombre y le hunde la cabeza en el estómago, empujándolo contra una pared. Las pistolas caen al suelo, Víctor grita de dolor y le sacude con los puños en ambos lados de la cara, luego le propina un rodillazo que le aplasta la nariz y lo empuja para apartarlo de sí. Pablo, atontado, intenta no perder el equilibrio pero en cuanto parpadea tiene a Bastida saltando sobre él. Caen sobre una mesa de vidrio que se hace pedazos bajo su peso, se cogen el uno al otro, se golpean. La sangre salpica a un lado y a otro y en apenas unos segundos ambos escritores están enzarzados en una pelea donde reciben sin ser conscientes del dolor y golpean a ciegas. Pablo agarra uno de los cristales rotos e intenta clavárselo en el ojo a Víctor, pero éste le coge la muñeca con una mano y, con el otro brazo, le oprime el cuello contra el suelo, arrodillado sobre su estómago.

-¡Maldito hijo de puta, niñato perdedor! - le escupe a la cara -. ¿Pensabas que podías robarme a mi mujer? ¿Pensabas que podías hacerla tuya, convertirte en su amiguito y que decidiera no volver a casa? ¿O simplemente querías encadenarla y follarte lo que es mío?

Con un alarido de odio, Pablo lo empuja y se lo quita de encima. Se pone en pie, le golpea con la punta del zapato en la entrepierna y, al tiempo que Bastida se retuerce de dolor, él recoge una de las pistolas y le apunta directamente a la cara.

-¿Crees que yo soy el malo en todo esto, Bastida? - le contesta -. ¡Yo sólo quería ser libre! ¿Y sabes una cosa? Tu mujer también. He hablado con ella. Sé la clase de persona que eres, sé lo que haces; eres un maldito malnacido y voy a acabar contigo para que ella pueda ser libre.

-Todo muy bonito, chico, pero no me cuentes historias porque yo soy el escritor aquí.

Con un rápido movimiento, Bastida lanza la mano contra la otra pistola que hay en el suelo y dispara. El tobillo de Pablo revienta y el chico cae sentado al suelo y también aprieta el gatillo. Una amapola de sangre se abre en el pecho de Bastida, que mira la camisa ensangrentada y utiliza sus pies para, aún sentado, retroceder y poner un poco de distancia entre él y Pablo.

-Hijo... hijo de puta...

-Te repites mucho para ser un escritor de éxito.

Ambos se apuntan mutuamente, con los dedos engarfiados en sus gatillos, pero parece que ninguno se decide a iniciar el tiroteo que, saben, va a acabar con los dos muertos. Al final es Víctor quien, con un grito, dispara primero, alcanzando a Pablo en el hombro, y después dispara el chico, y los fogonazos de luz destellan en el salón mientras la niña chillaba en el baño. Y están tan concentrados en matarse que no oyen a Trista entrar corriendo (con un gesto de sufrimiento debido a que cada paso es un latigazo de dolor desde su pantorrilla), suplicando que se detengan. No ven como Trista llardía, antes conocida como Sunny Heart, intenta interponerse entre ellos para que dejen de disparar y una de las balas, procedente de alguna de las dos pistolas, le atraviesa el muslo y la hace caer de rodillas entre ambos. Tan concentrados están en matarse que

siguen, a pesar de todo, apretando el gatillo y los proyectiles atraviesan el cuerpo de Trista desde un lado y desde otro, haciendo que se sacuda al compás del odio mutuo, y esas balas manchadas con la sangre de la mujer que aman acaban en el pecho, en el estómago y en los brazos tanto de Bastida como de Pablo. No es hasta que se vacían ambos cargadores cuando los dos, empapados y al borde de la muerte, ven al fin la mujer que hay entre ambos, caída de rodillas, con las palmas de las manos como apoyo. La sangre se desliza por su cuerpo y cae desde sus labios. Tiene un agujero en la mejilla, la camisa hecha jirones y su interior parece estar derramándose desde una grieta que uno de los proyectiles ha abierto en su estómago. Sus ojos azules se vuelven, primero hacia Víctor, luego hacia Pablo y por último miran hacia la terraza, hacia la libertad que se esconde al otro lado. Y con un último estertor, Trista llardia se derrumba, el rostro vuelto hacia Pablo.

Y los dos escritores empiezan a llorar, a gritar de pura locura, a escupir sangre y a retorcerse conscientes del castigo al que han sido sometidos. Víctor Bastida es el primero que, tras una breve sacudida, queda inerte, con la cabeza ladeada y los párpados cerrados. La pistola aún humeante cae a su lado y así termina todo.

Para Pablo, el dolor dura un poco más. Llora, y su llanto hace estremecerse a la niña que se esconde en el lavabo. Intenta moverse pero la mayor parte de sus músculos están lacerados. Al final se conforma con ver su reflejo en los ojos azules de la mujer que ama. De la mujer a la que, no Leo sino él, ha matado.

-Perdón... - suplica, las lágrimas cayendo por sus ojos. Pero no sólo le pide perdón a ella. Le pide perdón a sus amigos, a los que ha arrastrado a esa pesadilla. Le pide perdón a todo aquel que esté muriendo ahí fuera. También se pide perdón a sí mismo, por haberse dejado llevar por una idea equivocada -. Lo... - la sangre cae desde sus labios -. Lo siento mucho...

Extiende el brazo hacia Trista, pero su último pensamiento lo dedica a sus amigos y reza a cualquier dios que quiera escucharlo para que salgan con vida de ahí. Entonces su brazo cae inerte y sus ojos se apagan, y el llanto de la niña acompaña aquella escena de desolación, con dos hombres muertos, uno a cada lado de una mujer acribillada.

18

-¡Maldita sea! - grita Oppenheim, quitándose el comunicador de la oreja y arrojándolo al suelo. No hay señal al otro lado, lo cual significa o un fallo técnico o, lo más probable, que todos sus hombres están muertos.

Ve pasar a la bestia de Saavedra, ese hombre cubierto de pieles de animales, por delante del ventanal, directo hacia los guardias civiles que, por alguna razón (tal vez también están muertos) han dejado de disparar. Y decide aprovechar esa oportunidad. Pasa por encima del mostrador y sale corriendo del bar. Salta el cuerpo de la chica pelirroja y, sin entretenerse a mirar a los lados, se interna por el mismo callejón por el que, minutos antes, cuando toda esa locura se ha desatado, se ha escapado Enzo Carbonell.

19

-Hay que tapparla con algo – musita Joaquín Pastor, cubriendo el vientre de su prometida con las manos -. Con una manta, hasta que llegue la ambulancia. Hay que sacarla de aquí, ponerla a salvo, y cuando llegue el helicóptero...

Lázaro Seoane aparta la mirada de la Iglesia que se está derrumbando al otro lado del pueblo y mira a la pareja.

-Ha muerto – le dice a Joaquín.

-¿Qué?

La lluvia cae a su alrededor y arrastra la sangre entre las piedras de la avenida. Carolina Charfolé no se mueve. Tiene los ojos inundados de agua y la boca entreabierta y su pecho ha dejado de subir y bajar.

-Ha muerto – repite Lázaro con un nudo en la garganta.

-¡No! ¡Eso no puede ser! ¡Íbamos a casarnos, a tener un hijo, no...!

<<Todo el mundo muere>>.

Joaquín Pastor no tiene tiempo de seguir lamentándose porque, repentinamente, un hombre cubierto con pieles de animales salta sobre el techo del todoterreno de la Guardia Civil y desde ahí se abalanza sobre los dos hombres, descargando con fuerza un machete afilado que hunde en el hombro de Joaquín, abriéndole una grieta hasta el corazón. Él mira a su asesino como sorprendido y Lázaro se incorpora, levanta el subfusil y, al tiempo que aprieta el gatillo, aquella bestia primitiva e inhumana arranca el machete del cuerpo de Pastor, que cae sin vida junto al de su amada, y traza un arco vertical que rasga la garganta del teniente. La ráfaga de balas arroja al monstruo contra la fachada de una casa y Lázaro retrocede, con una mano en el cuello. Intenta decir algo, pero la sangre inunda su garganta y sus pulmones. Se está ahogando en sus propios fluidos.

Su asesino intenta incorporarse, pero está herido. Mientras se tambalea, Lázaro fija su mirada en los ojos bicolor de aquel psicópata, uno azul y el otro verde, y ve en ellos la misma esencia de la violencia y de la muerte que arranca la vida de los inocentes. Ve el odio, la rabia y la demencia, ve los ojos de quienes mataron a su familia, de quienes han matado a cada persona en cada lugar del mundo a lo largo de la Historia. Y en honor a todos esos muertos que se amontonan sobre la misma esencia de la humanidad desde que el hombre es hombre, Lázaro utiliza las fuerzas que le restan para apretar una vez más el gatillo y destrozarse a disparos el rostro de aquella criatura. El cuerpo envuelto en pieles se sacude y luego se queda inmovilizado, inerte, con la tez reducida a una pulpa sanguinolenta.

Lázaro Seoane cae al suelo. Con un gemido, libera su herida y deja que la sangre fluya a raudales y, poco a poco, se encoge en posición fetal. Cuando su último aliento lo abandona, se dispone a encontrarse al fin con su familia, que tantos años lo ha estado esperando.

20

-Amane ha muerto – informa David Vaquero, mirando hacia lo alto de la Calle Mayor. Miriam Saavedra ha arrojado el lanzacohetes a un lado y ahora, con un quejido, se agacha para recuperar sus subfusiles. Mira el cuerpo de Amane, apoyado contra una pared, y sólo lo reconoce por las pieles manchadas que utiliza como prendas. Chasquea la lengua.

-No importa, ya encontraremos a otro psicópata divertido como él – la mayor parte de la gente se ha escondido en sus casas, dejando la calle vacía -. Parece que ya no hay ningún gilipollas disparándonos y seguramente Sangalli esté desangrándose en algún rincón de este bonito pueblo. Es hora de recuperar mi dinero. En marcha.

Y ambos empiezan a caminar, ella con una leve cojera, hacia el punto donde confluyen las tres avenidas principales de Ansó.

21

-¡Carbonell!

La figura que avanza al final del paseo Chapitel, junto a la panadería, a punto de girar la esquina hacia la Iglesia derruida se detiene. Oppenheim, que se encuentra en el otro

extremo, apunta con su pistola a ese hombre alto y esbelto, envuelto en su gabardina negra, y observa sus movimientos mientras gira sobre sus talones para contemplarlo con unos ojos que, a pesar de la distancia, Oppenheim ve que son pequeños y fríos. Enzo lleva la pistola con silenciador en una mano, pero no la levanta.

-¿Quién diablos eres tú y por qué conoces mi nombre? - grita.

Oppenheim se arregla el cuello de la camisa y camina parsimoniosamente calle abajo, sin prisas. Los disparos han cesado, pero sabe que aún habrá tiempo de más tiroteos. La cifra de muertos va a dar mucho de que hablar en los próximos meses.

-Es bueno conocer a los compañeros de profesión – contesta, levantando la voz -. ¿Qué haces aquí, Enzo Carbonell? ¿Tú también estás detrás del dinero?

-No tengo por costumbre hablar de mis contratos con desconocidos – replica el asesino. A pesar de que Oppenheim, que cada vez está más cerca, representa una obvia amenaza, él no hace ademán de apuntarle con la pistola o de intentar parapetarse detrás de un coche.

-Creo que vas detrás del dinero – continúa Oppenheim -, lo cual te convierte en mi enemigo. Pero ya he perdido a muchos amigos hoy, lo que ha ocurrido en este pueblo del demonio es una masacre sin precedentes. Necesito hombres. Hombres como tú. Sólo tienes que romper ese contrato que te ata y podremos salir juntos de este pueblo convertidos en millonarios.

Enzo ríe sin ganas.

-Hoy ya he comprobado que no se me da bien trabajar en equipo. Lo siento, pero tengo que denegar tu oferta.

Oppenheim chasquea la lengua.

-Lamento oír eso.

La sombra negra que es Enzo se lanza a un lado, pero Oppenheim aprieta el gatillo cuatro veces y no falla ningún disparo. Tarda un segundo en darse cuenta de que esa sombra no es Carbonell, sino la gabardina, que ha arrojado a un lado y que ahora flamea en el aire, agujereada, antes de caer al suelo. Ese segundo es vital para que Enzo dispare. La rótula de Oppenheim se hace pedazos y el hombre cae de rodillas al suelo. El dolor le atraviesa como un hierro al rojo vivo, grita y dispara, pero la bala apenas roza a su enemigo. Enzo Carbonell corre hacia él y le propina una patada en la cara que le desencaja la mandíbula, le hace saltar varios dientes por los aires y le parte la nariz y, antes de que pueda recuperarse, se pone a su espalda y lo coge del cabello engominado mientras le rodea con un brazo la garganta.

-¿Te envía Gálvez? ¿Te ha enviado a matarme?

Oppenheim se retuerce, intenta alcanzar la pistola que ha soltado tras el golpe, pero Enzo le clava la rodilla en la espalda.

-Eres... - gime -. Eres tan bueno... - apenas puede hablar por culpa de la mandíbula, que le cuelga como la de un juguete roto -. Tan bueno como dicen...

-Estoy acostumbrado a ser yo el que mata a otras personas, no a que otras personas intenten matarme, así que contesta. ¿Te envía Gálvez?

-Nos ha contratado Bastida, para salvar a su mujer – contesta, con esfuerzo.

Enzo le ahoga aún más.

-¿Ese escritor ha contratado a un mercenario?

Oppenheim tose, intenta liberarse de nuevo pero no lo consigue. Comprende que está a merced de Enzo Carbonell. Que ese hijo de puta lo ha engañado con un simple movimiento y, por tanto, ha vencido. Los duelos como ese no suelen ser largas partidas de ajedrez donde prima la estrategia. Ha cometido un breve error, tal vez el primero de toda su carrera, y sabe el precio con el que se paga su pecado.

-Eres bueno... - insiste -. Pero seguro que tienes un punto débil. Tu hijita, ¿verdad? - ríe, consciente de que está disfrutando de sus últimos segundos -. Esa pobre cría seguro que es tu talón de Aquiles...

Oye el grito de Enzo y luego siente como su propio cuello se parte. El mundo da un bandazo a su alrededor, se pone de medio lado y la cabeza de Oppenheim, tan desencajada como su mandíbula, se estrella contra el suelo. Con la lengua fuera y los ojos apagándose, ve las botas de Enzo Carbonell, que se alejan.

22

Un trueno hace temblar las paredes de las colonias. Ángela recoge la bolsa con el dinero, se echa la correa al hombro y, tras echar un vistazo por un ventanuco, se acerca a Jorge, que está sentado en el suelo, con la espalda manchada de sangre. Está pálido y sudoroso. Necesita ayuda cuanto antes, aunque los niños escondidos detrás de los muebles y los monitores no parece que vayan a proporcionársela.

-El campanario, desde donde creo que nos han disparado, está destruido – anuncia -. Y hace un rato que no se oyen disparos. Quizá sea seguro salir.

-Tenemos que encontrar a Pablo y Leo – gime Jorge.

-Tranquilo. Los encontraremos. ¿Puedes...?

Una voz de mujer se hace oír por encima del ruido de la lluvia.

-¿Dónde está mi dinero? ¿Dónde están aquellos que me han robado? - clama -.

¡Entregádmelos y yo limpiaré toda lágrima de vuestros ojos y no habrá más muerte, ni existirá ya más lamento ni clamor ni dolor! ¡Las cosas anteriores habrán pasado y todos tendremos una oportunidad de seguir adelante! ¡Si en cambio cometéis el pecado de esconderlos, montaré sobre mi caballo rojo y quitaré la paz de esta tierra y haré que os degolléis unos a otros, porque mi nombre es Guerra y he decidido cabalgar sobre vuestro pueblo!

Ángela regresa al ventanuco y ve pasar, muy despacio, a dos personas. Una es un hombre con traje y el pelo peinado hacia atrás que, con una pistola entre las manos. La otra es una mujer, desnuda, con la piel llena de sangre y lluvia y el cabello azabache derramado sobre sus hombros. En sus ojos, la locura. Poseedora de una belleza letal, camina descalza, empuñando dos subfusiles.

-¡Hablad o reduciré hasta la última casa de este lugar a cenizas! - ruge.

Ángela mira a Jorge, que niega despacio con la cabeza. Después se vuelve hacia los rostros asustados de los niños, que han empezado a asomarse de sus escondites y tiemblan de miedo y lloran. La extraña mujer, que tiene el cuerpo cubierto de tatuajes, repite su amenaza y Ángela, el rostro descompuesto, mira de nuevo a Jorge.

-No lo hagas – le dice él.

Pero lo hace. Abre la puerta y asoma la cabeza, manteniendo una mano sobre la empuñadura.

-¡Yo tengo tu maldito dinero! - exclama.

Su voz hace que la mujer se detenga en seco y, muy despacio, se vuelva hacia ella. La estudia con su mirada clara y lo que ve le hace soltar una carcajada.

-Eres una chica valiente – Ángela lo duda, porque está temblando. Un terror incontrolable se está apoderando de cada resquicio de su alma -. Es hora de que purgues tus pecados. Sal aquí fuera, deja mi dinero y todo esto podrá terminar.

-¿Nos dejarás con vida? - pregunta Ángela, tragando saliva.

La mujer aguarda unos instantes antes de contestar:

-No puedo perdonar a los que me habéis robado. Os mataré, uno a uno, pero dejaré en paz a vuestras familias. Después recuperaré lo que es mío y me marcharé de este pueblo y dejaré atrás la sangre que corre por sus calles. Nadie más sufrirá ningún daño.

-¿Cómo sé que no le harás nada a toda esta gente?

-No puedes saberlo. Pero esto se basa en la confianza.

-No me hagas reír – murmura Ángela.

La mujer da un paso al frente y apunta con ambos subfusiles hacia la puerta.

-Ahora sé donde te escondes, y por lo que veo has decidido refugiarte en una colonia infantil cristiana. Pero los brazos de Dios no podrán protegerte, porque yo camino a la par que la Muerte y la llevo ahí donde voy, e incluso los mismos ángeles huyen a mis pasos. Nada me impide prender fuego a esta casa; estoy dispuesta a perder mi dinero a cambio de convertir este lugar en un infierno que honre todo cuanto he hecho. Así que dejo la decisión en tus manos, muchacha. Pero si has sido lo suficientemente valiente para robarme, espero que también lo seas para postrarte ante mí y aceptar tu destino.

Ángela se aparta de la puerta y, con ojos llorosos, mira a Jorge.

-Está loca – susurra él -. No lo hagas. No lo hagas, Ángela, por favor...

-Escóndete. No dejes que te atrape.

Y Ángela abre la puerta y sale al exterior, los brazos en alto, la bolsa con el dinero colgando de su hombro. Deja la pistola a la vista, para demostrar a esa salvaje que no tiene ninguna intención de jugársela, y la mujer sonrío y dirige los cañones de ambos subfusiles hacia ella.

-Tienes agallas. Espero que te reciban como es debido en la otra vida.

No es Dios quien la salva. No hay ninguna divinidad atenta a lo que ocurre en aquel pueblo marcado por la tragedia que quiera salvar a esa chica que no acaba de asimilar que va a morir. Su nueva oportunidad, tal vez la última, llega en forma de unos disparos de metralleta desde la Calle Mayor y de una voz enajenada que grita con una fuerza imposible:

-¡Hija de putaaaaa!

23

-¡Hija de putaaaaa!

Néstor Sangalli corre Calle Mayor abajo, con la metralleta que ha tomado prestada del interior del Hummer volcado saltando entre sus manos, disparando en dirección a Miriam Saavedra y su consejero, que se han detenido por alguna razón frente a una de las casas. Grita y se deja llevar, inconsciente del movimiento de sus piernas, con el único deseo de acribillar a esa zorra. Su único ojo apenas la distingue a través de la lluvia pero sabe que es ella, sabe que es la mujer que tantos problemas le ha dado, que mató a Montenegro y que le dejó reducido a lo que es ahora. A pesar de no llevar el bastón, es la locura lo que le sirve como apoyo. Corre y dispara como si toda la vida fuese una carrera mortal hacia ninguna parte y tanto Vaquero como Miriam se parapetan en un flanco de la Casa Encantada y Saavedra se asoma y dispara con uno de sus subfusiles.

Las balas le destrozan los dedos de la mano izquierda y la metralleta salta por los aires. Néstor Sangalli tropieza con sus propios pies y cae frente a las puertas abiertas de la Casa Encantada. Se raspa las manos contra la piedra y el dolor regresa en una brutal oleada.

-¡Maldito cabrón! - exclama Miriam, y vuelve a dispararle.

Sangalli rueda a un lado, se incorpora como buenamente puede y entra en la vivienda. Cae, vuelve a levantarse, atraviesa en una cadena de torpes tropiezos el vestíbulo en penumbra y, cuando está a punto de subir por las escaleras, sin tener muy claro donde va a esconderse, escucha disparos detrás de él y una docena de pequeños proyectiles le atraviesan las caderas. Néstor hace un gesto extraño, como el de un bailarín que intenta llevar a cabo una pieza muy complicada, se apoya en la barandilla y, roto, cae boca arriba sobre los escalones de madera, que se le hunden en la espalda, aunque ya siente tanto dolor que un poco más no significa nada. Gime, agonizante, y ve a Miriam Saavedra en el umbral, con las metralletas humeantes todavía en las manos.

-Intenta coger una de tus granadas y te juro que tus sesos estarán esparcidos por el suelo antes de que tengas tiempo a mover uno de los dedos que te quedan.

Néstor ríe, se retuerce. No tiene ni siquiera fuerzas para intentarlo. Miriam Saavedra se acerca a él, pone un pie entre sus piernas y, con una sonrisa triunfal, se inclina sobre su cuerpo destrozado. Sangalli se plantea escupirle a la cara, pero ni para eso le quedan energías.

-Te di la oportunidad de marcharte, y me mentiste – le dice, acercando tanto sus labios que podría besarla -. Has intentado matarme. Eres un mentiroso.

Néstor dice algo, pero las palabras se le mezclan en la boca.

-¿Qué?

-Sí... - articula, al fin -. Soy un mentiroso.

Clava su único ojo en la mirada azul de Miriam Saavedra. Aún con todo es tan hermosa. Se permite sonreír.

-Soy un mentiroso – repite -. No... No fue Jeremías Valcárcel quien nos dio la información sobre tu banco. No fue él quien pretendía... derrocarte...

-¿Qué?

Por primera vez, Néstor Sangalli ve en el rostro de su enemiga una sombra de sorpresa, miedo y súbita comprensión. Por desgracia, no dura mucho. Tres disparos resuenan en el vestíbulo y tres veces se sacude el cuerpo de Miriam. Una de las balas emerge de su pezón izquierdo y se hunde en el estómago de Sangalli. Una más para su colección.

Miriam cae sobre él y un borbotón de sangre escapa de su boca. Néstor gime y la mujer gira sobre sí misma y cae tumbada a su lado, respirando entrecortadamente, dejando a la vista a aquel que le ha disparado.

David Vaquero.

-Tú... - gimotea Saavedra -. Hijo de perra...

-Gracias, Néstor – dice él -. Sin tu pequeña ayuda en el motel, este desenlace no habría sido posible.

<<Un placer>>, piensa Sangalli. A su lado, Miriam se retuerce. Los subfusiles descansan a su lado, pero los proyectiles le han alcanzado en puntos críticos y apenas puede moverse.

-¿Por qué...? - barbotea -. ¿Por qué tú?

-Porque eres una puta chiflada que está hundiendo en la miseria a nuestra organización. Porque tu locura te impide mantener unidos a tus hombres y vas a acabar llevándonos a todos a la ruina o a la tumba – David Vaquero, el ceño fruncido, da un paso al frente -. Jeremías tenía razón, pero Valcárcel sólo era un vejestorio que nunca se atrevería a plantarte cara, y su palabrería de poco me iba a servir. Y si no te maté antes, zorra, fue porque tenías cerca a esa bestia tuya. Pero con Amane muerto y tú dándome la espalda, las cosas se han simplificado demasiado. Si te sirve de algo, disfruté como un dios follando contigo, y me encantaría volver a hacerlo, pero ahora tengo que recuperarmidineró. Ve con tu familia, Saavedra.

Aprieta el gatillo y un agujero ensangrentado aparece entre los pechos de la mujer, que crisper los dedos y gime de dolor. Néstor, por un instante, piensa que Vaquero va a ahorrarles a ambos el sufrimiento y que va a matarlos ahí mismo, pero quien es un hijo de puta no deja de serlo en ningún momento así que, con una sonrisa condescendiente, el hombre gira sobre sus talones y sale de la vivienda.

Miriam Saavedra se retuerce, gime y escupe sangre. Néstor la mira con su único ojo y ve que tiene miedo a la muerte. Y, en contra de lo que podría esperar de sí mismo, siente pena.

-Qué putada, ¿eh? - susurra.

-Te... te... - al toser, un montón de líquido rojo escapa de la boca de la mujer. Está temblando como si la casa fuese de hielo -. Tengo frío... - musita -. Abrázame, por

favor...

-¿Qué?

-Sangalli... tengo frío...

Con un gesto de dolor, Néstor se vuelve hacia ella y consigue rodear su frágil cuerpo con un brazo. Miriam se encoge y se mueve un poco, como lo haría una niña pequeña que no consigue conciliar el sueño. Empapado en sangre, Néstor la estrecha contra su cuerpo tanto como le es posible y su camisa se moja con las lágrimas de ella.

-¿Sabes qué, Miriam? - le dice al oído, haciendo un esfuerzo sobrehumano por hablar - . Soñaba con coger tu dinero y largarme lejos, a algún paraíso tropical. Me habría... me habría gustado acabar mis días sentado en una playa, viendo el mar y el sol hundiéndose en el horizonte. He visto el mar pocas veces... pero me encanta. Siempre he querido vivir junto al mar, fumar una pipa mientras veo cómo...

Se da cuenta de que Saavedra ha muerto entre sus brazos. La estrecha con más fuerza, apoya la cara sobre la suya y cierra los ojos. Y en la oscuridad, empieza a escuchar el sonido de las olas rompiendo contra la orilla. Durante sus últimos segundos de vida, tendido junto a la mujer que ha odiado, consigue cumplir su sueño.

## 24

Aprovechando la confusión que ha creado aquel desconocido pegando tiros, Ángela obliga a Jorge a levantarse y, cargando con él y con la bolsa, sale de las colonias. Oye disparos dentro de su propia casa, así que con un poco de suerte esa panda de lunáticos se estará matando entre sí.

-¿Hacia dónde vamos? - pregunta Jorge, moribundo.

-Lo más lejos posible.

Ángela obliga a Jorge a moverse rápidamente, a pesar de que éste está a punto de desmayarse. Se dirigen hacia la iglesia y, al pasar junto a los escombros, ven a una muchacha rubia con el pelo recogido en dos coletas y los ojos abiertos y muertos. Pasan de largo y empiezan a descender unas escaleras cercanas al templo en ruinas. Las escaleras descienden hasta el polideportivo y después sólo tendrán que atravesar la carretera e internarse en el bosque. Luego... luego ya se le ocurrirá algo. Cómo salvar la vida de Jorge, por ejemplo.

-Tenemos que encontrarlos... - repite su amigo con un hilo de voz.

-No sabemos si están vivos y ahora lo importante es salir de aquí. Venga, aguanta un poco más.

Van demasiado despacio, y el camino hasta el bosque los va a dejar expuestos. Cada escalón se convierte en una tortura para su compañero y al final Ángela, llorando de desesperación, prácticamente tiene que arrastrarlo. Siente que se le muere, que se le muere entre los brazos, pero tienen que continuar, sólo unos metros más, y habrán escapado de ese macabro escenario.

## 25

-Tengo que tomarte esto prestado - dice Vaquero, mirando el cadáver de la chica aplastada bajo los escombros, mientras recoge el rifle de precisión. Se dirige caminando hacia lo alto de unas escaleras que descienden hacia la carretera de entrada al pueblo y ve dos figuras atravesando el polideportivo.

Mientras comprueba el arma, piensa en lo que acaba de hacer. No va a engañarse. Le ha dolido matar a Miriam porque, en cierto modo, estaba *enamorado* de ella, de su locura. Por desgracia, el amor no es moneda de cambio en los negocios y la locura sólo sirve para follártela salvajemente en una pradera a la luz de la luna. La organización Saavedra merece a alguien mejor y, cuando David vuelva con el dinero y

unifique a su manera a todas esas franquicias que han optado por ir por libre, cuando deje la cabeza de Miriam sobre el escritorio y anuncie que hay un nuevo líder, él será esa persona.

Levanta el rifle y ajusta la mirilla. La chica rubia está cargando como puede con su amigo a través de la tormenta. Lloro y tira de él y puede ver como su boca se abre en silenciosos gritos.

-Enternecedor – dice. Y aprieta el gatillo.

## 26

Un chorro de sangre brota del pecho de Jorge y el muchacho pierde las fuerzas y cae de espaldas al suelo. Ángela grita, se deja caer de rodillas, balbucea palabras que ni ella misma entiende y, tirando de él, le suplica que se ponga en pie. Que siga adelante. El bosque se extiende al otro lado de la carretera. Están tan cerca de conseguirlo...

-¡Ángela! - balbucea Jorge mientras su camisa se torna roja. El orificio de salida de la bala humea y la joven puede ver el suelo a través de él. La carne de los bordes está ennegrecida y sangra, sangra muchísimo -. ¡Ángela!

-¡Tienes que moverte! - chillaba ella, la lluvia cayendo por su rostro -. ¡Tienes que moverte, por el amor de Dios, voy a sacarte de aquí!

Jorge la empuja para que retroceda y la mira con la consciencia de quien ha comprendido que va a morir. Ángela cae sentada al suelo y abre tanto los ojos que éstos están a punto de salirse de sus órbitas para huir de ese escenario de horror.

-¡Ángela! ¡Márchate! ¡Déjame, y huye! ¡Te quiero, Ángela, corre, márchate, marcha...!

La cabeza de Jorge estalla y salpica a Ángela, que cae hacia atrás, chillando. Intenta ponerse en pie, pero la visión del cuerpo muerto de su amigo le hace sentir que el mundo gira a toda velocidad a su alrededor y se cae al suelo. Se da cuenta de que hay una figura ahí, en lo alto de las escaleras. El hombre que ha matado a su compañero.

-¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta, hijo de puta, hijo de...!

Suena un disparo.

## 27

Enzo Carbonell ve como el cuerpo del hombre trajeado se sacude. Después, su víctima baja el rifle, muy despacio y, con dificultad, empieza a girar sobre sí mismo. Del agujero que se ha abierto en su espalda cae un pequeño chorrito de sangre que cruza su americana. Enzo mantiene en alto su pistola y el ayudante de Saavedra parpadea, atónito, y alargando mucho las palabras pregunta:

-¿Quién... diablos eres tú?

-Creo que eso ya no importa.

Enzo Carbonell aprieta el gatillo y la bala entra por el ojo derecho del francotirador y sale por su nuca. El tipo trajeado cae hacia atrás y se precipita por los escalones, rodando y rebotando contra la piedra como un fardo, hasta que se queda inmóvil a mitad de trayecto. Enzo guarda su pistola, recoge el rifle y apunta a través de la mirilla.

Ve el cuerpo del muchacho muerto en el polideportivo, con los brazos y piernas extendidos como si pretendiera hacer un ángel sobre una nieve que no existe. Alza un poco el arma y descubre a la chica rubia, cargando con el dinero, que se interna en la linde del bosque y corre a toda velocidad entre los árboles. Acaricia el gatillo. Podría acertar, pero las ramas, la lluvia y el viento juegan en su contra. En el último momento baja el rifle y suspira.

Ya hay muchos cadáveres en ese pueblo y, desde luego, las cosas se han ido a la mierda mucho más pronto de lo que habría imaginado. Mira la iglesia derruida y el riachuelo de sangre que el agua arrastra desde la Calle Mayor. Ahora que no se oyen

ni tiros ni explosiones, el pueblo está sumido en un silencio sobrenatural, como si todos sus habitantes se hubieran desvanecido, como si todas las personas que en él vivían no fueran más que fantasmas de un sueño que se ha tornado en pesadilla.

Muy pronto llegarán los helicópteros de la policía o, teniendo en cuenta el alcance de lo ocurrido, quizá acuda incluso el ejército. Enzo vuelve a mirar hacia el bosque, preguntándose cuanto tiempo de vida habrá ganado esa pobre chica. Piensa en Susana, piensa en su hija. Piensa en muchas cosas.

Después decide que ha llegado el momento de desaparecer.

## **EPÍLOGO** **CAER MUERTO**

1

Ángela entra en el baño del área de descanso e, indecisa, se acerca a la hilera de lavabos de cañerías desnudas y grifos sucios, dejando sus huellas sobre el revestimiento de humedad que cubre el suelo de baldosas. Todo el lugar desprende un hedor a desinfectante y a orín; hay un rollo de papel higiénico mojado tirado por el suelo y, de los cinco reservados que se alinean al otro lado de la estancia, uno no tiene puerta y la de otro está desencajada. La muchacha se apoya en uno de los lavabos y comprueba su imagen en el reflejo.

Se ha cortado el pelo hasta dejar que sus, poco antes, largos mechones rubios, le caigan ahora hasta la altura de las orejas. Suele llevar puestas gafas de sol pero se las ha quitado antes de entrar al baño, revelando unos ojos azules exhaustos. Está cansada. Agotada de huir. ¿Cuánto tiempo lleva escapando? Los dos primeros días en el bosque, atravesando zarzas y matorrales, fueron, en verdad, los más sencillos. Se levanta la camiseta para comprobar no sólo que ha adelgazado tanto que parece un esqueleto, sino que además las cicatrices permanecen ahí donde le azotaron las ramas y los tallos en su frenética carrera. Tras dos días de sobrevivir como una salvaje, aunque sobrevivir era un término bastante poco correcto, ya que simplemente se escondió, escuchó rugir a su estómago y tembló de frío y miedo por las noches, asaltada por las pesadillas de lo que acababa de vivir, consiguió salir de entre los árboles a una carretera secundaria mal pavimentada y parar un coche destartado que pasó al cabo de unos minutos. El anciano que conducía le preguntó que hacia dónde iba y ella dijo que no le importaba, que quería ir lejos. Lo más lejos posible.

-¿Has oído lo ocurrido en ese pueblo, Ansó, jovencita? - le preguntó el anciano al poco de empezar a moverse.

Ella negó con la cabeza.

-Una matanza. La cifra ronda los cincuenta muertos, aunque quizá hayan sido muchos más – sus dedos retorcidos trastearon con la radio, pero sólo se escuchaba estática -. Si este cacharro no fuera una basura, ahora podrías escuchar a la policía insistir en que todavía no tienen respuestas a las preguntas, tanto de los supervivientes, como de la prensa. Sólo se ha dicho que había una criminal de gran categoría implicada en el tiroteo que se organizó en plena Calle Mayor, pero por ahora...

En el fondo, Ángela sabía que el anciano sospechaba de ella. ¿Una joven que surge de entre los árboles, manchada de sangre y con una mochila al hombro (y una pistola escondida bajo la camisa) dos días después de que un pueblo cercano, situado al otro lado del bosque, sufra una escabechina atroz? No se necesitaba de una gran inteligencia para atar cabos. Sin embargo, el anciano condujo durante media hora hasta que detuvo el motor y dijo:

-Ya estamos, esa es mi casa. ¿Seguro que no quieres que te lleve un poco más?

-No es necesario – contestó ella, saliendo del coche sin olvidar su bolsa llena de dinero -. Muchas gracias.

-Buena suerte.

En realidad, los días difíciles llegaron a partir de entonces, cuando empezaron a resolverse muchas de las incógnitas que rodeaban a la matanza. Ángela permanecía ajena al mundo porque había perdido su teléfono móvil durante el caos y, además, no tenía ninguna intención de telefonar a su familia; así que se valía de cuanto proyectaban en las televisiones de algunos bares y publicaban en la portada de los periódicos que ella hojeaba en los kioscos para saber cómo iba la investigación. La primera agresora identificada fue una joven pelirroja llamada Susana Helguero, que

Ángela reconoció como la chica que había visto fuera del Ítaca, subida a un coche patrulla, disparando como una loca con una escopeta. ¿Cómo había llegado a Ansó? Poco después aparecieron las fotografías de la mujer desnuda con el cuerpo cubierto de tatuajes, Miriam Saavedra, acompañada por la imagen de tres hombres. A uno lo había visto junto a Miriam delante de la entrada a las colonias infantiles; de los otros dos nunca había tenido noticia. Las fotografías estaban encabezadas por el titular: *La cúpula de la peligrosa organización Saavedra ha sido eliminada*. Unas cuantas líneas hablaban de las actividades ilícitas a las que se dedicaban, y de cómo habían participado en un tiroteo en un motel de carretera cercano a Jaca. Una fotografía mostraba el edificio de las habitaciones agujereado por una bomba, que debía haber estallado en la habitación diez. La habitación donde ellos se habían alojado durante unas horas. Contemplar aquello hizo que le diera un vuelco el corazón. Les habían estado siguiendo la pista desde el principio, sólo que ellos no se habían dado cuenta hasta que fue demasiado tarde como para intentar buscar una salida. Y, en su recorrido hacia el pueblo, habían dejado tras de sí un rastro de cadáveres y desolación que, desde ese momento, Ángela cargaría sobre sus hombros.

Mientras la información iba apareciendo, ella se movía por todo el país, utilizando autobuses, pequeños trenes y tirando de autoestop. En un primer momento había pensado en atravesar la frontera con Francia, cercana a Ansó, pero descartó la idea. Si alguien estaba interesado en el dinero que llevaba consigo, podría seguirla al país vecino con gran facilidad y, además, después de los disparos y explosiones acontecidos, toda la zona, y especialmente el paso fronterizo, estaría plagada de policías. Por tanto su nuevo destino se encontraba al sur. Llegaría al estrecho que separaba España de Marruecos y ya buscaría la manera de cruzar y sobrevivir en el país árabe. No se trataba del paraíso que había soñado pero, con la fortuna que llevaba consigo, tal vez consiguiera vivir en condiciones durante el resto de su existencia.

Las fotografías de sus compañeros no tardaron en aparecer. Pablo García. Leonardo Gros. Jorge Laguna. Los tres en blanco y negro y con los ojos perdidos, como si mirasen algún punto más allá de la cámara, algo que sólo ellos comprendían. A su lado, una imagen muy similar de Ángela, con su nombre escrito en la parte inferior. Se les acusaba de la participación en el atraco al banco del Ítaca (la noticia añadía que había habido varias irregularidades en la identificación de los sospechosos, ya que los directivos del banco, a los que se estaba investigando por su estrecha relación con la difunta Miriam Saavedra, habían saboteado las grabaciones de seguridad). Según la prensa, los tres muchachos estaban muertos y la policía estaba buscando a Ángela Feijóo para que aclarara un poco los sucesos que desembocaron en aquella matanza. Era, oficialmente, una fugitiva. Así que se cortó el pelo y empezó a esconder sus ojos, aunque sabía que eran medidas un tanto superficiales. Antes o después, la acabarían encontrando.

Se mira en el espejo y se limpia las lágrimas que empiezan a caer por sus mejillas. Recuerda las palabras de Jorge, *esete quierodesesperado* antes de que la muerte lo alcanzara, y tiembla sólo de pensar en Saavedra, en Muchacho, en el francotirador que abatió a Jorge. Sabe que, seguramente, toda esa gente está muerta, pero no le importa. Siguen vivos en algún lugar de su cabeza, acechando, intentando volverla loca. Lleva más de dos semanas huyendo y ya ha llegado al sur de España, tras noches a la intemperie o en hostales repugnantes donde ni siquiera le pedían una identificación.

Ha sustituido la bolsa de deporte por una mochila escolar donde guarda todo ese dinero manchado de sangre del que, por una parte, quiere desprenderse por todo cuanto representa. Se aparta del espejo y entra en uno de los reservados, sólo para apoyar la mochila sobre el retrete, abrirla y comprobar que todos los billetes siguen ahí.

Vuelve a cerrar la cremallera, a echarse la bolsa a la espalda y, al abrir la puerta chirriante del reservado, ve al hombre plantado en mitad del baño.

Está ahí, firme, vestido con una camisa blanca y unos pantalones negros, y le apunta al pecho con una pistola con silenciador. Los rasgos de su rostro son tan duros y afilados que parecen tallados sobre roca. Tiene una pequeña cicatriz en el pómulos y sus ojos son pequeños, oscuros y fríos. Ángela reconoce esos rasgos. Ha visto un retrato robot hecho por un testigo del que se considera uno de los escasos supervivientes del tiroteo, aún sin identificar. *Muy peligroso*, aseguraba el texto. Ese hombre es el reflejo exacto del dibujo que aparece en varios periódicos.

-Ni se te ocurra – dice él con voz seca cuando ella se dispone a llevar una mano a la pistola que lleva ajustada bajo el cinturón -. Si uno de los dos dispara, los guardias de seguridad que hay en el área de descanso vendrán a por nosotros. Yo puedo matarlos a todos, aunque no tengo muchas ganas de desperdiciar munición. Pero, ¿conseguirías tú abatir al menos a uno de ellos antes de que te acribillaran a tiros? Piénsalo. Este no es un buen lugar para morir.

-¿Cómo me ha encontrado? - Ángela no hace ademán de acercar más su mano a la pistola, pero tampoco la retira.

-Llevo toda mi vida encontrando a gente que se esconde. Que se oculta tanto de mí, como del hombre al que represento, como de sus propios pecados. Seguir un rastro como el tuyo, por muchas precauciones que hayas tomado, ha sido un juego de niños. Ángela tiembla. Sus ojos buscan algo con lo que defenderse, pero acaban una y otra vez sobre el cañón silenciado del arma de aquel extraño.

-¿Qué... qué quiere de mí...?

-De ti nada. Como mucho decirte que menuda has montado por un poco de dinero, y que seguramente hayas cabreado a mucha gente a la que no te gustaría ver enfadada. Pero lo único que necesito es el dinero.

-No...

-Dame el dinero, Ángela, o tendré que matarte aquí mismo.

Ángela duda unos instantes, las manos cerradas sobre las correas de su mochila. *¿Quieren nuestro dinero? Les pagamos. Pero con dinero que les hayamos robado previamente.* La idea de Pablo se desvanece en sus recuerdos como si nunca hubiera existido. Ya no hay deudas que pagar, porque las que han contraído son mucho más graves que simples cuestiones económicas. Las tres personas a las que más ha querido ya las han saldado con su vida.

-Ángela, yo soy el que se encarga de limpiar los restos de todo este desastre – insiste el hombre, aunque no intenta parecer amable. Se muestra frío, y su voz suena muy lejana, como si se encontrase no frente a ella, sino fuera del baño -. Muchas personas van a hacerte esta propuesta si sigues adelante, pero sólo yo voy a cumplirla: dame el dinero y podremos cerrar el círculo. Todo habrá terminado. Fin del juego, cada uno se va por su lado y no volveremos a vernos jamás.

-*Quiero volver a casa, Ángela – susurra Jorge -. He hecho cosas que me van a impedir dormir en mucho tiempo. He matado a un hombre y su sangre me ha salpicado. Quiero volver a casa, abrazar a mi hermana y olvidarme de toda esta mierda.*

Se estremece porque, a diferencia de la voz de aquel hombre, la de Jorge suena muy cerca de su oído, casi como si estuviera en pie, a su lado. *¿Crees que todo esto puede terminar bien?*

*...may your wishes all come true...*

Se da cuenta de que está llorando y, con un sollozo, se desprende de la mochila, la deposita en el suelo y le propina una patada para deslizarla a los pies del hombre de rostro pétreo. Éste se agacha, abre la cremallera y revuelve el interior para comprobar que hay dinero más que suficiente, aunque ellos han gastado (y perdido, durante la huida) parte de la fortuna. Entonces aquel tipo hace algo que Ángela no se espera.

Coge un fajo de billetes y se lo lanza y Ángela, confundida, lo atrapa al vuelo y lo mira, esperando que sea un juego de su imaginación retorcida y que en realidad aquel tipo le haya arrojado otra cosa, tal vez un explosivo.

Pero no, es dinero.

El hombre, con la mochila a la espalda y la pistola enfundada, se dirige a la salida del baño. Se detiene en el umbral y vuelve un poco la cabeza, de manera que Ángela puede ver uno de sus ojos fríos y negros como piedras y la cicatriz de su pómulo.

-Buena suerte – le dice.

Se marcha. Y Ángela cae sentada sobre el retrete, con los billetes entre sus manos, y tiembla y entre convulsiones y un llanto desgarrador llama en silenciosos gritos a sus amigos, que la han abandonado y a los que ahora necesita más que nunca.

## 2

Dijo un hombre sabio que lo universal es el caos. Que el mundo, el escenario que representa este planeta, es por tanto algo monstruoso, un acertijo de infortunios que deben ser aceptados, pero por los cuales uno nunca debe capitular. Sin embargo, acompañando a esta cita, Enzo Carbonell prefiere otra, más breve y concisa, de Frank Lloyd Wright: Orden a partir del caos.

En todo esto piensa Enzo mientras sube en ascensor hacia el despacho de Gálvez, con la mochila que Ángela le entregó dos días atrás sobre la espalda y una pesada bolsa de deporte en la mano derecha. Aguarda, firme, con la mirada fija en la unión de las puertas del elevador. Al final, el caos que estalló en Ansó ha servido para poner un poco de orden. Con Miriam y los principales cabecillas de la organización Saavedra muertos, la policía se ha cebado con sus negocios, redes y franquicias y ya se habla de uno de los mayores golpes de la historia de España contra el tráfico de drogas, armas y el blanqueo de dinero. Sin competidores, Liberatore tiene campo abierto para llevar a cabo sus operaciones, pero Liberatore es un hombre frío y calculador y no un psicópata sediento de sangre. Además, sus aspiraciones no tienen que ver con un poder desmedido, al menos por ahora. Así que los comercios ilegales, el mercado negro y la mafia en general sigue existiendo, porque así tiene que ser, porque nuestro mundo funciona tanto por los mecanismos que observamos a simple vista como por los que trabajan desde la sombra y, por primera vez en muchos años, estos engranajes subrepticios desempeñan su labor contenidos por un único grupo, sin guerras ni ajustes de cuentas, sin sangre en las calles ni asesinatos indiscriminados.

Por otro lado, con Víctor Bastida y Trista Ilardia fuera de circulación, otra de las noticias del año, uno de los principales hilos de los que tirar se ha cercenado de manera abrupta y el conglomerado de empresas de Gálvez cuenta con un tipo menos que sería capaz de destapar muchos trapos sucios en caso de que la policía lo hubiera sometido a un interrogatorio serio. Por si fuera poco, el propio sistema, con ese caos letal y anárquico, se ha encargado de devorar a las pocas personas que se atrevieron a luchar contra él. Susana Helguero y sus intenciones de vivir al margen de la ley descansan en un depósito de cadáveres, junto a los cuerpos de Pablo García, Leo Gros y Jorge Laguna. Tres tristes soñadores que, en su ingenuidad, se creyeron capaces de enfrentarse al sistema establecido. Enzo Carbonell no puede sino experimentar pena por ellos. Una parte de él, la parte que aún no está sometida a la resignación propia de quien se ha convertido en un demiurgo dentro de la estructura del mundo, siente lástima por la oportunidad perdida. Su propio lado soñador, que mantiene dormido la mayor parte del mundo, imagina qué habría podido ocurrir si hubiesen conseguido su propósito. Pero cometieron un error, un error que cometieron muchos otros y que ha llevado a demasiada gente a un desenlace común: atracar el banco de Miriam Saavedra en el momento menos oportuno. El Ítaca, que parecía una

sencilla recompensa, no era más que un cebo para que los idealistas como ellos se vieran envueltos en una orgía de sangre y desesperación. Enzo Carbonell desea que, más adelante, otro grupo de jóvenes, en otro lugar, tenga la misma idea que esa pandilla marcada por la muerte. Y que triunfen donde otros han fracasado. Porque de vez en cuando el sistema se merece una patada en los huevos, cada vez con más frecuencia.

Las puertas del ascensor se abren y Enzo Carbonell recorre un largo pasillo decorado con ostentosas obras de arte. Sus botas apenas hacen ruido sobre una mullida alfombra que cubre todo el corredor.

Han quedado cabos sueltos, por supuesto. Uno de ellos es Ángela Feijóo, a la que decidió perdonar la vida. Y si lo hizo fue porque la muchacha, en cierto sentido, ya estaba muerta. Si intenta abandonar el país, la detendrán y, si se resiste, la coserán a balazos mientras corre hacia ninguna parte, porque eso es lo que ha hecho desde el principio, correr hacia ninguna parte, y lo que hará hasta el mismo momento de su muerte. Y si la detienen, tanto en la frontera como descubierta por algún testigo en cualquiera de las áreas de descanso, hostales y pueblos donde se esconde, acabará en la cárcel y, una vez ahí, estará a merced de todos aquellos que quieran vengar a Miriam Saavedra, a Sangalli o de cualquiera que exija saber dónde escondió el dinero antes de que la encarcelaran y no crea la historia de que se lo entregó a un hombre en unos baños que apestaban a desinfectante. De cualquier modo, esa chica ya está muerta, sólo que ella no lo sabe.

El otro cabo suelto es él. Ya han empezado a surgir retratos robots con un parecido más que preocupante con su rostro y sus acciones, como haber sobrevivido en ese pueblo, forjarán leyendas entre los bajos fondos. Algunos dirán que fue él quien mató a Saavedra, otros conjeturarán con que terminó con la vida de todos los miembros del grupo de Oppenheim, grupo sobre el que ha indagado mucho en las últimas semanas después de romperle el cuello a su líder. Los que estén locos querrán batirse en duelo con él, comprobar si pueden vencer a un mito dentro del gremio de los sicarios y, quienes conocieran a alguna de las víctimas que le adjudiquen, clamarán por venganza. Eso no es lo que le preocupa a Enzo, puede enfrentarse con cualquier hombre. Tampoco le preocupa que Gálvez, consciente de que están estrechando el cerco sobre su asesino, decida deshacerse de él. La muerte no supondría otra cosa que paz. Sin embargo, lo que le inquieta es que sus enemigos, como Oppenheim, conozcan su punto débil, su hija, e intenten utilizarlo contra él, tal vez secuestrándola, quizá matándola para hacerle daño. Su pequeña va a crecer con la sombra de la Muerte abrazada a su espalda y susurrando en su oído, con la posibilidad de seguir los pasos de su padre y convertirse en alguien como Susana Helguero o, peor aún, como el propio Enzo. Mientras él siga con vida, ella está condenada, y eso es algo que ha terminado de comprender durante su última misión.

Quedan cabos sueltos.

-¡Enzo Carbonell! - lo saluda Gálvez desde detrás de su gigantesco escritorio, extendiendo los brazos como si pretendiera estrecharlo contra su pecho. Las puertas del despacho se cierran detrás de Enzo y éste comprueba que hay dos guardias de seguridad de pie a cada lado de la entrada, tan firmes que parecen estatuas -. ¿Qué ha sido de tu gabardina?

-La perdí en el pueblo – contesta él, acercándose.

Gálvez deja escapar una sonora carcajada. Para ser un tipo acechado por la ley, parece bastante feliz.

-He oído que se montó ahí un numerito de tres pares de cojones – exclama, incorporándose -. Que eso se convirtió en una puta Yincana a ver quién conseguía salir a nado de ese pegajoso mar de sangre. Y que, por suerte, tanto la esa zorra tatuada de Saavedra, como nuestro escritor charlatán y su señorita Tetas, no consiguieron

sobrevivir.

-Así es.

-¿Has conseguido el dinero?

Enzo Carbonell deja caer la bolsa de deporte al suelo y luego se quita la mochila, la abre y la vuelca sobre el escritorio, derramando miles de billetes morados sobre la mesa de Gálvez, que grita de júbilo. Mientras el hombre se dedica a enterrar las manos en su nueva fortuna, Enzo se agacha y empieza a abrir la bolsa de deporte, muy despacio.

-¡Dios mío, Enzo, jamás pensé que lo conseguirías! - dice, entre carcajadas -. ¿Sabes todo lo que podré hacer con este dinero? Quizá pueda utilizarlo para quitar de en medio a algunos de esos cabrones que están metiendo las narices donde no les llaman. Tenemos que hablar de tu parte... - Enzo mete la mano en la bolsa -. Aunque también hay otra cosa de la que querría que hablásemos. ¿Has visto los periódicos? Hay unos retratos que me recuerdan muchísimo a ti. Sólo quiero asegurarme de que, si la policía te encuentra, estarás más que dispuesto a guardar silencio, por nuestro bien y por el bien de tu familia. ¿O crees que será necesario...?

Enzo saca la pistola con silenciador de la bolsa y dispara en el pecho a Gálvez. El hombre abre la boca, sorprendido, y cae sentado sobre su sillón de cuero negro. Rápidamente, Carbonell gira sobre sí mismo para enfrentarse a los guardias. Uno de ellos ya ha desenfundado su pistola, pero Enzo lo alcanza en la frente y el hombre cae hacia atrás, abriendo las puertas que dan al pasillo. El segundo está luchando contra el cierre de la funda de su arma, y al darse cuenta de que no va tener tiempo a empuñarla, levanta las manos.

-¡No! ¡Por favor! ¡Por favor, no, tengo un...!

Un chasquido lo enmudece y el hombre se golpea contra la pared y, con la mano en el pecho, cae de rodillas y finalmente se derrumba. Enzo corre hacia las puertas, las cierra y las atranca con el respaldo de una silla. Luego mira a Gálvez, que está desangrándose sobre su sillón.

-¿Qué...? - balbucea este -. ¿Qué cojones... estás haciendo?

-Poner un poco de orden.

Le dispara en la cabeza y Gálvez cae hacia atrás junto con su sillón de cuero, derrumbándose con gran estrépito. Enzo escucha pasos en el pasillo, golpes contra la puerta, órdenes de que abran y vigilantes asustados que preguntan qué está pasando. Tiene que actuar deprisa. Guarda a su fiel compañera, vuelve a la bolsa de deporte y saca de su interior un bidón de gasolina. Empieza derramando el contenido sobre la mesa, impregnando los billetes, y después pasa a Gálvez y su sillón y traza un círculo por todo el despacho, salpicando los muebles, el cadáver que ha quedado dentro, los cuadros y las plantas. Sacude el bidón hasta que cae la última gota y luego lo arroja a un lado y se sitúa en el centro de la habitación, donde no ha echado gasolina. Los golpes y las patadas abomban la puerta hacia el interior y la silla cruje. Escucha voces, gritos, órdenes, que se mezclan en su cabeza en un feroz torbellino. Con determinación, mete la mano en el bolsillo trasero de sus pantalones, saca una caja de cerillas y enciende una de ellas, que mantiene ante sus ojos para contemplar el movimiento de la pequeña llama. Luego mira el montón de dinero y arroja la cerilla sobre él.

El fuego empieza a extenderse a toda velocidad a su alrededor, lo devora todo con un hambre feroz. Enzo Carbonell traga saliva. Las lenguas ardientes se alzan y flamean a su alrededor y al cabo de unos segundos tiene la piel sudorosa y los ojos le empiezan a escocer. Piensa en su hija. Si él muere, nadie tendrá por qué hacerle daño. Esa es la única manera de protegerla, tanto de los demás como de él mismo.

Además, tiene que atar todos los cabos sueltos.

Y, cuando el fuego empieza a acariciar su cuerpo y a prender su ropa, Enzo Carbonell

desenfunda su pistola y apoya el silenciador contra su sien. Cierra los párpados, el incendio crepita a su alrededor.  
Aprieta el gatillo.

-FIN-

## AGRADECIMIENTOS

Aunque llevo escribiendo desde que tengo memoria, hasta este momento nunca me había tenido que enfrentar a una página encabezada con la palabra <<Agradecimientos>>. Se suele pensar que el acto de escribir implica soledad y aislamiento y, aunque cuando estamos frente a la página en blanco los escritores estamos solos, mientras la historia crece son muchas las personas que intervienen, con sus lecturas, correcciones y opiniones.

Es complicado decidir por dónde empezar, así que lo haré por el principio. Quiero agradecer a mis padres el amor que me han inculcado por la literatura; además, mi madre se ha convertido en una de mis primeras lectoras, y bastante sufre intentando reducir (en vano) las dosis de violencia y sexo que tiene que leer nacidas de la mente de su hijo. Debo reconocer que no habría llegado a terminar una novela en la vida de no ser por Juan Eduardo Arnaiz, David Lozano y Pepe Trivez. El primero me abrió las puertas de la creación literaria gracias a su Club de Jóvenes Escritores, organizado en la biblioteca del colegio. David Lozano y Pepe Trivez fueron mis profesores, y me ayudaron y animaron a seguir adelante en este camino tan incierto.

Una de las personas que más ha tenido que soportar la creación de *Delirios*, desde que la obra no era más que una idea vagando por mi cabeza, es Jessica Valencia, mi novia, que ha tenido no sólo que leer la novela, sino también escucharla medio centenar de veces, y después aguantar cómo contaba el argumento a medio centenar más para buscar nuevos lectores. Su paciencia ha sido infinita y, esperemos, lo siga siendo.

Agradecer también la ayuda dada por dos de las primeras lectoras de *Delirios* de una Idea Equivocada: Myriam Delgado y Juana Arza. A Juana Arza debo agradecerle también el trabajo invertido en la portada.

Un escritor joven y sin editorial como yo no cuenta con correctores profesionales, pero *Delirios* ha contado con alguien que perfectamente podría dedicarse a este menester. Doy las gracias a Samuel Allo su exhaustiva lectura en busca de detalles que rectificar. Se ha cargado la mayor parte de los errores; aquellos que restan, son sólo culpa mía.

Yolanda Follos ha sido también una excelente lectora y, aunque es la última que se ha adentrado en *Delirios* antes de su publicación, sería injusto no mencionarla. Seguramente lo mucho que disfrutó con su lectura haya servido para darme el empujón que necesitaba para adentrarme en los terrenos de la edición digital.

Y a mi eterno no-lector, Miguel Martínez, aquel que siempre promete leerse mis historias y que, con un sinfín de excusas, acaba por no hacerlo. Sin embargo, me ha escuchado en muchas ocasiones cuando necesitaba contarle una idea sin gestar a alguien, ha señalado cuando esa idea era acertada o cuando equivocada, para evitarme correr un destino tan poco agradable como el de los personajes de esta novela. Espero que ya que apareces aquí mencionado, maldito, tengas la decencia de coger este libro y los que tienes pendientes y leerlos de una vez por todas.

Por último, tengo un grupo de lectoras que, aunque no conocía durante la escritura de *Delirios*, me han ayudado con los escritos posteriores: Laura Colás, Khatya, Cristina y Marina, que lloran y sufren con muchas de mis historias. Y despertar esos sentimientos es algo que me llena de todo corazón.

Y, por supuesto, gracias a ti, Lector Desconocido, por haberte adentrado en esta novela sin saber qué podría depararte. Gracias por darme esta oportunidad. Espero que volvamos a encontrarnos en nuevas páginas.

[1]

*Francisco Petrarca*

[2]

Toda la letra de la canción en cursiva pertenece a “Forever Young”, de Audra Mae.